

ANTOLOGÍA 2017

CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

25 AÑOS



ANTOLOGIA 2018

CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Revisión de contenidos

Oswaldo Zamorano (FUCOA)

Josefina Muñoz, textos "Me lo contó mi abuelito" (Mineduc)

Coordinación general

Sara Montt

Colaboración en ejecución

Camila Leclerc

Edición de textos

Historias campesinas **Alejandra Costamagna**

Me lo contó mi abuelito **Manuel Peña**

Poesía del mundo rural **Floridor Pérez**

Ilustraciones

Antonia Roselló

Diseño gráfico

Victoria Neriz

Derechos reservados

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 289384

ISBN: 978-956-7215-67-6

Marzo 2018, Santiago de Chile

Imprenta: Editora e imprenta MAVAL SPA

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso “Historias de Nuestra Tierra”, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.

www.concursocuentos.cl

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
JURADO NACIONAL	14
PALABRAS DEL JURADO	19
HISTORIAS CAMPESINAS	
PREMIOS NACIONALES	
El cóndor, Andrés Gustavo Cifuentes Quete. Región de Coquimbo	25
La carretera, Marcela Alejandra Ponce Trujillo. Región de Valparaíso	27
Círculo, Enrique Ulises Silva Rodríguez. Región del Bío Bío	30
Herencia familiar, Carolina Alejandra Mella Vidal. Región de la Araucanía	32
Mamá, Consuelo Rivas Fuenzalida. Región del Bío Bío	33
Reencuentro de un mañum, Romina Landerer. Región de la Araucanía	35
La rutucha de mi hermano, Cristina Michelle Mamani Cabrera. Región de Arica y Parinacota	37
Alumno de Humberto Díaz-Casanueva, Nicolás Andrés Meneses González. Región Metropolitana	39
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
La muerte del perro, Juan Jacobo Tancara Chambe	41
El abuelo uwasa, Héctor Manuel Jesús Morgado Gamez	43
Pucháh, el joven-niño, Lidia del Carmen Bartolo Guerrero	45
REGIÓN DE TARAPACÁ	
El condenado, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	47
Diablos sueltos, Marcelo Sabino Moreira Alcota	50
La carretera, Eugenio Adolfo Alvarado Pizarro	52
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Martita y la Nina, Shery Marcela Leiva Olivares	55
El paredón del desierto, César Walter Ibáñez Donoso	57
El niño lechuga, Sckarlete Annaís Leyton Lastarria	60
REGIÓN DE ATACAMA	
El gato colo y el guarén cururo, Dharian Minerva Torres Rivera	61
Mateo y las lombrices, Moisés Edelberto Álvarez Monroy	63
De campesino a ángel, Lina Fabiola Rivera Novoa	65

REGIÓN DE COQUIMBO

Un poco de sal, Tatiana Alejandra Cortés Segovia	67
Joven de las montañas, Jennifer Andrea Suárez Hidalgo	70

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La carreta chuña, Cristóbal Alejandro Miranda Miranda	73
El increíble “pacto con el diablo”, Marta Alicia Chelme Díaz	75

REGIÓN METROPOLITANA

La noche de las plumas, Leonel Antonio Huerta Sierra	77
Nieto de cantora, Cecilia Verónica Ibarra Mendoza	79
Temporera, Cristian Eduardo Leal Duran	82

REGIÓN DE O’HIGGINS

Alambres rojos, María de los Ángeles Mena Celedón	84
Una cabra loca, Javiera Andrea Pinto Andino	88
Cómo cazar a un fantasma, Jaime Rubén Herrera Román	90

REGIÓN DEL MAULE

La señora Lidia, Karen Paz Fuentealba Fantuzzi	92
La visita, Felipe José Sasso Valenzuela	95
Raíz de mujer campesina, Valentina Javiera Oñate Molina	97

REGIÓN DEL BÍO BÍO

Orejones de manzana, membrillo y pera, Verónica Sandoval Zenteno	99
Tomates de huerta, José Luis Valencia Sandoval	102

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El abrazo, Víctor Manuel Muñoz Cortés	104
El falte, Gregorio Eliseo Apablaza Fuentealba	107
Amistad de perros, Aníbal Barrera Ortega	110

REGIÓN DE LOS RÍOS

Fuego rojo en Santa Olga, Ramón Vergara Gallegos	113
Un día normal en la vida de un hombre y una mujer campesina, Juan Pablo Scroggie Smitmans	115
La expulsión de Clemente Aburto, Felipe Andrés Nesbet Montecinos	118

REGIÓN DE LOS LAGOS

Chocolata, Tamara Amelia Vera Trecaquista	120
Las banderas, Jorge Daniel García Fuentealba	122
El duende verde de los bosques de Chiloé, Víctor Adrián Barría Hernández	125

REGIÓN DE AYSÉN

Colmillo, Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera	127
Terremoto blanco, Pedro Guerrero Acuña	129
María, María Clara Batalla	133
Elvira, Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera	135

REGIÓN DE MAGALLANES

Gaucha tumba, Juan Manuel Miranda Vargas	137
Cuando lluevan ovejas, Iván Darío Rojel Figueroa	140
Doña Damarina, Rubén Darío Gómez Alarcón	143

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

PREMIOS NACIONALES

La uva dorada, Catalina Antonia Guantiente Revillod. Región del Maule	149
La animita de Javier, Trinidad Isidora Lagos Novoa. Región Metropolitana	151
El cerro de las mujeres, Christell Elvira Ayaviri Mamani. Región de Tarapacá	154
El último Kawéskar de ojos azules, Aelyn Michel Ruiz Muñoz. Región de Aysén	155

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

El martes challa, Constanza Victoria Segovia Quispe	157
El arcoíris, Evelyn Condori Mendoza	158
El vuelo de los gansos, Allison Alballay Navarrete	159
El raro, Benjamín Alejandro Arce Morales	161

REGIÓN DE TARAPACÁ

La voz de nuestra tierra, Milena Patricia Cáceres Pachao	162
María y el lagarto, Eymi Jasmin Manzanares Paz	163
El avión embrujado, Bastian Choque	165

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Un recorrido por los sentidos, Pia Francisca Paz Norambuena	166
Él y ella, Carla Francisca Cortés Leiva	167
De tristeza sí se muere, Mariela Constanza Ardiles Vega	168
La casa con aquella peculiar historia, Pablo Arturo Garrido Olivares	169

REGIÓN DE ATACAMA

Bajada de la quebrada de las picas, Benjamín Isaías Herreros Miranda	170
El niño y el casco, Ignacio Andrés Cuadra Ortega	171
El niño copiapino, Benjamín Andrés Ehremberg Olave	173
Don Luis y su sombra, Maximiliano Ignacio Cardozo Monrroy	174

REGIÓN DE COQUIMBO

Virgen de las piedras blancas, Franchesca Escarlet Castro Araya	176
Tradiciones y costumbres del campo, Valentina Ignacia Tordecilla Bugueño	177
La estatua de la plaza de Guangualí, Yaritza Fernanda Tejadas Pérez	179
Mi abuelita sirena, Nayeli Itzel Cifuentes Fajardo	180
La pastorcita de la quebrada, Eliana Francisca Godoy Godoy	183
El tesoro de piedra colgada, Nayeli Itzel Cifuentes Fajardo	185

REGIÓN DE VALPARAÍSO

El Cristo de Ingenio y la Quintrala, Javiera Carolina Vargas Salinas	187
La historia de un gran presidente, Piero Carvacho Ramírez	189
Estudie m'hija, Dabne Dianet Castro Altamirano	190

REGIÓN METROPOLITANA

Cuando yo era cochero, Anahís Fernanda Flores Labraña	192
Tal como me lo contó mi abuelito, Emilia Agustina Collio Urbina	194
Una noche con estrellas, Antonia Rebeca Villagrán Gallardo	196
El racimo se desgrana, Amaral Sanhueza Riveros	198

REGIÓN DE O'HIGGINS

La verdadera historia de la trilla a yegua suelta, Lorena Rosario Guerra Saavedra	199
Historias, Paola Solis Fuenzalida Solís	200
El zorro y el cóndor de Coya, Alonso Eduardo Zamorano Martínez	201

REGIÓN DEL MAULE

El entierro del caballo blanco, Constanza Antonia Norambuena Concha	202
El tesoro escondido, Sigrid Antonella Cornejo Flores	204
Un triste año nuevo en el campo, Ximena Alejandra Soto Castillo	206

REGIÓN DEL BÍO BÍO

El gringo, Luis Felipe Lagos Seiffert	208
La leyenda de las piedras comadres, Jairo Emanuel Neira Parra	211
La travesía de los Andes, Tamara Belén Valenzuela Caro	213
La noche de San Juan, Cecilia del Pilar Del Pino Sandoval	216

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La fabulosa historia de mi abuela y yo, Astrid Yahir Silva Palma	217
La venta de cerezas, Eduardo Javier Troncoso Aguilera	219
El Romero, Camilo Ignacio Rodríguez Fontevalba	220
Una lección de vida, Maximiliano Marcelo Hernández Palma	222
La caza de conejos, Lucas Israel Segovia Aravena	224

REGIÓN DE LOS LAGOS*

El secreto de Metrenquen, Joaquín Orlando Cárdenas Huenteo	225
En la noche de San Juan, Francisca Marina Montiel Ruíz	226
Caguach, isla de brujos, Alfredo Sebastián Mansilla Frías	228
Un rescate inesperado, Madelein Valentina Mansilla Frías	229
La flor Amancay, Bárbara Lisett Ojeda Oyarzo	230
El poder y el milagro, Martina Belén Cárcamo Uribe	231

REGIÓN DE AYSÉN

Precio conversable, Catalina Isabella Jara Montiel	234
Campo Alto, Martina Belén Gallardo Sánchez	236
El velo de la novia, Magdalena Beatriz Esquivel Tisi	238

REGIÓN DE MAGALLANES

El cóndor Pancho, Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga	239
El agujero de la isla Riesco, Sergio David Fortes Miranda	241
TONKO, ARKSÁS ÆRKSÁS- Tonko, hombre joven, Carla Alejandra González Nancuante	244
Dos lagunas, Monserrat Guadalupe Avedaño Paredes	246

* La región de Los Ríos fue declarada desierta por el jurado del concurso.

POESÍA DEL MUNDO RURAL

PREMIOS NACIONALES

Más allá del nido, Ivan Darío Rojel Figueroa, Región de Magallanes y la Antártica chilena	251
Flor morena, Evelyn Roxana Melipil Erices. Región de la Araucanía	254
A mi tierra, Víctor Manuel Contreras Romero	255
Newen Ñuke Mapu, fuerza Madre Tierra, César Alejandro Opazo Reyes. Región de los Lagos	257
La vieja casa campesina, Grimaldina Inelia Araya Astudillo. Región de Coquimbo	259
Décimas para Violeta, Cecilia Margarita Vargas Retamal. Región de Valparaíso	261
Manifiesto a Violeta Parra, Vicente Ignacio Perelló Durán. Región Metropolitana	264
Violeta Azul, Anahí Nichte Cifuentes Fajardo. Región de Coquimbo	265

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Última danza, Daniel Alejandro Lazcano Robles	267
Reminiscencia de una mujer andina, Juan Marco Antonio Vilca Quiñones	269
Olivo de Azapa, Myrta Ramírez	270
Aquellos buenos tiempos de chicha, Rodrigo Esteban Rojas Teran	272

REGIÓN DE TARAPACÁ

Negra resurrección, Marcelo Sabino Moreira Alcota	275
Riqueza de la pampa, Alejandra Makarena Gacitúa García	278
De fiesta en fiesta, Marcela Patricia Pachao González	280
El abuelo y su mango, Thiare Barraza	282
La escuela, Yessica Chaca Jaico	283

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

El silencio (después de vivir un siglo), Víctor Mario Bórquez Núñez	284
A Paposo, la maestra, Gianella Franchesca Beltrán Ovalle	285
La abuela campesina, Naroa Lemus Villa	288

REGIÓN DE ATACAMA

El edén de Atacama, Moisés Edelberto Álvarez Monroy	291
Primero de noviembre, Carolina Alejandra Campos Pallante	293
Solo un verso, Carolina Alejandra Campos Pallante	294

REGIÓN DE COQUIMBO

Horizonte vertical en el vuelo del tiuque, Rubén Luis Oros Carvajal	295
Devastación..., Ismael Efraín Rojas Carvajal	297
El arriero, Jorge Américo Torres Galleguillos	300

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Verso por ponderación / diversión, Alfonso Diógenes Romo Riquelme	302
La niña en el jardín, Jonathan David Uribe Rojas	305
Al caballo chileno, Cecilia Margarita Vargas Retamal	308

REGIÓN METROPOLITANA

Las temporeras de la nuez, Nicolás Andrés Meneses González	311
Hombre de campo, Kristel Karina Farías Neira	313
Verso por mi casa, Ricardo David Vargas Cisternas	316

REGIÓN DE O'HIGGINS

Historias de un piojo, Mariano Enrique Aravena Osorio	319
Décimas a mis abuelos, Tomás Rubén Marambio Cornejo	322
Nostalgia de pueblo, Paula Elizabeth López Romero	326
La esquila de oveja, Lorena Rosario Guerra Saavedra	328

REGIÓN DEL MAULE

Reminiscencias campesinas, Isidoro Sebastián Ramos Jorquera	330
¿Dónde está la perdida naturaleza?, David Alfonso Rodríguez Palacios	332
Madre negra, Luis Francisco Valdebenito Rivera	334

REGIÓN DEL BÍO BÍO

Madre tierra, María Lorena Poblete Bustos	336
Carta a mi madre campesina, Luis Humberto Fuentes Castro	338
Valores y tradiciones del campo, Luis Humberto Fuentes Castro	342

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Madre de mi madre, Angélica Sofía Beltrán Barraza	345
Lluvia del sur, Bárbara Godfray Bahamondes	347
El cultrún, Emily Celinda Huenchual Riquelme	348

REGIÓN DE LOS RÍOS

Infancia rural, Cristian Alejandro Cano Morales	349
Bella flor, Miguel Ángel Rivera Álvarez	350

REGIÓN DE LOS LAGOS

La chancha, Ignacio Alberto Reyes Guzmán	352
Niebla, Victoria Herreros Schenke	354
Haciendo chicha, Paulina Maribel Agüero Velásquez	356

REGIÓN DE AYSÉN

Me vine pa' la provincia queriendo hallar terruño, Cristian Arregui Berger	359
Respeto por mi caballo, Alejandro Montiel Gallardo	361
Ktenon (noche oscura), Alex Marcelo Triviño Planzer	364

REGIÓN DE MAGALLANES

Para un alma acongojada, Alexander Antonio Santander Olate	368
Cuatro etnias, un triste final, Vicente Caballero	370

PRESENTACIÓN

En 2017, como nunca antes, el Concurso Historias de Nuestra Tierra contó con la mayor cantidad de participantes. Casi tres mil personas, entre ellas mujeres, hombres, jóvenes, niños, niñas y adultos mayores, desde Arica a Punta Arenas hicieron llegar sus trabajos, poemas y cuentos que en general, y como ha sido la tónica del certamen, han significado un valioso aporte a la preservación de la cultura rural de nuestro país. Todo esto da cuenta del interés creciente que despierta este certamen, único en su estilo, en las diversas regiones del país.

Esta Antología, que corresponde a la versión 2017 del Concurso, pone a disposición de estudiantes, bibliotecas y de la comunidad en su conjunto, cuentos y poemas e incorpora a sus ya tradicionales categorías, el Premio Especial Violeta Parra, en virtud de la conmemoración del centenario de nuestra destacada representante del folclore nacional.

Costumbres, creencias, cuentos y fantasías que se transmiten entre los habitantes de esta larga y angosta faja de tierra permiten mantener la historia viva de los habitantes del campo y reflejan con nitidez el repertorio amplio y creativo del mundo rural. Precisamente, a través de estas páginas se muestra y se relata la realidad del campo, de los pueblos indígenas y de las más importantes tradiciones, lo que no es otra cosa que preservar la identidad de Chile.

Estas historias que nos acercan y nos unen culturalmente permanecerán en el imaginario colectivo chileno gracias a los/las participantes de este certamen que año a año hacen llegar sus escritos reflejando en ellos realidades geográficas, étnicas y motivaciones personales. En estas historias personas de distintas edades comparten experiencias de vida y sueños y nos ayudan a conocer una nación con variados matices y a pueblos desconocidos pero de gran riqueza cultural. En definitiva, permiten que podamos retratar en forma muy cercana a nuestra tierra.

Vaya nuestra gratitud a quienes han participado desde distintas y lejanas regiones, a las mujeres y hombres del campo, a los/las habitantes de pueblos indígenas, a jóvenes, niños, niñas y adultos mayores que con sus trabajos hacen efectivo el desarrollo cultural y el conocimiento de la que el poeta Elicura Chihuailaf calificara como “esta valiosa diversidad de nuestro maravilloso jardín de culturas”.

Carlos Furche
Ministro de Agricultura
2014-2017

Bárbara Gutiérrez
Vicepresidenta Ejecutiva Fucoa
2014-2017

CONOCE AL JURADO DE HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA



Claudio Aguilera

Elikura Chihuailaf, Osvaldo Cádiz, Paul Landon, Manuel Peña, Alejandra Costamagna, Carlos Furche —Ministro de Agricultura (2014-2018), presidente honorario del jurado—, Beatriz García-Huidobro, Héctor Velis-Meza, Diego Zúñiga, Paula Ilabaca, Josefina Muñoz, Sonia Montecino, Floridor Pérez, Domingo Pontigo.

EL JURADO DE HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

HISTORIAS CAMPESINAS

Alejandra Costamagna

Nació en Santiago en 1970. Es periodista y doctora en literatura. Entre sus publicaciones destacan las novelas *En voz baja* (1996) y *Dile que no estoy* (2007), y los libros de cuentos *Animales domésticos* (2011) e *Imposible salir de la Tierra* (2016). Ha obtenido diversos reconocimientos, como el Premio Altazor 2006, por *Últimos Fuegos*.

Héctor Velis-Meza

Nació en Santiago en 1949. Es periodista, editor de libros y se define a sí mismo como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 40 libros relacionados con el lenguaje y las costumbres. Destaca que vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena.

Oswaldo Cádiz

Nació en Colchagua en 1939. Es Investigador asociado de la PUCV, director Académico de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios y jurado del Festival Nacional del Folklore de San Bernardo. Participó como jurado pre-seleccionador y jurado de sala del Festival de Viña del Mar. Conductor, junto a Margot Loyola, de la serie de programas radiales "Conversando Chile", FONDART 2010. Ex director del departamento de Cultura Tradicional del Ministerio de Educación. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros *La Cueca: Danza de la vida y de la muerte* (2010), *50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile* (2014). Autor de *Juegos Tradicionales y Populares en Chile* (2018). Ex director del Conjunto Folklórico Palomar y ex integrante de la comisión para la creación artística del Ballet Folklórico Nacional.

Diego Zúñiga

Nació en Iquique en 1987. Es periodista y escritor. Ha publicado las novelas *Camanchaca* (2009), *Racimo* (2014), *Soy de Católica* (2014) y el libro de cuentos *Niños héroes* (2016). Escribe semanalmente en revista Qué Pasa. Ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio a la Creación Literaria Joven Roberto Bolaño 2008. Sus libros se han traducido a diversos idiomas y en 2017 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

Sonia Montencino

Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología y Coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, 2013. Recibió en 2005 el Premio Altazor por *Mitos de Chile. Diccionario de Seres, Magias y Encantos*, libro que reeditó en 2015.

Paul Landon

Nació en Santiago en 1953. Es periodista, Magister en Desarrollo Rural y se define como amante del Chile antiguo. Creador del programa de televisión “Tierra Adentro”. Cuenta que tuvo la suerte de estudiar gracias al esfuerzo de sus padres y a la grandeza de campesinos como Reynaldo y Camilo que le enseñaron a conocer y amar esta tierra de manera profunda.

Manuel Peña

Nació en Valparaíso en 1951. Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular de Novela por *Mágico Sur*. Profesor en cursos de magister en las Universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Es también profesor de seminarios y talleres que ha dictado en Chile y Latinoamérica.

Josefina Muñoz

Nació en Santiago en 1946. Es licenciada en Literatura, profesional del nivel de Educación Básica, Equipo de Recursos Educativos y Edición de textos, División de Educación General, Ministerio de Educación.

POESÍA DEL MUNDO RURAL

Floridor Pérez Lavín

Nació en 1937 en Yate, comuna de Cochamó, que lo declaró Hijo ilustre el 2011. Egresado de la Escuela Normal de Victoria (1957) ejerció en una escuela rural (1958-1973). En 1974 fue designado profesor de Castellano del Liceo de Combarbalá. Escritor en Residencia en Universidad de Concepción y Católica de Santiago, ciudad en que también hizo clases en Universidad de Chile, Andrés Bello y Adolfo Ibáñez. Fue director del Taller de Poesía de la Fundación Pablo Neruda desde su creación en 1988 hasta el 2017.

Domingo Pontigo

Nació el 26 de Noviembre de 1939. Es cantor a lo humano y a lo divino, Tesoro Humano Vivo premiado por la UNESCO e Hijo Ilustre de la Comuna de San Pedro de la Provincia de Melipilla, tierra donde ha vivido toda su vida. He editado seis Libros. Es frutillero y desde hace 15 años trabaja haciendo Talleres de canto a lo divino y a lo humano en su comuna y en la región de O'Higgins.

Elicura Chihuailaf

Nació en Cunco en 1952. Es poeta, oralitor y ensayista. Vive en la lof / comunidad en que nació y creció, Kechurewe, Región Mapuche (comuna de Cunco). Premio Mejores Obras Literarias del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, 1994 y 2000. Premio Nacional de Poesía Jorge Teillier, 2014.

Paula Ilabaca Núñez

Nació en Santiago en 1979. Escritora y editora. Ha participado en diversos festivales de poesía en Latinoamérica y Europa. Entre sus publicaciones destacan en poesía *La perla suelta* (2009) y la novela *La regla de los nueve* (2015). Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014, Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010. El año 2016 inauguró la micro editorial "Cástor y Pólux" que desarrolla dos líneas de publicación: poesía hispanoamericana e ilustración. Se dedica a la docencia y a talleres literarios.

Beatriz García-Huidobro

Nació en Santiago en 1959. Es profesora, psicopedagoga, magíster en Literatura, editora, crítica literaria en *radio U Chile* y en revista *Mensaje*, y escritora. Ha publicado diversos libros con los que ha obtenido distintos premios, entre los que destacan *Hasta ya no ir* (1996), *Sombras nada más* (1999), *Las Marías* (2005), *.cl-textos de frontera*, coedición con Andrea Jeftanovic (2016). También posee varios títulos en textos de educación complementaria y novelas de literatura infantil, como *Antes del verano*, *Misterio en Los Piñones*, *Misterio en el campamento*, *Septiembre*.

Antonia Roselló, la ilustradora

Nació en Santiago en 1988. Estudió Historia, aunque se ha dedicado a la ilustración. En la actualidad se dedica a hacer talleres y a ilustrar. Autora e ilustradora de los libros *Papá rockero* (2015), *¿Y si nevara este invierno?* (2016) y *Las palabras de Kensia* (2017).

PALABRAS DEL JURADO

Comentarios a las obras que obtuvieron los primeros lugares nacionales

HISTORIAS CAMPESINAS

Un hombre cuya existencia se funde con la de un majestuoso cóndor. Dos niñas que se superponen a la agresión cotidiana de su entorno, camino a la escuela. Un hombre que despierta adentro de un huevo. Una mujer que, a punta de coraje, transforma los duros pasos de su madre en un camino propio. Una muchacha a cargo de sus hermanos pequeños, que tararea letras de amores turbulentos para experimentar sentimientos de prestado. Un niño aymara de seis años que relata la ceremonia del primer corte de cabello de su hermano. Un discípulo de Humberto Díaz-Casanueva que escribe una conmovedora carta de despedida. Un joven con una pierna herida que experimenta, entre palabras y palabras, la sabiduría de un anciano mapuche. De eso tratan algunas de las historias que contiene este hermoso libro. Acá nos encontramos con tradiciones vivísimas, con machis y brujos que deambulan en el presente, con una naturaleza que se transforma en personaje clave para unos sujetos en constante exploración de sus identidades. Lo que hay en estos cuentos seleccionados es una lengua fresca, muy viva, que se arma en colectivo y conduce nuestras miradas hacia un espejo de infinitas caras.

Alejandra Costamagna, en representación del jurado de “Historias campesinas”

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

“La uva dorada” evoca esas uvas moscateles que al madurar entregan el brillo especial guardando el sol en su interior. Uva campesina que bien se refleja en este cuento donde, además, nos lleva a recordar los difíciles momentos que muchos vivieron con un fuego incontrolable que arrasó con toda una historia. Es un cuento de esperanza que nos muestra la capacidad de soñar con nuevos aires.

“La animita de Javier” parte con una expresión tan nuestra como son las animitas. Esta animita no se queda al borde del camino solamente. Es capaz de viajar, transformarse y penetrar en la realidad nacional de una manera genial. La Moneda, los ministros y el tema del SENAME están presentes en esta fantástica mezcla imaginaria que finalmente se traduce en “arreglar la cosa”. La animita, entonces, está en Paz.

“El cerro de las mujeres” recoge una tradición ancestral y el cuento nos lleva a ese mundo donde quienes no son parte de una cultura local pueden apropiarse de ciertos eventos culturales y llevarlos a la práctica: una mujer extranjera toma como propia la tradición de ir a parir a este cerro. Todo esto expresado en forma amena y convincente y muy mágico.

“El último Kawéskar de ojos azules”. Si hay algo desconocido son aquellas situaciones íntimas de los pueblos canoeros australes. A través de este relato viajamos a conocer algunas intimidades como ceremonias y experiencias transmitidas en forma muy acertada. Es notable que este cuento sea levantado por un niño que explora esas vivencias y las proyecta a través de las letras. La cultura canoera era rica en todos los desafíos diarios de la pesca, caza, conocimiento de los canales australes, indicadores de mareas y corrientes, la flora y fauna y una forma especial de enfrentar la muerte.

Paul Landon, en representación del jurado de “Me lo contó mi abuelito”

POESÍA DEL MUNDO RURAL

“Más allá del nido”, primer lugar nacional (región de Magallanes): En versos simples, comunica bien el anhelo de viajar propio de regiones apartadas, con "un futuro que aguarda" y tiente a partir "con sus sueños y pilchas al hombro", mientras la incertidumbre del regreso se nos da en la bella imagen de "los teros que siempre vuelven al potrero donde rompieron la cáscara..."

“Flor Morena”, segundo lugar nacional (región de La Araucanía): En una apretada síntesis familiar, la autora consigue unir en sí la génesis y los valores heredados de su raza: nobleza huinca de su madre y fortaleza mapuche de su padre. De allí el orgullo de la sangre que corre por sus venas, la que nunca temió ser derramada en defensa de la libertad.

“A mi tierra”, tercer lugar nacional, (región de Los Ríos): En el poema es fácil imaginar a este maestro soldador, recién despertado por su gallo candela, acumulado sobre su página en blanco —no las delicadas herramientas de su oficio— sino el azadón y la horqueta que su abuelo carga “sobre su mantita viaja” de campesino, acompañado de su fiel perro.

Premio a la trayectoria “La vieja casa campesina” (región de Coquimbo): Se crea cierto paralelismo entre vejez humana y deterioro del entorno material, que gracias a un adecuado vocabulario resulta tierno lo que pudo ser despectivo. Recién llegado a vivir en Combarbalá visité su cementerio, concluyendo que no era casual que Gabriela Mistral escribiera en esa región su poema “Vieja” que a los 120 años, “se le olvidó la muerte inolvidable”.

Premio especial Pueblos Originarios “Nawen Ñusca Mapu, Fuerza de la tierra” (región de Magallanes):

Con mucha propiedad, en un lenguaje que rehúye tanto el panfleto como el eufemismo, asume una expresión casi religiosa del dolor —no referida a secta alguna— sino apelando la protección de las divinidades de sus ancestros, presenta situaciones de injusticias de todos conocidas, pero de muy pocos reconocidas.

Floridor Pérez, en representación del jurado de “Poesía del mundo rural”

PREMIO ESPECIAL “VIOLETA PARRA”

“Décimas para Violeta”. Estos versos surgieron inmediatamente como el ganador indiscutible del concurso, por la precisión técnica y musical de las décimas que tanto aluden a las creaciones de Violeta Parra; por la presencia del paisaje y lo telúrico; por las finas alusiones a las artes desarrolladas por hombres y mujeres de nuestra tierra; por esos sentimientos arraigados en el Chile profundo que Violeta recorrió y nos incitó a ver y valorar una y otra vez desde su música, su poesía, sus pinturas y sus arpilleras.

“Violeta Azul”. Impresiona la armonía de estos versos logrados por una niña tan pequeña. Logra combinar forma y contenido con sentimientos hacia la poeta y la obra, hacia aquello que está contenido en la creación literaria de Violeta Parra y su vinculación con los elementos de la tierra.

“Manifiesto a Violeta Parra”. Nos pareció que este homenaje profundamente actual y urbano constituye una interesante relectura de obra de Violeta Parra, sin agotarla en un sentido literal sino leyéndola y recreándola en clave contemporánea. Además, la síntesis que consigue el joven poeta y la precisión de sus versos resultaron destacables y meritorios.

Beatriz García-Huidobro, en representación del jurado del premio especial “Violeta Parra”

HISTORIAS CAMPESINAS



PREMIOS NACIONALES

EL CÓNDOR

Andrés Gustavo Cifuentes Quete (19 años)

Jornal

Coquimbo, Región de Coquimbo

*Primer lugar nacional**Primer lugar regional*

Llevaba ya un buen rato meditando en medio de los peñascos. Las manos se le agrietaban, al igual que los labios, producto del intenso sol que había esa mañana. La poca vegetación que asomaba por entre las grietas de aquel claro entre las rocas, le escocía y lo forzaba a cambiar de posición después de un par de minutos. Pensaba en el fin del mes y en la deuda que llegaba con el mismo. Por primera vez, desde que habitaba ese perdido codo del Elqui, Juan José estaba preocupado. Ni siquiera hacía dos inviernos había cedido ante la fuerza de la naturaleza, que se llevó no solo una parte del campo de tomates que se hallaba a un lado de su vieja choza, sino una parte del cuarto de su hija menor. Incluso en aquel entonces estaba seguro del camino que tomarían las cosas. Ahora, después de tanto, volvía a comunicarse con la incertidumbre, que de la mano con la nostalgia arrancaban los últimos trazos de claridad de la ya desgastada mente del octogenario.

De pronto, oyó un susurro detrás de él, un pequeño silbido que lo distrajo de sus pensamientos y lo impulsó como fuerza misteriosa ladera arriba. Mientras se aprestaba a subir, continuó con la catarata de pensamientos. ¿Qué pensaría el tata de la posibilidad de perder la casa? Seguramente se revolcaría en la tumba. Desde que llegó el primero de los Díaz a ese olvidado valle, jamás hubo situación alguna que detuviese la cosecha de los preciados vegetales. Tomates, lechugas, nabos; todos habían sido cuidadosamente supervisados durante las interminables labores de siembra, y todos de una u otra forma habían sustentado de manera adecuada a la siempre pequeña familia que ocupaba aquella choza de suelo de madera y techo de calamina.

Podría llamar a su hijo, pero el orgullo le había consumido con los años, confundiéndose en el pozo de sus pensamientos con odio. Lo había abandonado hacía ya tantos años. Partió para Santiago con el firme deseo de ser carabinero. Hizo caso omiso de los consejos del padre, que con lágrimas en los ojos recibió la primera y única carta que envió desde Santiago, con un breve y claro mensaje: “Lo logré”, escrito en el reverso de una fotografía en la que se lucía con el uniforme verde. “Traidor”, gritó para sus adentros. La única que lo comprendía era Pilar, la mujer, con la que llevaba cincuenta y tres años de algo parecido a un matrimonio. Casi tan arrugada como él, se daba modos para rondar por la casa, ordenando lo poco y nada de mueblería del hogar. Cuando se aventuraba a salir de casa, pues ya tan solo Juan José se encargaba de la tierra, utilizaba una gruesa rama a manera de bastón, regalo de su marido, después de una mazamorra que trajo restos de flora de río arriba.

El sol estaba en su cenit para cuando Juan José encontró la fuente del agudo sonido. Sorprendido observó en el suelo, postrado sobre un charco de plumas, al ave más grande que hubiera visto en la vida. La reconoció al instante, y por eso se sorprendió: era un cóndor. Lo delataba el collar de plumas blancas en su cuerpo. El animal se estremeció al advertir la presencia del hombre e intentó huir, mas no pudo volar, algo impedía que despegara. Y, después de un intento, se lanzó al suelo rendido, despegando el polvo del suelo con una exhalación larga y nostálgica. Juan José aún estaba sorprendido, no abundaban los cóndores en esa área. Al contrario, eran rarísimos los avistamientos y tan fugaces que, de no haber sido por la revista que de pequeño solía devorar con avidez, le habría sido imposible reconocerlo. Admiró su majestuosidad por un momento, para después compadecerse del pobre. Con el cuidado necesario se acercó e intentó revisar la procedencia del desperfecto en el animal. Y aun más confundido quedó en cuanto concluyó que, al parecer, no había condición alguna que impidiese el tomar vuelo al ave. “Si este ahuevonado no puede volar es porque no quiere”, se dijo a sí mismo.

Pensando que a lo mejor era el cansancio la razón de tan dantesco espectáculo, se arrodilló y empezó a tomar en brazos al ave. Era tal la envergadura del cóndor que con gran esfuerzo se dio a la idea de transportarlo hasta su casa. Apenas había alcanzado el equilibrio necesario para dar el primer paso, cuando recibió en el brazo un picotazo que comparó con el impacto de una bala. Lanzó una perjura al cielo y se precipitó repentinamente a tierra, golpeándose la cabeza en una piedra que sobresalía a un costado del espacio donde había estado echado el animal.

Se despertó con una sensación húmeda, que no entendió hasta que vio el charco de sangre que se había formado al lado de su cabeza. El miedo lo atrató e intentó gritar con toda la fuerza del mundo, y para sorpresa suya se encontró débil. La choza estaba por lo menos a un kilómetro de distancia, y dado que Pilar no salía más que un par de excepcionales veces a revisar la siembra, Juan José concluyó que se encontraba desamparado. Hizo el esfuerzo de pararse, pero comprobó que ambas piernas se le habían entumecido. Después de un par de intentos, se rindió y se conformó con observar al enorme cóndor que aún yacía a su lado. “Estamos en las mismas”, le susurró. Repasó sus pequeños y penetrantes ojos, y encontró en ellos la sensación de una rara suerte de *déjà vu*.

Ya el sol iniciaba su corta despedida, cuando el cóndor empezó a moverse incesantemente. Se sacudió repentinamente, y con una enorme ráfaga se alzó y emprendió el vuelo con dirección a la blanca cordillera, en el horizonte. Juan José lo siguió hasta donde le permitió la vista, y justo cuando lo empezaba a perder, se dio cuenta de que él también empezaba a moverse y era impulsado rápidamente en la misma dirección. En un instante estaba sobre la blanca y gélida nieve. Estaba en el pico más alto, pues todos los demás se veían por debajo de su posición, y el viento era poderoso, mas no frío. A su lado, con las alas extendidas, estaba el animal, que le dirigió una rápida mirada y luego le hizo una seña apuntando hacia abajo. El cóndor se lanzó en picada y su majestuoso plumaje se empezó a confundir con la nieve, hasta que desapareció. Juan José dio un último vistazo al paisaje, cerró los ojos y se lanzó. Entonces recordó dónde había visto los ojos del animal: llevaba ochenta y dos años observándolos en el espejo.

PREMIOS NACIONALES

LA CARRETERA

Marcela Alejandra Ponce Trujillo (49 años)

Diseñadora gráfica

Viña del mar, Región de Valparaíso

*Segundo lugar nacional**Primer lugar regional*

Sin aliento, alcanzan el borde del camino. La carretera aparece vacía de uno y otro lado. Parece que la micro ya pasó. Debieron darse más prisa. Es lunes. Naty mira el dinero en su mano y lo guarda de vuelta en el bolsillo del chaleco que lleva sobre el delantal. Ella y su prima pagan medio pasaje por ser estudiantes de preparatoria. El cobrador siempre las mira muy serio con su cara de perro cuando le pasan las monedas y luego les advierte que no podrán ocupar los asientos. Solo los que pagan el pasaje completo pueden sentarse en ellos. A veces la micro lleva algunos lugares vacíos, pero igualmente no los pueden ocupar los estudiantes. Si lo hacen, el cobrador no vacila en tomar de las patillas a los varones y del pelo a las chiquillas para obligarlos a ponerse de pie. El chofer es tan bruto como su ayudante. Contesta con un gruñido informe al saludo protocolar de “buenos días” y “permiso”, y cierra la puerta con un tirón brusco a la manivela que acciona apenas la última de ellas logra poner ambos pies en la pisadera. Su inmensa anatomía apenas cabe en la butaca de chofer al lado de la cual, hacia el rincón, descansa un garrote del mismo largo que su brazo. A ninguna de las dos niñas les interesa averiguar para qué carga con él en el vehículo, su sola visión ya les provoca temblor.

En todo caso, parece que esa mañana no verán ni al uno ni al otro. Hay que caminar por la carretera solitaria hasta Tres Esquinas y atravesar hacia el centro del pueblo para llegar a la escuela. La luz de la mañana apenas disipa las sombras de la noche que se retira renuente. Tienen los pies mojados. Se toman un momento para secarlos lo mejor que pueden con los pañuelos de algodón, donde sus madres han bordado sus iniciales, y cambiar las chalupas de caucho por calcetas y zapatos. Las chalupas las fabrica el papá de Naty con la piel de llantas viejas. Para ahorrar. Los zapatos se compran con el sudor de la frente y la espalda de sus familias cuando labran los campos para el patrón, por eso hay que cuidarlos. Se les permite trabajar un pedazo de tierra, pero hay que pedir prestada la herramienta y la semilla, cuyo valor les es descontado de su parte de la cosecha. Así, al final de la temporada, el patrón se lleva el cincuenta por ciento de la ganancia más el pago de los préstamos. Naty ha visto a su padre llorar de impotencia escondido entre los paltos adonde se retira después de sacar las cuentas. Hay ocasiones felices, sin embargo, en que gana suficiente para subsistir bien todo el año. Gracias a Dios, tienen una vaca.

Sofía es coja. Tiene un pie doblado hacia adentro, dicen que producto de la poliomielitis que sufrió de bebé. Se queja cada cierto trecho. Las dos tienen casi la misma edad, Naty la supera apenas por un par de meses, y además de parientes, son vecinas; les basta atravesar la puerta de palos que divide precariamente ambos predios para reunirse y emprender la marcha de todos los días a la escuela. La gente está despierta a esa hora, muchos ya han partido hacia el campo. Ese día también perdieron la carreta del fundo que recoge la leche y que podría haberles acercado al pueblo. Las casas tienen luz adentro, velas o lámparas de carburo. Tienen permiso para pasar por las chacras, meter los pies desnudos en las acequias con los zapatos colgando de los cordones por el cuello y las chancletas en la mano. Doña Herminia les deja atravesar su patio para acortar camino. En el regreso a la hora del almuerzo, mientras se comen las ciruelas secas y la harina tostada que don Carlos les regala de su negocio, vuelven a pasar por la casa, respetuosamente, evitando alterar la rutina del hijo de doña Herminia que pálido, enfermo, a esa hora está sentado en una silla a la sombra de la galería. Nunca le han visto moverse de allí, ni siquiera ponerse de pie, solo coser y coser alpargatas sin levantar la vista de su trabajo.

De uno de los caminos interiores aparece una carreta. Escuchan el ruido de los cascos del caballo a sus espaldas antes de verla y en un primer momento piensan que puede tratarse del carretón lechero que ha salido más tarde desde la casa patronal y que creían haber perdido. El vehículo se bambolea al entrar en la carretera detrás de ellas y hace zigzag peligrosamente en los primeros metros. Son cuatro hombres, jóvenes todos, y están borrachos. No es el carretón lechero. El que lleva las riendas hace el ademán de tomar la dirección contraria a la que ellas llevan pero entonces se detiene, se arrepiente y comienza a seguirles el paso hasta colocarse a su lado acorralándolas contra la berma, entre la carreta y la pirca que limita el campo al costado del camino, mientras siguen andando.

Que por qué tan solitas, que dónde está su padre, que si no saben que es peligroso andar por los campos de esa manera a esa hora. Las dos niñas permanecen mudas con la vista al frente, fija en la carretera que ha crecido en longitud y parece ahora interminable. “Yo la conozco a usted”, dice uno. Naty mira de reojo y reconoce al que trabajó para su padre. Se fue por flojo y ladrón. Pero no dice nada y sigue caminando. Le toma la mano a Sofía para apurarla, pero la niña no puede. “Deje que la llevemos. A las dos. Mire que su amiga es cojita”. Alguno se ríe, medio ahogado en la botella que ha empinado recién. Naty sacude la cabeza en un decisivo “no”. Sofía está a punto de ponerse a llorar, el tobillo se dobla una y otra vez, no puede apurarse más. Se acerca un vehículo a lo lejos, destartalado, gruñendo por el centro de la pista, los rebasa poco a poco, a trompicones, la pisadera llena de hombres vestidos para el trabajo, las ventanas abiertas por donde asoman algunos sombreros femeninos: es la micro. Naty alza el brazo para hacer que se detenga. Un nudo le aprieta la garganta cuando ve que sigue de largo. No las ha visto. O tal vez sí y, como en otros días, no se detendrá porque va llena. La carreta aprovecha su distracción para acercárseles y uno de los borrachos le alcanza el pelo. Naty se apura hacia adelante y Sofía cae al suelo, incapaz de seguirle la carrera. Uno de los borrachos intenta bajar mientras el resto ríe ante su torpeza para llegar al suelo.

Y de pronto, metros más adelante, bruscamente, la micro se detiene. Las niñas y los borrachos miran. La micro retrocede. Naty levanta a Sofía tan rápido como puede, no quiere perder la oportunidad. Pero Sofía es bajita y rellena y tiene ese pie torpe que se niega a mantenerla en pie. Naty no se irá sin su prima, la espera y

reza para que la micro haga lo mismo por ellas. Entonces se da cuenta de que los borrachos están en silencio y ya no les prestan atención sino que miran hacia el chofer que se ha bajado de la micro y sostiene en su mano el garrote tan largo como su brazo. Atrás de él, el cobrador con las mangas de camisa arriba también espera junto a la puerta del vehículo. El mundo parece haberse congelado en ese instante; los únicos sonidos son el ronroneo de la vieja máquina detenida en la carretera y los queltehues que comienzan a saludar el día. Naty toma del brazo a Sofía y la ayuda a caminar hacia el vehículo. Los segundos se hacen eternos. En la puerta el cobrador les ayuda a subir y les dice: “Medio pasaje, no pueden sentarse” y ellas, como nunca, están de acuerdo con el reglamento.

El chofer sube tras ellas, a paso lento y sin abandonar la vigilancia amenazadora hacia la carreta. Cierra la puerta con el chirrido propio de la manivela y su manilla, y echa a andar la máquina.

PREMIOS NACIONALES

CÍRCULO

Enrique Ulises Silva Rodríguez (55 años)

Poeta

Coronel, Región del Bío Bío

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Yo era chico cuando el río se llevó a mi hermano. Nos dijeron que no, que era peligroso nadar allí, pero ni él ni yo les hicimos caso. Nunca hacíamos caso, éramos unos porfiados sin remedio.

Cuando pienso en ese día, vuelvo a ver el ojo del remolino en el agua por donde se fue el Nahuel.

Mi mamá tenía razón: la pelada, cuando llega, se lleva a uno y se lleva a dos, se lleva a tres, y a veces se los lleva a todos.

Y entonces un día ella enfermó. Llegó del campo como siempre por la tarde y no quiso comer. Se llevó su agüita perra para la cama y ya nunca más volvió a levantarse. Despertaba sin fuerzas y con tos. Una tos de perro. Por las noches escuchábamos ruidos y el llanto de un niño que salía de adentro de los muros y por el entablado en el piso. Y empezó a secarse, se fue secando, secando en su cama. Tenía el pellejo pegado a los huesitos, como una momia, cuando la enterramos al pie de un árbol en el cerro. Alguien más había muerto hacía poco. Se hablaba en voz baja de una rata emplumada, con cabeza de gallo y cuerpo de culebrón.

Recuerdo a unos brujos y a unas machis escarbando en los muros de mi casa. Pero no encontraron nada, nada de nada, ni rastros de magia negra. Nada. Nada de nada.

Yo no conocí a mi padre, sólo conocí a mi madre; y ahora mi madre estaba muerta. Y ella lo era todo para mí. Ella me enseñó a jugar al palín; y a reconocer el sonido de los cuatro puntos cardinales en el pellejo del cultrún. Ella me enseñó que todo es espíritu en el mundo. Espíritu el agua, espíritu las piedras y los árboles, espíritu los quiltros, el pasto, las gallinas y las vacas, espíritus el maqui, el viento y el relámpago.

Ella me llevó una mañana a la escolita. En la escolita yo aprendí la lengua del huinca. Mi mamá decía que yo iba a ser como Elicura cuando grande, que yo tenía el don de la palabra, que lo que yo decía se sentía, que lo que yo decía se veía con el corazón y con las tripas del alma.

Dos lluvias pasaron. Dos veces regresaron las abejas y el picaflor a la chilca; dos veces la zarza se llenó de moras. Y de repente una tarde me agarró la tos y una fatiga aterradora. Y ya nunca más me levanté de la cama. Me fui secando de a poco, como mi mamá.

Yo fui el último en morir en el pueblo. Los que no habían muerto incendiaron las casas y se fueron, se fueron lejos, muy lejos; y ya no quedó nadie para enterrarme.

Entonces mi alma se quedó unos días, sentada a los pies de la cama, mirando cómo mi cuerpo se llenaba de moscas. Después abrió sus alas y se fue volando. Mi cuerpo, o lo que quedaba de él, al verse solo, salió a caminar y se perdió en La Tierra de Abajo.

Desperté dentro de un huevo. Un huevo de culebra empollado por un gallo senil y de espanto. Después de romper la cáscara, me creció una cresta y me llené de plumas. Me convertí en un ratón, un asqueroso guarén con alas. Ahora me arrastro como un reptil y hago mi nido en el adobe de los muros o bajo el piso de las casas. Salgo por las noches y trepo por las patas de los catres, a chuparle la saliva a quienes duermen con la boca abierta.

Luego, lo de siempre, ya saben, el círculo: primero el decaimiento, después la tos, una tos seca, de perro; y finalmente la muerte: el viaje a La Tierra de Abajo, hasta convertirse en el Colocolo.

PREMIOS NACIONALES

HERENCIA FAMILIAR

Carolina Alejandra Mella Vidal (21 años)

Estudiante

Temuco, Región de La Araucanía

Premio especial Mujer Rural

Estas son mis manos, rojas de tanto apretar la cadena del perro cada vez que viene gente a la casa, esta, la del campo, la que un día mi mamá levantó con ayuda de un personaje que le puso color a su vida, así, con valentía y todas sus utopías por delante, tomó su coraje, un gualato, carretilla y partió a construir lo que sería eventualmente su hogar, ahora llamado mi hogar. Y necesariamente sus pasos se convirtieron en mis andanzas, mostrando mi rostro con orgullo, el necesario porque en el campo se valora más a una mujer que escapa de las cadenas del machismo que al macho que se hace respetar a costa de alcohol y golpes. Mi madre me enseñó con determinación cada espacio del hogar, cuánta sal se le colocaba al pan y cuánto amor se entregaba a las melgas de ajos y papas, tomó mis manos a los cinco años y me dijo que con ellas podría hacer crecer personas y plantas, que los viajes se podían postergar por un reencuentro con el ser en el monte buscando leña, que vale más la tranquilidad del campo que la exaltación de la urbe. Por eso mis pasos toman en cuenta sus enseñanzas, ellos, elegidos cautelosamente para que cuando llegue el momento de volar pueda sonreír y decir sin el temor de unos ojos llorosos que he dado pasos por el limbo, siempre salvada por un infierno, ese que vivió mi madre y del cual puedo rescatar ese amor por la tierra, pues no importa con cuánto daño te pagan sino cómo abonas tus huellas para lo que será tu sangre en diez años más.

Debo mencionar que he visto grandes héroes intimidados por la mirada de alguien, pero lo que llevo grabado es esa guerrera innata que cada sureña lleva en el lomo, mujer de campo que carga leña, agua o comida para abastecer el hogar. Y aunque parezcan cuentos, mis manos rojas siguen sujetando con fuerza la mano de mi madre, pues soy una convencida de que mis pasos van detrás de los suyos.

PREMIOS NACIONALES

MAMÁ

Consuelo Rivas Valenzuela (37 años)

Dueña de casa

Contulmo, Región del Bío Bío

Mención especial del jurado premio especial Mujer Rural

Rina Salas era la mayor de siete hermanos huérfanos. Tenía dieciséis años cuando una vaca pateó a su padre en la cabeza tan fuerte como para mandarlo al otro mundo de inmediato. La leche del balde se tornó rosada y estuvo cuatro días al pie de la vaca, hediendo y cuajándose mientras se celebraban los servicios fúnebres.

Acostumbrados a vivir de acuerdo a las circunstancias, los hermanos Salas se adaptaron rápido al nuevo orden de las cosas, de la misma manera como lo habían hecho tres años antes, cuando su madre murió en el parto del hermano número siete. Así, Rina Salas se transformó en la autoridad indiscutida del hogar.

Su día empezaba a las cinco de la mañana, cuando se levantaba a ordeñar a la misma vaca que había matado a su padre sin ningún rencor. Volvía con la leche tibia a preparar el desayuno a sus hermanos, el que consistía casi sin ninguna variación en porotos con riendas, tortillas con grasa de choncho y la leche fresca. Solo en ocasiones especiales se permitían agregar chicharrones. Aunque parezca sorprendente, esta dieta no causaba ningún estrago en la salud de Rina ni de los demás niños.

Cuando el desayuno estaba listo, los despertaba uno a uno suavemente pero sin ternura, remeciendo un poco el hombro que se asomase de las dos camas que compartían cinco hermanos. Ella tenía la regalía de dormir con el menor. Los niños no tardaban en incorporarse y vestirse rápido para pasar el frío y correr a la cocina hambrientos. Ya eran las seis y estaban con el tiempo justo para zamparse el desayuno, lavarse la cara con un agua de vertiente extremadamente fría y partir al colegio a una hora de camino.

Rina no había terminado el colegio, cuando aprendió a leer y a escribir su padre consideró que su educación era suficiente y que más ayudaría a su madre en las labores domésticas y de crianza. Le gustaba el colegio sobre todo por la leche con sabor a frutilla y unas galletas secas bañadas en chocolate, pero no dijo nada. Aprendió de su madre copiando cada gesto automático de las labores domésticas; hacer el fuego, pelar papas, lavar los paños de las guaguas; ni siquiera recordaba la voz de su madre dándole algún tipo de instrucción, sólo los gritos el día del último parto y después el silencio. Su relación con los niños no era muy distinta.

Cuando los niños ya se habían ido, abrigaba bien al más chico y salían al campo. Nunca lo dejaba solo. Soltaba a la vaca y al ternero para que pastaran en el potrero, alimentaba a las gallinas con el maíz que

ellos mismos cosechaban, limpiaba la huerta de malezas y sacaba lo necesario para la comida, les daba los restos a los chanchos. Hacia el mediodía, volvían a la casa. Almorzaban lo que había quedado del desayuno. Limpiaba la casa, hacía las camas, barría con su escoba de ramas. A esa hora el niño generalmente se dormía. Entonces Rina avivaba el fuego que nunca se apagaba, cebaba un mate, encendía la radio a un volumen casi imperceptible y se sentaba en la cocina a mirar por la ventana cuando llovía o en un tronco que tenía afuera para esos efectos cuando salía el sol.

Ahí salía su voz; cantaba muy bajito para no despertar al más chico. Entonaba esas letras que hablaban de amores turbulentos, perdidos, desgarros del alma que hubiera querido sentir. Y se imaginaba que alguno de sus compañeros de escuela, que ya serían hombres, viniera a buscarla para sacarla de esa vida que la aplastaba y se la llevara lejos, más lejos que el único pueblo que conocía, donde no hubiera hermanos, ni padres muertos, ni tantas cosas que hacer día tras día. Entonces, por sobre la música suave, oía el crujido de su catre y luego un caminar leve hasta la cocina y alguien que la llamaba mamá.

PREMIOS NACIONALES

REENCUENTRO DE UN MAÑUM

Romina Landerer (28 años)

Escritora

Villarrica, Región de La Araucanía

Premio especial Pueblos Originarios

Ese día desperté enojado, llevaba una semana con mi pierna enyesada y tomando infusiones de plantas. “Es lahuen¹, cuando yo tenía doce años me quebré igual que tú y con lahuen me sané”, me repetía todos los días mi abuela para que me tomara su remedio. Estaba cansado de estar encerrao, así que me levanté, tomé un palo de escoba pa apoyarme y salí pal Calafquén. Al rato de andar, una bandada de bandurrias pasó cotorreando sobre mí. Esa es buena señal, pensé. Pero me estaba costando seguir, el bastón no me ayudaba y el cuerpo me pesaba. En medio de un sendero, me senté a descansar. Fue un largo tiempo de silencio, hasta que escuché varias veces una carcajada que llamó mi atención, se me hizo graciosa, hasta el punto de hacerme reír. Me levanté y seguí el sonido de la risa hasta llegar al patio de una casita de madera escondida entre maquis, arrayanes, hualles, peumos, coihues y dos grandes araucarias. En medio del lugar, ardía un imponente fuego, con una parrilla encima y una humeante tetera sobre ella. A su lado yacían varios mates y a un costado, leña amontonada junto un grueso tronco de viejo hualle, con un hacha en su corteza incrustada. A los alrededores, varias sillas de madera recién hechas, de todas formas y tamaños. Más lejos, bajo un techo, destacaba una mesa repleta de herramientas, lápices, huinchas, pinceles, pinturas, lijas y más. Al ver este lugar recordé a mi abuelo que partió, lo eché de menos, me di vuelta a mirar el volcán, mi abuela dice que allá, al Ruka Pillan², van quienes ya no están. Estaba sumergido en mi recuerdo cuando una gangosa y fuerte voz exclamó: “Mari mari”³. Al darme vuelta, me encontré con un abuelo muy vital. Lo miré, me paré derechito y contesté: “Mari mari, chachai⁴, qué firmes sus sillas. Yo andaba paseando nomá y me topé con su risa que me dio risa, así que me acerqué pa saber de quién venía. Me llamo Kalfu⁵ Newen⁶”. El abuelo sonrió. Era alto y macizo, tenía los pelos largos, entrelazados y grises, y una pronunciada barba del mismo color. Tomó un mate y, sirviendo agua en él, me invitó a matear diciendo: “Huencho es el mío”. Hablamos buen rato junto al fuego, me preguntó por mi pierna, le conté que siempre he sido buen escalador, pero que

¹ Lahuen: medicina (nota del autor).

² Ruka Pillan: casa de espíritus (nota del autor).

³ Mari mari: hola (nota del autor).

⁴ Chachai: abuelo (nota del autor).

⁵ Kalfu: azul divino (nota del autor).

⁶ Newen: fuerza (nota del autor).

ese día algo pasó, algo pisé mal o algo me falló, que caí desde lo más alto de un coihue. “Pichiwentru⁷, no hiciste caso al puelche⁸”, me retaba después mi abuela una y otra vez. El abuelo, con tono serio y mirándome con sus negros y achinados ojos, me dijo: “Las lamien⁹ hablan harto, uno a veces no les entiende naa, pero basta con escuchar, porque siempre traen una verdad. Si hay puelche, hay que respetar, mejor quedarse guardaito en casa pa no lamentar. ¿Y por qué no fue al componeor de huesos?”; preguntó. “Es que mi mama no sabía dónde encontrarlo y mi abuela ese día no estaba, así que desesperá me llevó al hospital nomá”. Mi voz se ponía quebradiza al recordar, sobre todo porque esto de estar con la pierna mala no me dejaba pasear, escalar ni nadar. Al verme triste, el abuelo tomó unos leños y mientras los echaba al fuego para avivar al calor, exclamó: “Todo en la vida es pa aprender a crecer. ¡Ahora a trabajar!”. Luego se dirigió a su mesa y escogió herramientas que fue dejando a un lado. Fueron hartos minutos de observarlo. Me sorprendía su vitalidad. Sentía que estaba frente a alguien joven, pero al acercarte podías ver profundas arrugas sobre su morena y brillante piel, que parecía tan fuerte y gruesa como la tierra, más todavía sus manos, que dejaban ver el paso del tiempo y del trabajo por medio de callos, cicatrices y sequedad. “Poner las manos en la tierra es importante, peñi¹⁰, hay que sembrar, cultivar y cosechar”, decía el abuelo. Al cabo de un rato el mate se acabó y un newen bien grande me entró, el abuelo haciéndome un gesto me llamó. Al llegar a su lado, me dio una palmada en la espalda diciendo: “¡Ríase un rato y ayúdeme a trabajar en un regalo bien especial que le quiero hacer a un peñi!”. Me emocionó que me invitara a ayudarlo, así que con harto esmero fui siguiendo todas las instrucciones del abuelo. Mientras trabajábamos, me habló de la alegría que trae al piuke¹¹ la tierra y la familia. Me contó chistes e historias, algunas de los vivos, otras de los muertos. Me contó grandes cosas sobre ñen¹² ketral¹³, ñen mapu¹⁴, ñen kuruf¹⁵ y ñen col¹⁶; y otras grandes cosas sobre Tren Tren¹⁷ y Kai Kai¹⁸... Pero esas historias no se cuentan en cuentos, por respeto deben contarse de boca en boca. Mucho es lo que aprendí. Llegada la tarde exclamé: “Sabe, peñi, me voy a sacar este yeso y voy a ir al componeor de huesos”. Animado, el abuelo respondió: “¡Felei!¹⁹ Yo conozco a uno, pero tiene que caminar harto pa allá, pero lo compone bien compuesto”. Al escucharlo, pensé ¿cómo llegar si apenas puedo caminar? De pronto don Huencho dijo: “Oiga, peñi, ¿todavía no ve lo que hicimos?”. Había estado tan atento escuchando sus relatos, que ni cuenta me había dado del par de maderos que habíamos estado lijando. Al mirar bien: “¡iii Unas muletas!!!”, grité. “Ahora tómelas y vaya a arreglarse esos huesos, cuando ande bien, regáelas a alguien que las necesite”, dijo. Me indicó cómo llegar donde el componeor, y quedamos en que volvería por unos mates y a ayudarlo con la siembra. Ahora mi kalfu y su newen estaban listos para crecer. “Chaltumay²⁰”, le dije al abuelo. “Mañum²¹”, respondió él.

⁷ Pichiwentru: hombre pequeño (nota del autor).

⁸ Puelche: viento Este (nota del autor).

⁹ Lamien: hermana (nota del autor).

¹⁰ Peñi: hermano (nota del autor).

¹¹ Piuke: corazón (nota del autor).

¹² Ñen: elemental (nota del autor).

¹³ Ketral: fuego (nota del autor).

¹⁴ Mapu: tierra (nota del autor).

¹⁵ Kuruf: viento (nota del autor).

¹⁶ Co: agua (nota del autor).

¹⁷ Tren Tren: serpiente de tierra (nota del autor).

¹⁸ Kai Kai: serpiente del agua (nota del autor).

¹⁹ Felei: de acuerdo (nota del autor).

²⁰ Chaltumay: gracias (nota del autor).

²¹ Mañum: principio de reciprocidad (nota del autor).

PREMIOS NACIONALES

LA RUTUCHA DE MI HERMANO

Cristina Michelle Mamani Cabrera (31 años)

Kinesióloga

Arica, Región de Arica y Parinacota

Mención especial del jurado premio especial Pueblos Originarios

Mi nombre es Mallku²², tengo seis años. Vivimos en Chapiquiña, junto a mis padres y Khunu²³, mi hermanito de dos años. Un día, mientras jugábamos con nuestra vicuñita, se nos acercó una señora afuerina y me preguntó si mi jilata²⁴ era niño o niña.

—Es yuqalla²⁵. —Me miró sin comprender—. Niño, igual que yo —añadí.

—Qué extraña costumbre indígena mantener así de largo y sucio su cabello —me respondió, alejándose.

Al volver a nuestra uta²⁶, me quedé recordando que nunca habían cortado el ñik'uta²⁷ de mi hermanito.

—¿Por qué no lavas y cortas su pelo para que lo tenga bonito como el mío? —pregunté a mamá.

—No, cariño, sólo hasta después de la Rutucha²⁸.

—¿“Rutu” qué?

—Escucha, Mallku, al igual que tú, la wawa²⁹ es aymara, y su ñik'uta es sagrado para nosotros. En la Rutucha sus padrinos cortarán por primera vez su cabello, y sólo después podremos lavarlo y cortarlo como queremos.

²² Mallku: espíritu de las montañas (nota del autor).

²³ Khunu: nieve (nota del autor).

²⁴ Jilata: hermano (nota del autor).

²⁵ Yuqalla: niño (nota del autor).

²⁶ Uta: casa (nota del autor).

²⁷ Ñik'uta: cabello (nota del autor).

²⁸ Rutucha: ceremonia aymara del primer corte de cabello (nota del autor).

²⁹ Wawa: bebé (nota del autor).

Un día los padrinos Aniceto y Josefina llegaron a casa para iniciar la ceremonia. Khunu muy contento se dejó cortar el primer mechón por el ichu tata³⁰, luego su ichu mama³¹, mis padres y por todos los miembros de la comunidad. Así, por cada mechón de pelo iban dejando billetes sobre las hojas de coca repartidas en el awayu³².

¡Nunca había visto tantos! ¡Creo que mi hermanito es millonario!

Los invitados, felices, brindaron en honor a mi jilata, comimos mucho y danzamos hasta que el sol se quiso ir a dormir.

—Este dinero servirá para criar a la wawa. ¡Cuántas bendiciones para nuestra wila masi³³! —exclamó mamá.

—En buena hora —añadió papá.

—¡Jallalla!³⁴—grité feliz.

³⁰ Ichu tata: padrino (nota del autor).

³¹ Ichu mama: madrina (nota del autor).

³² Awayu: tejido aymara (nota del autor).

³³ Wila masi: familia (nota del autor).

³⁴ Jallalla: que sea en buena hora (nota del autor).

PREMIOS NACIONALES

ALUMNO DE HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

Nicolás Andrés Meneses González (25 años)

Profesor

Buin, Región Metropolitana

Premio especial Profesor Rural

Querido profesor:

Quería escribirle, hace mucho tiempo. Sí, a usted que, a sus diecisiete años, ya había egresado del Pedagógico y nos venía a hacer clases a este pequeño pueblito sin fecha de fundación, llamado Linderos. Pueblito que, por tener un molino, tenía también una estación de trenes donde usted se bajaba de lunes a viernes, cruzaba la plaza y llegaba a nuestra, en ese entonces, escuela. Los demás profesores nos enseñaban a varillazo limpio, pero usted no. Intentaba, en la medida de lo posible, formarnos una visión estética de la vida, aunque aún no sepamos muy bien qué quiere decir eso. La filosofía, el arte y la literatura pasaban a segundo plano en la escuela, no fueron más que un instrumento para enseñarnos a leer y escribir, aprender la diferencia entre lo bueno y lo malo y lo que, en algunos casos, significa ser hombre, ¿quién iba a necesitar saber quiénes eran los filósofos humanistas, los poetas franceses, los pintores costumbristas? Si después de salir no llegábamos a casa a otra cosa que no fuera ayudar a nuestros padres a volver a casa borrachos de vino, cegados por el alcohol, los amigos y la violencia.

“Fue allá en el pueblo y en la escuela que se abrió como una novela”. El primer verso de su primer libro. “Diez cazadores movieron el cielo cayeron los pájaros como frutos”. Versos de amor a quién sabe quién. Nunca me ha gustado meterme en la vida privada, de nadie. Cuando supe que ese libro lo había escrito usted, cuando leí esos versos, vi los dibujos de Nora Borges, pensé que se había inspirado en Linderos, que los viajes en tren de Santiago y el paisaje mutante de la provincia le habían flechado la imaginación. Casas coloniales y palmeras, muchachas con trenzas, la iglesia, los pájaros cayendo como frutos. No leí el libro, lo admito. Nunca fui bueno para eso, usted sabe. Solo veo los dibujos, una y otra vez, y trato de adivinar qué es lo que usted vio que nosotros no. Dónde está el aventurero, por qué escribe de amor, de la Cruz del Sur. Las montañas que parecen volcanes, dioses zoomórficos, paisajes desérticos, la Reina de Saba sentada sobre una montaña que parece un camello, ¿por qué no escribió de los niños del campo, de la precariedad de las escuelas rurales, de las ojotas, de la brutalidad de los profesores? Pero tal vez me equivoque. Quizás lo hizo y ninguno de nosotros, sus primeros alumnos, lo leímos. Quizás estemos inmortalizados en alguno de sus versos y no lo sabemos, ¿qué por qué le escribo esta carta? Para saberlo. Saber si estamos, al menos, en su caligrafía.

Si me pregunta, ahora, qué creo que es la poesía, le diría que no tengo idea. Cuál es mi profesión, ¿pues campesino!, pero apartado de sus tierras, es decir, temporero. Todavía en mis ojos resplandece la Reforma Agraria y se apaga como el carbón en el brasero. Los riachuelos tienen los mismos ademanes de siempre. La escuelita en la que nos hizo clases, la misma sala con niños de todas las edades, ahora es un liceo con el nombre de un curita cuya iglesia se hizo cargo de educar a los niños, Francisco Javier Krugger se llamaba. Linderos sigue siendo la misma calle recta que termina en el cruce Bascuñán, en el límite con Paine. En vez de carretas y caballos, ahora las liebres nos llevan a los fundos y viñas, donde nuestro arte de raleo, cosecha y embalado sigue siendo mal pagado. La brutalidad de nuestros padres no se la heredamos a nuestros hijos, pero la aprendieron de otro lado.

Pero le miento. La verdad sí leí su libro. Tuve que repasarlo, igual que la Biblia, muchas veces, para entenderlo. “Descienden las carretas apenas con el cielo a cuestras” o “El temporal tira la rienda de los vapores perdidos” o “Buscaba permanente aquí está un canasto vacío”. Me los sé de memoria, pero si me pidiera explicárselos, no sabría cómo. Pasan como respuestas a las cosas que me pasan. Ya le digo que no me gustan esas cosas de amor. He visto tantas teleseries mexicanas que me parecen hasta torpes sus palabras o mejor dicho “Hacia allá mi obstinación se refleja guerrera”. Creo que eso lo explica, pero no sabría justificarlo. Lo ve. Ya estoy viejo “La primavera detuvo su venta”. Mi esposa murió y mis hijos hicieron su vida “Qué digo qué canto es mi soledad desgraciada”, pero me mantengo igual, apegado a mi trabajo y mi pueblo “Por ti mujer naturaleza del amor ahí descanso”. Entiendo, tal vez no me pueda responder, es usted un señor letrado y muy ocupado. Pero a la vieja usanza, le escribo para para agradecerle con sus propias palabras: “Un volantín parado al borde del cielo comienza a cantar”. Cuando me dijeron que tenía cáncer, pensé en usted, El aventurero de Saba entonando mi Réquiem.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LA MUERTE DEL PERRO

Juan Jacobo Tancara Chambe (45 años)

Cantautor

Arica

Primer lugar regional

Mi madre hizo ahorcar al Bobby para no dejarlo botado en el pueblo. Mi madre tenía mucha pena... No quería matar al Bobby, pero tampoco deseaba dejar al animal en el pueblo para que la gente lo explote... “Es un güen perro, arrea bien a las ovejas, pero no lo podemos llevar... ¿Dejarlo pa que lo apaleen, lo pateen y encima sin comida? ¡Nooo! Cuando no es perro propio abusan poh”. La Charquilla estuvo algún tiempo acompañando al abuelo. “Pobre animal”, dijo mi padre acerca del can cuando retornó de su viaje. Contó que el animal iba y volvía, una y otra vez, a la casa abandonada, o que iba a ladrar al potrero, donde ya no estaba más alguno de nosotros, pues, al parecer, todos y todas decidimos partir rumbo a la ciudad... El abuelo tuvo que irse a Caquena³⁵ y el chucho se quedó con la gente, no se sabía exactamente con quiénes, pues no quiso seguir al abuelo... El Bobby era el perro regalón de mi madre, ella lo había tenido desde cachorro.

Ella contrató a un hombre, quien puso una rugosa sogá al cuello del animal, este seguía tan confiado como siempre... En casa o en el potrero sacaba su lengua y fijamente nos observaba para ver si en algo podía ayudarnos. Miraba como si fuera una persona, tan solo quería jugar con nosotros, especialmente con Luis Gonzalo y conmigo... Cuando le sobábamos la cabeza, su cola se movía de un lado para otro como si estuviera echando vientos. Estiraba su lengua y mojaba manos y dedos. Movía su cabeza y ojitos despacito, de un lado a otro, esperando que lo mimásemos. El Pedro magreaba su cabeza y orejas, y el Bobby se sentaba a su lado achinando los ojos y alargando aún más la lengua... La sogá pasó por el tronco tordo de un eucalipto perdurable -como eran todos los del lugar.

El cuello del animal fue presionado abruptamente. El hombre jaló la cuerda sin darle tiempo para nada. El Bobby no pudo darse cuenta de lo que estaba pasando. Por instinto trató de luchar por su vida, pero no hubo caso, ya era muy tarde. ¿Cómo sacarse la sogá del cuello que le dejaba sin respiración? Lo intentó con las patas, pero fue muy difícil para él... El Bobby se portó dócil cuando su dueña le ordenó gritándole: “¡Ya, Bobby, quédate ahí, tranquilo!”. Quizás pensó que era una orden más de las muchas que le daba su dueña en el campo, cuando se encargaba de las ovejas y las perseguía sin motivo... El hombre no soltó la sogá en ningún momento. Continúo tensándola hasta no poder. Hasta asegurarse de que el perro ya no respiraba.

³⁵ Caquena: caserío a más de cuatro mil metros de altura, al extremo norte de Chile, frontera con Bolivia (nota del autor).

Los ojos del Bobby finalmente se perdieron. Ya no reflejaban las luces. En vez de eso se tornaron pedazos de vidrios parcos.

El Bobby a veces me lamía la cara, su mirada me sacaba una sonrisa. Siempre tenía ganas de jugar, de lamer o comer. Cuando abrazaba al tuso mi pecho se llenaba de regocijo. El Bobby no cesaba de achinar sus ojitos hasta cerrarlos y adherir sus orejitas a su cabeza... Mi madre lloraba disimuladamente. No encontró otra manera. No pudo envenenarlo, no se atrevía, de haberlo hecho el Bobby hubiese muerto a pausa, dando un mustio y horrendo espectáculo, quizás, pensaba ella, mucho peor del que había presenciado. No osó matarlo con sus propias manos. No se imaginó estar ella misma poniéndole el cordel alrededor del cuello, además, para hacerlo había que tener mucha fuerza para no soltar la maroma y medio ahogarlo, eso sería peor, creo que pensó. Tampoco podía dejarlo tirado en el pueblo. Muchas cuitas esos días la embargaban. Sus alegres cantos matinales se habían estado sumergiendo en un fango lento y pesado, aquella poza a la salida del camino que emergía de La Barranca, donde el lodo se mezclaba con el pasto a los pies de un árbol vuelto carbón, sobreviviente de un incendio provocado por los militares...

Al Bobby lo sacrificaron en el campo. El lugar estaba poblado de eucaliptos. Fue cerca de Ancache... Los eucaliptos desparramaban sin pausa y displicentes sus hojas plomas y, además, sus semillas en forma de trompitos. Fue un medio día, mi madre en vez de ver la escena agachó la cabeza y miró aquel suelo repleto de brácteas. Ese día llevaba su sombrero de paja y mucha vacilación en sus gestos... No estoy seguro, pero parece que desde ese momento se volvió una mujer llena de temores.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL ABUELO UWASA

Héctor Manuel Jesús Morgado Gamez (54 años)

Asistente social

Camarones

Segundo lugar regional

Mi abuelo se arrellanó en su sillón preferido de mimbre y encendió su añosa pipa. Se inclinó y dejó su sombrero de paño ajado por el tiempo en la mesita de centro. El pantalón gris a medio arremangar y la camisa blanca le daban una apariencia de escolar que contrastaba con las raídas ojotas envejecidas por los años y su rostro curtido de hombre de campo. En el patio de su casa, de material adobe y piso de tierra, doña Amalia, su mujer, cocinaba pan en el horno de barro que daba calor al hogar en aquella humilde morada ubicada en el valle de Codpa. Corriendo me acerqué y le mostré una docena de piedras con aguzada punta, hechas de algún material antiguo. Le confesé que las encontré en el viaje que realizamos, el día anterior, a la playa, cerca del poblado de Cuya; en aquella vieja, pero noble camioneta americana de una cabina con barandas de madera. Mi abuelo se acercó para mirar con sus lentes aquellos objetos que traía en mis manos. Me invitó a sentarme, cruzó las piernas y luego de aspirar su pipa expulsó una bocanada de humo, y aún recuerdo que me dijo:

—Mi pequeño amigo, lo que has encontrado pertenece a una antigua cultura que habitó la zona norte: se llamaban chinchorros. Ellos vivieron en la costa y lo que tienes en tus manos son puntas de flechas que se usaban para cazar y también tienes allí anzuelos elaborados a partir de conchas marinas, porque si las miras, tienen una apariencia de anzuelo, ¿te fijas? —me preguntó y yo asombrado asentí. Luego, continuó diciendo: —Debemos cuidar y proteger estos utensilios que han resistido terremotos, la erosión del viento y de aquellos que las sacan para venderlas. Yo sé que tú lo hiciste sin ninguna mala intención y sólo actuaste bajo la curiosidad y el desconocimiento. De hecho, este valle está repleto de sitios arqueológicos. Por ejemplo, en el sector bajo de Cerro Blanco hay petroglifos que representan figuras humanas, animales, el sol y la vida cotidiana de las personas que habitaron este valle.

—Abuelo, ahora tengo claro que debemos cuidar estas cosas. ¿Y las tradiciones también, como me dijiste una vez?

—Así es, mi muchacho. Las tradiciones son el legado que nos han dejado nuestros ancestros. Las debemos preservar siempre. Es la razón por la que cada año hacemos el Pisa pisa en el lagar de la casa. Para transformar la centenaria uva negra de Codpa en mosto fresco y aromático y que la guarda de meses la convertirá en el vino ajerezado tan exquisito que conocemos. Por cierto, todo gracias a la Pachamama³⁶. Bendita sea.

—Abuelo, ¿por qué te dicen Abuelo Uwasa? —le pregunté intrigado y me respondió con sonrisa afectuosa:

—Es que uwasa en idioma aymara significa uva. Resulta que siempre fui el primero en la vendimia, el primero en la molienda de la uva y el primero en empinar el codo con el vino Pintatani y también... Bueno... también porque los pesados de mis vecinos me encontraban cara de uva. Aunque yo creo que, ahora, tengo más cara de pasa que de uva.

Aún recuerdo que reí a carcajadas con la confesión que me hizo mi abuelo. Días después, llevé la tarea que nos había pedido la profesora. Levanté la mano en la sala y fui el primero en leer mi composición sobre la importancia de cuidar y difundir el patrimonio cultural del valle de Codpa. Cuando me iba a sentar escuché aplausos y miré por la ventana, y a lo lejos pude ver a mi abuelo que, bajo un agobiante sol de mediodía, estaba con tres vecinos dentro del lagar abrazados pisando la uva. En una silla, casi al borde, otro vecino cantaba guitarra en mano.

Hoy, veinte años después, estoy aquí. En mi pueblo. En la misma sala. Ahora bellamente remodelada y exponiendo, como antropólogo, a alumnos de cuarto medio del liceo sobre el patrimonio arqueológico del valle. No puedo evitar desviar la mirada hacia la ventana. Tal vez podré ver la silueta de mi Abuelo Uwasa con sus amigos dentro del lagar y el sonido de la guitarra envolviéndolos mientras todos cantan. Pero el lagar está vacío. Como también lo está la casa de adobe añosa y solitaria a la vera del camino de tierra. Lo único que se puede ver es una mesa polvorienta y sobre ella una pipa y un sombrero de paño sin su dueño.

³⁶ Pachamama: Madre Tierra en idioma aymara (nota del autor).

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

PUCHÁH, EL JOVEN-NIÑO

Lidia del Carmen Bartolo Guerrero (70 años)

Profesora

Arica

Tercer lugar regional

Víctor Guerrero, más conocido como Vitoco, posó suavemente la picota sobre un montículo de tierra, como si esta fuera un cristiano de carne y hueso. Para él no era un trozo duro de metal sino su fiel compañera, la que le permitía herir la costra dura de la tierra y aflojar bolones de caliche. Cuando él clavaba con fuerza el fierro en la tierra, no salía de ella “harina de la luna llena”, como en el canto de Neruda, ni “jazminero de flores enterradas”. Faltaba mucho trabajo y esfuerzo para que los bolones color café rojizo se convirtieran en jazmines o en harina.

Se sentó sobre otro montículo y se pasó por la frente el dorso de su mano morena llena de polvo, se enjugó la transpiración que corría sin freno desde su cabello hacia la cara y entrecerró sus ojos para aclarar la vista y aliviarlos un poco del ardor que provocaba la chusca que los hería en cada golpe de picota. Con la mano haciendo de visera oteó el horizonte tratando de encontrar entre las calicheras algún bulto que pareciera humano. Desde el cielo un disco amarillo parecía aplastarle la cabeza y quemarle los sesos; a un costado sólo veía un par de jotes que volaban distraídos y, de cuando en cuando, descansaban en alguna piedra. A su derecha se veía imponente la chimenea de la casa de máquinas y, aunque desde donde estaba Vitoco no se veían, se podía adivinar que muy cerca de la chimenea había un racimo de casitas de calamina donde jugaban niños y cocinaban las sufridas mujeres, esposas de calicheros. Por más que forzó sus ojos, no vio ningún bulto que se pareciera a Pucháh.

Pucháh era un joven-niño muy servicial, al cual todos acudían para hacerle algún encargo. “¡Pucháh, anda por favor a comprarme carbón a la pulpería!”, “¡Pucháh, ayúdame a sujetar esta escalera para subirme al techo!”. Él ya sabía que esa era su misión en la vida porque a duras penas había completado el cuarto primario y su familia y sus profesores habían decidido que ya bastaba de sufrimiento. Pucháh había cumplido religiosamente con ir cada día a la escuela y hacer las tareas, especialmente las copias porque siempre lo felicitaban por su linda letra, pero los números “se le iban en collera”. Desde muy chiquito tuvo que ayudar a su mamá en las tareas de la casa porque era el mayor de siete hermanos llorones y peleadores. Pero cuando sentía que lo mandaban mucho, su reclamo era decir “pucháh, por qué siempre me mandan a mí”. De ahí quedó con el apodo de Pucháh.

Antes de volver a tomar su picota, Vitoco recorrió nuevamente la soledad de la pampa buscando la silueta de Pucháh. Recordó que al mediodía, cuando el chiquillo pasó con un encargo para un compañero que

hurgaba la tierra como cincuenta metros más allá, lo llamó y le dijo: “Pucháh, anda donde la Aurelia y dile que me mande una botella con tecito helado y un pancito con algo adentro porque hoy me voy a quedar hasta más tarde”.

Esa mañana y como cada mañana antes del amanecer, Aurelia, la señora de Vitoco, se había levantado a prepararle un desayuno de pampino: un plato de porotos cocinados el día anterior acompañados de los correspondientes huevos fritos y, como estaban recién pagados, unos choricillos arriba de los porotos y una taza de café con leche condensada. Mientras tanto Vitoco sacaba agua de la tina con un tarro, la ponía en el lavatorio de metal enlozado, adornado con una que otra saltadura y, soportando la gélida temperatura del agua, se lavaba la cara y lo estrictamente necesario. Para qué más si igual iba a quedar enterrado hasta los ojos cuando escarbaba la pampa buscando caliche de buena ley.

Después de secarse cuidadosamente con la toalla de saco harinero que una de sus hijas había bordado en la escuela, se puso la cota blanca confeccionada con el mismo material, la pañoleta al cuello que le ayudaba a protegerse del sol que pica muy fuerte al mediodía, y se calzó sus fieles calamorros. Esos sí que eran zapatos firmes, eran de suela y badana y, junto con los guantes, se los daba la compañía dueña de las salitreras.

Así, con la guatita llena, Vitoco fue rehaciendo el camino que ya sabía de memoria, que hasta parecía que conservaba la marca de sus pisadas y, en menos de media hora, ya estaba en su calichera, esa que encontró la semana pasada y que lo tiene tan esperanzado de sacar el suficiente caliche como para recibir un buen supe esta quincena. La Aurelia le había dicho que parecía que “estaba con encargo” y eso lo tenía contento y nervioso. Contento porque ¡por Dios que alegran la vida los cabros chicos! Pero pensar que será una boca más que alimentar es como para estar más que nervioso. En verdad ya están medio apretados de plata y de espacio; las casas que presta la compañía a sus trabajadores son chiquitas, tienen sólo un dormitorio donde duerme toda la familia y en el suyo ya no caben más camas. “Bueno, ¡en fin!, de alguna manera nos arreglaremos”, se dijo Vitoco mientras caminaba cuando aún no aparecía “el carè gallo” en el cielo azul/jacinto del amanecer.

Ahora, después de varias horas escarbando la tierra, siente que ya se le está agotando la energía que aportó el desayuno, pero pensando en “el encargo” de la Aurelia, no puede pensar en descansar.

“¿Por qué se demora tanto este cabro de porquería? Hace más de una hora que debería haber llegado. Quizás no encontró a la Aurelia”. Eso y mucho más se decía Vitoco cuando de repente, al levantar la cabeza para ver bien dónde enterrar la picota, vio una figura humana caminando apuradita y con la cabeza gacha para esquivar el relumbre del sol.

—¡Por fin! —grita Vitoco—. ¡Pucháh, aquí estoy! —Y le hace señas con la mano para que lo vea y se apure. Busca un lugar donde sentarse, con una piedra a su espalda para que le dé sombra se limpia las manos con su pañoleta y sonrío de gusto pensando en el sanguchito que le habrá mandado la Aurelia.

El joven se acerca rápidamente pero antes de llegar pone sus manos a modo de bocina y grita fuerte: “¡Ya llegué, Guerero!”. Así, tal como suena, porque él no podía pronunciar las rr. Corriendo los últimos metros, Pucháh le dice con voz potente: “Usted me encargó algo, Guerero, pero... ¿qué me encargó, Guerero?”.

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL CONDENADO

Héctor Jonathan Barraza Ahumada (32 años)

Kinesiólogo

Colchane

Primer lugar regional

¡Ceferino! ¡Ceferino! ¡Los llamos están muertos, Ceferino!, gritaba Nemesia con total desesperación. El anciano, de ojos achinados por el viento eterno de la cordillera, iba a su llamado con el corazón destrozado. Quería por un segundo idear que las palabras mencionadas por su mujer fueran solo especulaciones dispares o comentarios sin sentido. Pero no fue así, nada de eso sucedió cuando sus pupilas se encontraron frente a frente con los cadáveres. Exactamente tres pequeños llamos, de unos seis meses aproximadamente, estaban desparramados en el suelo, la sangre no se veía por ningún lugar, no había indicios de golpes ni lesiones en los cuerpos, todo era raro y casi fuera de lo común. Ceferino estaba atormentado, esas muertes se estaban repitiendo sin parar a lo largo de tres meses, y su ganado poco a poco estaba desapareciendo. Sabía en su ser que había hecho de todo para solucionar el problema: colocó trampas para los pumas, habló con los veterinarios e ingenieros agrícolas de su comunidad para ver si las muertes eran por causa de alguna enfermedad, contaminación o de algún tipo de plaga en el pasto de los bofedales, pero nada, todo salía normal en las investigaciones... El viejo, ya sin fuerzas y devastado por no entender cómo ocurrían las muertes de su ganado, se sienta sobre una piedra y comienza a llorar desconsoladamente. Su esposa inmediatamente lo abraza de extremo a extremo, lo aferra contra sus prendas y le menciona: “Tranquilo, viejo, mañana vendrán los niños, ellos nos dirán qué hacer”. Ceferino, con rabia en su rostro, le reprocha su comentario, esgrimiendo que sus hijos no pueden hacer nada. Nemesia, sin mayor resolución, toma por los hombros a su esposo y lo encamina hacia el hogar. Ceferino acepta involuntariamente y ambos emprenden rumbo hacia la casita de adobe ubicada en lo más alejado de la extensa pradera. Al entrar, la anciana prende fuego, mientras Ceferino se sienta en la banca aledaña a tomar un mate caliente y esperar que el frío de la noche indique la hora del bien merecido descanso. La plática entre ambos no es nada diferente, el tema está más que claro: la muerte de los llamos es lo que más importa en ese momento. Y, entre tanta indagación, Nemesia le dice a Ceferino:

—Viejo, ¿no te has dado cuenta que de todas las muertes solo han fallecido llamitos nuevos, de esos que están recién nacidos?

Ceferino, en un estado de lucidez, le dice a su mujer:

—¡Tienes razón, vieja!

—Y, además, cada llamo muerto no tiene ningún rastro de ataque. Eso, viejo, puede ser sólo una cosa...

—¿A qué te refieres, Nemesia?

—Al parecer, tantas conversaciones con tus nuevos amigos de la ciudad te han hecho olvidar nuestra cultura. Me refiero a que esto es por obra de algún condenado, aquí en Chulluncane hay condenados.

—¡Ay, mujer! Tú y tus historias de nuestros abuelos. Eso no existe, nunca hemos visto alguno. Y además somos los únicos habitantes vivos de este pueblo. Y si fuera un condenado, este hubiera aparecido hace mucho tiempo. Mucho tiempo...

—Al parecer no te acuerdas de lo que es un condenado, viejo fanfarrón... ¿No te acuerdas acaso de que hace justamente tres meses aquí en Chulluncane hubo un entierro?

—¡Sí me acuerdo, vieja! Y qué tiene que ver ese funeral con la muerte de los llamos.

—Ese cristiano enterrado no era de aquí, además se decía que el fulanito era un tipo de malos hábitos. Y que además lo enterraron en nuestro pueblo, porque ese malandrín no tenía familia.

—No te logro entender...

—Está claro, viejo. El finao, como era ladrón, apostador, capacito que en su vida hizo algún tipo de adulterio o maldad mayor, y a raíz de eso su alma aún esta penando por estos paisajes. Y es él el que se está llevando el alma de los llamitos, para alimentar así su dolor por ser un condenado.

—Ay, mujer, hablas puras estupideces... Eso es leyenda, mito popular.

—Pero entiende lo que te digo, viejo. Nada ha podido explicar la muerte de los llamitos, y tú sabes que los condenados buscan bebés y se los roban para alimentar su alma y poder seguir merodeando como alma en pena. Y como aquí ya no hay bebés, entonces está matando a nuestros llamos recién nacidos...

—Esto me supera, Nemesia. En verdad me supera, mujer. Anda a dormir mejor y esperemos, como me dijiste hace momentos atrás, a que lleguen los niños. Quiero distraerme un instante con ellos mañana. Y entre tanto pensamiento y desastre, creo que es hora de partir de este pueblo. De eso se hablará mañana como familia...

Nemesia, al escuchar esa sentencia, se cubrió en un escalofrío intenso desde su piel hasta su incertidumbre. No concebía vivir en una tierra que no fuera la suya. Ya tenía sesenta y tres años, y estaba acostumbrada a cada libertad que le entregaba su labor de tejedora y pastorera. Tenía en su piel los años más felices de su vida por el solo hecho de ser lo que era. Y ahora no le hacía gracia que, tras una reiterada muerte de llamos, su esposo quedara de brazos rendidos, solo esperando partir. Fue así como esa noche la anciana esperó a que Ceferino se quedara profundamente dormido, y decidió ir al cementerio de su pueblo con la intención de desenterrar al finado que, según ella, era un condenado. El hallazgo fue patético. Cuando la vieja sacó toda la tierra que tenía el fiambre, su intuición llegó a buen puerto: tal y cual como le habían contado su madre y antepasados, los condenados eran personas malas en la vida, que mataban, cometían adulterio...

Y este en particular cumplía con esos antecedentes. Lo impactante fue ver al moribundo enterrado boca abajo, seguramente para que el alma no exclamara auxilio y viviera para siempre en la tortura del silencio. A eso se sumaba que el susodicho tenía sus dientes llenos de tapaduras con oro, señal categórica, para el conocimiento de Nemesia, de que el diablo no lo dejaría en paz. La vieja sabía lo que hacía, todo lo que le habían comentado sus ancestros se estaba repitiendo en el escarbar de su curiosidad y valor. Y sin reparos, cogió el cuerpo del finado, lo dio vuelta y en el transcurso de la noche le quitó todo el oro de su boca, para que así su alma no tuviera cuentas pendientes con otros espíritus. Y le hizo una oración para que el cuerpo del desconocido descansara en paz. Nemesia esa noche, tras su labor, entendió que más que salvar su ganado, también salvó su vida, pues sus pies nunca dejarían Chulluncane, esa tierra que protegería hasta que sus ojos dejaran de brillar en el itinerante paso del sol y sus asombros.

REGIÓN DE TARAPACÁ

DIABLOS SUELTOS

Marcelo Sabino Moreira Alcota (43 años)

Artesano ceramista

Pozo Almonte

Segundo lugar regional

¡**T**an - Tan - Tantantán!

Hola, hijo, este año he agregado algunos cambios a mi traje de Diablo Suelto. ¿Recuerdas esa capa gastada, roja y larga, que se deshilachaba en sus puntas rotas? La mandé a Oruro para que le renovaran los bordados, hice agregar estrellas celestes, el color que te gusta. Me ofrecieron hacerme una capa nueva por el mismo precio, les dije que no era para Carnaval sino para la Chinita del Carmen de La Tirana y que a ti, hijito, siempre te había gustado mi capa.

A la entrada del pueblo está la Ñusta. Es una imagen muy bonita, llena de plantas y dibujos antiguos, pero solitaria. Los curas no la bendicen ni le rezan, pero vi que algunos Diablos Sultos como yo le han pedido permiso para bailar. Hijo, es muy linda y sencilla, ojalá pudieras conocerla, le hablé de ti. Luego seguí a un baile pequeño de Morenos Tocopillanos. Tocabonito, muy rápido, las cajas y los tambores. Con ellos hice la entrada, era de noche y hacía frío, pero no te preocupes: bailando entré en calor.

¡Tan - Tan - Tantantán! ¡Tan - Tan - Tantantán!

Hijo, ¿sabes? Este año ha hecho mucho calor y siento mi aliento más espeso, la máscara me ahoga un poco y no me deja escapar el sudor. No es como las grandes máscaras de las diabladas, la mía es pequeña, no sé porque te la describo si sé que tú la conoces. ¿Recuerdas cuando te la ponías y te molestaba el olor del sudor? ¿Te acuerdas, hijo?

Algunos turistas me han pedido que me saque fotos con ellos. Me molesta un poco, pues quiero seguir bailando. Pero cuando andan con niños como de tu edad, me alegra mucho, sé que te gusta jugar con ellos.

Ahora sigo a un baile de gitanos de Calama. Cuando yo tenía tu edad, para mí eran los que tenían los trajes más hermosos y traían las primeras bandas de bronce. Bailo alrededor de la comparsa, avanzo tres pasos y retrocedo dos, ¿te gusta como lo hago?

¡Tan - Tan - Tantantán! ¡Tan - Tan - Tantantán! ¡Tan - Tan - Tantantán!

Hijo, estoy muy contento. Recuerdo que un día como hoy saliste del hospital y viste mi traje todo gastado, y me dijiste que estaba bonito, solo debía cambiar los hilos. Hijo, me sentí tan feliz, fue como recordar cuando naciste.

Esa vez que mejoraste fueron tres años maravillosos a tu lado. Espero no te moleste que siga bailando. Ahora veo a las Cullacas, dicen que son de los bailes más antiguos. Solo mujeres. Tocan rápido los músicos. ¿Sabes? Los Diablos Suelos somos tan antiguos como las Cullacas, que llegaron a principios del siglo XX a La Tirana. ¿Recuerdas que te conté que mi traje es más antiguo que la Diablada tradicional? Siento tu corazón en mi pecho, aún débil como la última vez que te vi. Hijo, te quiero tanto.

¡Tan - Tan - Tantantán! ¡Tan - Tan - Tantantán!

Hijo, ¿sabes? Siento mucho frío, aunque es pleno día. Sudo muchísimo, no entiendo lo que me pasa. Quizás quiera la chinita que baile con más fuerza, me dio más años a tu lado y le estoy muy agradecido. Ahora que sigo bailando te siento más junto a mi lado. Hijo, ¿sabes?

¡Tan - Tan - Tantan...!

¡Paren! ¡Paren! ¡El diablo se ha caído!

¡Sáquenle la máscara, déjenlo respirar!

¡Desabrochen el traje, hace mucho calor!

¡No respira! ¡Llaman a bomberos!

Al abrir su camisa roja notan que tiene una fotografía grande de un niño de unos once años sobre su pecho, debajo de la cual hay un número de celular. Llaman y no logran escuchar bien, pero gritan.

¡Llama a tu mamá y dile que venga a buscar a tu papá, se acaba de desmayar bailando!

Del otro lado se escucha el llanto de una mujer...

En eso un niño de unos nueve años se escabulle curioso para ver al Diablo Suelto, toma la foto y la gira. Dentro de una funda plástica toda sudada hay una hoja del diario local y se la pasa a su padre, que estaba sacando fotografías del hecho.

“Este Diablo Suelto nos cuenta que había renovado su manda como danzante en agradecimiento por los tres años más de vida que, según su fe, le dio a su hijo la Chinita del Carmen. A pesar de que su hijo ha muerto, dice que seguirá bailando porque así siente más cerca a su hijo y que vendrá a La Tirana hasta que la Chinita lo quiera”. Diario 16 de julio de 2017.

Deja caer la cámara y rompe en llanto. Llegan los bomberos y la Defensa Civil, se llevan el cuerpo del Diablo Suelto y vuelven los tambores.

¡Tan - Tan - Tantantán! ¡Tan - Tan - Tantantán!

¡TAN - TAN - TANTANTÁN!

REGIÓN DE TARAPACÁ

LA CARRETERA

Eugenio Adolfo Alvarado Pizarro (56 años)

Psicólogo

Iquique

Tercer lugar regional

La conducta de Raymundo, “el Chundo” para los cercanos, era el comidillo entre las mujeres amigas de doña Rosa, madre del Chundo. “Ña Rosa, esa chiquilla lo tiene embrujao”, repetía Juana con incesante agitación buscando “aterrizar” a Rosa, quien no daba muestras de preocupación por su hijo. El asunto es que la hija del patrón —Isidora— se encontraba de vacaciones en el campo y Raymundo, profundamente enamorado, no le perdía el paso a la coqueta pelirroja. Los rumores hablaban de la “tupé” de la Isi. “Lo tiene pal leseo, ña Rosa”, espetaban las compañeras de cocina en el fundo. “Si esa niñita lo único que quiere es un mozo”, argumentaban una y otra vez. Lo cierto es que Isidora se dejaba querer y sacaba provecho del asedio amoroso del Chundo, y eso se traducía en un exacerbado servilismo a todas luces hasta denigrante. Sin embargo, el Chundo disfrutaba cada momento de cercanía con Isi, la despertaba en las mañanas, le servía el desayuno, le preparaba el caballo y acompañaba a largos paseos, que para el muchacho eran de ensueño. Al almuerzo él se preocupaba de venir a la casa patronal y llevar los alimentos a Isi, si ella lo pedía.

La situación se tornó compleja para Rosa, quien veía cómo su hijo abandonaba sus labores campesinas para estar con Isidora. El patrón ya le había expresado su molestia por dicha situación, no obstante, Raymundo hacía caso omiso de los requerimientos maternos. Al contrario de lo esperado, terminó por disgustarse con su madre por lo que él consideraba “una maniobra para alejarlo de la felicidad”.

Los días fueron pasando y Rosa desesperaba cada vez más por la conducta de su hijo, que a esta altura no sentía el más mínimo remordimiento frente a la serie de situaciones adversas que su conducta había generado. De hecho, una vez que Isidora retornara a la capital, el capataz había comunicado a Rosa que Raymundo sería despedido. Por ahora, la cercanía con la hija del patrón lo “salvaba” del despido.

Rosa pidió ayuda a Juana y las demás cocineras para “salvar” a su hijo y entre todas planearon un “encontrón”, donde expondrían a Raymundo los inconvenientes de su conducta. Lo citaron para la noche en casa de Juana, a quien el Chundo respetaba como a su madre. Llegada la hora, las mujeres le cayeron con vehemencia a punta de argumentos y recordándole vivencias desastrosas producto del “amor ciego”, como ellas lo llamaban. El epitome de la reunión llegó cuando Rosa, con lágrimas y a viva voz, le espetó a su hijo: “Mi niño, lo hago por ti, no quieres entender, pero esa niña te hará mucho daño porque es carretera”. Raymundo se quedó mudo y sin más, salió corriendo de la habitación. Las mujeres celebraron la efectividad

de las palabras dichas por Rosa. “Por fin, comadrita, lo hizo entrar en razón”, gritaba Juana eufórica, mientras las demás aplaudían.

Después de correr un largo trecho a campo traviesa, Raymundo se arrodilló frente a un sauce y elevó una oración de gratitud. “Diosito, qué más puedo pedirte, me has dado todo, pero esto supera lo que yo quería”. Y sin más palabras se fue a casa. Su madre lo estaba esperando asustada por la tardanza, sin embargo, el Chundo llegó canturreando una vieja melodía campesina. Además, su actitud para nada mostraba estar aporreado, sólo repetía en voz baja “carretera, carretera”.

El período estival estaba próximo a terminar y los preparativos para el retorno de Isidora a Santiago eran febriles, fiestas de despedida con amigos de su padre, almuerzos en el pueblo con el cura, paseos con los inquilinos por el fundo y una larga lista de actividades relacionadas con su partida.

Al contrario de lo esperado, Raymundo no parecía estar preocupado, sólo se escuchaba su constante repetir: “carretera, carretera”, que ya se había hecho habitual.

El día de la partida llegó y los inquilinos se formaron para despedir a Isidora, que sonriente agitaba sus manos despidiéndose de todos. Raymundo —al final de la fila— sólo esbozó una leve sonrisa y sin más siguió con la mirada a Isidora hasta que se instaló en el auto que la llevaría a la capital.

Después de la partida de Isidora y ya todo normalizado a ojos de doña Rosa y las demás mujeres en la cocina, el Chundo empezó a tener un raro comportamiento. Si bien es cierto retomó sus labores en el campo, cada vez que tenía un espacio de tiempo, se desaparecía. Incluso en las noches retornaba en horas de la madrugada al fundo, pero siempre con una actitud jovial y su acostumbrado “carretera, carretera”. La situación no parecía revestir mayor complejidad, así que Rosa y las demás dejaron de comentar el tema.

Era hora de salida y la Facultad de Medicina se encontraba atestada de estudiantes. Además, para el día siguiente se había convocado a paro, por lo que los preparativos aumentaban el flujo regular de personas en el sector. Sorpresivamente, algunos compañeros de Isidora la llamaron y diciéndole que le tenían una sorpresa, le vendaron los ojos y la llevaron hacia un costado de la Facultad. A la cuenta de tres, Isi se quitó la venda y cuál no sería su sorpresa: frente a ella había una adornada carreta con emblemas cuasimodistas y un reluciente conductor, que por supuesto era Raymundo. Todos enmudecieron, Isidora temblaba y finalmente se desmayó. Raymundo bajó raudo de la carreta y se arrodilló al lado de su amada. Pasados unos minutos, Isidora recuperó el conocimiento y con furia gritó a Raymundo: “¿Qué te pasa, huaso bruto?”. Este, haciendo acopio de fuerzas, respondió: “Qué me va a pasar, solo estoy cumpliendo sus deseos, mi reina”. Isidora fuera de sí intentó darle una cachetada, lo que fue impedido por sus compañeros. Raymundo volvió a hablar a Isi: “Como mi mamá me dijo que usted era carretera, le encargué esta carreta pa usted a don Samuel, el mejor cuasimodista de Talca”. Las risotadas llenaron el ambiente a tal punto que los compañeros de Isidora se olvidaron del paro y comenzaron a felicitar a Isi por su “nueva adquisición”. Finalmente llegó Carabineros y retiró la carreta.

Raymundo, de vuelta en el fundo, apenas sobrellevaba la tristeza y nunca contó lo sucedido. Un día se atrevió a tocar el tema y en un arrebato de insolencia le gritó a su madre: “Usted es mentirosa, la Isi no era carretera, sino le habría gustado la carreta que le llevé a Santiago”. Y procedió a relatar a su madre lo sucedido, quien solidaria con su hijo jamás contó lo ocurrido.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

MARTITA Y LA NINA

Shery Marcela Leiva Olivares (31 años)

Profesora

Antofagasta

Primer lugar regional

Esta es la historia de Martita y Nina, dos amigas inseparables. La primera es una ancianita de setenta años que vive en un pueblito mágico, que se caracteriza por una arquitectura de piedra liparita, techumbres de paja y barro, llamado Caspana, ubicado a noventa y seis kilómetros de Calama.

Marta disfrutaba de la tranquilidad del poblado junto a Nina, una melosa oveja de doscientos kilos, a quien ella adoptó hace dieciséis años, cuando una familia dejó la vida rural por una urbana. Desde ese momento ambas estrecharon lazos inquebrantables, pues desayunan, almuerzan y hasta duermen juntas.

Aconteció que un día la serenidad de Martita se vio interrumpida, debido a la llegada de uno de sus hijos a Caspana, quien estaba decidido a llevársela a la ciudad. A las pocas horas de su llegada, el hombre dijo:

—Mamá, ya no estás en edad para vivir aquí sola, necesitas descansar, ir al doctor...

—No se preocupe, acá yo estoy bien acompañada de Nina. No necesito ver a ningún matasano, acá las hierbas me alivian. Quédate tranquilo, Arturito.

Con un tono irónico, el hombrecillo expresó:

—A esa Nina hay que faenarla ya, ocupa todo el espacio de la choza.

Marta respondió:

—Ni se te ocurra, no se habla más del tema, de acá no me saca nadie.

Nina, como si entendiera el breve diálogo, en un acto de compasión se acercó a la viejita y se posó sobre sus pies.

Por su parte, el hijo salió a caminar por el pueblo, se acercó al río, bebió agua y comenzó a recordar su infancia en Caspana; cuando en la escuela E-20 le enseñaban la importancia de la noble tuna, sus variados beneficios y él soñaba con dedicarse a la agricultura. La caminata por el río, los recuerdos, colores y aromas del pueblo estremecieron a Arturo, por lo que al llegar al hogar abrazó a su madre fuerte, soltó unas lágrimas y se fue...

Martita continúa su existencia con la oveja Nina, viven en plenitud de los cultivos de tunas, manzanas, papas y cebollines. Cuando algunos turistas visitan Caspana, aprovechan de comprarle sus saludables productos. Sin embargo, cuando no disponen de dinero igualmente les comparte sus riquezas y a cambio les pide que en la próxima visita le lleven dulces a su regalona Nina.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL PAREDÓN DEL DESIERTO

César Walter Ibáñez Donoso (70 años)

Pensionado

Antofagasta

Segundo lugar regional

Al llegar a la entrada del lúgubre y significativo lugar llamado El paredón del desierto, muy cercano al lindo pueblo de San Francisco de Chiu-Chiu, a unos veinte minutos al Noreste de la Ciudad de Calama, se ve a la distancia la gran cruz metálica que indica el lugar específico en donde fueron asesinados el jefe de sucursal y el cajero del banco, ambos ejecutados con tiros de pistolas en sus cabezas por los integrantes de la Central Nacional de Informaciones del Ejército, CNI de ese entonces. El triste episodio cobró estas víctimas el año 1981, después de urdir en conjunto con Juan Delmás Ramírez, jefe de la misma institución castrense, pero de Arica, la planificación con todo detalle del asalto a la sucursal del Banco del Estado de Chuquicamata.

El lugar, además de ser un triste santuario conmemorativo, también es ocupado por los católicos de los Cursillos de Cristiandad para efectuar ocasionalmente el Vía crucis. Y la parte posterior del montículo, que sirve de base a la gran cruz y la muestra de las placas en mármol recordatorias, es usado como cementerio de mascotas.

La historia

Corría el tranquilo atardecer del día 9 de marzo de 1981 cuando una fuerte detonación estremeció gran parte del desierto. La onda expansiva dobló cactus, ralos arbustos de chircas y matas de paja brava. Lejos, a la vera del río Loa, gorriones de colores terrosos salieron de las copas de los añosos pimientos, volando despavoridos en bandadas erráticas. Burros, vizcachas y zorros dejaron bruscamente de retozar en su grato ambiente y levantaron sus cabezas de puntiagudas orejas tratando de identificar el fuerte sonido, mirando temerosos hacia el lugar donde un hongo de humo y polvo se elevaba del piso en aquel pedazo de pachamama tan de ellos.

Quizás los contertulios del mítico bar restorán Club de Empleados Chuquicamata, ubicado frente al costado de la salida lateral del banco —con ventanales por los que se veía el enramado de fortachos pimientos

mecidos enérgicamente por un viento no menor a los cincuenta kilómetros por hora y la puerta de servicio del banco— nunca se percataron de que por ese lugar fueron sacados como a las 19 horas los trabajadores banqueros, con los ojos vendados y sus muñecas esposadas. Según lo confesado por los acusados ante la justicia, “era para darle mayor realismo y un aire lo más cercano posible a un supuesto ejercicio táctico preventivo”. Junto a ellos cargaron en dos autos varios bolsones repletos de billetes con un total de cuarenta y cinco millones de pesos de esa época, destinados al pago de sueldos de los trabajadores de Cobrechuy. Dineros que al ser actualizados al 12 de junio del 2017 significarían mil treinta y nueve millones quinientos cincuenta y cinco mil pesos, más o menos. Luego fueron llevados al lugar desolado del desierto y asesinados con un tiro en la nuca cada uno.

Pero los cuerpos eran una molestia, un estorbo para ellos, y con la intención de borrar su deleznable hecho y de acuerdo con lo planificado, los banqueros fueron dinamitados con varios explosivos puestos en diversas partes de los cuerpos. A raíz de esta acción, sangre, huesos, restos humanos y ropa quedaron esparcidos en trozos pequeños en un gran diámetro de terreno en ese pedazo de árido desierto, casi imperceptibles y confundidos con la tierra, el polvo, piedrecillas y rocas del sector. Ni siquiera un alacrán, en ese atardecer, presenció la acción, solo ellos a lo lejos, pensando... no sé qué.

Fue un largo recorrido entre el centro comercial del campamento mineral de Chuquicamata, bajar los dieciséis kilómetros de huella hasta la entrada de Calama y luego recorrer hasta la parte desolada cercana a Chiu-Chiu, incluyendo una gran parte del tramo de tierra. Cuesta dimensionar el pavor que sintieron Luis Martínez y Sergio Yáñez, lo que imaginaron, lo que recordaron en esos momentos antes de morir. Hombres respetuosos de Dios, amantes de sus familias, profesionales calificados, trabajadores responsables, íntegros ante la sociedad. Quizás imploraron por sus vidas, lloraron recordando a sus familias cuando se dieron cuenta de que no era un simulacro táctico militar y que serían asesinados. Cuesta imaginarse, también, todo el calvario de la incertidumbre que vivieron las esposas, sus hijos, sus familiares y amistades en un poco más de tres larguísimos meses que demoró en saberse finalmente la terrible verdad.

Posteriormente y como consecuencia de una rutinaria detención del taxista Francisco Díaz Meza (informador de la maléfica institución) por parte de Investigaciones, al revisar el vehículo se le encontraron fajos de billetes con las numeraciones buscadas. Al interrogarlo, relató libre y espontáneamente los detalles del delito y dio los nombres de los ejecutores: Eduardo Villanueva Márquez y Gabriel Hernández Anderson. Los buscaron y al ser detenidos en Arica cruzando a la ciudad de Tacna, confesaron en detalle los crímenes. Una vez apresados, recién Investigaciones decidió informar al director general de la PDI, Fernando Paredes, haciéndole saber de la buena noticia que habían descubierto quiénes eran los autores del robo a la sucursal del banco y... la mala noticia: que los asaltantes eran miembros activos de la CNI.

Meses después, luego de ser procesados judicialmente y los abogados defensores presentado todas las apelaciones, la Corte Suprema ratificó la condena a pena de muerte y terminaron sus vidas fusilados en la cárcel pública de Calama, en el invierno de 1982.

Cuentan las típicas leyendas urbanas de algunos caminantes que profesan a la Virgen del Carmen del pueblo de Ayquina, en su peregrinar desde Calama al santuario, que al pasar por el lugar en septiembre de cada año aseguran haber visto en las madrugadas casi al clarear el sol, sobre un pequeño montículo a lo lejos, la figura casi transparente de un ángel grande con sus ropas amplias y albas que se mecen en el aire por efectos del viento matutino. Una figura que, de rodillas y con notorias facciones tristes, reza muy cercana a los pies de la gran cruz del Paredón del desierto.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL NIÑO LECHUGA

Sskarlete Annaís Leyton Lastarria (15 años)

Estudiante

Calama

Tercer lugar regional

Había una vez un niño llamado Lechuga. Muy contento salió a pasear con su familia: mamá Pepino, papá Acelga y su hermanito chico, llamado Tomatito.

Ellos muy felices iban recorriendo la cocina y de repente el auto en el cual iban se echó a perder, entonces se tuvieron que ir caminando y ahí fue cuando de repente apareció un humano y pescó al hermanito chico Tomatito y a Lechuga. La mamá Pepino muy asustada se lanzó a salvar a sus pequeños hijos de que el humano se los llevara y los hiciera ensalada.

El papá Acelga de miedo corrió a arreglar el auto para poder salir persiguiendo al humano y rescatar a sus hijos. Papá Acelga no lograba alcanzar al humano. Cuando lo logró alcanzar, vio que su familia estaba sana y salva en su casa.

REGIÓN DE ATACAMA

EL GATO COLO Y EL GUARÉN CURURO

Dharian Minerva Torres Rivera (16 años)

Estudiante

Vallenar

Primer lugar regional

Soy el típico gato callejero al que nadie quería y que nació en los basureros del mismísimo muelle de Huasco. Bueno, para qué decir que me encanta el pescado de cada día, aunque esté algo podrido, ya que pocas veces encuentro pescado fresco. Desde hace algunos años conocí a un apestoso guarén llamado Poncho, que estaba bien negro, porque siempre dormía en los tubos de escape de los autos y a mí, aunque creo que soy plomo, casi siempre me salpicaba algo de petróleo de los botes. Bueno, todos los días husmeábamos dentro de cada basurero, tratando de encontrar las mejores sobras de los ricos congrios. Y para qué decir que muchas veces intentamos robar el pescadito fresquito de la pescadería, aunque siempre entrábamos con las patas vacías y salíamos con las mismas más unos buenos escobillazos y patadas.

En las tardes paseábamos por el muelle y nos burlábamos de esos horribles pelicanos, que eran tan furiosos que yo y el Poncho teníamos que salir cohete de allí, porque ninguno de los dos queríamos que nos picotearan nuestra colita. Como también así les sacábamos la lengua a los lobos marinos, y ellos al picarse rugían y a veces nos tiraban un buen chorro de agua.

Y así pasábamos cada mes sobreviviendo, levantándonos temprano a registrar los tarros de basura o generar nuevos planes y estrategias para lograr robar por lo menos un jurel de la pescadería. También a veces salíamos a dar unas vueltas en bote y si no, pasábamos la mayoría del tiempo tomando sol a un costado de la pescadería.

Hasta que un día llegaron unos turistas en una camioneta a comprar las típicas empanadas y los ricos congrios, pero ellos al salir de la pescadería echaron todo el pescado en la parte trasera de su camioneta y, bueno, obviamente yo y el poncho nos percatamos, y no podíamos dejar escapar esta gran oportunidad de las garras. Así que nos subimos lo más piola posible.

Todo iba tan bien hasta que la camioneta empezó a partir y no pudimos escapar. Iba tan rápido que no tuvimos tiempo de lanzarnos a la calle. Cada vez nos fuimos alejando más y la camioneta aumentaba su velocidad. No sabíamos dónde llegaríamos, pero igual en el viaje aprovechamos de comernos el rico pescadito. A los veinte minutos después la camioneta bajó la velocidad. Aproveché a sapear y lo primero que vi fue un cartel que decía “Bienvenidos al Parque Nacional Llanos de Challe”.

La cuestión es que la camioneta paró y lo primero que hicimos fue saltar y para qué decir que patitas no nos faltaron. Corrimos tanto que llegamos a unos roqueríos que había más allá, al principio fue rarísimo ver esas cosas de tierra gigantescas, ese suelo blando, esas cosas pinchudas y esos tantos colores que existían en ese lugar.

Bueno, al caminar unos metros más allá sentimos un olor diferente, un olor inexplicable, no olía ni a empanadas ni a pescado. Al acercarnos nos encontramos con un cartel que decía algo de que “no pasar, no hay camping”, pero igual accedimos. Y había mucha gente, cada familia con su lado haciendo sus buenas cenas a mediados de la noche.

Yo le dije al Poncho que se quedara ahí no más, porque con la cara que tiene espanta a medio mundo. Entonces, subí por la roca para ver si me podía robar un poquito de la cenita de los turistas. Para qué decir que estaba a una garra de coger ese rico bistec asándose, pero no faltó que un turista gritara: “¡Miren, es el gato colocolo!”. Y para qué decir que las fotos no faltaron. En fin, yo con el sustito casi me caigo a la misma parrilla. Si no es por el Ponchito que me pesca de la cola, ya no estaría contando este cuento y habría terminado como gato asado.

Al otro día yo y el Poncho descubrimos nuestra verdadera identidad, gracias a un cartel que mostraba especies en peligro de extinción. Y decidimos hacernos pasar por unos de esos animales, yo como el gato colocolo y el Ponchito como un cururo, porque cara de llaca no tenía para nada. Así que aprovechamos nuestro gran talento como actores. Decidimos actuar cuando los turistas y los guardaparques subían a los senderos del famoso Cerro Negro. Bueno, el Poncho tenía que hacer un hoyito imitando a esos cururos, en cambio yo me encontraba escondido entre un arbusto más allá. Esperábamos a que los turistas llegaran y cuando era el momento perfecto, el Ponchito salía cohete del hoyo y yo iba detrás de él para “cazarlo”. Los turistas quedaban tan fascinados que nos grababan y nos sacaban fotos. Para qué mentir que el Ponchito pucha que pesaba y me costaba arrastrarlo hacia las rocas para terminar nuestra gran actuación.

Siempre actuamos en las temporadas de primavera, ya que aparecen esos hermosos colores de las flores del desierto y que llaman tanto la atención de las personas. En las temporadas de verano, yo y el poncho nos vamos a tomar solcito a las dunas de Playa Blanca, que es una hermosa playa con unas aguas espectaculares.

En fin, quizás alguna vez me vieron echado al lado de la pescadería tomando sol o paseando por el muelle, andando en bote. Y si no, vengan a visitarnos al parque, aquí estamos tomando sol en las piedras, pidiendo comida, actuando, posando, etc. Solo búsquennos como el gran Colo y el amigo cururo Poncho, que alguna vez fueron un gato callejero y un guarén de la alcantarilla, a los que todos menospreciaban. Y que ahora y para siempre serán dos de los animales más respetados de la región de Atacama.

REGIÓN DE ATACAMA

MATEO Y LAS LOMBRICES

Moisés Edelberto Álvarez Monroy (55 años)

Profesor

Huasco

Segundo lugar regional

Había una vez un campesino llamado Mateo, era de tez morena, cabellos negros y gruesos, manos espatuladas, bajo de estatura y de cara muy graciosa. Mateo se crio con sus abuelos paternos, fue muy poco a la escuela, lo poco y nada que sabía se lo debía a la enseñanza que le habían dado sus viejitos. De ellos heredó una pequeña huerta, en donde existían muchos árboles frutales y un sinnúmero de hierbas medicinales, además de un pequeño terreno que utilizaba para sembrar y cultivar, según la temporada. Cuando niño se divertía jugando entre los árboles, alimentando a los conejos y cazando lombrices de tierra para criar sus zorzales.

Pasó el tiempo y Mateo se hizo todo un hombre, bueno para trabajar como agricultor. Él llevaba una vida muy tranquila, pero en el norte chico no es fácil el trabajo en la agricultura. Por la escasez de agua que tiene la región. Cinco años sin llover, ni una gota, en las tierras del Huasco.

Un día, cuando le tocó el turno del agua para regar su huerta sembrada con papas, se puso a remover la tierra. Cuando de repente se encuentra con un pequeño espacio de tierra húmeda y fangosa, que le llamó la atención. Mateo, sorprendido, dijo en voz alta: “¡Qué está pasando aquí! ¡Hasta cuándo seguirán castigando mi campo! ¡Yo no le hago daño a nadie!”. Alzó su pala, la tomó firme entre sus manos y la sepultó con todas sus fuerzas en la tierra humedecida. La pala cargada de lodo se elevó hasta el cielo. Sentía que el barro rodaba por sus mejillas. De pronto, abre sus ojos y grita: “¡Ustedes son las que me están robando la poca y na de agua que me queda! ¡Mueran, mueran, mueran!”. Mateo enfurecido daba golpes fuertes, muy fuertes, con su pala contra el suelo, provocando un gran estruendo que se podía oír a kilómetros de distancia. Mateo seguía pregonando: “¡Malditas lombrices! ¡Malditas lombrices! Me dejaron sin agua para mis papas y mi campo”.

Las lombrices se sumergían en la tierra, asomaban sus cabecitas asustadas a través de los brumos humedecidos y le gritaban: “¡Mateo, Mateo, somos tus amigas! ¡No nos mates otra vez! ¡A tus abuelos se les olvidó decirte que éramos benefactoras de la tierra!”.

Mateo no comprendía lo que estaba pasando. “¡No, no, ustedes no pueden hacer nada por mí! ¡Se están vengando de mí!”. Las lombrices se sumergieron en la tierra húmeda, se pusieron de acuerdo para buscar una solución al problema que tenían con Mateo. Emergieron todas juntas y gritaron a una sola voz: “¡Mateo,

cierra tus ojos y verás!”. Mateo cierra sus ojos, cae de rodillas al suelo polvoriento y se pone a llorar como un niño. Sus lágrimas se esparcían por el campo, haciendo que las lombrices se desplazaran fácilmente bajo el suelo.

Las lombrices habían descubierto una napa de agua subterránea. Ellas, felices, comenzaron a perforar la tierra y a guiar el agua a través las melgas plantadas con papas. Las plantas por arte de magia comenzaron a ponerse derechitas y con un brillo muy especial en sus hojas. Las lombrices se acercaron al hombre conmovido y le gritaban: “¡Mateo, somos tus amigas, ahora tienes toda el agua del mundo! ¡Somos tus amigas!”.

Mateo abrió sus ojos, sacudió su pantalón, lanzó su sombrero al aire y comenzó a saltar y gritar de alegría. “¡Gracias, mi Dios, por darme tan buenas amigas! ¡Nunca más las mataré, no se las daré más a los pájaros! ¡Las domesticaré y serán desde hoy parte de mí, la parte más importante de mi gran familia campesina!”. Mateo caminaba y cantaba feliz con su pala al hombro, recorriendo su campo humedecido: “Tengo mi pala y este sombrero. A mis lombrices, que son lo que más quiero”. Mientras una fila interminable de lombrices le seguía, al ritmo de su alegre vaivén.

REGIÓN DE ATACAMA

DE CAMPESINO A ÁNGEL

Lina Fabiola Rivera Novoa (47 años)

Dueña de casa

Vallenar

Tercer lugar regional

Un día me encontraba de paso por El Tránsito, en la comuna de Alto del Carmen, de noche. No conocía mucho, solo las referencias que me habían dado. Fui ayudado por un campesino muy amable, y su caballo nos guio hasta un hostel. Le di las gracias y se fue, si no fuese por él todavía andaría por no sé dónde. El dueño del hostel del sector me dio alojamiento por la noche. Al cenar me llamó mucho la atención una fotografía que se encontraba en su comedor. Pensando que era un familiar, le consulté quién era. Me dijo: Don Ángel Campillay junto a su fiel amigo, su caballo Salvación. ¿Dónde vive?, le pregunté. Me contó que era su abuelo. Quería saber por qué me había llamado la atención esa foto, ya que esa persona había fallecido hacía muchos años. Y le comenté que no podía ser, porque esa persona que estaba en la foto nos ayudó, nos guio hasta acá. Él junto a su caballo. Percibí en el dueño del hostel un dejo de melancolía, así que se retiró. Un poco incrédulo, traté de averiguar más. Entonces otro campesino que se encontraba ahí me dijo que era cierto. Se me acercó, se sentó junto a mí y comenzó contando que siempre don Ángel ayudaba a quien lo necesitaba.

Yo le contaré la historia de don Ángel, dijo. Hay muchas personas que él ha ayudado en el camino, además de campesinos que lo han visto. Me acomodé a escuchar la historia de don Ángel. Así comenzó el relato:

Él fue uno de los primeros en llegar a El Tránsito. Era muy pobre junto a su hijo. Llegó después de que su esposa muriera de una rara enfermedad. A punta de pala y picota, arregló el camino, con su azadón ablandó la tierra. Así empezó a trabajar solo con su esfuerzo, con semillas que tenía, que compró en Vallenar, otras se la regalaron unos vecinos. Siempre trabajando de sol a sol, pero en su rostro irradiaba felicidad, trabajaba junto a su pequeño hijo. Un día, con la bajada del río Huasco tras llover dos días, encontró a una familia con problemas en el camino. Él los ayudó, dio todo para ayudar a esas personas que no conocía. No dudó en ningún instante, así era su espíritu, y se metió al agua que venía con piedras y ramas y así logró sacarlos del río a salvo. Fue así como rescató a esa familia que era de don Floro, que vivía en Alto del Carmen. Por su ayuda, en agradecimiento por lo que había hecho, don Floro le ofreció un caballo para arar la tierra. Más bien le regaló ese caballo. Como don Ángel era un hombre de esfuerzo y acostumbrado por la vida a ganarse lo que poseía, no lo quiso. Pero fue tanta la insistencia de don Floro, que él mismo le llevó a su tierra el animal, así que no le quedó más remedio que aceptarlo. Hijo, ahora somos tres, ¿qué nombre le pondremos? Y él dijo “Salvación”, por la ayuda prestada. Fue así como juntos los tres empezaron a trabajar

la tierra. El caballo era uno más de la familia. Un día Salvación arrancó al cerro y no llegó. Lo buscaron días y noches, no lo encontraron. Don Ángel ya lo había dado por perdido. Llegamos los dos aquí, le dijo a su hijo, y seguiremos trabajando los dos. A Salvación lo dio por perdido o muerto en alguna quebrada. Al día siguiente se escucha un ruido conocido, era Salvación que volvía junto a ellos. Pero no estaba solo, venía junto a una yegua. Quedaron sorprendidos, don Ángel la amarró, les preguntó a todos los vecinos si la yegua era de alguien y la respuesta fue no. Un vecino dijo quédese la, si la reclaman la entrega; todos somos testigos de que usted, de buena fe, la quiso devolver. La familia creció, ya eran cuatro. Se consiguió unos discos para arar la tierra y fue así que tenía dos caballos para arar la tierra. Los años que pasaron fueron de alegría, todo lo que plantaba le crecía con fuerza. Salvación era un gran amigo para don Ángel, él lo escuchaba en momentos de alegría y de tristeza.

Un día su hijo se enfermó y Salvación lo llevó a Vallenar. Dice que corría como el viento. Gracias a Salvación llegaron a tiempo y así su hijo se recuperó y estaría más agradecido de él toda la vida.

Pasó el tiempo y la situación económica mejoró para don Ángel, entonces jubiló a Salvación. Un día lo llamó y le dijo que ahora era tiempo de descansar y lo soltó en su campo. No volvió a trabajar nunca más, pero cuando don Ángel araba la tierra Salvación siempre estaba junto a él. Su hijo creció, estudió, se convirtió en un hombre de bien, de esfuerzo, al igual que su padre. Formó su propia familia y el principal integrante era su padre, que se regocijaba acompañado de sus nietos. Al fin fueron una familia más grande y así fueron creciendo: con su tierra, más lo que había logrado su hijo y lo que lograrían sus nietos. Fue un sueño hecho realidad. Hasta que un día en la mañana don Ángel ya con sus años encima, su cuerpo cansado pero feliz de haber dado tanta vida a su tierra, agradecido de la fuerza y la salud que Dios le otorgó, cerró sus ojos para obtener su merecido descanso eterno. Fue un día bello aunque triste para el pueblo por la pérdida. Por el hombre bueno que ya no estaría más con ellos. Pero Salvación, su caballo fiel, también se despidió esa misma tarde. Así los amigos y compañeros cruzaron juntos el umbral, destinado para ellos, en otras tierras o en otra vida tal vez.

Fueron sepultados juntos en el terreno, fueron los mejores amigos. Y después de la muerte también. Hay personas que lo han visto arando la tierra todavía en las madrugadas y lo saludan. ¿Cómo está, don Ángel? Y desaparece. Aún vive en el corazón de muchos, los que lo conocieron, los que escucharon de él.

Al retirarme de madrugada del hostel, a lo lejos se divisaba arando la tierra un campesino. Y con todo mi corazón y a viva voz le grité: ¡Chao don Ángel, adiós Salvación! Y con su mano me dio el adiós.

REGIÓN DE COQUIMBO

UN POCO DE SAL

Tatiana Alejandra Cortés Segovia (43 años)

Profesora

Ovalle

Segundo lugar regional

Se reía. Tal cual como me contaba mi mamá; se reía. No hacía tik tik tik tik, ni huuu hu hu, ni chak chak chak chak, ni tutuituituuuuuu. No, era una carcajada de pájaro viejo rompiendo la quieta tarde amarillenta de polvo y sol, una especie de jakjajajajajaklá que no pude determinar de dónde venía, porque el instante que duró retumbó por encima de mi cabeza y en todas partes al mismo tiempo. Escudriñé con la mirada las puntas de los postes de madera donde solían pararse los peucos o alguna que otra loica de vez en cuando, pero nada, a lo más un par de chincolitos persiguiéndose en cabriolas aéreas y más allá, en las ramas de un pimiento, una tenca que me miraba con curiosidad. Yo llevaba la boca seca cuando lo escuché. Había salido de la escuela a las cuatro de la tarde y volvía a la casa por la huella casi siempre desierta de gente, pero poblada en sus orillas de espinos, aromas de higuera y suspiros del aire³⁷ que irrumpían el camino en azules saludos de la tierra. Hice lo que mi madre decía que se hacía, responderle a la carcajada, con medio tono de voz para evitar que alguien me fuera a escuchar: “vuelve mañana por sal”.

La puerta de madera con su pintura blanca ajada, descascarada por el tiempo, permanecía junta, solo de noche le poníamos la tranca detrás, más por costumbre que por temor de que alguien con malas intenciones fuera a entrar. Yo vivía con la señorita Estela y mi tía Paulina. La señorita Estela, jubilada ya, había sido maestra rural, les había enseñado sus primeras letras a casi todos los habitantes del pueblo de Cerón y sus alrededores. Mi tía Paulina había sido una de sus mejores estudiantes, siempre soltera, sin hijos. Debido a su gran apego a las castidades que promovía la religión, se dedicó al servicio de la ya octogenaria y respetada señorita Estela. Ambas solteronas se hicieron cargo de mí. Íbamos fielmente cada domingo a misa, rezábamos las cuatro oraciones cada noche antes de acostarnos: el Padre Nuestro, el Dios te salve, el Santa María y el Ángel de la guarda. Ellas zurcían la ropa, tejían pañitos a croché o atendían una huerta pequeña al fondo del patio que me parecía enorme. Daba la bienvenida a la casa una morera de grandes dimensiones desde donde colgaba un columpio que alguna vez fue fabricado por uno de los sobrinos que, una o dos veces al año, visitaba a la señorita Estela.

³⁷ Suspiros de aire: nombre que se da popularmente a las flores azules, en forma de campana, de una enredadera silvestre (nota del autor).

La puerta de madera, con su pintura blanca ajada, al abrirse mostraba un corredor de paredes de adobe revestidas con cemento, pintadas de un verde muy claro, desteñido tal vez, y un piso de madera que siempre lucía bien lustrado. Al final del pasillo, atravesando el primer hangar del patio, estaba la cocina. Mas allá un estrecho canal cuyo ruido, casi imperceptible pero constante, enmarcaba dentro del sitio un espacio donde no habitaba ese silencio que parecía meterse en los huesos, imitando la paz de los muertos.

Entré tratando de no hacer ruido para no asustar a la tía Paulina, que seguramente estaría en la cocina. Pero cuando llegué a la mesa ella ya había advertido mi llegada por el crujir de las pisadas en la madera del corredor. Pese a sus años, mantenía el fino oído de una lechuza. Me estaba esperando con el tecito con leche caliente y un pan tostado con mantequilla que engullí después de tomar un vaso de agua fría de la que conservábamos en la pila tapada. Entre otras cosas, de trivialidades de la dulce rutina, me contó que habría que llamar a un hombrecito para hacer algunas reparaciones. Pasó esa tarde y otra más hasta que el viernes, habiendo salido temprano de la escuela, llegué a la casa distraídamente contenta. Las tías no estaban, era uno de esos días que bajaban al pueblo para hacer trámites, llegaban tarde, pero eso lejos de angustia me provocaba una ligera sensación de libertad. Me regalé una larga siesta y al despertar, casi a la hora de la oración, me dirigía al gallinero por si había huevos para preparar unos panqueques cuando escuché que golpeaban la puerta con firmeza. Salí a ver. En el umbral se dibujó la silueta de un hombre mayor de buen aspecto, limpio, llevaba chupalla y un abrigo largo de tela delgada, era alto, de contextura media a delgada.

—Buenas tardes —me dijo, lanzando una mirada entre pícara, bonachona y curiosa—. ¿Cómo está?

Miré por si traía algún bolso o una caja de herramientas, pensando que venía a hacer las reparaciones. Aunque no parecía un obrero ni su rostro me era familiar.

—Buenas tardes, caballero —respondí—. ¿En qué le puedo ayudar?

Él sonrió.

—Lo que pasa es que voy de paso por aquí y me dio mucha sed, pero no encuentro de dónde tomar agua. ¿No tendrá usted que me convide?

—Claro —respondí con amabilidad—. Cómo no, espéreme un ratito. —Y entré corriendo a buscar agua. Algo de desconfianza, eso sí, me impidió invitarlo a pasar. Le llevé un vaso grande. Mientras terminaba de beberla, después de unos momentos que rellenamos hablando de lo caluroso del clima, extendiendo su mano para devolverme el vaso, preguntó:

—Oiga, señorita, y usted que es tan amable, ¿no tendría alguna verdurita que me convide para irme comiendo por el camino? Un tomate, una zanahoria, lo que sea no más su voluntad.

—Voy a ver —respondí un poco extrañada por su petición. Me dirigí a la cocina. Efectivamente había zanahorias frescas, así es que cogí tres y se las llevé envueltas en una bolsa de papel café.

Tras darme las gracias con gran reverencia no terminaba de alejarse de la puerta, como si algo aún tuviera que decir. Advirtiendo mi impaciente incomodidad agregé:

—¿Y no tendrá un poquito de sal para ponerles a las zanahorias?

Respondí afirmativamente y otra vez fui corriendo a la cocina a envolverle un poco, se la entregué y esta vez sí nos despedimos como correspondía, definitivamente. Cerré la puerta con una confusa sensación. Justo al voltear la espalda a la puerta para dirigirme por el pasillo al interior de la casa, sentí como si me cayera un balde de agua fría. Sentí que se me erizaba el pelo. Un hielo sordo me recorrió desde la nuca hasta el final de la espalda, recordando el pájaro que había escuchado reír dos tardes atrás. ¡Me lleva el diablo, era un brujo!, pensé para mis adentros y salí presurosa a la calle para ver al hombre de nuevo. Pero nada, el camino estaba desierto. Salí aun hasta la mitad de la huella para asegurarme. Si apenas hacía un santiamén que se había ido, pero nada, ni un rastro, solo un remolino huacho levantando un poco de polvo a varios metros de distancia.

REGIÓN DE COQUIMBO

JOVEN DE LAS MONTAÑAS

Jennifer Andrea Suárez Hidalgo (34 años)

Profesora

Combarbalá

Tercer lugar regional

Casi todas las mañanas eran iguales, sacar a los animales a pastar, coger agua de los pozos para preparar el desayuno a su madre, comer algo y bajar de la alta cordillera al poblado para cobrar a sus compradores los quesos vendidos el día anterior. La monotonía de los días no lo hacía feliz, pero tenía esperanzas de que algún día todo cambiaría. De esa manera emprendió el camino. Gritó a su perro “vamos, Inti”. Bajaron, el sol pegaba fuerte, pero el frío siempre era congelador. Como siempre, patearon piedras, saltaron los riachuelos e intentaron atrapar los conejillos que deambulaban alrededor. Sin embargo, era rutinario y poco estimulante para un joven de dieciséis años que solo quería conocer la ciudad.

Al fin llegó a su destino, encontró a las personas que debía y se sentó un momento a mirar el paisaje. Si había algo que lo conmovía era la inmensidad de las montañas y la variedad de colores que lograba captar en ellas. Inti solía correr tras los carros que transitaban, sin parar, mientras él se deleitaba de lo bello de su tierra. Llegó el momento de volver, sabía que debía seguir cuidando a su mamá y a pesar de que lo hacía con todo el corazón, anhelaba tomar un bus y viajar lejos, no importaba el lugar ni la distancia que tuviera que alejarse. Pero ese corazón bueno de Nahuatl necesitaba llenarse con algo que de verdad completara el alma del joven de las montañas.

Comenzaron el camino de regreso, al menos Inti se veía contento. Él no, él solo pensaba en lo abrumador que sería seguir así y en lo doloroso que era no cumplir su sueño.

Fue de ese modo, ante la adversidad y la complejidad que veía en su entorno, que se le ocurrió una idea que llegó a encender en su cara una sonrisa e iluminó también su mirada. Apuró el paso, gritó nuevamente al canino “vamos, Inti” y corrió como un niño a través de los montes y arroyos. No creía que pudiera ser cierto, pero si no lo creía él ¿quién lo haría?

Corrió tan rápido que cuando llegó a casa no sentía frío. Preguntó a su madre cómo se sentía y prosiguió con la rutina, preparó la cena y comió junto a Helena, su mamá. Ella siempre se mostró agradecida. Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que mantenía a su hijo en cautiverio. Y no porque ella quisiera, sino porque no tenía otra opción. Ella estaba enferma, eso le impedía cualquier independencia y la atormentaba,

ya que esperaba que su hijo pudiera ser feliz y sabía que él no lo era allí. Pero las cosas podían cambiar. Ella no lo sabía, pero Nahuatl sí. Fue entonces cuando, en medio de la cena, le contó a su madre lo que sin querer se llegó a imaginar.

Era tanto tiempo el que pasaba solo, que siempre tenía ideas en su cabeza. Sin embargo, esta no había sido muy trabajada, sino más bien llegó de pronto y la encontró genial. Imaginaba que, si sus productos eran tan vendidos en la población rural, quizás esforzándose un poco más podría emprender su negocio hacia otras tierras y expandir sus ventas a la ciudad más cercana. Eran tantas sus ganas de conocer más allá de sus horizontes que haría lo que pudiera por lograr su ideal.

Se lo comentó a su mamá entre dientes, porque sabía que a ella le atemorizaría la idea, pero no era tan descabellada. Le dijo que solo era una idea, pero que con un poco más de trabajo podrían ampliar sus ganancias y al fin cumplir su sueño: conocer un poco más del mundo. No importaba que solo fuera un poco más allá, solo importaba saber que había más allá. Ni siquiera para quedarse, solo para conocer.

Fue así como comenzó a organizar los trabajos. Dejó de verlos como monotonía, sino más bien como lo que lo llevaría a cumplir su sueño. Ya no era lo mismo de siempre, lo veía con otros ojos. Bajaba feliz, se levantaba con mucho más ánimo, le agradecía a su mamá por confiar en él y se marchaba a ofrecer sus productos como si no hubiera un mañana.

No sé si lo ayudó Dios, pero cada día le iba mejor y su sonrisa era cada vez más grande, hasta su madre lo notaba y estaba orgullosa de sus ganas de emprender y su interés y perseverancia por superarse. Su esfuerzo no fue en vano. Después de unos meses alcanzó su meta y amplió su producción. Compró boletos a la capital, su corazón estaba alterado, casi se salía de su pecho. Y a pesar de los temores, las ganas y la curiosidad lo impulsaban a seguir.

Su madre llorando le pidió que se cuidara, que volviera pronto, que por todos los santos no hiciera nada de lo que se pudiera arrepentir; y lo dejó partir. Él, después de abrazarla fuertemente, le dio una mirada a su fiel compañero y le encomendó a su mamá: “cuida a mamá”. Y sin que vieran sus lágrimas, se marchó. Llevaba un poco de ropa, unos libros y sus deliciosos quesos para dar de degustación a quienes serían sus nuevos clientes. Era tal su afán que había pensado en cómo llevaría a cabo su plan maestro y sabía, en el fondo de su corazón, que lo lograría. Antes de subir al bus miró de nuevo esas montañas que siempre lo habían acompañado, miró al cielo y dijo: “sé que estás conmigo siempre, pero hoy te necesito aún más”. Y subió.

Estaba seguro de que el viaje traería muchas sorpresas, pero jamás imaginó que tan pronto. Justo al lado de su asiento iba una chica de su edad, era linda, de ojos grandes y sonrisa hermosa. Al ver que se sentaría a su lado, ella lo saludó. Él tímidamente sonrió y se sentó, ella no era tímida. Le dijo:

—Me llamo Andrea, ¿y tú?

Él, que no se relacionaba mucho con chicas, le dijo:

—Nahuatl.

Ella respondió:

—Qué lindo nombre. ¿Y dónde vas?

—Voy a Santiago, es mi primera vez.

—¿De verdad? Yo soy de allá, si quieres te puedo orientar.

—Sí —le dijo él—. Yo no conozco y la verdad estoy un poco nervioso.

—Tranquilo, no es para tanto. ¿Y a qué vas?

—Soy productor de queso con mi familia y queremos comenzar a vender en la ciudad. Además tenía muchas ganas de conocer más, desde que nací vivo aquí y no conozco más. Ella, que desde que lo vio pensó que era lindo, no sabía si reír o llorar. Le guiñó un ojo y le dijo:

—Te va a gustar.

Siguieron conversando, ambos pensaban que era una linda coincidencia. Luego de unos minutos, Andrea le ofreció un audífono y se propuso descansar.

No era muy lejos su destino, por tanto en un par de horas ya estaban en la ciudad. Nahualt le ofreció una merienda, algo que su madre le había enviado para cenar. Y bajo las estrellas, que no eran iguales a las que veía a diario, se sentaron a merendar. Él ya sin tanto miedo y ella contenta de tener con quien hablar. La joven le contó por qué viajaba seguido a su pueblo natal y que su familia era también de Combarbalá. Él estaba tan emocionado que con suerte lograba escuchar. Veía tantas luces y tanta gente que estuvo a punto de colapsar. Pero Andrea insistió:

—Ya, quédate tranquilo. Parece mucho, pero verás que no es más que cualquier lugar.

Le pregunto dónde iba a alojar. Él respondió con un movimiento de hombros, dando a entender que no tenía idea, y ella le ofreció una habitación en el hostel donde solía alojar. Caminaron unas cuadras y llegaron al lugar. Pasaron las horas sin darse cuenta y se fueron a descansar, acordando que mañana irían juntos a ofrecer los quesos de Nahualt. Él no lo decía, pero pensaba que era un ángel que le habían enviado, y se fue a descansar. A la mañana siguiente, Andrea golpeó su puerta y le gritó: “¡a desayunar!”. Con cara de aún dormido, salió de la habitación. Comieron y salieron a caminar. Ella había probado los quesos, los encontraba fenomenales, y lo ayudó a promoverlos sin pedir nada a cambio.

Les fue tan bien que se quedaron sin productos para mostrar y lograron captar nuevos clientes. Desde ese día se hicieron buenos amigos. Nahualt entendió que la ciudad era distinta, linda, pero más bien rápida. No era la vida que él acostumbraba, ella era ahora su sueño. Como el joven tenía que volver pronto por los cuidados de su madre, le pidió a Andrea que se siguieran viendo, que le avisara cuando fuera a Combarbalá. Y ella, que estaba fascinada con el negocio y obviamente con Nahualt, le dijo que sí. Lo acompañó a tomar su bus de retorno y le dio un beso que terminó por enamorar al joven de las montañas.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA CARRETA CHUÑA

Cristóbal Alejandro Miranda Miranda (33 años)

Técnico en aire acondicionado

San Felipe

Segundo lugar regional

Fueron varios años que nos acompañó la pobreza en la chacra, cada día parada frente a nosotros, como haciéndonos la guardia; nos apaleaba con el frío por la noche y nos despertaba con el hambre por la mañana. Mi madre, siempre tan ingenua, solía mirar preocupada a mi padre, a los pocos segundos volteaba hacia nosotros y nos entregaba una sonrisa tan pura, suficiente para calmar el hambre y el miedo de seis hermanos. Siendo yo el mayor, con tan solo once años, debía encargarme de la mayoría de los quehaceres de la casa, además ayudar a mi padre a cargar la carreta, lavar y ayudar a vestir a mis hermanos, y la parte más difícil también recaía sobre mí: distribuir en partes iguales los pocos víveres con los que contábamos.

De las papas y las cebollas nunca escaseamos, teníamos un palto que se nos portaba bastante generoso, aunque mi madre siempre insistía en compartir esa abundancia con los campos vecinos; entonces nos mandaba a todos en patota, para nosotros era toda una aventura, aunque más de alguien resultó dañado con los alambres de púas de los cercos o mordido por algún perro que no aceptaba nuestra visita en sus terrenos. Desde Guzmanes, Putaendo, llegábamos hasta la hacienda Lo Vicuña repartiendo, luego descansábamos para recuperar fuerzas y comenzábamos el camino de vuelta. Los lugareños ya nos conocían, salían siempre al encuentro de nosotros y nos regalaban manjar, leche o ese rico queso de cabra con miel. Aunque éramos precavidos, siempre comíamos lo justo y eso nos permitió que nunca llegáramos con las manos vacías a nuestro hogar.

Llegábamos casi al atardecer, mi madre siempre nos esperaba con agua hirviendo para servirse el último té antes de dormirnos. Mi padre aún repartía los fardos camino a Cabildo en su famosa “Carreta Chuña”, que fue bautizada así ya que siempre regañaba a todo el mundo que “las cuestiones no iban tiradas a la chuña”. Cuánta admiración hacia aquella persona, a pesar de que la única vez que lo vi sonriendo fue cuando mi madre lo sacó a bailar cueca en el cumpleaños de mi tío Rolo. Es que ese era su carácter, la personalidad misma de un hombre forjado con el yugo del padre borracho y maltratador. Su amor siempre fue parejo e incondicional para todos, pero mis dos hermanas, Ximena (ocho años) y Eloísa (seis años), eran sus regalonas. Ellas de algún modo habían cautivado un rincón de su corazón que ninguno de nosotros pudo encontrar totalmente.

Janito, un año menor que yo, era el más parecido a mi padre. Pasaba tardes enteras mirando por la ventana, como intentando buscar una respuesta escondida en algún rincón del cerro Orolonco. Mi padre era muy

protector de los “conchitos” Nandito, de cuatro años, y Jaimito, de tres. Ellos eran los únicos que tenían licencia para hacer y deshacer tanto dentro como fuera de la casa, siempre estábamos corriendo tras ellos y arreglando cada desorden que tanto hacía enojar a nuestra madre.

De la escuela nunca supimos nada, para nosotros educarnos era complementar el trabajo de la tierra con los modales que nuestra madre nos inculcaba día a día, porque para ella ser pobre no significaba “andar de chanco y harapos”, como solía decir. Mi padre era el que nos daba clases con los números, tenía una capacidad increíble de cálculo, en sus tiempos libres nos hacía repasar sumas y multiplicaciones y por más empeño que poníamos, nunca pudimos entenderle completamente.

Del escaso tiempo que mi padre disponía, siempre se las ingeniaba para fabricarnos todo tipo de juegos que nos dieran entretenimiento. El primero fue un columpio enorme atado al palto; luego nos sorprendió con un auto hecho de latones, unida cada extremidad con alambres, el que por sus dimensiones solo permitía subirse a los más pequeños. Nos fabricó también una honda para los más grandes y cada vez que volvía de repartir nos traía una caja con botellas de vidrio para probar la puntería, siempre lo veíamos más entusiasmado que nosotros.

Es que en ganas y esfuerzo nunca nos quedamos, aunque todo cambió rotundamente aquella noche, siendo el comienzo de una mala racha casi interminable. Era tarde y mi padre aún no volvía de repartir, mi madre se paseaba de un lado a otro murmurando entre dientes quizás que cosa; no de muy buena manera nos ordenó a todos acostarnos. Mi padre llegó tarde por la noche, lamentablemente sin su carreta, la cual no resistió más el peso y el uso prolongado que se le daba, eso sumado a la madera carcomida en gran parte de su estructura. Después de varios intentos por arreglarla, montó a pelo a su caballo “el Rucio” y se vino a trote suave desde Cabildo, unas cuatro horas en medio de la neblina. Mi madre estaba histérica, culpaba a mi padre por cargarla excesivamente y que era la única razón de que eso pasara, mi padre se defendía golpeando la mesa cada vez con más intensidad, pero de un momento a otro todo quedó en silencio. Así, sin decir una palabra más, terminó la discusión.

Al día siguiente llovía copiosamente y a las pocas horas se formó un barril que ni siquiera dejaba asomarse a la entrada de la casa; ahora era mi padre quien ocupaba el lugar de Janito junto a la ventana, quizás pensando en la forma de repartir una cantidad enorme de fardos que tenía ofrecidos. Mis hermanos no paraban de jugar y gritar adentro de la casa y mi madre cocinaba junto al fuego tan silenciosa como nunca antes la habíamos visto. En el transcurso de la tarde llegó don Aurelio, amigo de toda la vida de mi padre. Junto al acoplado de su tractor traía la carreta, en realidad lo que iba quedando de carreta. Mi padre salió raudo a recibirlo y al ver el estado de su fuente de trabajo, ya con más claridad, solo se rascaba la cabeza mirándola desde todos los ángulos. Aquellas horas adentro de la casa fueron eternas, silenciosas, ya ni los niños jugaban, percibían que algo no andaba bien. Afuera la lluvia había terminado dejando un panorama completamente desolador, dando paso a las bajas temperaturas que nos obligaban a juntarnos alrededor del fuego. Las pequeñas Ximena y Eloísa se acurrucaron junto a mi madre, mi padre se paraba de vez en cuando para ir en busca de la leña. La casa estaba ya temperada y nunca, hasta ahora, supimos que esa leña fue el último regalo que nos dejó nuestra querida carreta.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL INCREÍBLE “PACTO CON EL DIABLO”

Marta Alicia Chelme Díaz (73 años)

Profesora de diseño de vestuario jubilada

Viña del mar

Tercer lugar regional

La vieja casa de adobe, como todas las del lugar ubicado hacia el interior de Vallenar, estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. Sorpresivamente llegó a habitarla un misterioso personaje que empezó a ser el centro de los comentarios de los vecinos. Pensaban que era un enfermo de tuberculosis por su extrema delgadez, su espalda levemente curvada y su caminar lento. Al sentirse observado, se refugiaba hacia el interior de la casa.

Mercedes, más conocida como la “Meche”, de baja estatura y contextura gruesa, era muy apreciada en el pueblo. Las madres le llevaban a sus hijos pequeños para que los santiguara, les quebrara el empacho y los protegiera del susto y del “mal de ojo”, tradiciones y costumbres muy arraigadas en el campo y en los pueblos.

Era la presidenta de la junta de vecinos y la dueña del único almacén del pueblo, que estaba ubicado frente a la casa del misterioso habitante. Ubicación privilegiada para “espiarlo”. Este se levantaba temprano y trabajaba en una pequeña chacra, cultivando tomates, papas y diversas verduras con las que se alimentaba. A la Meche le llamaba la atención que siempre usaba camisas con manga larga. No salía a comprar. Un perro negro lo acompañaba y ladraba furioso cuando alguien se acercaba a la casa.

Curiosa por la conducta huidiza de este hombre, la Meche observó en un caluroso día de verano cómo sacaba papas escarbando la tierra con sus manos. Se había arremangado las mangas de la camisa y pudo ver en su brazo izquierdo unas horribles marcas. Sus sospechas se confirmaban, este hombre tenía pacto con el diablo. Las marcas del brazo parecían hechas con un fierro caliente, con fuego. Según sus creencias, el pacto se tiene que firmar con sangre. Llegó corriendo al almacén y casi sin respirar les contó lo que había visto a unos parroquianos que consumían una botella de vino.

Uno de ellos comentó que una noche, llegando tarde a su casa, había visto unos enormes pájaros negros que parecían cuervos, aves consideradas de mal agüero y que forman parte de mitos y leyendas. Volaron desde el patio de la casa del desconocido, golpeando su cabeza con las alas. Mostró un rasguño en la frente, causado por las patas del pájaro, que según el relator eran del tamaño de un jote. No había ninguna duda, sus sospechas eran confirmadas. La noticia corrió como un reguero de pólvora en el poblado. Todos tenían terror de acercarse al lugar.

El misterio continuaba. Pasaron varios días en que el hombre desapareció. Un vecino aseguró haber visto al mismísimo Satanás, vestido totalmente de negro, entrando a la casa. Al parecer discutían en voz alta, hablaban en lenguas extrañas.

El pueblo se organizó. Le pedirían al párroco que hiciera un exorcismo y lo expulsara del pueblo. Nombraron una comisión compuesta por los tres testigos: la Meche, que observó las marcas del pacto, el vecino atacado por los pájaros y el que vio a Satanás. Fueron a conversar con el padre, este cerró levemente los párpados y los escuchó respetuosamente. Les dijo que se calmaran y que se prepararan para la misa.

El domingo amaneció brillante, lleno de luz, lleno de sol. La pequeña capilla del lugar fue arreglada por los vecinos, ubicando diversas plantas en los rincones: romero para purificar lugares y personas, ruda para el exorcismo, llantén contra los visitantes no deseados. Expectantes, con el corazón oprimido, esperaron la llegada del sacerdote fuera de la capilla como él se los había pedido. Llevaban en sus manos diversas hierbas y cruces de palqui amarradas con lana roja. Estaba reunido todo el pueblo y vecinos de las aldeas más cercanas. El padre entró a la iglesia, había cambiado su sotana negra por una alba y estola morada. Todos lo siguieron en silencio, el que fue interrumpido por un grito de la Meche: “Vade retro, Satanás”, expresión latina que significa “apártate, Satanás”. Y cayó de rodillas al piso, cuando vio sentado en la primera fila al extraño hombre acompañado por su perro.

La capilla estaba llena, había quedado gente afuera. El padre ordenó abrir las puertas. El aroma de las hierbas y un murmullo recorrían el lugar y se percibían hasta en la calle. Debió pedir varias veces que guardaran silencio. Hecha la debida reverencia al altar, habló con voz fuerte y pausada. Había un silencio sepulcral. Les dijo que entendía su preocupación y que esta sería una misa especial. En la primera fila estaba un invitado. Se acercó donde él, puso su mano en el hombro como una señal de confianza, le pidió levantarse y pararse a su lado. Era un hombre maduro, que tenía una prestancia natural.

Con voz firme, continuó. “Les presento a Joseph, es un polaco sobreviviente del holocausto, fue rescatado por las tropas del campo de exterminio de Auschwitz. En su brazo izquierdo tiene los números con los que los nazis los marcaban como si fueran animales”. Le pidió subirse la manga de la camisa. “Estos números representan el horror, la vergüenza, pero también su heroísmo, resistencia y fuerza”. Mientras el párroco hablaba, las ramas y las cruces que llevaban para el exorcismo fueron cayendo al piso lentamente y escondidas con el pie bajo los asientos. El sacerdote continuaba hablando en voz alta. “En estos hermosos parajes no hay espacio para ningún maleficio, aquí solo hay lugar para la fe y la solidaridad. Quien creyó ver a Satanás entrando a su casa, debo decirles que lo visité para llevarle remedios, él no entiende nuestro idioma, y le hablo en voz alta porque escucha muy poco. Los pájaros negros y sus graznidos son los cuervos que llegan a comerse las semillas y la fruta madura. Su única compañía es Bobby”. El perro dormía entonces plácidamente a sus pies.

El silencio era conmovedor, el que nuevamente fue interrumpido por la Meche que aún impactada, conmovida y con “el alma devuelta al cuerpo”, se ofreció para ayudar a Joseph a incorporarse a la comunidad. Se inició la misa, todos tomados de la mano rezaban “Padre nuestro que estás...”.

REGIÓN METROPOLITANA

LA NOCHE DE LAS PLUMAS

Leonel Antonio Huerta Sierra (64 años)

Vendedor

Calera de Tango

Primer lugar regional

Ese día perdí las pilas, recé con todas mis fuerzas para que las viejas duraran lo necesario.

Los miércoles me levantaba temprano: atendía la ordeña, colocaba comida y agua a los animales. Un baño completo, igual que los domingos. Un buen desayuno preparado por la abuela, pues no volvía hasta el atardecer y justo para el comienzo del programa. Ensilaba a Cordero, caballo chúcaro que solo papá y yo podíamos dominar. La cantidad de veces que lanzó amigos y familiares son incontables, de vez en cuando en algún almuerzo aparecían recuerdos de esto, aflojando la risa y la vejiga del abuelo. Aquella mañana tomé el saco de ajíes que debía vender y la lista de compras confeccionada por mamá. Antes de partir, mi hermana besó mi mejilla y susurró: “tráeme un dulce, ojalá camote”. El caserío de cuatro casas estaba ubicado en el Fuerte, justo en la entrada del fundo, de ahí a Talca el viaje duraba algo más de una hora, no hacía correr a Cordero; no de ida, pero de regreso...

La venta resultó bien, logré buen precio. Compré los encargos, incluyendo el camote y por supuesto las famosas pilas. El regreso era lo que esperábamos, ambos deseábamos el galope. Hombre y animal formando un solo cuerpo, confianza mutua, las dos respiraciones sincronizadas en un único pulmón, sublime, imposible de explicar. El caballo quedó nervioso, me levanté, pasé mis manos por su cuello, “tranquilo, tranquilo, no pasó nada”. Las culebras lo asustaban, se nos cruzó una y la vio. Paró en seco, me lanzó lejos. Cordero y serpiente se llevan mal. Finalmente se tranquilizó, el resto del camino fue lento y conversado. Al tocar mi pecho en busca de las pilas resultó que el bolsillo estaba vacío, fue ahí que comenzó mi plegaria: “Diosito, que las pilas duren. Te prometo lo que quieras, voy a misa todos los domingos por un año, la manda que sea, pero no permitas que me pillen, por lo menos hoy no”, y así seguí hasta que llegué a casa.

—¿Trajiste todo? —preguntó mamá.

—Sí.

—Ya va a empezar el radioteatro, cambia las pilas, las otras ya están viejas.

—Ya las cambié. —Si las pilas se agotaban, la mentira sería descubierta en el momento menos oportuno y lo más seguro es que me llegaran un par de coscorrones y algún otro castigo. Todo eso no me importaba mucho, quería escuchar el programa. Le pedí disculpas a Dios, el engaño era necesario.

Entregué el camote, la mesa estaba servida para tomar onces-comida. Papá sintoniza radio Portales. La risa del Doctor Mortis nos indicaba que debíamos guardar silencio. La abuela se tapaba los oídos ante aquella manifestación satánica, claro que eso no le impedía escuchar el resto de la historia radial. El abuelo armaba un cucurucho que ponía en su oído para oír mejor. Mamá desataba el delantal, indicando el término del trabajo o por lo menos por un rato. Papá tomaba su tabaco y armaba un cigarrillo, servía un vaso de vino a cada uno de los mayores, menos a abuela que consideraba que beber alcohol era pecado. Hermana me tomaba la mano, decía que así sentía menos miedo. Yo esperaba un relato de campo, cuentos cercanos. Estaba de suerte, la historia trataba de campesinos, jóvenes recién casados. La esposa comienza a enfermar sin causa aparente; anemia diagnosticó el doctor. Ella pasa todo el tiempo tendida en cama hasta que muere. Cuando ya no me acordaba de las pilas, la radio falló. Papá se volvió loco tratando de sintonizar nuevamente la emisora, movía la antena, la perilla. Hasta que preguntó: “¿Qué paso? ¿Cambiaste las pilas?”

Conté la verdad, me retaron, hermana soltó mi mano. Dos golpes en la cabeza, un tirón de pelo y la prohibición de escuchar radio por un mes. Me enviaron a la cama y el sueño me atrapó en un santiamén. De Dios ni me acordé. La familia partió a la casa más cercana para averiguar el final de la historia.

Mientras dormía me quitaron la almohada, no dije nada, seguro era parte del castigo. El fuego comenzó a los minutos. Me levanté, en cada patio del Fuerte se elevaban llamas producto de los fogones alimentados por cojines, peluches y quién sabe qué más. De cada casa arrojaban todo aquello que estaba relleno con plumas. En otros villorrios pasó lo mismo y también en varias poblaciones de Talca, no sé qué sucedió en el resto del país. La locura por quemar desbordó toda razón. Luego supe que fue Horacio Quiroga y su cuento “El almohadón de plumas” el detonador de la alienación popular.

REGIÓN METROPOLITANA

NIETO DE CANTORA

Cecilia Verónica Ibarra Mendoza (51 años)

Investigadora

Ñuñoa

Segundo lugar regional

Soy músico por herencia. Mi abuela fue cantora de angelitos, iba guitarra en mano a donde la llamaran para tocar en velorios y entierros de pequeños. Esa era la costumbre en el campo, cuando moría un infante se hacía una fiesta. Al difunto, vestido de blanco, se lo sentaba en una silla sobre un altar. Cuando era el momento, lo ponían en su caja alba para dejarlo en la tierra. Ella hacía las alas que se ponen en la espalda del cuerpecito. Cantaba durante todo el velorio para el baile de la madre y las tías, para que los hombres llorasen y los hermanos lo despidieran, para que la familia, los padrinos, los vecinos y amigos mandaran sus encargos al cielo con el almita, pidiendo protección y consuelo. Campo adentro, el entierro se hacía en el patio de la casa, con las alas puestas y mirando a la entrada del sitio. El angelito quedaba de guardián de la familia. Ese era el trabajo de mi abuela, que había tenido veinte hijos, afirmación a la que siempre agregaba “y todos vivos”.

Mis recuerdos de ella son de las visitas a su casa con mis padres y mi hermano, yo tenía entre tres y nueve años. La primera parte del viaje era por la carretera, de Limache a San Fernando. Pasábamos la noche en casa de un tío para partir a primera hora del día siguiente, porque el camino cordillerano de mañana era para subir y de tarde para bajar. La Renoleta de mi padre apenas podía con la cuesta, pasado el Tinguiririca el auto empezaba a calentarse. En Puente Negro parábamos y mi madre sacaba un canasto con adornos de colores en el tejido. Ahí venía el termo, jugo, sándwiches, huevos duros y fruta para comer a la orilla del río, tirando piedras y mirando mecerse a los sauces. Seguíamos viaje por el camino ripiado, seco y polvoriento que subía por los cerros hasta llegar a la Rufina. Las zarzamoras de la orilla estaban siempre grises de tierra. Mi papá bajaba la velocidad cuando pasaba gente, “para que no traguen tanto polvo” decía, mientras mi hermano y yo saludábamos.

Llegando a la Rufina, por el desvío hacia un bajo a la izquierda, se veía el portón de la casa de la abuela. Con mi hermano nos tocaba abrir la reja, uno cada hoja que afirmábamos mientras mi padre entraba el auto. Toda esta operación era observada por los dueños de casa, que nos esperaban instalados en el corredor. Tengo grabada esa ceremonia de espera estática. Con la espalda al azul añil con que pintaban la muralla de adobe y bajo el alero de tejas que cubría el corredor, estaba la abuela sentada en una silla rústica de madera, de falda negra y blusa blanca, bien peinada de moño y con la guitarra sobre el regazo. A su derecha las dos hijas solteras de vestidos floreados, una sentada a su lado con el arpa al frente y la otra parada con las manos

a la espalda. A la izquierda el hijo menor, de sombrero y manta, con el guitarrón apoyado en el suelo. Una vez que el auto se estacionaba y con mi hermano cerrábamos el portón, mis padres bajaban. Mi papá se acercaba a mi madre y le ofrecía el brazo. Recién entonces se rompía el congelamiento de las figuras del pórtico con un rasgueo de la guitarra de la abuela. Se iniciaba la primera pata de cueca, entraba el arpa y la pandereta, se unía el guitarrón, mis padres sacaban sus pañuelos y comenzaba el paseo.

La voz de la abuela salía clara y joven, se escuchaba de lejos. Mi papá agachado, agarrándose la chaqueta, miraba a mi mamá directo a los ojos y se daban la vuelta redonda. Suave y queda la primera pata, mi mamá como que caminaba no más, jugando un poco con el pañuelo. Nosotros apoyados en la cerca, fijándonos en alguna gallina con sus polluelos a la siga, que corrían de espanto con los primeros zapateos de mi papá en la última vuelta. Mis padres se tomaban del brazo para el segundo paseo. Ahí rompía la abuela con la segunda pata, ya la cosa se iba prendiendo y con mi hermano imitábamos los zapateos de mi padre, sacando polvo del suelo y persiguiendo con el pañuelo a los perros al grito de tiquitiquití. Para qué decir la tercera cueca, a mi papá le corría la gota haciendo punta y tacón, bien agachado pegándose a mi madre. Las tías le daban duro a arpa y pandereta y el tío no sacaba los ojos de las piernas de mi mamá, que mostraba la enagua de tanto arremangarse la falda. Con el último rasgueo, mi papá ponía una rodilla en el piso, ofreciéndole la otra a mamá para que se apoyara. Recién entonces eran los saludos. La abuela, de pie, abría los brazos bien grandes sin moverse del pórtico. Mi papá se acercaba para el abrazo largo y apretado, después nos tocaba a nosotros. Las tías sacaban de los bolsillos chocolates, dulces o algún billete y nos los daban a escondidas.

El almuerzo estaba servido. Mi hermano y yo comíamos en la cocina apenas llegábamos. Los adultos conversaban, aparecían otros tíos de por ahí cerca, hasta que se llenaba la gran mesa del comedor. En una de las murallas, bajo un espejo grande, había una foto de la abuela con sus veinte hijos, en blanco y negro con un marco repujado en plata. Me gustaba reconocer a los tíos e ir nombrando a cada uno en la foto. Los almuerzos eran de entrada, cazuela, segundo, postre y té. Mi abuela, en una esquina, tocaba bajito. Quizás comía a la hora de siesta. Cenaba con nosotros, le gustaban las sopas y los postres de leche que hacían las tías. Después de la cena, los adultos se instalaban en la sala o en el pórtico cuando hacía calor. Llegaban otros parientes vecinos y empezaba el duelo de papá y la abuela. Me gustaba sentarme entre los dos, ahí luchaba contra el sueño mientras oía una canción desde la derecha y luego otra desde la izquierda, sin repetirse. El tío del guitarrón acompañaba, otro tocaba el acordeón, pero los que cantaban eran madre e hijo. “De los veinte, solo el Yayo me salió cantor”, decía la abuela. El desayuno para nosotros, los niños, era en la cocina. La abuela nos tenía preparados huevos fritos de sus gallinas y ulpo con pipeño. Mi mamá le reclamaba y la abuela respondía “no voy a saber yo cómo criar niños, que tuve veinte y todos vivos. A estos nietos tengo que alimentarlos porque van a ser músicos”.

Cuando murió mi papá, mamá nos llevó a vivir a Santiago con su familia. Fue muy rápido. Habíamos pasado el verano en la Rufina y empezamos el año escolar como siempre. Partíamos los cuatro a la escuela de Limache en la mañana, porque mi padre era profesor de música y mi madre parvularia. Para el desfile del 21 de mayo nos dimos cuenta de que él estaba muy flaco. El conjunto folclórico que dirigía se había presentado para las graduaciones de diciembre, desde entonces que no usaba el pantalón a rayas y la chaqueta corta bajo la manta, nos reímos porque le quedaba enorme. Para las vacaciones de invierno ya se había ido. Lo

despedimos en Limache. En la iglesia cantaron sus alumnos del coro, del conjunto folclórico y hasta tocaron xilófono los chicos de básica. La abuela no estaba. Los tíos contaron que cuando supo, se abrazó a la tía Chela y le dijo “se me fue el Yayo, Chelita, el primero de los veinte”. Dicen que fue al comedor a buscar la foto del marco plateado donde aparecía ella con todos sus hijos. Sentada en el pórtico, con el retrato a los pies, entonó canciones de angelitos acompañada de su guitarra. Hacía años que no se le oían, se perdió la costumbre y ella creía que esas melodías no debían usarse para otra cosa. Dicen mis tías que cantó hasta el anochecer, no les hizo caso cuando le pidieron que entrara. Le pusieron un chal en la espalda y le arrimaron el brasero. Se durmió con la guitarra sobre el regazo y las tías la acostaron pasada la medianoche. A la mañana siguiente, despertaron con sus canciones y la encontraron donde mismo, con los ojos fijos en el portón. No quiso comer ni tomar y cantó tres días seguidos. Cuando cuentan esto, las tías se recriminan “por qué no la habremos grabado, la de canciones que sabía”. Era invierno y se agarró una pulmonía, al cuarto día amaneció con fiebre y no duró mucho. Nosotros no fuimos a su entierro, pero ese día supe que mi destino era de cantor.

REGIÓN METROPOLITANA

TEMPORERA

Cristian Eduardo Leal Duran (22 años)

Estudiante

Recoleta

Tercer lugar regional

*Son muy tristes, mi chiquitito,
las rutas sin compañero*

Gabriela Mistral

Susurrabas los garabatos al punto que aprendí a leer tus labios, conocía la manera en que guardabas los insultos. Fuiste mi primera polola y yo tu primer pololo. Le tenías terror al ladrido de los perros del campo. Uno te mordió la mano. No quisiste vengarte. Con tu mamá quisimos sacrificarlo. Con un escopetazo directo en la cien. Pero tú preferiste que lo dejáramos escapar. Que siguiera de campo en campo tratando de sobrevivir. La sangre te corrió. Tu madre trabajaba de paramédico y pasamos directo a urgencia. Una cicatriz lo recuerda. Te ayudé a escribir las materias de todo ese mes. Nos sentábamos y tú me corregías. Debía trazar en el cuaderno distintos colores, papelitos que dieran los datos que tú creías que preguntarían en las pruebas.

Me dijiste que dejabas el campo para irte a Santiago a estudiar, hicimos los supuestos planes para vernos. Se metió la idea de irme contigo. Hablé con tu mamá preguntando los detalles de la casa donde te marchabas. Una casa en Puente Alto, a una hora y media de tu universidad. Es casi lo mismo de Rengo a Santiago, le dije en broma. Me explicó que no podía. La familia recibe, pero no al pololo. Después te convencí si intentábamos marcharnos solos. Yo trabajando y tú estudiando. Contamos las distintas maneras de vernos. La plata que juntaría de temporero donde el Pelado Errázuriz para salir los fines de semana. Trabajaría de lunes a viernes para que saliéramos los sábados. Lo anotamos y pusimos post-it en cada hoja. Un color, una actividad distinta.

Hicimos el amor. Estabas estresada y tus piernas esa tarde tapaban la cama. Tu piel blanca con los muslos anchos donde dejamos el notebook para ver tus resultados en la PSU. Meses antes tus peleas cuando no aguantabas el estrés. Las veces que te esperé afuera del preuniversitario. La vez que me dijiste que no tenía visión, que me ahogaría en este campo de mierda que nos tocó vivir. No querías ser temporera. Te cargaban los viejos haciendo la fila a las seis de la mañana. Una larga fila para subir al bus e ir a buscar las frutas, para que otros se llenaran los bolsillos. Mala para la pega. Te superaba en minutos. Sacaba la fruta, la humedad, la tierra, las uñas negras y después volver a Rancagua. Nos sentábamos en la micro cansados de mover el

montón de cajas y cajas de uva, kiwi, duraznos que llegaban a otro país. Me decías que esto no era para ti con tu cabeza en mi hombro, tu respiración pausada y susurrando los garabatos.

Te fue bien en la PSU. Querías estudiar literatura. Los libros y la carga que significaban. Leías de manera veloz. Con tu mamá discutimos que estudiaras por algo de más plata, pero solo tú entendías esas cosas. Los poemas que me leías y yo me quedaba mirando el cielo raso mientras tú encendías un cigarro que agolpaba la pieza.

Siempre andabas con un libro en las manos. Como diferenciándote de nosotros. Escuchando música en inglés, escribiendo y hablando de películas extrañas. Al cine no íbamos. Me decías que no te gustaba el de Rancagua. Me llevabas a que te acompañara a ver los cines chicos de Santiago. Butacas vacías, películas largas y lentas, sin contenido. Directores que olvidaron las chispas, la acción, la muerte, las mujeres voluptuosas y los finales felices que no aprendiste.

Te fuiste a saber algo más de autores y significados de libros. Me recitabas poemas de Jorge Teiller. Poemas que hablaban de campos perdidos, ciudades como San Fernando con olor a chancho. Cosas que no entendía, pero te preguntaba sin interés. Cambiaste eso por hojas mal impresas y rayadas con destacador. Cambiaste el olor a humo de tu ropa. Cambiaste tu vocabulario, tus palabras dejaron de rosarse con los de Rengo, preferiste neutralizar y hablar como una bala. Nuestros sobrenombres, nuestros códigos terminaron por amargarme, otra persona.

Dejaste de venir los fines de semana. Me quedaba esperándote. Te mandaba fotografías en el cerro donde nos fumábamos los pitos en la noche. Cuando los prendíamos, el olor y el viento nos dejaban tirados sin frío calándonos. Nadie mirando, la soledad y la seguridad que el campo nos puede entregar.

El campo y el versus con la ciudad. La vez que no fuimos a clases. Evitábamos Rancagua, sabrían que hicimos la cimarra. Se nos ocurrió ir a Santiago. A ti te gustaba caminar con el mar de gente. El metro, lo terrible de andar transportándose bajo tierra. El sonido pulso y la tarde que nos quedábamos en la plaza después de recorrer las tiendas de libros que no comprabas. Nada se comparaba al campo. El paso lento de los animales. Las personas como manchas que desaparecen de a poco, la tranquilidad. El olor a borrachos.

La última vez que nos vimos te llamé dieciséis veces. Un polerón negro y unos lentes gigantes. Te intenté dar un beso. Tenías el olor a smog. Ese olor y la mirada de desconfianza que traen las ciudades. Caminabas más rápido. Parecías estar apurada y te expliqué que trataría de ser menos entrometido. No te llamaría tanto. Que no podemos terminar así. Esto de ser amigos no nos resulta. Que te amo.

Lloramos y nos despedimos abrazados. Entraste a tu casa. No sabía cómo tomar el final. Pero se entiende que los finales son lo polémico de cualquier cosa. Cerraste la puerta y me fui en bici a San Fernando. Los perros por primera vez no salieron a morderme, a perseguir mis ruedas, cuando más lo esperé.

El amor adolescente es corto, me dijo mi mamá. Pensé que lo nuestro iba a durar una larga parte de nuestra vida. Pero fue el invierno, ahora viene la primavera y ahí es donde más trabajo hay acá.

REGIÓN DE O'HIGGINS

ALAMBRES ROJOS

María de los Ángeles Mena Celedón (18 años)

Estudiante

Codegua

Primer lugar regional

Se llamaba Alexander Kevin González Martínez, quizá en un intento por parte de su madre de subirle el estatus; ya saben, era un nombre gringo, de esos que salen en la televisión cuando sintonizaban canales pagados. Pero al niño, mucho antes de que le diagnosticaran esa rara enfermedad llamada “dislexia” y otra palabra que pronto se le olvidó, sumado a su tartamudez, se le hacía imposible pronunciar su nombre. Alex, le decían en su familia, aunque a él le salía algo así como “A... A... Aless”.

Alex cumplía once años en el mes siguiente, pero representaba ocho. Encogido, flacuchento, con una camiseta amarilla y sucia que era incapaz de sacarse o ponerse otra. En el colegio lo señalaban con el dedo, y se reían cuando abría la boca. Prefería, entonces, quedarse callado y pasar por mudo antes que por tonto, aunque a veces lo creyeran ambas cosas.

Llovía. Alex se quedó contemplando las gotas caer sobre el pasto y salpicar. Era bonito.

—¡Oye, tú! ¡Partiste a la escuela! ¡No veí que son ya más de las siete?

Era cierto; el sol ya había salido y desde la puerta de la cocina que miraba al patio, su madre tenía las manos en las caderas. El pequeño, asintiendo, se enderezó.

La escuela de La Blanquina quedaba más o menos lejos de su casa, no tanto tampoco, no como para que no pudiera arrastrar sus pies, cargando una mochila más grande que él, hacia el lugar. No estaba lo suficientemente lejos como para que pudiera abandonar su casa una vez que llegara. Estaba ahí, en el aula, con la mente en las gotas que caían sobre el pasto, o tal vez, en su hermana Amalia, ahí postrada, inmóvil.

A veces envidiaba a la Amalia. Sólo a veces, cuando no quería hacer nada y veía a la niña cuya única lucha era por comer.

—Coma, mi niñita, abra la boquita...

Pero Amalia no decía nada. Apretaba con fuerza la boca y los ojos, único gesto que era capaz de hacer, aparentemente. Y desde la puerta, Alex la miraba.

—Puros hijos imbéciles me salieron —decía su padre—. Un tonto y una inválida retrasada.

Su madre no le contestaba. No valía la pena. Más moretones debajo de la ropa no valían la pena.

El colegio quedaba demasiado cerca, pensaba Alex, mientras se encaminaba hacia el lugar. Demasiado si quería dejar la casa en casa, a Amalia acostada y no en sus pensamientos. Y a su padre... No, él a su padre simplemente lo había abandonado hace mucho. Aquello era curioso, pensó. ¿No eran los padres los que abandonan a los hijos, y no los hijos a los padres?

La primera hora, ciencias naturales.

Esperó que llegara el profesor, un viejo de unos cincuenta años casi que lo señalaba con un dedo de uñas amarillentas, para hacerlo leer de un libro de texto que nunca compró.

—Ah, no trae el libro. Lea el de su compañero, burro irresponsable.

Y los niños se daban codazos entre ellos. Se miraban, reían, y luego miraban a Alexander Kevin González hacer el ridículo.

—La... la... l... la...

—¿La qué, González?

—Sangre. La... sangre... va... ha... hacia...

Y más risas. Carcajadas. Gritos casi. Un gong chino dando martillazos de acero en sus oídos.

Pero el profesor no llegó. Todos permanecieron en silencio cuando la inspectora acompañó a una señorita, joven, de pelo azabache, caminar hacia ellos. Traía una pollera morada, blusa blanca con encaje y los ojos de un tono pardo, de los que Alex apenas podía sacar la vista. No escuchó lo que dijo la inspectora. Algo de un reemplazo, supuso, algo de que esa mujer les haría clases.

No entendió que la sangre iba cargada de distintos componentes, ni que la hemoglobina es transportada por vesículas, ni tampoco lo que era el plasma, ni los eritrocitos, ni los leucocitos, ni nada de eso. Los otros sí comprendían, al parecer, porque tampoco le quitaban los ojos de encima a esa persona nueva que había arribado a una escuela perdida en los potreros de La Blanquina.

Entonces, la profesora miró al niño, cuyos ojos se empañaron de lágrimas al darse cuenta de lo que ocurriría a continuación.

—¿Entendiste? —le preguntó.

Alex no sabía qué hacer. Pero no podía mentirle, no a ella. Negó con la cabeza. Todos rieron. Ella volvió al pizarrón y dibujó dos líneas con el plumón rojo.

—¿Ves esto?

Alex asintió.

—Imagínate que es un capilar sanguíneo, ¿bueno?

La mirada del pequeño reflejaba a todas luces que no tenía idea de lo que aquello significaba. Sin embargo, la profesora volvió atrás. Le dijo que todos estamos, por dentro, llenos de cables, o alambres, si prefería. Alambres como los de las rejas de esas que franqueaban el paso en las entradas al fundo.

¿No veía acaso, en su muñeca, unas delgadas líneas azules? Sin embargo, en realidad eran rojas. Por ahí pasaba la sangre.

Alex recordó el cerro que llevaba por el camino a la medialuna, cerrado por una cerca de alambre, con un cerrojo grande cuya llave la tenía, aparentemente, su padre y nadie más. Imaginó que esos alambres eran rojos y recorrían su cuerpo por dentro. Era extraño, sí. Eran huecos, entonces... huecos, para llevar un líquido rojo, el mismo que brotaba cuando se raspaba, cayéndose del caballo.

—¡Poco huaso! —le espetaban, a modo de insulto.

La sangre la transportaba una bomba, el corazón, continuó la profesora. ¿Cómo las bombas de agua? Sí, como las bombas de agua. La sangre corría por el cuerpo, llevando nutrientes y otras cosas.

-M... mi... mi papá...

-¿Sí, Alex?

—Vacas —dijo al fin, respirando hondo—. Las vacas... l... la leche... Pasa por... por... por... tu... tuberías...

Más risas del curso. Pero sí, explicó ella. Era como cuando ordeñaban a las vacas y la leche pasaba por esos tubos azules. Algo así, de cierta forma, era cómo funcionaba un capilar, una vena, una arteria.

—¿Y de dónde sale? —preguntó el niño, de corrido—. La... la sangre. La roja —miró a su maestra, como buscando aprobación a la pregunta. La profesora sonrió.

Y le explicó.

Alex volvió a su casa, pero como el colegio estaba demasiado cerca, no lo dejó atrás.

Oía gritos fuera de su habitación, en la noche. Pero no los escuchaba, no en realidad. Su mente estaba en unas tuberías, donde pasaba el plasma, los glóbulos rojos, los glóbulos blancos y todo eso. Todo eso que había comprendido.

Quería volver al día siguiente. Quería tener ciencias naturales. Quería seguir entendiendo, aprendiendo, soñando con tuberías, oxígeno y vesículas y hemoglobina.

Mientras caminaba hacia la escuela, embarrándose los zapatos por la lluvia del día anterior, se imaginaba que esa maestra era su madre. Que lo acurrucaba entre sus brazos, y él dormía en su pecho. Esa imagen le pareció un tanto extraña, al principio, hasta que recordó sus ojos de un café verdoso, su sonrisa y su paciencia.

Ella debía ser su madre. Estaba destinada para ello, no había otra opción, por eso había aparecido de pronto en la sala de su escuela, como un ángel.

Esperó a la última hora del día, la hora en que tenían ciencias naturales. Miraba pasar el reloj, un tic tac tras otro, lento, eterno como nunca.

Finalmente, cuando dieron las tres y media, sonó el ruido metálico del timbre. Se abrió la puerta y entró muy sonriente, como si nada, su viejo profesor.

REGIÓN DE O'HIGGINS

UNA CABRA LOCA

Javiera Andrea Pinto Andino (27 años)

Estudiante

San Vicente

Segundo lugar regional

La noche en que nació la Viole, ese 19 de marzo, estaba iluminada por la luna llena. Y menos mal, porque en 1930 la electricidad no era pan de cada día, y las noches en Villa Alegre aún no conocían la luz eléctrica. Liduvina, su madre, una mujer de aspecto implacable, propio de quien a unos escasos nueve años debió hacerse cargo de seis hermanos debido a la muerte de su padre, había presentido que aquel podría ser el día en que daría a luz. Y si bien su expresión no lo demostraba, lo cierto es que no podía dejar de tener miedo ante lo que venía. Había dado a luz tres veces antes, habían sido dos niños y una niña, en tres ocasiones diferentes, pero todos habían muerto a los pocos meses de nacidos. El temor que le generaba este nuevo nacimiento era normal, su incertidumbre ya no era si su bebé sería niña o niño, sino más bien si lograría sobrevivir más allá del año. Lo cierto es que esa noche no había cabida para cuestionamientos, el trabajo de parto duró toda la noche y al amanecer, la casa grande de techo de teja y murallas de adobe vio nacer a una niña diminuta a quien sus padres llamaron Violeta. La partera, doña Clemencia, personaje fundamental en cada nacimiento en la época, rápidamente depositó a la Viole en los brazos de su madre para que esta pudiera amamantarla. Sin embargo, la sorpresa para todos fue grande cuando se dieron cuenta de que los pechos de Liduvina no traían leche. El padre, Rubén, consternado por la situación, recorrió todo Villa Alegre en busca de una nodriza que pudiera ayudar a su hija. Eran minutos determinantes y en esos años no había una farmacia en cada esquina de la ciudad donde poder comprar NAN ni leche Nido; la leche en polvo que conocemos hoy era escasa en esos tiempos. Por suerte, Rubén no demoró en encontrar a una mujer que había dado a luz hace poco tiempo y que estaba dispuesta a amamantar a la Viole. Así fue como sobrevivió los primeros meses, tomando leche de distintas tetas. Las nodrizas iban y venían, llegaban mujeres flacas, gordas, altas, bajas, morenas, trigueñas y blancas. Probó la leche de más de quince mujeres, hasta que de pronto a los cinco meses cayó enferma muy grave con fiebre. El médico del pueblo, don Eulasio, le explicó a su padre que la niña no estaba recibiendo una alimentación adecuada debido a los diversos cambios en la ingesta de leche y le recomendó una solución que parecería extraña a primera escucha. Le había dicho que se comprara una cabra, y que la niña debía tomar la leche de la cabra directamente de su teta. Si bien la solución del médico, en principio, le pareció algo extraña a don Rubén, era la única alternativa para que su cholito, como la había apodado de cariño, pudiera mejorar y no muriera tan pronto como sus hermanos. Así fue como don Rubén recorrió todo el pueblo buscando a una cabrita para la Viole, hasta que llegó donde don Rafa, un arriero del lugar que vivía en la punta de un cerro y que le recomendó se llevara a

la más gordita de todas, una cabra de aspecto dócil, pelaje negro con ojos vivaces. Don Rubén no pudo dejar de sentir una extraña sensación al mirar al animal, como si a través de los ojos de la cabra viera a su pequeña cholito, sus ojos inquietos y penetrantes tenían una extraña similitud con los de su pequeña hija. No pudo desconocer esta señal divina, a pesar de ser un hombre ateo y muy alejado de mitos espirituales, así que echó a su cabrita a su carreta y se dirigió raudamente a su casa. Cuando llegó, la sorpresa de doña Liduvina fue grande, pensó que su esposo se había vuelto loco, ¿de qué forma pensaba que una cabra podría ser la nodriza de su hija! Pero la sorpresa fue mayor cuando don Rubén, luego de lavarle las tetillas, corrió a buscar a su cholito y la sostuvo bajo la panza de la cabra. ¡Que estás haciendo, Rubén, te has vuelto loco! No podía creer que le estuviera dando de mamar directamente de la teta de la cabra, mientras la Viole no dejaba de mamar frenéticamente, confortada por el sabor y la calidez de la leche de su nueva amiga. Con el pasar de los días la fiebre ya había desaparecido por completo y la Viole se veía bastante compuesta, le habían vuelto los colores a su rostro e incluso había engordado algunos gramos de su diminuto cuerpo. Con los meses la presencia de la cabrita en la casa se hizo normal, verla deambular entre la cocina y el patio se había convertido en la gran atracción de la visitas, se había transformado en una integrante más de la familia. Y ella se había tomado muy en serio su papel de madre nodriza, al primer llanto de la Viole, la cabrita salía corriendo rápidamente en busca de su hija humana y ofrecía generosamente su leche para alimentar a la bebé. Pero como lo bueno no dura para siempre, llegó el día en que a la cabrita se le acabó la leche, y no pudo seguir compartiéndola con la Viole. Lo bueno es que a esa altura su salud ya había mejorado considerablemente, así que el médico indicó que ya no era necesario seguir amamantándola. La Viole ya se encontraba fuera de peligro y al parecer la leche de cabrita le había hecho bastante bien. Con el tiempo, su madre tuvo dos hermanitos más pero estos murieron a los pocos meses de nacidos, tal como sus hermanos anteriores. La Viole fue la única hija sobreviviente y hoy tiene ochenta y siete años de vida bien vivida, un estado de salud superior al promedio entre sus pares y no sufre de ninguna enfermedad. Tal vez haya sido la cabra la que ayudó a la Viole a aferrarse a la vida o bien su destino, quién sabe. Lo que sí es cierto es que no todos pueden contar entre sus madres postizas a una cabra de cerro.

REGIÓN DE O'HIGGINS

CÓMO CAZAR A UN FANTASMA

Jaime Rubén Herrera Román (79 años)

Jubilado

Machalí

Tercer lugar regional

Juan Alberto Tamayo fue el primero y el último que vio al demonio. Se encontró con él de chiripa, en una noche oscura, tan oscura que no se veía ni las manos. Algunos campesinos destinaban la madrugada a mejorar sus cultivos, en desmedro de otros menos avispados. Como el agua siempre fue escasa, había que ingeniárselas para conseguir algunas gotitas de más. El diablo sabía de estas triquiñuelas, ¡qué no sabe este diantre!, y esperó a Juan Alberto en la compuerta del Carrizalillo, cuando llegó a desviar el agua para sus siembras, perjudicando al resto de los vecinos. Allí estaba el putamadre, agazapado entre unas matas de yuyos, cuando surgió de las sombras Juan Alberto, confiado en que estaba solo, silbando a media voz una vieja melodía para acompañarse. No llevaba luz, porque estaba acostumbrado a ejecutar esta tarea en forma maquinal, evitando así que ojos avizores lo descubrieran en horas de la madrugada. Entonces lo vio, quieto como una estatua, completamente de negro, pero... sin cabeza. Saludó con un “hola, amigo”, y no obtuvo respuesta. Asustado por la presencia de aquella enlutada criatura, Juan Alberto no sabía si darle un garrotazo con su pala para espantarla, o salir huyendo hacia su casa, tiritando del miedo que generaba el desconocido habitante de las tinieblas.

La suerte no estaba de su lado. Allí lo esperaba el demonio seguramente y él carecía de recursos para esquivarlo, salvo una olvidada oracioncita, que empezó a musitar sin convicción. Ante el desamparo, solo atinó a mirar hacia su hogar ubicado tras de una oscura alameda, tan negra como aquel bulto descabezado. Quiso correr, pero sus piernas sin fuerzas se le doblaban como hilachas. En instantes, repasó su vida, sencilla y sin mayores pecados, y le hubiera dicho a ese demonio cualquier embuste para defenderse. El robo del agua siempre le pareció una viveza más que un pecado. Jamás había pensado que la sustracción del líquido, que favorecía sus siembras y arboledas, tendría repercusión en el infierno.

Finalmente, decidió olvidarse del agua y volver a su casa, caminando para atrás, no quitándole el ojo al espíritu negro, que lo seguía sin perderle pisada, temiendo que, si volvía la espalda, se exponería a ser atacado por la retaguardia. Así llegó a la densa alameda que separaba el potrero de las posesiones de los inquilinos. Tenía que superar una escalerilla de tijeras, puesta allí sobre la alambrada —protección de los álamos—, y así ingresar al terreno de su vivienda. Con el susto que llevaba, le costó hacer esta maniobra y suspiró aliviado cuando divisó los contornos de su casa, apenas visibles detrás de la sombra de un viejo parrón. De a poco fue entrando en confianza al observar que su acompañante maléfico marchaba en silencio, siguiendo sus pasos.

El parrón salió a su encuentro, momento preciso para llamar a los perros con un silbido familiar. Los canes, al darse cuenta del oscuro personaje que seguía a su amo, entraron en pánico y se apegaron a sus piernas. Con el tiempo comentaría qué laya de guardianes eran estos quiltros cobardes.

Su familia solo en la mañana se dio cuenta del estado en que se hallaba el dueño de casa. Lo encontraron desmayado en un pajar, abrigado con hojas de choclo y sin movimiento. Pensaron lo peor, pero el hombre exhalaba una leve respiración. Pasó varios días atacado de una rara calentura, abatido por la fiebre y de tarde en tarde emitía ciertas incoherencias. Cuando por fin pudo hablar, con voz entrecortada, refirió su terrible experiencia. Lo más claro que se le escuchó decir fue: “¡Me salió el diablo!”.

La compuerta del Carrizalillo pasó a convertirse en un lugar maligno, pues ya nadie se atrevía acercarse a la compuerta pasada la oración, por temor a encontrarse con Lucifer en persona. Esto es una desgracia, se maldecía en todos los tonos, y se culpaba a Juan Alberto —ladronzuelo del agua— por ser responsable del maleficio que había caído sobre el pueblo. Hasta el cura solidarizó con los vecinos y en la misa dominical se refirió al suceso, señalando que Satanás estaba permanentemente en acecho y tomaba las formas más absurdas para castigarnos por nuestras faltas. “Es nuestro verdadero enemigo”, sentenció.

Como el asunto tomaba signos de mayor gravedad, el patrón, que no creía en cuentos de fantasmas ni en patrañas parecidas, organizó una patrulla de inquilinos valientes para sorprender en su propia salsa al demonio. Este piquete, armando de herramientas de labranzas, una noche sin luna se dirigió al lugar de las horrendas apariciones. El ser satánico, que no esperaba la visita de tanta gente, salió huyendo y trató de esfumarse en las sombras. Parece que este diablo es menos diablo, masculló el patrón, convencido de que aquel espantajo despedía un fuerte olor humano. Un lazo cayó sobre las costillas del visitante del averno, dejándolo inmovilizado. Un grito desesperado se escuchó del supuesto demonio, al verse enlazado como si fuera una vaquilla. ¡No me maten, no me maten!, clamaba el espíritu maligno, arrodillándose frente a sus captores.

Un gañán, que había escuchado fantasías de fantasmas, quiso dárseles de tal, y premunido de una manta de castilla, transformada en negro disfraz, tan negro como sus malas intenciones, se le ocurrió ubicarse junto a la compuerta para asustar a los desprevenidos regantes. El primer campesino que llegó a desviar el agua fue Juan Alberto, y el susto que se llevó le duró varios meses, y siempre contaba que este demonio le parecía conocido, pero el miedo era tan fuerte que le impedía decirle “yo te conozco, gallito”.

Mientras escuchaban su confesión, en presencia del patrón, que lo miraba entre risueño y severo, le aforraron algunos charchazos por tontorrón y falto de juicio. Querían saber qué laya de fantasma era aquel hombre, chico y enclenque, que, aprovechándose de la credulidad de los labriegos, se convertía en bulto sin cabeza.

—¿Por qué lo hiciste, ah? —le preguntaron una y otra vez.

—Por darme un gustito... —contestó la falsa aparición.

La noticia se divulgó por todo el pueblo, ¡era que no en una comunidad chica!, y la gente miedosa evitaba adentrarse por el potrero El Carrizalillo, a cualquier hora de la noche, por temor a encontrarse con otro fantasma.

REGIÓN DEL MAULE

LA SEÑORITA LIDIA

Karen Paz Fuentealba Fantuzzi (35 años)

Profesora

Curicó

Primer lugar regional

La señorita Lidia era la profesora de mi escuelita. Yo siempre la recuerdo con cariño y nostalgia, nostalgia de ella y de mi tierra, mi querida tierra. Al pensar en ella se vienen miles de recuerdos, recuerdos cálidos, alegres, olores, sabores, amores.

La señorita Lidia llegó al pueblo cuando yo tenía cuatro años. Yo vivía a tres kilómetros del pueblo, pero todos los lunes íbamos en la carreta con mi mamá y el abuelo a buscar la harina, la manteca, dejar y buscar el correo. Mi madre entregaba las costuras y yo, de la mano del abuelo, la veía alejarse con el bulto de ropa en el hombro. Después de hacer las compras y el correo, nos sentábamos en la plaza, frente a la estación, a esperar a que mi madre volviera. Una de esas tardes soleada, con un vientecito fresco que chocaba en la cara y me hacía cosquillas en el pelo, la vi. La vi bajando del tren, con un vestido blanco con vuelos, con vuelos que parecían espuma revoloteándose con el viento. En una mano llevaba una maleta verde musgo y con la otra se afirmaba el sombrero. Su cara era blanca, pero tenía las mejillas enrojecidas por el calor de la tarde, traía una sonrisa marcada en el rostro. Parece que la divertía el juego del viento o estaba feliz por comenzar una nueva vida en ese pueblito perdido entre las montañas. Cuando trató de sacar un papel de la cartera que traía colgada, el sombrero salió volando y yo, como si hubiera tenido un resorte, salí disparado tras él. Corrí tras el sombrero que parece que se divertía escapándose de mí, hasta que lo atrapé y a mí también me atrapó una alegría que me hacía sonreír no sé de qué. Corrí de vuelta para entregarle el sombrero y ella me recibió con un abrazo y una carcajada. Fue un abrazo como los que me daba mi mamá, pero con maripositas en la guata. Yo me solté de ese abrazo rápido como una liebre y corrí a refugiarme en el regazo de mi abuelo, él también se reía y cuando yo me solté de él, se paró y se dirigió hasta donde la señorita que recién se había bajado del tren.

—Parece que necesita ayuda. —A mi abuelo le encantaba conversar con todo el mundo.

—Sí, muchas gracias. Necesito ir a esta dirección —dijo la señorita, ahora con el sombrero en la mano y el cabello revuelto por el viento, pero todavía con la sonrisa en el rostro.

—Esto está cerca de aquí, es la escuela Nuestra Señora del Rosario. —Mi abuelo la conocía bien, ya que él junto a varios de los hombres del pueblo la construyeron a pulso para que sus hijos y sus nietos pudieran

aprender “las cosas de la ciudad”—. Yo tengo pa’ rato esperando a que vuelva mi hija con las costuras, así que yo la llevo.

Así fue como se entabló una verdadera y sincera amistad entre mi abuelo y la señorita, que era la futura profesora del pueblo y que se transformaría sin saberlo en ese momento en la persona más querida por todos y por varias generaciones.

Cuando ella llegó yo no tenía edad para empezar los estudios todavía, pero la señorita Lidia le insistió tanto a mi abuelo para que me dejara ir, aunque fuera a escuchar sus clases.

—Le va hacer muy bien. Mientras antes empiece a adquirir conocimientos, mucho mejor para él —le decía a mi abuelo—. Para qué lo quiere en la casa todos los días, se aburre el pobrecito, aquí puede jugar con los otros niños.

Pero mi abuelo no se convencía, hasta que a mediados de agosto le dijo:

—Se lo voy a mandar, pero cuídelo con su vida, es lo más preciado que tengo.

Y así fue como, a los cuatro años, entré por primera vez a una sala de clases y nunca más quise salir de una.

En la sala había niños de diferentes edades, pero ninguno superaba los doce años, ya que a los doce años se iban a internar al liceo ubicado en el gran pueblo. Estaban sentados en sillas en torno a la estufa a leña, todos con una humeante taza de leche con chocolate. Yo, de la mano de la señorita Lidia, me senté junto a ella. Me ofreció leche y pan amasado y yo con la cabeza le dije que sí. Estaba muy nervioso, a esos niños los conocía porque siempre los veía en el pueblo, en las ramadas del dieciocho, en los velorios y todas las actividades que congregaban a los habitantes del pueblo, pero nunca había hablado con ninguno. Yo me tomaba la leche y miraba todo a mi alrededor. Mientras tomábamos la leche, la señorita Lidia nos leía las noticias que traía el diario, estaban un poco atrasadas porque el diario llegaba solo los martes.

Así fue como de a poco me integré en la rutina de esa escuelita, que más parecía un hogar para muchos de los niños, ya que además de ir a aprender, comíamos, nos divertíamos e incluso algunos recibían más amor del que recibían en sus casas.

La señorita Lidia tenía una manera muy particular de enseñar. Ella decía que si uno no lo vivía o no lo experimentaba, no aprendía. Así que en esa sala de clases morían presidentes, se construían las pirámides de Egipto, se pesaban, contaban y mezclaban los ingredientes para amasar el pan, se vivían guerras y se firmaban tratados de paz. Romeo y Julieta vivieron y murieron allí. Esas clases eran mágicas, no solo aprendíamos... Vivíamos. Y ella también. Pero lo que a mí más me gustaba de todo era, en esas interminables tardes de lluvia, escuchar las historias que nos leía mientras nos tomábamos la leche humeante y nos comíamos las sopaipillas que una hora antes habíamos preparado.

Esos años de escuela se me pasaron como un instante, pero llegó la hora de partir al internado, como era el destino de todos los niños o de todos los que soñábamos con algo más que trabajar la tierra como nuestros padres y abuelos.

Las lágrimas de la señorita Lidia al vernos partir evidenciaban el amor profundo y sincero con que vivía su profesión. Pero año tras año comenzaba de nuevo la travesía de enseñar a esos niños de un pueblo perdido en las montañas “todo lo que necesitaban saber para enfrentarse a la vida”, como ella decía.

A mí me sirvió todo lo que con ella y mis compañeros aprendí y viví, y me hicieron seguir el camino de la educación, vivirla y enseñarla con pasión. Las visitas a mi madre en el pueblo son la excusa para visitar a la señorita Lidia también. Ya no enseña en la escuela, porque la artritis la tiene dependiente de un bastón, además la vista, como dice ella, “me está abandonando de a poco”. Allí, en su pequeña casita junto a la escuelita, conversamos, nos reímos y recordamos junto a una taza de leche con chocolate y unas ricas sopaipillas.

REGIÓN DEL MAULE

LA VISITA

Felipe José Sasso Valenzuela (31 años)

Periodista

Teno

Segundo lugar regional

La cabaña de Genaro tiene voz propia, habla o murmulla dependiendo de qué tan fuerte es el viento que la sacude. Él conoce como nadie el idioma de su casa, pues la fabricó con sus propias manos. Fue lo primero que hizo una vez que llegó a las montañas después de dejar atrás su vida en el pueblo.

Esa mañana crujía tanto que obligó al anciano a salir de la cama. Calentó el agua para el mate y volvió a tostar unas rebanadas del pan que había hecho el día anterior. Se sentó frente a la ventana de la casa para desayunar mientras disfrutaba de la vista del amanecer sobre el valle.

Cerca del mediodía llamó de un silbido a Verne. Entre los árboles apareció la figura del perro corriendo a toda velocidad en busca de su primera comida del día. Mientras lo observaba, Genaro pensó en su esposa y en la promesa que tuvo que hacerle poco antes de morir. “Búscate alguien que te haga compañía”, le dijo y así lo hizo; el animal lo acompaña desde hace quince años en esos solitarios parajes.

En su último día en Romeral compró algunas provisiones y dos caballos en un establo. “El cachorro también me lo llevó”, dijo señalando al inquieto peludo que lo miraba desde el suelo. Nunca fue una persona de perros, pero vio en la mascota una buena manera de sortear la soledad. Alguien que escuchara y que no hiciera preguntas.

Verne no dejó rastros de alimento y se retiró satisfecho a tomar el sol. Genaro quiso imitarlo, pero se convenció de que tenía que seguir preparando la cabaña para el invierno. Estaba concentrado cargando palos cuando fue alertado por los ladridos de su perro que vio subir a un joven por el sendero.

—Buenos días —saludó el anciano.

—Hola. Pensé que no habría gente, ¿podría convidarme agua?

—Claro, pase, ¿tomó desayuno?

La visita disfrutó del mate y el pan con huevo ofrecido por Genaro. Quedó satisfecho, pero lo que más lo maravilló fue la vista desde el ventanal de la cabaña, que dejaba al descubierto toda la belleza del valle.

—Es como cuando uno mira desde lo alto del Costanera Center.

—¿El qué?

—Se ve todo Santiago, bueno, los días que está despejado y no hay tanto smog.

Genaro había estado solo una vez en Santiago, fue cuando le dijeron que su mujer tenía cáncer terminal, cuando se dio cuenta de que nada iba a ser como antes. Esa vez no había ningún Costanera Center y la contaminación no era mucha, como decía su visita. Era tanto el asombro que el joven sacó su celular y tomó varias fotografías de las montañas, el bosque y el valle. “Tengo ganas de contar su historia”, le dijo al anciano antes de partir, pero él no entendió bien a qué se refería con eso. “Su historia”.

El resto de la semana lo pasó sin visitas, reparando su destartalada cabaña. Una tarde, los ladridos de Verne volvieron a distraerlo de su trabajo; esta vez iban acompañados por el ruido de un motor. Cuando salió a mirar, una camioneta con el logo de la Municipalidad de Romeral subía por el zigzagueante camino. Un funcionario bajo y de cejas bien marcadas descendió del vehículo y lo saludó desde la distancia.

—Don Genaro, venimos en nombre del alcalde y le trajimos algunas cositas.

—¿Qué cositas? —preguntó el anciano, mientras el funcionario corría la lona que cubría el pickup de la camioneta y dejaba ver varios artefactos eléctricos.

—En el pueblo se hizo muy conocida su historia, gracias al artículo que escribió un joven periodista que pasó por acá hace unos días y el municipio quiso ir en su ayuda porque nadie debería vivir así, sin celular, computador, televisor... Ya sabe, sin las bondades que ofrece la tecnología.

Genaro quiso decir algo, pero tuvo miedo de que la respuesta pareciera una suerte de agradecimiento forzado. En lugar de eso miró a Verne como esperando una sugerencia por parte del animal, pero nada. Invitó al funcionario a tomar mate, pero éste se negó y le respondió que no había tiempo.

—Ahora mismo se está preparando una actividad para usted en el pueblo, así que tenemos que irnos.

Después de mucho tiempo el anciano volvió a bajar al pueblo. En pocos minutos se encontró rodeado de personas que parecían importantes, pero que él nunca había visto; todos querían conocer la historia del hombre que prefirió la solitaria vida en la naturaleza en lugar de la comodidad del pueblo. Los asistentes dieron discursos y ofrecieron cosas. El veterinario, por ejemplo, dijo que revisaría a los animales de Genaro sin costo alguno, mientras que el alcalde anunció la pavimentación del camino que conectaba Romeral con la casa del hombre para que así no viviera tan aislado. “Debe ser año de elecciones”, pensó el viejo.

El camino de regreso fue en silencio, solo interrumpido por el funcionario de cejas bien marcadas. “Ahora su vida va a cambiar, Genaro, alégrese”. En la casa, el hombre tuvo que abrirse paso en medio de los obsequios que otros trabajadores ya habían acomodado. Eran varias cosas, muchas él nunca las había visto y menos sabía para qué servían. Llamó de un silbido a Verne y se fue a la cama. Esa noche no pudo dormir bien, se levantó antes de que la cabaña lo despertara con su habitual crujido. Se sentó a tomar desayuno, pero la vista del amanecer estaba interrumpida por el refrigerador. Las cosas todavía seguían ahí sin abrir. Luego de comer y alimentar a Verne, ordenó su cama y recogió algunas provisiones. Fue a buscar a los caballos y llamó al perro que ya se había echado a tomar sol. Los cuatro salieron por el sendero hacia el camino principal y siguieron subiendo por la montaña, yendo en dirección opuesta al pueblo que a esa hora recién despertaba.

REGIÓN DEL MAULE

RAÍZ DE MUJER CAMPESINA

Valentina Javiera Oñate Molina (23 años)

Estudiante

Talca

Tercer lugar regional

Y de repente mira hacia la puerta y deja de hablarme un momento, quedando en medio de una frase, para fijar la vista con concentración (usa lentes de esos que tienen para ver de lejos y de cerca, así que se toma un momento para enfocar). Y entonces exclama con escándalo: “¡Estas locas que no me hacen caso! Ya me están escarbando las flores las muy jodías”. Se para a ahuyentarlas con ahínco. “¡Fuera, fuera, fuera!”, les grita moviéndoles los brazos. A veces, cuando la escucho con más atención, diría que les gruñe un poco.

Siempre me hace gracia que les hable a sus gallinas como si entendieran lo que dice y fuesen unas desobedientes. Esta mujer que les menciono es mi abuela materna, y esto pasó mientras tomábamos mate en su casa. Esta casa es bien peculiar, porque partió siendo una sencilla pieza con baño y fue de a poco tomando terreno y convirtiéndose en casa.

La abuela nació en el campo donde actualmente vive, en lo que alguna vez fue el fundo donde sus padres trabajaron. Y como mujer nacida en el campo, sabe todos los secretos que guardan las mujeres campesinas. Algunos los puede compartir en voz alta y otros los comparte en sus gestos. Porque según me ha enseñado, hay cosas que se comparten con la boca, otras con las manos, otras con los ojos y así, cada secreto busca su rincón más apropiado. Ahora, los secretos que vienen del campo son más difíciles de encontrar para nosotras las nietas que nacimos en la ciudad. Tenemos los sentidos más apagados y entonces cuando no nos explican con la boca, no entendemos. Debe ser que nos aturdimos un poco porque vemos la tierra siempre con cemento encima; pero lo importante es cuando volvemos a recordarla y empezamos a entender que siempre ha estado ahí como la madre amorosa que es. Y que, aunque nosotros la olvidemos, ella sigue ahí sosteniendo a sus crías.

Mi abuela siempre acompaña sus espontáneas historias con un mate o un tecito. Y gracias a ella he sabido que mi bisabuela era de las mismas mujeres campesinas llenas de misterios. Esa mujer tuvo como doce partos, hacía tareas por su hogar de sol a sol y, por supuesto, sabía hacer de todo. Ella y mi bisabuelo toda la vida fueron pobres, pero nunca les faltó nada a sus hijos e hijas. Todos se iban limpios y alimentados a la escuela (creo que de ahí la insistencia de mi abuela con decirnos lo importante que es el desayuno para ir a estudiar); con la salvedad de que a algunos no les gustaba mucho ir y llegaban a mitad de camino por ahí jugando. La mitad del camino era lo suficientemente grande como para que la madre no los viese, porque la escuela en ese entonces quedaba a unos cinco kilómetros de distancia.

La bisabuela iba trenzando su sabiduría poco a poco, y para cuando su cabeza ya estaba completamente blanquecina y se confundía con la tierra cubierta de granizo de julio, le quedó una trenza larga y canosa hacia un hombro. Dicen que era finísima, con pequeñas hilachitas en la punta, porque las mujeres de la familia en general no son de mucho pelo. Dicen que en sus últimos días sólo fijaba la vista en su trenza y en el único diente que le quedaba. Más que usarlo para comer, le gustaba hacer bromas a los nietos, lucíéndolo como un desafiante colmillo para hacerles “guapos” cuando estaban inquietos o inquietas (como pequeños regaños), o haciéndolo silbar con gracia para hacerlos reír.

Hay historias que se cuentan en la mesa con un dejo de resonante alegría y vibrante nostalgia, pero hay otras que guardan un sabor ahogado y amargo. Como aquella que trata de la vez en que el hijo mayor de la bisabuela llegó con el hermano menor en brazos, muerto. El pequeño se ahogó en el canal mientras los demás jugaban a la pelota al lado. Mi abuela cuenta que su madre aulló de dolor al verlo. Así imagino todos sus dolores, cada uno un profundo aullido, y a pesar de ello tengo la mágica certeza de que los cerros abrazan a estas mujeres en su seno cuando aúllan de esa forma, porque saben que en el fondo de la tierra vibra una sola raíz que las junta a todas. Y ese es el consuelo del pasado doloroso, porque dado que es vibrante y comunica, es capaz de construir una complicidad sólida y comprometida del linaje femenino.

Les quiero contar que si hay algo que tienen en común ambos lados de mi familia, materna y paterna, es que los dos guardan una sabiduría que ha surgido en la pobreza y el campo.

Mi otra abuela es igual de protagonista y también vivió en el campo, solo que hace más años y más al sur. Pero esta abuela que les comienzo a mencionar, luego de años de itinerancia, encontró cobijo en la urbanidad de un pueblo y disfrutó de la vida de barrio. Y es que cuando el techo es el cielo y el suelo permanente es una carreta deambulante, la vida luce impasiblemente hermosa y parece la descripción de una escena de película, donde te muestran a la niña en la carreta como vigilante de un cielo estrellado. Sin embargo, en la vida real los días no son iguales y las noches no resultan ser siempre de quietudes cálidas. Los padres de mi abuela deambulaban con ella y sus numerosos hermanos en busca de patrones. Pienso que por eso ella tiene ensartada en su corazón la certeza de que los ricos siempre ganan y nadie les pone freno.

Ahora ella se anuda una vejez solitaria, porque los años se vuelven incomprensibles para los más jóvenes que la rodean. Ella vive la añoranza por la vida de barrio ya extinta, donde barrer la vereda era una excusa para conversar con los pasantes y preguntarles por sus familias. De eso queda la nostalgia de la puerta de enfrente de la casa siempre abierta, porque cualquiera puede requerir de una. Y si es así, que pase no más.

Sin embargo, cuando se le da oportunidad de contar historias, en la conversación en la que también el mate y el tecito son cómplices, el ambiente resuena. El silencio se presenta urgente a acallar el ruido y a dar lugar al sonido apacible de la voz de mi abuela, que cuando se deja escuchar parece invitar a la vida a todas las abuelas que le han precedido.

He ahí la importancia de sentir a las abuelas, porque así la madeja que tantas veces se ha soltado y desarmado se vuela a enrollar en sí misma, volviendo a ser sólida y poderosa. Cada vez que entre mujeres se cuentan historias, crece la Madre Tierra tejiendo el relato que compartimos.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

OREJONES DE MANZANA, MEMBRILLO Y PERA

Verónica Sandoval Zenteno (41 años)

Escritora

Chiguayante

Segundo lugar regional

A lo lejos vieron venir a Gustavo montado en su caballo negro. Las trancas a la entrada del fundo de Los Gallardo no estaban puestas y el jinete avanzó presuroso hasta llegar al manzano, que estaba justo frente a la casa del inquilino. Descendió del caballo, lo amarró a la sombra del árbol y se acomodó el sombrero mirando hacia arriba. Margarita y Rosalinda estaban en el techo de su pequeña casa de adobe esparciendo alegremente los orejones de manzana, membrillo y pera para que el sol hiciera su magia en ellos. El olor de las frutas las perfumaba de inocencia y dulzor. Margarita tenía dieciséis años y Rosalinda doce, eran inseparables desde la muerte de su madre. Hacía ya tres años, la mayor había adoptado un papel materno con la menor, la mimaba, cuidaba y peinaba, y la regañaba cuando era preciso, siempre con ternura y paciencia. Se habían prometido nunca dejar el fundo de Los Gallardo en Monte Águila, e inocentemente soñaban con vivir de la venta de sus orejones. Se decían a menudo la una a la otra riendo: “No necesitamos marido, viviremos de los orejones”. Los vendían en la feria campesina de la plaza de Hualqui al inicio de cada otoño, cuando la gente bajaba del campo a comprar abarrotes para el invierno y aprovechaba de vender sus productos a los ciudadanos. Conocían bien el negocio, gracias al padre que las llevaba. Y mientras él vendía sus aves, chanchos, gallinas, corderos y pavos, ellas hacían lo propio con los orejones envueltos en bolsas de papel, que fabricaban y adornaban con espigas de trigo.

Dirigiendo la mirada hacia el techo, Gustavo por fin habló:

—Margarita, ¿cómo está usted?

—Bien, señor Gustavo.

—¿Estará su señor paire?

—Hola, Gustavo —saludó Rosalinda.

—Hola, Rosita —le respondió con cariño.

—Rosalinda, no seas sin respeto con el señor Gustavo.

—Déjela no má, Margarita, si es una niña.

—¡Papá, venga, lo busca el señor Gustavo! —gritó Rosalinda.

—No grites, niña. ¿Qué te he dicho? —la reprendió Margarita con dulzura.

—Buenas tardes, don Rogelio —saludó Gustavo, viendo llegar al padre.

Los dos hombres entraron al modesto hogar del inquilino y al cabo de unos minutos salió don Rogelio, se paró frente a la casa observando que el sol resplandecía en las negras trenzas de sus hijas.

—¡Baje, Margarita!

—Yo voy, papi —interrumpió Rosalinda.

—¡No! Dije Margarita —replicó seriamente el padre.

Margarita sintió algo muy extraño, imaginó que era un conejo mientras bajaba la escala afirmada en las tejas detrás de la casa. El sol la encandilaba y quedó inmóvil, como quedan los conejos cuando en la noche son alumbrados por el foco de un cazador.

—¡Apúrate, hija! No tengo todo el día.

Entraron a la casa, mientras Gustavo tímidamente sonreía con una sencillez que blanqueaba su boca. Bordeaba los treinta años y era la primera vez que Margarita lo veía sin el sombrero de paja de ala ancha y cinta gris, descubriendo su pelo corto y rizado. Se veía más joven y alto de lo que parecía arriba del caballo.

—Hija, arregle sus cosas porque Gustavo vino a buscarla —le espetó sin más el padre.

—Me quiero casar con usted, Margarita. Yo la quiero —balbuceó Gustavo.

Al oír estas palabras la joven salió corriendo, asustada, veloz, como corren las liebres y los conejos cuando pestañean encandilados y el instinto los impulsa a moverse. Corrió hacia la salida del fundo mientras las lágrimas le inundaban el rostro. La hermana al verla bajó raudamente del techo e iba detrás de ella gritándole: “¡Margarita, Margarita, ¿qué pasa?” Pero no logró alcanzarla.

Más tarde don Rogelio la encontró en el borde del río y tomándole las manos le habló con voz quebrada y sincera:

—Hija, estoy enfermo. No me queda mucho tiempo. Entiéndame, hija, esto es por su bien. La Rosalinda se irá a la ciudad a estudiar, porque usted y yo sabemos que es inteligentaza. Margarita, yo no quiero dejarlas solas. No tengo casa, no tengo nada. Gustavo es un buen hombre y heredó un campito en Gomero, lo fuimos a ver y es grande, es buena tierra. Hija, esto es por su bien y el de su hermana. Yo no tengo nada.

Resignada, Margarita volvió a casa con su padre.

Al despedirse, Rosalinda y Margarita se abrazaron tan fuerte como pudieron, fue un abrazo de hermanas, pero también de madre e hija que se funden en el dolor de una forzosa despedida. La menor le hizo prometer a la mayor que en cuanto pudieran se escaparían para volver a estar juntas. Sin embargo, ambas en lo más profundo de su corazón sabían que era una inútil promesa, ya que sentían que la vida las separaba para siempre.

Margarita y Gustavo se montaron arriba del caballo, y ella se sujetó nerviosamente de la espalda del futuro esposo. Cabalgaron despacio y cuando estaban por llegar a las trancas del fundo, un fuerte grito de Rosalinda los detuvo.

—¡Espera, Margarita! ¡Espera, por favor! —Margarita volteó y vio a Rosalinda corriendo con una bolsa de papel en sus manos—. ¡Toma, hermana!

Le entregó para el viaje una bolsa abundante de orejones de manzana, membrillo y pera. Margarita agradecida abrió la bolsa, sacando un puñado se lo echó a la boca. El dulzor y el perfume de las frutas hicieron que de pronto e inexplicablemente sintiera un coraje inmenso. Y como una liebre protegida en su madriguera, segura de sí misma, sacó fuerzas del amor que sentía por su hermana y dijo:

—¡Gustavo, escúcheme! Yo me caso con usted, yo me voy donde usted quiera, pero me llevo a mi hermana, yo no la dejo aquí. Si me quiere como dijo en mi casa, entonces me lleva con ella. Si hace eso, yo le prometo que lo voy a querer a usted.

Gustavo la quedó mirando asombrado. Nunca le había oído decir más de una frase. Admiró su fuerza, valor y decisión. Vio en esa joven mujer a la futura madre de sus hijos y sintió que debía hacerla feliz a toda costa. Margarita lloraba en silencio.

—Se hará como usted quiera, Margarita. No llore, no llore más, mi Margarita.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

TOMATES DE HUERTA

José Luis Valencia Sandoval (26 años)

Trabajador social

El Carmen

Tercer lugar regional

Cuando vine a saber de ella, habrá tenido setenta y tantos. A esa altura de su vida era toda una señorona que vestía siempre de negro y lo único claro que traía encima era su blanco pelo que amarraba todo junto en un tomate grandote que no volvió a cortar desde que quedó viuda. Era más bien pobre y traía consigo por donde anduviese un aguerrido mate y su pobreza, su yerba y un azucarero para ponerse a matear cuando el hambre se lo pidiera.

Lo que más quería de ella no eran tanto sus ojos cielo como la bondad y la paz que le salía del alma cada vez que sonreía. Eran de aquellas sonrisas que invitan a ser feliz, aun cuando humildemente se le asomara el último diente que le iba quedando.

En invierno usaba un gorro negro grande y una charlona oscura con la que había cobijado a los diez hijos que había parido frente al fogón en la cocina a leña, debajo de las tejas ennegrecidas de hollín y completamente rodeada de humo. Mientras que para el verano le daba por hacer sopaipillas para el mate de la tarde, que acompañaba siempre con tomates recién sacados de su huerta, que ella misma había plantado. Yo la quedaba mirando desde la ventana de mi casa, mientras se sentaba a la fría sombra que le regalaba el corredor de su pequeña y antigua casa, que ya se estaba descuadrando. Vivía sola pero poco le importaba, pues cuando había despedido a su marido que se iba en un cajón entre rosas y claveles le dio por cambiarse de iglesia y siguió una religión tan estricta que, según ella misma, “Dios no se permitía apartarsele ni un segundo”. Así que fue tanta su devoción y fe que hizo de su casa descuadrada un museo de velas y figuras religiosas adornadas de flores de todas las variedades que encontró en su jardín. Y para amenizar sus días, ponía cada tarde en una destartalada radio música religiosa que cantaba sin sosiego.

Su vida era amena y los soles que contemplaba a diario se iban solo para volver al otro día con la misma rutina. Una tras otra. Siguiendo el calendario con lenta pena, como el reloj que colgaba de su pared descuadrada que nunca supo con exactitud qué hora le marcaba.

En ocasiones, cuando la noche entraba, el arsenal de portaba para el mate salía disparado para coger con rapidez la palmatoria, la bacinica y la camisola para acostarse cuanto antes pudiera. No fuera cosa que cuando el ángel pasara lista la encontrara desventurada, sin haber orado al menos dos veces el día. Porque honestamente era más ágil para el rezo que para la ducha, ya que según ella misma su padre le había dicho

un día de niña que el exceso de agua podía desgastarlo a uno y los tiempos no estaban como para andarse arriesgando. Su ropero, construido a punta de coligües, era más misérrimo en su interior que la batea que colgaba con orgullo algunos restos de harina. Adentro de él albergaba un par de faldas, cada una más oscura que la anterior, un par de chalecos remendados, dos abrigos para ir a misa, cinco blusas floreadas, su delantal a cuadrillé y un par de enaguas larguísimas que estuvo a punto de hacerlas cortina una extraña tarde que se quedó sin quehaceres. Y, en lo más profundo de esos recovecos, descansaba un abrigo burdeos, una blusa blanca con dos calas relievadas en la solapa y unas medias claras sin usar. Aseguraba, muy orgullosa, que esa sería su ropa cuando “la echaran al cajón”.

Los fines de semana, fiel a su creencia, a tranco firme bajo un paraguas o arriba de la carretela del vecino, cruzaba el pueblo con la presurosa responsabilidad que su adoración le solicitaba. Feliz de encontrarse con su Dios y sus hermanos, que de cuando en cuando, le pedían un par de miles para que pudiera seguir adorando. No obstante, acabado el domingo y entrado el alba del lunes, luego de su desayuno de caldo de papas con harina tostada, acompañada del brasero, se dejaba caer la eterna lentitud de cinco días parsimoniosos e idénticos que siempre enfrentaba atenta en la puerta o en el marco de la ventana. Esperando la visita del hijo o de la nieta que nunca llegaban.

Pero parecía que los dolores ajenos le dolían más que los propios. Como si ni la soledad ni la pobreza le afectaran. No había enfermedad que no curara el mate con unas hojas de hierba y no había agravio ni pena que un plato de sopa en alegría convirtiera. Y más pronto que tarde, por fortuna del sosiego, comenzó a olvidar tristezas. Olvidó las penas y dolores. Las ajenas y las propias. Y no se detuvo. Mientras más brillaban sus ojos azules, más se alejaban sus recuerdos. Nombres, lugares y personas parecieron esconderse de su mundo.

La mañana de verano que solo alcanzó a rezar una vez, pareció ser el día más largo de toda su vida. Y fresco, a pesar del gran sol que colgaba del cielo. Apenas algunos recuerdos llegaron a su mente, visitó familiares, amigos y parientes. Habló con vecinos y hasta tiempo le dio para lavar su cabello y su cansado diente. Barrió con esmero su casa y enderezó lo que más pudo un par de cuadros que se le estaban cayendo. Renovó las velas del candelabro y jugó un rato con mi perro mientras me consultaba con timidez si acaso llegaría el día en que me fuera a vivir con ella para que no estuviera tan sola. Con una sonrisa regresó a su casa y bajo la sombra de su galería descuadrada me miró un rato con afán, como si con esfuerzo quisiera recordar mi nombre. Más tarde compartió su mate con una vecina de su misma edad y antes del agua caliente le agregó un par de hojas para que le arrebataran el desvelo. Me quedé viéndola ingresar a su casa a tranco firme pero lento, perdiéndose en la oscura sombra que le daba su galería descuadrada. Pensé en que tal vez nos había faltado tiempo para compartir un mate o probar sus sopapillas con los tomates de su huerta.

El resto fue la historia de su entierro.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL ABRAZO

Víctor Manuel Muñoz Cortés (29 años)

Campesino

Loncoche

Primer lugar regional

Tanta cosa de camiones quemados y mapuches presos, si esto no acabará nunca! Lo doy firmado. No voy a saber yo...

Era huainita, debo haber tenido unos siete años. Fue un primero de enero. Y aunque iniciaba el verano, parecía julio de tanta lluvia que caía. Yo acompañaba a mi papi en la cordillera, construía un galpón, creo. Pero me enfermé, así que optó por dejarme encargado en la casa de una señora conocida. Terminado el trabajo me pasaría a buscar y nos regresaríamos a Copihuelpe. Me acuerdo además de que era muy bonito el lugar; lagos, volcanes, ríos claritos y bosques llenos de coihues y otros árboles gigantes. Quizá cómo será ahora, porque ya en ese entonces estaban metale echar abajo los montes.

Ejem... Bueno, pero sin tinto se me va la memoria, así que sírvanme otro vasito mejor, que en la botella agarra gusto a vidrio...

Esta casa funcionaba también como cantina, vendían tragos, comida, y siendo una especie de lugar público, la gente pasaba a dejar recados y a informarse de novedades, porque acuérdense que no había ni electricidad y todavía no llegaba la radio. Amarraban los caballos afuera, remojaban la garganta y seguían.

Todo me parece medio oscuro. Las paredes y el techo estaban hechos de madera sin elaborar, y quién sabe cuánto tiempo llevaban comiéndose el humo de la chimenea, junto a la cual me habían ubicado, pues como les dije, yo estaba medio enfermo. Había dos mesas con sus respectivas sillas y una especie de mesón junto al pasadizo que unía esa sala con la cocina. Allí se ubicaba la señora. En frente de ella una puerta daba a la calle. No se me ocurren ventanas, pero sí sé que desde unas gruesas vigas colgaban varias tiras de charqui y longanizas. Ja, ja, ja. ¡Las cosas que recuerda uno!

Por lo general iban y venían visitas, comían, bebían o conversaban esperando la escampá del ovejero. Y este día, además, se daban los abrazos y buenos deseos de año nuevo.

En algún momento llegaron tres hombres y se sentaron para almorzar. A los mayores no los recuerdo con precisión, pero al menor lo mantengo fresco en la memoria. Era joven, no más de quince años, claro de tez y medio rubio, aunque no era gringo. Me llamó la atención su buen vozarrón, porque los demás lo escuchaban con atención.

¿Sería la fecha? No sé, pero al ratito la casa fue una fiesta. Contaban historias graciosas. Quizás hubo una guitarra, aunque no estoy seguro. La otra mesa, que también tenía gente, no se quedaba atrás. Hasta me regalaron un peso, recité un poema o canté, vaya uno a saber, parecíamos todos felices. Luego todos siguieron en lo suyo y se olvidaron de mí, aunque no me debió importar mucho, pues yo estaba a la espera de mi papi, que llegaría —se suponía— esa misma tarde. Afuera seguía el diluvio.

Algún tiempo después la puerta se abrió nuevamente. Salté de la emoción, pero tuve que detenerme en seco. Otros tres hombres entraron al salón: dos indios y un chileno. Hubo como un silencio. Por unos segundos el ambiente se puso medio raro, incómodo, luego todo siguió igual. Tardaría en entender ciertas cosas.

Como tampoco entiendo esta copa, ¿estará rota? Sírvame sin miedo o me boto a huelga y se acabó la historia.

¿En qué estábamos? Ah, sí, entró esta gente.

—¿Le queda algo para el frío, vecina? —preguntó uno de los nuevos, el chileno.

—Claro pues, vecino, pero como ve las sillas están todas ocupadas.

—¿Y cuándo ha sido problema eso? ¡Póngale nomás! Aguardiente eso sí.

Mientras la señora buscaba los vasos, el que había hablado se puso a conversar con uno de sus compañeros. El otro se quedó observando el lugar. Yo, curioso, lo seguí desde mi rincón. Me descubrió y me lanzó una mueca, aunque no sé si para saludar o asustarme, y continuó espiando a los demás. Ahí me fijé que se quedó pegado en la mesa del chico rubio. Luego se giró para recibir el licor que le ofrecían, se lo tragó de un golpe y regresó al acecho, en la misma dirección.

—¿Y no vamo' darnos el saludo d'año nuevo? —dijo, de repente.

Lo hizo con pausa, dirigiéndose a la dueña de casa, pero subiendo la voz como para que todos nos diéramos cuenta. Imagínense el asombro, la sala se había quedado en silencio. Algo incómoda, la señora respondió un abrazo. Volvieron los murmullos.

Después se llenaron los vasos. El gallo de la mueca nuevamente se bebió el suyo de un tirón. Luego, con trancos sonoros, fue a pararse justo detrás del muchacho, y habló:

—¿Y lo peñi no van' saludar? ¿O seremu' muy poca cosa pa' su mercé?

Si no fuera porque la petición llamaba a la buena educación, tanto por el tono como por los gestos, cualquiera pensaría que allí deseaban iniciar una guerra. Yo ya había visto cosas parecidas, peleas tremendas, vieran ustedes, si en esos años todo se arreglaba con navaja o trabuco. Era bastante sospechosa la amabilidad, ahora que lo pienso, pero bueno, para qué andar respondiendo feo, y menos el primer día del año.

—¡No se diga más! —dijo el chicuelo, mientras se levantaba, giraba y acomodaba la silla para atender la invitación—. ¡Y ponga una botella a los amigos! —sonrió, dirigiéndose a la anfitriona.

Había dejado su manta de Castilla junto a la chimenea. Parece que vestía un chaleco negro. El mapuche, en cambio, se paseaba con su poncho café, todo mojado.

Así se abrazaron.

Para mí todo esto es como una película que se me repite, de tiempo en tiempo. ¡Y han pasado ochenta años!

El bruto, lo estoy viendo, puso su cara muy cerca del chico, encima, como si le fuera a dar un beso. Murmuró algo que nadie entendió. Al instante dio un salto atrás y salió disparado por la puerta.

¡Me van a creer! El indio le había enterrado un cuchillo, y ni siquiera se lo llevó. Ahí mismo que se desplomaba el cabrito.

Quedamos para dentro. Hubo gritos, alguien acomodó su cuerpo, mientras los demás salieron en persecución del bandido. A los camaradas del asesino, no recuerdo cómo, se los tragó la tierra.

Después supimos la cuestión. A ese indio le habían quemado su ruka, le quitaron sus animalitos y lo echaron a la calle a morirse de hambre, junto con la señora y toda una parvada de mocositos. Su tierra había pasado por ley al papá del muchacho. Y a ese futre, el mismo día en que hicieron la maldad, el indio este se las había jurado.

El chiquillo no tenía la culpa y el otro, como ven... Bueno, ¿se entiende no?

Por eso yo sé, porque más sabe el diablo por viejo que por diablo, que esta cuestión de los camiones quemados y los mapuches presos no acabará nunca.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL FALTE

Gregorio Eliseo Apablaza Fuentealba (60 años)Profesor
Villarrica*Segundo lugar regional*

Una semana lleva el falte recorriendo las montañas, el hombre de cuarenta con su hijo de doce. Amarrada a la espalda cuelga una maleta de mimbre, y otras dos cuelgan de sus manos. El niño casi arrastra una más pequeña, subiendo y bajando por caminos inverosímiles entre matorrales y pedruscos. Al cabo de los días casi ni hablan, porque los pocos temas —pocos hay entre un padre rudo y un hijo enclenque— se han agotado.

No hay recursos para un caballo ni para una carreta de bueyes, apenas los brazos. Allá en el pueblo ha quedado la madre en el pequeño emporio con el hijo menor, racionando la pulpería y cuidando que no se vaya el cliente sin comprar “alguna cosita siquiera”. Ella ha sufrido la salida del hijo tan apegado a sus faldas, pero el padre ha dicho que tiene que hacerse hombre, que a su edad él ya fletaba madera por esas montañas durmiendo debajo de la carreta, porque en la casa la madre ya no estaba, el padre era un cabeza loca y había que alimentar a los hermanos chicos.

El padre mira más allá de la próxima loma una potencial clienta que le comprará el corte de género floreado, o la peineta para el pelo, o la aguja con hilo negro; pero el niño solo anhela un próximo descanso, tal vez con una jarra de agua con harina o un mate junto al fogón.

El padre es antiguo conocido de todas esas gentes; el hijo, que solo conoce la vida a través de los libros, va descubriendo un mundo nuevo, tan ajeno a él. Contempla asombrado los usos y costumbres de la gente de campo: su hospitalidad, su risa tímida, su hablar ahuasado y su sabiduría innata.

Él está más familiarizado con las novelas de Clark Carrados, Keith Luger y sus héroes de papel en el Oeste norteamericano. Ha pasado algunas noches enteras leyendo, de dos novelas por noche, corriendo por las estepas de Arizona y Nuevo México, mientras sus padres duermen. Pero de los campos que circundan el pequeño pueblo donde él vive, no sabe casi nada.

Ahora el padre comienza a entonar un himno, de esos que cantan los domingos en la pequeña iglesia bautista, donde es músico y predicador improvisado. El hijo no tiene fuerzas para seguir la melodía, pero admira la fortaleza del padre y su grave voz de barítono. La fe inquebrantable del padre le permite ver un bienestar que nunca llega, que la esposa acompaña en silencio y que los hijos oyen con indiferencia.

Poco antes de trasponer el cerro se oyen ladrar los perros. El padre acomoda sus maletas para que les sirvan de escudo y recuerda al hijo que debe ponerse a su lado, muy cerca. El niño tiembla y sus ojos se alertan a la espera de los perros que surgirán por entre los matorrales. Suelen ser dos o tres, pero esta vez son cinco.

Los sabuesos rugientes se abalanzan rodeando a los forasteros, mostrando sus fauces e irguiendo el lomo. El padre da vueltas en círculo, cuidando que el niño no quede expuesto. La voz del hombre suena tranquila y confiada cuando les habla como si fuesen amigos. El niño se aferra a la raída chaqueta de su padre; sus ojos se abren desmesuradamente mientras su memoria registra el episodio con marcas que no borrará la vida.

El padre es, en ese momento, su héroe. Un héroe de verdad. Nunca le ha visto temer a los perros; nunca huye ni busca refugio. Los espera erguido, con voz imperiosa y gesto solemne, como si los perros enfurecidos fuesen gatitos de su cocina.

De pronto, se oye el hablar cadencioso de un hombre que se acerca y que apacigua los canes. Se saludan el hombre con el hombre. El niño observa. De pronto el hombre que está a su lado dice con amabilidad: “Este es mi guaina. Es el mayor, que ya está pa’ estos trabajos”. El hombre le estira la mano callosa y se saludan. El niño se siente avergonzado. Él es el guaina, aunque otras veces le llama hueñi; se avergüenza de sentirse tratado apenas como un niño, cuando él piensa que ya no lo es.

El hombre de hablar cansino los invita a pasar, y luego aparecen la esposa y un par de mozas, todas de hablar fuerte y risa lenta. Le ofrecen asiento y le buscan conversa. El niño observa todo con ojos de niño que ya no es tan niño. La casa se ve amplia, mucho mejor que otras en que han debido dormir junto al fogón, tapados con una manta, el humo picándoles como arena los ojos, tosiendo toda la noche hasta casi venir el día.

De pronto la mesa está llena de agasajos: mote con huesillos, tortillas, mate y queso de vaca. Después vendrá un fuentón con presas de carne cocidas y un plato de chicharrones. Se disipa la sed y el hambre, y el cansancio quedará disimulado por algunas horas.

Terminada la merienda, la mujer dice al hombre, como que no quiere la cosa, si podría mostrar su mercadería. Él, como que la cosa no quiere, abre una maleta y la pone sobre la mesa. Los ojos de las tres mujeres se abren sin disimulo y contemplan aquellos tesoros que contagian de vanidad su alma austera, y que despiertan el deseo de exhibirlos en la próxima bajada al pueblo.

La noche con su pálida luz de luna se acerca presurosa; el chonchón y las velas aparecen para iluminar la casa. El padre conversa y ríe. El hombre de hablar acompasado cuenta historias de aparecidos, de minas enterradas que iluminan de noche la ladera de un monte, de un hombre que se hizo rico cultivando frutillas de carne blanca y de la hija del vecino Ñundo que se fue con un afuerino que le embolinó la perdiz.

El niño oye cada vez más lejos las historias y las risas y el reclamo del mate que se queda sin agua, hasta que las mujeres desaparecen casa adentro y los hombres se quedan solos.

El niño se va, apenas consciente, en la duermevela de la medianoche, hacia su casa materna, donde le espera una sábana blanca, una caricia oportuna. Es el lugar más seguro de la tierra y el más amable. Allí, ya acostado, intenta leer la última novela que cambió en el negocio de la esquina, pero el sueño le vence.

En el sueño, el niño sueña que sale con su padre por esos cerros de Dios, con una maleta en la mano, vendiendo chucherías para las mujeres, acalambadas las manos, espantando los perros, esquivando los zarzales, siguiendo la marcha acompasada e interminable de su padre.

Es un sueño largo que se prolonga toda la noche y que le sorprende despierto, tirado sobre una cama ancha, junto a su padre que carraspea con esa carraspera matutina de los hombres de campo, mientras él se espabila estirándose, esperando el desayuno de esas buenas gentes que le han dado alojamiento en lo alto de la montaña, donde murmullan las hojas y las aguas se deslizan puras por las quebradas.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

AMISTAD DE PERROS

Aníbal Barrera Ortega (73 años)

Periodista

Temuco

Tercer lugar regional

Lo conoció en una calle de Temuco. Andaba paseando con su perro Thor cuando se le aproximó un hombre esmirriado.

—Disculpe —le dijo—, ¿me podría prestar su perro para cruzarlo con mi perra?

Se sorprendió. No es cosa de todos los días que un desconocido haga una pregunta como esa. Pero le hizo gracia. Él quería que Thor fuera padre. ¿Por qué? Porque sí. Posiblemente porque quería que hubiera muchos perros. Pero quería perros con amo.

Le contestó que sí. Pero, bueno, se debe economizar espacio. Lo importante es que tres meses después la perra del hombre esmirriado parió nueve cachorros. Fue entonces que partió una amistad de perros.

Tiene sentido contarlo.

Comenzaron a conversar. Bebían vino o cerveza. El hombre esmirriado le contó que había llegado a Temuco desde Puerto Saavedra. Que había llegado con lo puesto, lo que significa sin dinero. Que todo había sido al azar. Que él amaba el campo, pero que el terremoto y tsunami del 21 de mayo de 1960 habían destruido no solo el campo sino también la casa en que había transcurrido su infancia. Que, por eso, no había tenido más alternativa que buscar horizontes en Temuco.

El problema fue que no conocía a nadie. Pero la suerte pareció sonreírle. A poco andar, encontró trabajo en una fábrica de artículos eléctricos. Allí aprendió lo que jamás había soñado. El sueldo no era del todo malo, pues le había permitido pagar pensión y alojamiento.

No pocas veces la nostalgia lo embargaba. Echaba de menos los olores campesinos. El del barro, por ejemplo. Al respecto, se le presentaba lo que los entendidos llaman una sensación de doble vínculo. Por un lado, el barro era un obstáculo invencible para los desplazamientos invernales; pero, por otro, su olor era mágico.

También el olor de los corrales, en los que cohabitaban cerdos, gallinas, vacas, caballos, patos y unas cuarenta ovejas. Recordó que la gente de ciudad que visitaba Puerto Saavedra decía que los corrales eran hediondos. Para él, en cambio, ese olor era el predominante. También tenía magia. Lo relacionaba con las tareas que cumplía habitualmente.

En efecto, su padre le encargaba el cuidado cotidiano de todas esas especies. Él era el menor de cinco hermanos, pero la orden paterna era que debía cumplir cotidianamente esas tareas. Al comienzo, cuando tenía cinco o seis años, no entendía el porqué de esa responsabilidad, pero, a la vuelta de los años, terminó por entender que su padre lo hacía para endurecerlo.

—De lo que se trata es de que entiendas que la vida es difícil, muy difícil —le decía su progenitor.

En efecto, la vida le fue difícil. En su trabajo en la fábrica de artículos eléctricos supo lo que es ser envidiado. Sus compañeros hacían comentarios suspicaces por su empeño en hacer las cosas bien. Preguntaba por lo que no sabía hacer.

En dos o tres oportunidades, aceptó compartir con sus colegas algunas cervezas en un restaurante. Pero éstos lo conminaban a hacerse cargo de pagar la cuenta de todos. Hasta que se cansó de tal abuso y optó por no relacionarse con ellos.

Fue para peor. Lo hostilizaban a diario. Le escondían las herramientas de trabajo. El dueño del taller, un alemán muy exigente, decidió echarlo.

Pero no se desesperó. Algo —quizá Dios— le dijo que alguna salida tendría que haber. Había conseguido ahorrar algún dinero. El resto sería buscar otro trabajo.

Fue por casualidad que, hojeando el diario El Austral, supo de una oferta laboral. En el hospital de Temuco necesitaban un chofer de ambulancia. Decidió presentarse de inmediato. Tres días después estuvo al volante de una ambulancia recién adquirida.

Le correspondió recorrer los campos de toda La Araucanía. Volvió a percibir casi todos los olores de su infancia. Por supuesto, el del barro. En esa región las lluvias son inmisericordes. También, el de las aves y animales.

Contó al dueño del Thor que se sintió de nuevo en la infancia. Este le dijo que eso era sintomático.

—¿Sintomático? —le preguntó el hombre esmirriado.

—Sí, sintomático quiere decir que algo le va a pasar. Pero será algo bueno, muy bueno —respondió el dueño del Thor.

Y algo bueno pasó. Volvió a encontrarse con una muchacha de Puerto Saavedra con la que había compartido en la escuela rural. Se sintió de nuevo embargado por la nostalgia. Sintió que esa niña olía a barro. Al mismo barro que sus pies descalzos habían hollado durante todos sus días escolares.

En fin, la historia puede ser más larga. Baste con decir que, al cabo de un par de años, el hombre esmirriado se casó con la niña de aquello lejanos días. Parece que son felices.

El dueño del Thor no volvió a verlo. El hombre esmirriado que le había pedido su perro para cruzarlo con su perra se fue a vivir a Puerto Saavedra.

Se puede asegurar que se siente reeditando su infancia.

Alguna vez volverán a verse. Entre ambos nació una amistad de perros, la que, como lo dice alguna sabiduría popular, es indeclinable.

Es posible que el perro Thor vuelva a cruzarse con la perra del hombre esmirriado. Y es también posible que nazcan otros nueve cachorros. Y serán perros con amo.

Será como la reedición de este relato. Y tendrá el mismo título: Amistad de perros.

REGIÓN DE LOS RÍOS

FUEGO ROJO EN SANTA OLGA

Ramón Vergara Gallegos (67 años)

Jubilado y escritor

Valdivia

Primer lugar regional

No es sangre, es una llama huracanada incandescente enfurecida de tamaña dimensión que arrasa con la maleza florida, caminando en toda su expresiva vastedad como un lago hasta perderlo de vista, imprevisible, que se apodera de árboles, animales, casas hasta destruirlos sin compasión; encendida por manos criminales, despreciables, sucias que asesinan al pulmón de Chile, escondidas en el fondo veraniego de una montonera alargada de predios de pinos y eucaliptus de los dueños de Chile. Las llamas no son un capricho de la naturaleza, son la expresión de la maldad y la codicia. Las ramas secadas por el fuerte calor flamean como sarmientos envueltos por las llamaradas de fuego, terminan por caer en el brasero enorme desde donde desaparecen elevándose en medio de las nubes chispeantes, embarcadas rápidamente por el humo y el viento que devora todo lo que encuentra a su paso. Los pájaros despiertan de su ritmo tranquilo de vida en los nidos, en medio de los matorrales, y emprenden el vuelo bruscamente, no sabiendo adónde refugiarse, intentando salvarse de las tinieblas. El bramido de los árboles producido por el fuego, en la noche, retumba en los oídos de los lugareños como truenos que estallan en medio de la tormenta. Las llamas encienden el cielo nocturno y se proyectan en la lejanía de las colinas. Turbulentas partículas de luz caótica en medio de las chispas volátiles donde una mariposa vuela hacia el infinito afiebrado del espacio matinal. El aroma amarillo de las flores está de duelo, el territorio yermo se transforma en panorama agonizante por la maldad invisible de algún cerebro perturbado, corriendo sin rumbo cierto para escapar del castigo producto de la traición llegada desde la costa. Los hermosos bosques milenarios de geometría fractal desaparecen para siempre de la loca geografía, llevando en su cajón de madera destartada la fauna y la flora del lugar. Las casas se transforman en fantasmas miserables anclados en algún rincón de la memoria sin vida. Un eucaliptus huacho proyecta su grata sombra solitaria como un trampolín que sirve para medir la inmensidad anidada en el corazón del pueblo, habitada por gente que vive de la actividad forestal. Los animalitos son calcinados como brasas, como vulgares objetos sin ningún valor humano. Una catástrofe sin nombre recorre Chile, asusta mucho, sembrando miseria, despojo y un dolor expresado en lágrimas polvorientas que revientan en la emoción y el silencio de hombres, mujeres, niños y ancianos sin consolación. La amargura espesa, tenebrosa, se instala aquí sembrada de tristeza imprevista, golpea la ventana de mi conciencia de ciudadano sin patria ni fronteras. Horror, tristeza, como si la existencia de la naturaleza no tuviera sentido ni razón

de ser. La invisibilidad de mi amado viento se transforma en un arma de grosso calibre, cómplice del fuego criminal. La solidaridad amplia y multifacética, tan necesaria en momentos tan crueles de la historia reciente, se instala entre nosotros para actuar rápidamente en favor de los que lo han perdido todo. El agua del río que cruza bosques, quebradas y pampas hasta llegar al mar, entonando su canto melodioso, es nuestro corazón palpitante desde donde se puede extraer desde sus caudales el líquido necesario a nuestra salvación como la esencia generadora de vida en el bosque del futuro. Clamo por unas gotas enfurecidas de lluvia que caigan brutalmente para calmar la angustia que frecuenta mis cinco sentidos. Dame la mano, amiga, vocífera la naturaleza, para danzar de nuevo contigo junto a la mariposa en el destello dorado de su vuelo. El grito de esperanza emigrando de mis venas salta como una chispa de solidaridad en dirección de la zona central de Chile para abrazar a mis compatriotas caminando por el bosque chamuscado, jubiloso, silencioso y solitario. Santa Olga, pueblo nunca antes conocido, a medio camino entre la ruta que une San Javier a la ciudad de Constitución. La sinuosa ruta está bordada de viñedos y plantaciones de pino, anunciando la monotonía del paisaje, que a veces permiten dejar la vista libre para admirar el magnífico cielo azul. Un delirio se apodera durante varios días de él, ahora se ha transformado en el pueblo fantasma de la conciencia nacional, herido por la maldad de manos negras albergando restos de escombros cubiertos de ceniza y nada más. La puñalada mortal por la espalda llegada desde todas direcciones de la geografía lo ha martirizado en su esencia vital, pero desde sus cenizas —les aseguro— germinará como el vuelo del ave Phoenix para sembrar de esperanza y luz el futuro verde que lo espera siempre erguido, de pie, firme para seguir buscando pájaros, escudriñando el cielo detrás de las grisáceas nubes. Tierra cenicienta, te auguro un futuro verde como el canelo ancestral detrás de un tupido matorral; el coihue con su copa alta generosa imponiendo su legendaria caballerosidad; el arrayán silencioso en medio de un pajonal; el copihue chispeante, espejo de la belleza; el matico y el culén para curar enfermedades; ojalá un solitario avellano pueda albergar un nido de chincol en sus ramas; allí leones y búhos embellecen el amor de la infancia; la cicuta crece bajo los pies del caballo con amistad; en los caminos sombríos las lagartijas bostezan sin temor en pleno sol. Tú, montaña exuberante, ya no serás como antes, estás desnuda, te verás vestida de un ropaje renovado vegetal ancestral para recibir el eco vagabundo y nostálgico de mi voz atormentada en el fondo de la ladera rocosa. La abeja con su sabiduría milenaria volverá a polinizar el paisaje perfumado en primavera. La flor al viento traspasará murallas danzando con alegría una cueca campesina, y yo estaré bajo la sombra de los árboles durmiendo una siesta en un sueño aletargado del nuevo amanecer. Entre engranajes silvestres y sombras, una golondrina pionera conquistará la llegada de la primavera que no ha muerto en un sentir profundo, extinguiendo la pena y sembrando de alegría la esperanza verde como una profecía. Y que las huellas de la memoria no se borren jamás, que sirvan para tomar conciencia por el respeto que le debemos a la naturaleza generadora de oxígeno necesario al buen funcionamiento de nuestros órganos vitales.

REGIÓN DE LOS RÍOS

UN DÍA NORMAL EN LA VIDA DE UN HOMBRE Y UNA MUJER CAMPESINA

Juan Pablo Scroggie Smitmans (54 años)

Escritor

La Unión

Segundo lugar regional

Eldmira tiritaba de frío. Le dijo a Alfonso que encendiera la cocina a leña. Alfonso la miró desconcertado. Venía entrando a la casa después de soltar las ovejas y llevarlas al potrero. “¿Cómo alguien podría sentir frío si estaba soleado?”. Era un día ideal para ahorrar leña, que escaseaba, y utilizar la cocina a gas que habían comprado hacía algunas semanas. “A lo mejor está enferma”, masculló Alfonso, mientras se dirigía rápido y cabizbajo a la leñera a buscar astillas y picar unos leños. No le duraron mucho estos pensamientos, se apuró porque tenía que bajar al pueblo a que le pagaran su indemnización. Sonrió. Se haría rico por un rato.

Al calor de la estufa los colores volvieron relucientes a la cara de la mujer. Recién tuvo ganas y tiempo para realizar las tareas del campo. Alimentó a sus patos mudos y gallinas con avena mezclada con trigo. Después, con un balde en la mano en que guardaba las sobras del día de ayer, fue a dar de comer a los cerdos. Apenas la escucharon aproximarse, los animales reventaron en chillidos y gruñidos de hambre. Mientras vaciaba la comida en una batea y ordenaba a los chanchos pegándoles con una vara en el lomo, para que todos comieran por igual, pensaba preocupada: “¿Cómo le estará yendo al Alfonso? No es muy despabilado mi marido. Bueno y trabajador, sí. Por eso la gente se aprovecha. A lo mejor debí ir yo, porque a mí no me hacen lesa. Ojalá no se le ocurra llamar al tal Carlitos, ese es el peor de todos, un borracho, bueno para nada”. Después, para que pasara el tiempo rápido y aliviar en algo la angustia, se dirigió a la antigua casa de madera, por donde se colaba, por innumerables agujeros de diferentes tamaños, el frío viento que bajaba de la cordillera de Los Andes. Allí vivía con su marido desde que contrajeron matrimonio. De eso deben haber sido más de treinta años a la fecha. Para sentirse menos sola, conectó la radio a una batería, ya que no tenían electricidad, y escuchando las rancheras que emitía la única emisora que se alcanzaba a sintonizar por esos lares, se puso a barrer y lavar platos con inusitado frenesí.

A esa hora Alfonso recibía su cheque en la Inspección del Trabajo, que le pagó su empleador por el término del contrato. Mientras hacía la fila en el banco reflexionaba: “Con esta platita me voy a comprar un auto, no me importa lo que diga la vieja, que quiere hacer mejoras en la casa, esas las puedo hacer yo ahora que estoy cesante, pero lo del auto es necesario para llevar alimentos a los animales, para trasladarse, igual uno está en un sitio apartado, si hay alguna emergencia... Además a veces podríamos ir a pasear al lago Rancho, ir a

la playa de Puerto Nuevo”.

A la una de la tarde Edelmira cebó su mate, le puso azúcar, lo aromatizó con menta y cedrón, y cada tanto le daba lentas chupadas con la boquilla para no quemarse. “Puchas que se demora Alfonso”, se quejó mientras miraba ansiosa el camino. “Se me va a quemar el almuerzo. No vaya a ser que se cumplan mis temores y este se fue a gastar la plata por ahí. La necesitamos para hacer unos arreglos a la casa, hay que cambiar el traslape de las paredes, renovar el piso de nuestro dormitorio, que en cualquier momento se desfonda”. A las tres y cuarto de la tarde los perros anunciaron la llegada de Alfonso, conduciendo un coche viejo y destartalado. Se bajó del vehículo radiante y, con la cara inundada de alegría, dijo a Edelmira:

—Mira, vieja, compré este auto en la compraventa del pueblo. Tiene solo unos detalles técnicos que repararle. Se nos va a facilitar la vida. Ahora podemos ir al pueblo, traer nuestras compras.

—¡La casa!... Habíamos quedado en que repararíamos la casa... —Debajo del dintel de la puerta de entrada Edelmira estaba pálida, casi traslúcida, la sorpresa la había dejado sin palabras. Cuando logró reponerse de la impresión se puso sulfúrica. Con los ojos fulgurantes de odio, le expresó a su marido—: ¡La casa es lo más importante! ¿Y ahora qué vamos a hacer, seguir viviendo en esta pocilga?

—No te preocupes —Alfonso tenía preparada una respuesta—. Yo la voy a reparar ahora que estoy cesante. Guardé una platita para comprar las tablas. —Pero Edelmira no le creía. Otras veces él había prometido lo mismo y dejaba el trabajo a medio hacer. Entró a la casa, no quería que su marido la viera llorar. A los minutos Alfonso entró con una caja grande que puso en el piso de madera horadado—. Mira, te traje un regalo, es la mejor batería de cocina que encontré.

—Siéntate —le ordenó. Ella miró la caja con una mezcla de decepción y desprecio—. Te preparé porotos con longaniza, tu plato preferido.

Lo dejó almorzando solo y se fue a encerrar a la pieza matrimonial. No habló más durante toda la tarde.

Alfonso se distrajo el resto del día tomando las medidas de la casa para empezar a hacer las refacciones. Quería demostrar a su mujer que su promesa iba en serio. “Esta vez”, se propuso, “voy a comprobar que cumplo lo que digo. Voy a terminar de arreglar esta casa. Mañana voy en el auto a la barraca a cotizar la madera”.

A las nueve de la noche el matrimonio se sentó alrededor de la mesa de la cocina a cebar unos mates y escuchar música.

—Prométeme —dijo Edelmira— que si no alcanza la plata para comprar la madera vas a vender el auto.

—Te lo prometo.

—La casa es lo primero. Tienes que tenerlo claro —lo miró fijamente a los ojos.

—Está bien. Tienes razón, como siempre —balbuceó Alfonso resignado.

—Y otra cosa, mañana me llevas a cambiar el regalo. Quiero algo para mí, como un perfume o un vestido, no algo para la casa, que para eso me jodo todos los días.

El hombre asintió levemente con la cabeza. La negociación había terminado.

Y esa noche, así como aquella primera vez en que habían dormido juntos, se fueron a acostar abrazados.

REGIÓN DE LOS RÍOS

LA EXPULSIÓN DE CLEMENTE ABURTO

Felipe Andrés Nesbet Montecinos (35 años)

Investigador

Valdivia

Tercer lugar regional

El llamado combate de Lanco no quedó registrado en la historia. Se puede argüir que fue porque los realistas no querían desmitificar el hecho de que la ciudad de Valdivia y sus alrededores eran férreamente leales al rey. O los patriotas no quisieron reseñar una derrota. Algunos dicen que el padre Gabriel Guarda, eminente historiador valdiviano, no quiso mencionar la derrota de su tátara tío abuelo, don Julián de la Guarda, quien se negó a plegarse a la Junta Realista de 1811, y se parapetó en su fundo, armando a sus inquilinos.

El combate fue un mero tiroteo entre dos grupos de campesinos, que por vez primera tomaban las armas. Pero más allá de los aspectos militares (que en realidad no fueron muy relevantes), ocurrió un hecho extraordinario. En el asalto realista el joven Clemente Aburto recibió un bayonetazo en el pecho, que le destrozó el corazón. Doña Clotilde Lastenia, partera de San José de La Mariquina que ofició de enfermera, vio que el muchacho no tenía salvación y se dedicó a atender a los otros heridos.

—Clemente, yo le diré a tu familia que peleaste con valor —le decía Floridor Montecinos, amigo de su padre, que lo acompañaba en sus últimos momentos.

Las lágrimas en sus ojos café claros denotaban que entendía que su viaje al más allá era inminente. Pero su respiración seguía emanando cada vez más fuerte. Doña Lastenia vio que de su herida ya no emanaba sangre, por lo que procedió a cosérsela.

—Si le duele es que vivirá.

Y eran notorias sus muecas de dolor, a las que los soldados respondían con grandes exclamaciones de alegría. Su milagrosa, porque no podía ser catalogada de otra forma, recuperación tomó casi más importancia que el combate mismo, pese a que era la primera batalla que la gente de San José de La Mariquina afrontaba en su historia. De hecho, semanas después no se hablaba tanto de los acontecimientos de la batalla como del milagro de Clemente Aburto.

El padre Antonio, sacerdote de la misión franciscana, declaró que la salvación del joven era una clara manifestación de que Dios estaba con la causa realista. Incluso se celebró una misa especial para agradecer su recuperación. Pero, rápidamente, de la alegría por el milagro se pasó a la envidia. Las familias de los muertos

reclamaban porque se homenajeara a alguien que sobrevivió y no a los que fallecieron en el combate. Doña Lastenia repetía que no podía explicarse su recuperación. “Sí, yo vi que tenía el corazón destrozado: no podía seguir viviendo”. De ahí comenzó a gestarse el rumor de que había sido el diablo quien intervino para salvar a Clemente. Incluso, algunos decían que el café claro de sus ojos había adoptado un tinte rojizo: clara inspiración diabólica. Otros hablaban de que sus chanchos habían parido jabalíes salvajes, que estaban matando a algunos corderos de la zona. La gran cosecha de papas que consiguieron los Aburto, la más grande de San José, fue casi la constatación de que la familia tenía pacto con el diablo.

Doña Lastenia convenció a su hermano, Segismundo Becerra, que era diácono de la iglesia, para que el Consejo tratara el tema de la injerencia diabólica en los Aburto. El padre Antonio se opuso a la medida, pero la partera presionó para continuar con la acusación. “Muy sacerdote será, padre, pero tampoco puede hacer y deshacer en la comunidad. Como siempre lo ha dicho: usted se debe a la gente y más le conviene no ponerse en contra de todos”, le advirtió en privado. El cura reculó frente a las amenazas y se sometió a la decisión del Consejo, que dictaminó que Clemente Aburto tenía que abandonar el pueblo.

A la noche siguiente todos los miembros del Consejo, iluminados con antorchas, llegaron a la casa de los Aburto. Don Segismundo les anunció la sentencia.

—¿Cuál diablo? Si fue la misma virgen la que me protegió, porque Dios protege a todos los soldados que están luchando por el rey, como dijo el padre Antonio.

—Pero contigo no fue ningún milagro. Tal vez fue la vieja Rayen la que te salvó —doña Clotilde hacía alusión a la machi mapuche, que era tía de la madre de Clemente, con quien ella rivalizaba en poderes medicinales; en una lucha en la que, casi siempre, se veía en desventaja.

—Ella no tiene nada que ver. Ustedes que creen tanto en Dios, ¿acaso no saben que él hace milagros?

—Sí, pero no contigo. No creemos que Dios te haya salvado, sino que fueron fuerzas malignas, por eso decimos que te vayas porque no queremos ningún devoto de satanás con nosotros.

—¡Mi hijo no es ningún devoto de satanás! —la señora Aburto iba a lanzarse contra la vieja partera, pero Clemente la contuvo.

—Bueno, si quieren que me vaya me iré. Gente de mierda, se llenan la boca hablando de Dios y creen más en el diablo —fueron las últimas palabras del joven en su poblado.

Al día siguiente se despidió de su familia y se marchó para unirse al ejército del rey. Luchó valerosamente en la batalla de Rancagua, donde los valdivianos y chilotes derrotaron a los rebeldes, dirigidos por O’Higgins y Carrera. Comandó una compañía en la derrota en Maipú y escapó con todo el Ejército Realista hasta el Perú, donde rindió sus armas ante Simón Bolívar en la batalla de Ayacucho. Se quedó en la sierra peruana, donde hizo su vida. Nunca regresaría a San José.

REGIÓN DE LOS LAGOS

CHOCOLATA

Tamara Amelia Vera Trecaquista (27 años)

Estudiante

Puyehue

Primer lugar regional

Las lluvias implacables del sur de Chile y el aliento del frío invernal son la peor combinación posible para aquellos animales que se han criado debiluchos: el crudo frío azota los cuerpos, perfora la carne y derriba a los seres más vulnerables de un cruel soplido.

Cuando las vacas son dejadas muchos meses alimentando a sus terneros, la madre será vaciada por su cría, el guachito se tomará íntegramente el blanco brebaje vital, llevándose consigo un poco de la vida de la madre y eso la dejará a ella en un estado de indefensión ante el gélido clima.

Desde que era niña he visto cómo en los inviernos hay que estar vivo el ojo con las vacas que pueden caer presas de la debilidad y, de ahí, lo más seguro es que ya no se vuelvan a levantar.

Mientras camino por las pampas anegadas, se me bañan los pies en un frío punzante hasta el hueso. Con los calcetines hechos de barro, me acuerdo de mí misma cuando tenía unos cinco años. Recuerdo que en ese tiempo se nos murieron siete lindas vacas; entre ellas se me murió la Chabuca, una vaca negra lechera, regalo de la ancestral abuela sureña. Estaba echada, con la sombra de la muerte sobre ella.

Hace unas semanas, el escenario dantesco se presentó nuevamente. La Chokolata, una vaquillita infeliz, quedó pegada en el barro. Al cruzar desde el monte hasta las cercanías de la casa, en búsqueda del fardo habitual, cual manjar apetitoso esperaba zamparse hasta medio atorarse. Ella y todas sus rumiantes compañeras se dirigen guiadas por el hambre gritando en los cuatro estómagos, todas ellas pasan rápido pero algo le ha pasado a la Chokolata: se ha quedado entumida y tiritando en la corriente del ahora poderoso y frío estero.

Mi mamá fue quien la descubrió sumida en el barrial. En vano quisimos sacarla con la fuerza de las dos, pero era imposible. Ella con un gualato sacaba y sacaba tierra húmeda para poder acomodar la salida hacia el lugar de donde la íbamos a jalar con los lazos resbalosos y malolientes de barro putrefacto. Yo me acomodé por los lados y me empantané también junto al animal, tratando de quitar el barro que estaba aprisionando las tiasas extremidades de la vaca. Todo parecía inútil: en medio de la oscuridad, he maldecido entre dientes el barro, el estero, a la Chokolata, me he maldecido a mí misma por ser tan inútil.

Mi incansable madre llamó a unos vecinos que llegaron raudos y entre todos, uniendo fuerzas, pudimos llevar a cabo la faena de rescate. Luego de sacarla hemos pensado que puede salvarse si la cuidamos, si la alimentamos, siempre pensamos que se podría levantar.

Todos los días, todas las mañanas, todas las tardes atravesamos el frío estero que jamás se detiene para alimentarla y mover su cuerpo tullido, a veces la invencible vaca también se movía como tratando de incorporarse pero jamás pudo.

Entre las quilas filosas me he deslizado día tras día para llegar a su postrado cuerpo, con las botas llenas de agua helada y las manos espinadas con la murra contenida en el delicioso pasto seco, con la esperanza viva y mi creencia inútil en la mente: “El invierno no me va a arrebatar a la Chocolate”. Pero una mañana de aguacero ella se había trabado de frío y cuando metí la comida tibia en su hocico —un brebaje de harinilla cocida bien calentita— ya tenía un aura de muerte, sus ojos vidriosos y doloridos decían que ya la vida la estaba dejando. Aun así trató de aferrarse a esta tierra, tragando con dificultad la comida que le di en una botella. Sabiendo lo que pasaría, la tapé con la frazada humedecida y el trozo de nylon negro que la protegió de la lluvia durante un mes. Cuando volví esa tarde, la Chocolate se había quedado fijamente mirando a la nada, en medio del monte silente y con los árboles rodeando su cuerpo deteriorado por el inclemente invierno sureño, y yo me quedé con la sensación de que todo lo que hicimos por salvarla fue en vano.

REGIÓN DE LOS LAGOS

LAS BANDERAS

Jorge Daniel García Fuentealba (36 años)

Agricultor

Ancud

Segundo lugar regional

Un día, en pleno calor de enero, mi Luchín llegó contento a la casa. Se notaba que había pasado toda la mañana etiquetando a las ovejas porque sus manos estaban manchadas de tinta y su camisa tenía adheridos rizos de lana. Eso era lo normal. Su actitud era lo raro. Respiraba entrecortadamente y sonreía más que de costumbre. Yo me hice la lesa y le serví su cazuela, que él se comió a grandes cucharadas, tras lo cual fue a encerrarse al baño. Cuando salió, una hora después, llevaba una camisa y su mejor chaqueta de cuero, a pesar del calor. Además, la piel de sus pómulos y frente estaba irritada, pues se había pasado la Prestobarba para sacarse los vellos que tenía ahí. Primera vez que hacía eso desde sus años en la escuela. Me dio un beso en la frente, me dijo “chao, mamita” y salió corriendo. Regresó más a la tarde, acompañado de una niña de su edad, pero rubia y una cabeza más alta que él. Era la muchacha más linda que yo he visto. Luchín la había conocido esa misma mañana, pero me la presentaba como su novia.

Pasó que Luchín estaba con las ovejas cuando esta chica tan linda lo saludó desde la carretera. Ella andaba solita, a pie. Resulta que venía del país de Noruega, con una beca para estudiar los insectos de esta parte de Chiloé. Se llamaba Úrsula. Hablaba español perfecto, y le dijo que andaba medio perdida y que si él podía dejarla pasar por el campo y quizá mostrarle algunos de los bichos que él conocía. Luchín le dijo que sí. Me imagino lo nervioso que estaba el pobre, lo mágico que todo le parecía, aunque no se atrevía ni a mirar a la chica de tan bonita que era. Pero por suerte esta chica, Úrsula, era más envalentonada, y fue ella misma la que, en plena pampa, se puso a darle besos a Luchín. Yo me puse a llorar de alegría cuando supe estas cosas, aunque en realidad no estaba sorprendida porque sabía que Jesús iba a mandar una chica buena a mi Luchín, una princesa que supiera reconocer lo bueno de adentro que él era.

Total que las cosas fueron como la seda. Ella se venía todos los días desde Achao para estar con mi Luchín. Los dos se la pasaban en la pampa, en el bosque o en el galpón, donde Luchín había acondicionado una pieza para él, arriba del establo. Una pieza que ahora, pensando en Úrsula, llenaba todos los días de flores silvestres que metía en tarros de café. Ella lo invitaba a quedarse con él en su hotel de Achao, donde además podrían aprovechar de ir a bailar y a conocer a los amigos de ella. Pero Luchín le dijo que no le gustaba volver a la ciudad porque había mucho ruido y porque le traía malos recuerdos de cuando sus compañeros de la escuela se burlaban de él por ser bajo y negrito. Así que se quedaban acá nomás. En la noche yo los invitaba un rato a sentarse ante la estufa y les servía lo mejor de mi despensa, y los veía comer: a él, tan dicharachero

ahora, tan sonriente; y a ella, una muñequita que siempre tenía las mejillas rojas por el sol y que me contaba las cosas de su hermoso país. Entre ellos mismos no conversaban casi nada, pero se la pasaban mirándose con los ojos brillantes. Al final, ella pasaba acá en las noches, con Luchín, aunque conservaba su pieza en el hotel de Achao. En las mañanas empecé a dedicarme a la huerta yo misma, porque Luchín estaba con su chica. Pasaba cantando por el galpón, muy fuerte, para que ellos me escucharan venir, y también para yo misma no escucharlos, sobre todo a ella, que era muy apasionada y de voz alta.

Entonces una noche, cuando estaban los dos comiendo en mi cocina, vi que empezaban los problemas. Y no debió ser un problema, sino algo lindo, porque era con buenas intenciones de parte de Luchín. Pasó que él, de repente, se descubrió el antebrazo y se lo mostró a Úrsula. Al principio ella no vio bien, porque justo las velas estaban parpadeando, pero después vio que era un tatuaje, un tatuaje casero que el mismo Luchín se había hecho y que iba desde su muñeca hasta el codo. Era un rectángulo medio desdibujado, rojo con una cruz azul al medio. Medio feo, pero se notaba que estaba hecho con amor. “Es la bandera de Noruega”, dijo Luchín. “Sí”, dijo ella, “así veo. Gracias”. Y después siguió comiendo como si nada, y Luchín también siguió comiendo.

Por unos días parecía que no pasaba nada, porque los dos seguían juntándose en la pampa, paseando las ovejas, caminando al lado del río, viendo los insectos. Pero yo, que conocía bien a mi Luchín, notaba que algo pasaba. Estaba demasiado toquetón con su chica; se aferraba a su falda día y noche, como si todavía fuera un niño y ella su mamá. Si ella se levantaba para ir al baño, él le pedía que no se demorara en volver. Le decía, cuando ella iba a la ciudad, que volviera antes, porque había algo urgente que hacer acá. Y ella, bueno, no era tanto lo que hacía como lo que no hacía. Estaba con Luchín, pero era como si no estuviera. Apenas lo miraba, y respondía a los besos ansiosos de él, pero cada vez con menos ganas. Él se achunchaba y se ponía a revisar su celular, aunque apenas tenía contactos. Ella también revisaba el suyo, en silencio, sonriendo a cada tanto.

Y al final pasó. Ella empezó a volver a Achao y a pasar las noches en su hotel con el pretexto de estudiar con una de sus compañeras noruegas. Luchín hizo un esfuerzo y viajó algunas veces, todo perfumado y engominado, a conocer a los amigos de ella. Volvía al campo de noche, siempre solo, siempre abatido. Hasta que una noche, cuando los dos comíamos ante la estufa, me anunció que su relación con Úrsula había terminado. Los padres de ella, según la propia Úrsula, le habían ordenado que no tuviera novio, por más bueno que este pudiera ser. Luchín dijo que había aprendido muchas cosas de su primera relación sentimental. Pese a esto, se la pasó largas semanas triste.

Yo lo miraba nomás. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lo miraba ir a la pampa, donde se dedicaba a perseguir mariposas y matapijos, llorando cada vez que pasaba por una hendidura en el pasto donde había disfrutado el amor de su noruega. Luchín tenía el corazón roto y, viéndolo, podía imaginármelo para siempre triste, a los treinta, a los cuarenta, a los ochenta, siendo un anciano, con su mamá ya muerta, desamparado y siempre pensando en esa oportunidad cuando había conocido el amor de una hermosa muchacha que una injusticia había enviado lejos de su lado.

Pero Jesús nuevamente tuvo piedad, porque un día, a principios de marzo, Luchín llegó al almuerzo todo sonriente. Me dijo que había conocido a otra chica, también extranjera, esta vez de Suecia, incluso más bonita que Úrsula. Parece que muchos europeos se están viniendo a estudiar la vida silvestre de Chiloé. Tantos, que los chilotes del campo están abandonando sus animales y sus sembrados de papas para dedicarse al turismo. Y así Luchín conoció a esta chica, Petra, que venía por el semestre a catalogar a los pájaros de la isla. Serví a Luchín un tremendo plato de cazuela de gallina, y no le pregunté nada más. Esa misma noche, cuando estábamos solos ante la estufa, comprendí que su nuevo amor iba en serio. Porque Luchín se la pasó repintando su viejo tatuaje, reemplazando el color rojo por el celeste, y la bandera de Noruega en su brazo empezaba a verse como la bandera de Suecia.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL DUENDE VERDE DE LOS BOSQUES DE CHILOÉ

Víctor Adrián Barría Hernández (45 años)

Agricultor

Quemchi

Tercer lugar regional

Los bosques de Chiloé siempre fueron verdes, pero hubo una época que duró muchos años en que el viento sopló con más fuerzas que nunca. Las hojas de los árboles una a una comenzaron a caer, los árboles quedaron desnudos y el viento silbaba entre las ramas deshojadas.

El viento se divertía jugando con las hojas de los árboles, las elevaba y dejaba caer de mil formas distintas. A veces las hacía girar en remolinos por el aire y les daba formas de pájaros o mariposas, otras veces las ponía unas detrás de otras en filas interminables haciéndolas serpentear entre los cerros.

Al ver tanta desolación, todos los pájaros e insectos ya se habían marchado a otros lugares, tan solo quedaba un pájaro, un chucao que se negaba a abandonar la tierra que heredó de sus padres y abuelos.

Un día los árboles, ya cansados de las jugarretas del viento, dijeron: ¡Ya es hora de que hagamos algo! Si tan solo pudiésemos distraerlo, nosotros tendríamos tiempo para hacer crecer nuestras hojas y así volverían los pájaros, las mariposas y las abejas. Produciríamos flores y frutos como antes y llenaríamos de vida de nuevo al bosque.

Otro árbol dijo: ¡Es imposible! Nunca podremos distraerlo, ya que nosotros no podemos caminar.

Entonces habló el arrayán, un pequeño árbol que hasta entonces nadie había escuchado por ser tan insignificante, y dijo: ¡Yo tengo una idea!

Todos lo miraron sorprendidos porque no podían creer que un árbol tan pequeño pudiese tener una solución. Finalmente, un viejo canelo dijo a viva voz: ¡Dejémosle que hable! Todos callaron y el pequeño arrayán continuó:

Todos tenemos inteligencia y si pudiésemos concentrarla cada uno de nosotros en una hoja verde, una sola hoja por cada árbol, tendríamos que esconderla entre nuestras ramas para que crezca y luego las juntaríamos para crear un duende juguetón que distraiga al viento.

¡Qué buena idea!, dijeron todos. Entonces un árbol viejo, y por lo tanto sabio, dijo:

Está bien, cada uno de nosotros daremos una hoja verde, pero ¿quién las va a juntar y va a construir al duende?

El chucao, que pasaba cerca de allí ya que se iba marchando a otras tierras, al oír esto vio una esperanza y dijo: Yo recolectaré todas las hojas verdes y con la resina del pino las iré pegando una a una hasta terminar al duende que distraerá al viento.

Y así se hizo, dos semanas después el chucao pasó por cada árbol recolectando las hojas, luego escondido detrás de una colina las fue pegando con la resina del pino. Con dos avellanas le hizo sus ojos hasta que un día terminó de construir el pequeño duende verde.

Pero al viento que le gustaba jugar no le llamó la atención ese duende que no se movía, no saltaba, no se reía y nada hacía. Los árboles, al darse cuenta de que su duende no servía porque no tenía vida, hablaron entre sí para buscar una solución. Pero por más que pensaron nada se les ocurría, hasta que el chucao que había permanecido silencioso dijo: ¡Yo tengo la solución!... El único que puede darle vida al duende verde es Dios...

Pero ¿cómo vamos a hablar con Dios?, dijeron varios. ¡Él está muy arriba en el cielo y nuestras ramas jamás llegarán allí y tú tampoco podrás porque no sabes volar!

Ni yo ni ustedes podrán, dijo el chucao, pero sí el arcoíris. Él viene desde el cielo todos los días y con sus pinceles pinta los paisajes, de seguro es amigo de Dios. Le llevaré al duende cuando lo vea bajar del cielo.

En ese instante, como si hubiese estado escuchando, el arcoíris bajó de entre las nubes vestido de colores pintando un cerro.

El chucao luchó con todas sus fuerzas para atravesar las fuertes ráfagas del viento, que amenazaba con quitarle a su duende y arrancarle sus plumas, para hablar con el arcoíris. Sabía que tenía que apurarse, porque su multicolor esperanza solo dura unos minutos en el cielo y luego se va. Todos los árboles quedaron expectantes esperando el regreso del chucao, hasta que de repente lo vieron bajar del cerro y detrás de él un pequeño duendecito verde que saltaba y jugaba.

Dios le había dado vida, el viento al verlo comenzó a jugar con él, a corretearlo. Y al duende, que era tan juguetón como él, esto le encantaba. El viento se olvidó de las hojas de los árboles, las cuales crecieron por todas las ramas, volvieron los pájaros, las flores y las abejas. Desde entonces cada invierno el viento juega con este muñeco y es por eso que solo algunos árboles pierden sus hojas, mientras que otras permanecen verdes y frondosas, ya que se olvida de arrancarlas por encontrarse demasiado distraído jugando con el duende verde de los bosques.

REGIÓN DE AYSÉN

COLMILLO

Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera (49 años)

Guía ornitológico

O'Higgins

Primer lugar regional

Adelina terminó de mirar por la ventana y corrió la cortina, cortando la vista del Colmillo.

Se sentó preocupada a la orilla de la estufa y mientras le daba dos cortas chupadas al mate, revolvió las brasas con una rama de calafate.

Adelina no le tenía miedo al invierno. Mucho menos al frío o a quedarse sola. De chica que su abuelo y su madre la habían llevado de arreo varios días por los cerros, para que supiera de la vida de campo y los secretos del monte.

Los acompañó a cazar el puma que mermaba las ovejas, a trampear visones, a hombrear postes de ciprés, con los que levantaron la casa.

La misma casa que ahora, de vieja, la cobija por estos días.

Y es que el invierno se vino largo como nunca y René, su viejo, aún no regresa del Colmillo para donde partió a buscar sus vacas.

El René se había comprometido hacía meses a terminar el galpón, y nunca le había prometido algo sin cumplirlo. De los cuarenta años juntos, su palabra jamás la puso en duda.

Pero justo este año al René le dio por pasarse horas y horas parado solo mirando p'al Colmillo. Como si hubiera una conexión invisible entre el cerro y su viejo.

Y así como lo miraba, más callado regresaba donde Adelina.

Y, claro, no hay mujer ni hombre que aguante tamaño misterio.

Adelina lo empezó a notar raro entrado el otoño, pero pensó que al viejo se le habían venido encima los años y empezaba con los misterios para darse importancia.

Hasta que lo siguió y supo que no era misterio. Era simple flojera, como lo interpretó ella. Mire que perder el tiempo en mirar p'al cerro como leso.

René pasó unos días más callado hasta que le avisó que había visto algunas vacas en los faldeos del Colmillo.

Adelina no se inmutó, a pesar de que ya los teros habían bajado al manzano anunciando la nieve balanceándose entre las ramas.

Salió de madrugada.

Ella se levantó apenas sintió moverse un bulto en la cocina. Prendió la vela y a contraluz distinguió en el sobresalto la figura de su viejo.

René explicó algo que era responsabilidad de él que las vacas no tuvieran galpón todavía y que volvería en dos días.

Cuando Adelina preguntó por el cerro, René hundió el cuello en la bufanda, la miró en silencio y se despidió con un beso en la frente de Adelina.

Iba para el tercer día y ni rastros de René.

La nieve había dado tregua esa mañana, pero no tenía esperanzas de ver a su viejo tan pronto.

Adelina decidió salir a buscarlo, luego de cerrar con rabia la cortina de la ventana que daba al Colmillo.

Mateó hasta entrada la noche, mientras trataba de recordar la huella al cerro, contando las pocas veces que había llegado hasta los faldeos.

Según sus cálculos, debería haber llegado al cerro que rato.

Mira a lo lejos el humo de su rancho, por lo que calcula que ya debería al menos ver la falda. Pero nada.

Árboles y nieve, árboles y nieve, se repite y una angustia pesada le abarca el pecho por completo, y al rato esa angustia se extiende a todo el cuerpo.

Y el caballo parece saberlo. El tobiano corcovea y respinga, como queriendo convencer a Adelina de que es mejor pegar la vuelta, mejor esperar a que aparezca René arreando el piño de vacas perdidas en el Colmillo.

Adelina prefiere el descanso y poner la mente en orden.

Le da descanso al tobiano y se sienta apoyada en un coigüe seco.

Y no sabe bien si sueña, no sabe bien si está despierta, porque se le asoma la imagen de los cerros, pero ya no puede ver el Colmillo. Y se asusta y quiere montar y seguir rumbo al cerro, pero está completamente desorientada. Adelina, que conocía el monte en invierno, está perdida.

Y sin el Colmillo no hay razón que cuadre. Y pa peor se pone a nevar y a nevar más, y el calor sin embargo la quema sentada, afirmada en el tronco.

Y siente de a poco irse apagando, siente que la vista le duele y la angustia viene subiendo por su espalda de nuevo cuando una calma de nubes la invade.

Con la misma calma que cree ver a René aparecerse a caballo acompañado de otros jinetes, completamente blancos, silenciosos bajo la nieve.

REGIÓN DE AYSÉN

TERREMOTO BLANCO

Pedro Guerrero Acuña (30 años)

Profesor

Coyhaique

Segundo lugar regional

El año 1995 en las regiones australes de Chile aconteció uno de los peores desastres climáticos. La gran nevada que cortó caminos y que sepultó viviendas enteras fue denominada terremoto blanco. En la localidad de La Junta, en la región de Aysén, fue hallado sin vida al profesor de la escuela, quien permaneció aislado por días y del que sobrevivió como vestigio un cuaderno donde con ínfulas de literato apuntaba una especie de diario. De este, lleno de borrones y tachaduras, se presentan retazos puntuales de sus últimos momentos.

31 de julio

Quelentaro comenzó a toser desmedidamente, ni el repiqueteo de la lluvia en las ventanas ni mi voz alzada enseñando a diferenciar el sujeto del predicado sobresalían ante su tosecita aguda. Tuve que detener la clase, repartirles las manzanas a los demás y llevarlo cerca del fuego. No sé, profe, parece que me anduve enfermando, me dijo, aún ahogado, obstruido y sin el brillo infantil que siempre caracterizó sus ojos tan negros como la noche. Puse la tetera sobre la combustión mientras le enrollaba mi bufanda al cuello. Según el Ministerio de Educación, no puedo darle administrar remedios a los alumnos sin consentimiento de los padres o suscripción médica. Por lo que solo le pude dar un té con limón y miel y arrebujarlo en su parka.

— • —

Hacen menos 3 grados, los niños están en recreo, Quelentaro sigue tosiendo, pero ya no puedo hacer nada. Faltan dos horas para que venga el papá de la Martina y se lleve a más de la mitad de los niños en su camioneta, entre ellos a Quelentaro.

— • —

Si La Junta es fría, ahora está peor. Hablar es ir proliferando un vaho indeleble ante los labios.

1 de agosto

El papá de Martina dijo que el cielo estaba muy encapotado, que había que prepararse porque estaba próximo a nevar iba a nevar. ¿Es nieva o neva? Él dijo: va a nievar. Yo digo: va a nevar.

— • —

Consulté el diccionario y nieva hace referencia a la forma conjugada, en tercera persona, del singular del presente del verbo nevar. O sea que cuando queremos referirnos a la caída de la nieve, la forma correcta es decir nieva, siempre y cuando se conjugue en presente. Mientras que las otras formas no personales del verbo nevar son: nevar (infinitivo), nevado (participio) y nevando (gerundio).

— • —

Comenzó a nevar y los niños están maravillados. Profe, podemos salir a hacer un mono de nieve, preguntó Juan. Por cierto, hoy Quelentaro no vino. Espero se esté cuidando de esa tos.

— • —

El papá de Martina me dijo algo que me dejó pensando: Usted, profe, sabe por qué la carne argentina es más rica que la nuestra. Porque acá hay mucho monte y los animales sacan músculos de tanto subir y bajar. Allá la tierra es planita y por eso su carne es más blanda.

— • —

Nieva con más fuerza, ya está todo blanco, por suerte vinieron por los niños. Los papás de Josefa y Martina se los llevaron. Profe, venga con nosotros, que los caminos se van a cortar y va a quedar aislado, me dijeron, pero no iba a dejar sola la escuela.

2 de agosto

Jiménez duró apenas mes y medio. Me lo imagino con este frío que hace encoger el cuerpo, quejándose, vociferando que él no estudió para esto. Típico santiaguino quejón y agrandado. Llegamos juntos, pero si no aguantó los tenues fríos de marzo, ahora estaría llorando por regresar cuanto antes a su paraíso capitalino. Acción social venía a hacer, me dijo cuando nos presentaron; aquí no hacía falta eso, sino más bien valentía. Cosa que Jiménez nunca tuvo.

3 de agosto

La nieve ha alcanzado el metro, tapando no solo los caminos, sino la leña de reserva que por estúpido no entré antes. Me quedan quince leños y parece que las cosas no van a mejorar ahí afuera.

4 de agosto

¿Cómo estará mi familia en Puerto Aysén? Echo de menos ver el mar. Cuando estaba estudiando en Temuco, siempre que me sentía solo cerraba los ojos y pensaba en el mar de mi casa, eso me calmaba. Aunque cuando volví casi no lo miraba, no sé por qué, pero era distinto, no era el mismo que veía al cerrar los ojos.

7 de agosto

Hoy tendría que haber venido don Pepe con los víveres para los niños y por supuesto con leña. Me quedan cinco leños que raciono poniéndome toda la ropa que tengo para no congelarme. Si la combustión no fuera tan vieja y en vez de una cámara tuviera más, abrigaría mejor y no tendría que echar tantos leños ~~al mismo tiempo~~ al unísono. Don Pepe siempre cumplía, siempre puntual y responsable. Aparecía con su camioneta que alguna vez tuvo que ser roja tocando la bocina que creo escuchar a cada momento, pero por más que me acerque a la ventana y mire otee solo se presenta un paisaje profundamente blanco.

10 de agosto

~~Me estoy cagando de frío jue y me quedé sin gas para cocinar.~~ Les pediré perdón a los niños cuando vuelvan por comerme sus colaciones. Lo juro.

— • —

Traté de ir por la madera, pero fue en vano, me hundi en la nieve. No sé cómo pude volver, pero ya estoy aquí.

— • —

~~Fue de vida o muerte, eso voy a tener que decir~~ les diré a los del DAEM cuando informe que tuve que hacer fuego con los libros. Que me los descuenten.

— • —

Acabo de leer en una hoja que iba a meter al fuego sobre El Banco de Semillas de Leningrado, la historia de los científicos que muriendo de hambre, en un asedio de 3 años, por preservar la genética de unas semillas a punto extinguirse. Se comieron todo lo comible, incluyendo sus excrementos, menos las semillas con las que Rusia volvió a reverdecer luego de la guerra y no morir de hambre.

— • —

Los muebles de la escuela son igual a las semillas de Leningrado. No haré fuego con ellos. No le haré eso a los niños. Tienen que tener donde sentarse, donde estudiar.

13 de agosto

La gran razón de estar acá no fue por amor a la docencia, fue porque Laura me patió cuando terminamos la práctica. Todavía estoy mal, la quería en serio. Pero ella se quedó en Temuco y ahora mi razón de estar acá es que los niños vuelvan y aprendan más allá del cuidado de los ganados, que se preparen para tener el futuro. Tienen que reverdecer como Rusia. Aquí cuido de sus semillas.

— • —

~~¿Cuándo viene alguien? La nieve por fin comenzó a disiparse, pero apenas puedo mover los dedos para escribir esto.~~

REGIÓN DE AYSÉN

MARÍA

María Clara Batalla (41 años)

Artesana

Río Ibáñez

Tercer lugar regional

Están volando las últimas hojas de la temporada, los colores ya son de invierno, una rara ráfaga de viento la distrajo de sus labores. Algo le preocupa sobre la urdimbre en su telar pero, aun así, no deja de repasar todo lo que falta por hacer antes de que llegue la nieve. Afuera los niños juegan con los cachorros y, aunque les diga una vez más que se abriguen, sabe muy bien que esos niños adoran sentir los cero grados entrando por sus narices. Su compañero está terminando algunas peguitas, hay que juntar el dinero para pasar estos meses... ¿Cómo será este invierno? Los viejos han dado su veredicto, pero ninguno coincide: “Será bueno, porque llovió mucho y eso quiere decir que nevará poco”, “ya no nieva como antes, escarchará mucho”, “que sea como sea, hay que juntar harta leñita nomás”. Eso mismo: falta leñita, se repite mentalmente.

María es anónima y tan especial a la vez como todas las mujeres que se animaron a descubrir en cada instante un motivo distinto para acunarse en esta vida. No se pregunta demasiado, tampoco responde, los silencios de la naturaleza la acompañan la mayoría del tiempo, los crujidos de la madera le recuerdan a cada instante que todo es vida a su alrededor, imposible sentirse sola. Y entonces se le dibuja una sonrisa.

Ahora mismo está intentando que el fuego reviva, es hora del baño caliente para todos, mañana hay que volver a la escuela, a las obligaciones de los días hábiles. Añora esos días en que no podía notar entre días hábiles y no hábiles. Ella jugando desde que la luz empezaba a entrar por la ventana de su habitación, pero sus juegos no eran más que la condena que su familia inconscientemente y con tanto amor compartía con ella. Jugaba a ordeñar la única vaca que había en su casa, a distraer al ternero mientras su madre hacía el resto, jugaba a traer agua del arroyo para la casa, jugaba a juntar astilla, ramitas y todo lo que ardiera rápidamente, jugaba a correr a las ovejas cuando bajaba el sol. ¡Era feliz! Luego esos juegos se hicieron rutina, después parte de su vida y, finalmente, la única manera de seguir adelante.

La escuela le dio un respiro, un aire nuevo, cosas nuevas por descubrir como la amistad, ¡sí! Aquello es lo mejor que se trajo de la escuela, el sentimiento más maravilloso que puede sentirse por alguien a quien recién conocía. Solo por compartir historias, solo por el asombro de escuchar de otra anónima tantos y tantos relatos que ella también traía en su corazón. Esos días pasaron rápido.

Después volvió a su casa, conoció a su compañero, sintió mariposas, parió tres hijos.

Volviendo a este otoño: el agua ya está caliente, los niños han tomado su once y están listos para el baño, su compañero está afuera haciendo un poco de astilla para el fuego de mañana, parece que va a escarchar fuerte. Qué cálida se siente esa hora de dulces regalones, la tibieza de los ambientes, el perfume de los cuerpos. Ropa calentita, besos y bendiciones. Luego la misma historia que, relatada por ella, parecía una nueva cada vez. El bus vino temprano, María corría controlando que cada uno llevara lo suyo, lindos deseos, manos agitadas diciendo hasta luego desde las ventanas. Un suspiro y a empezar otra vez.

María no lo sabe ahora, pero en un mes exactamente su compañero tendrá un accidente fatal en el campo, un descuido en el que su espíritu quedará libre. Todo será distinto, tendrá un peso extra, no de tristeza, no. Más bien la duda, la incertidumbre que ahora no la visita. Pasará el invierno, pasará el duelo, se irán las visitas. Un día llegará un hombre muy luminoso, tez blanca, pelambre plateada, ojos del color del lago, estará como apurado y hablará demasiado y rápido. Le hará una oferta con muchos ceros para que ella venda el campo, le contará las ventajas de vivir en la ciudad, de estar cerca de sus hijos mientras estudian, de las comodidades, en fin... de todo eso. Ella lo escuchará atentamente y notará que aquello que le pareció luminoso fue solo el contraste de su imagen con este paisaje que todavía muestra colores de invierno.

María es anónima y tan especial a la vez como todas las mujeres que se animaron a descubrir en cada instante un motivo distinto para acunarse en esta vida.

María sabrá qué contestar.

REGIÓN DE AYSÉN

ELVIRA

Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera (49 años)

Guía ornitológico

O'Higgins

Mención especial del jurado

Elvira se arropó la espalda, tosió, apagó el cigarro y fue a terminar de ensillar el manco.

Le sacó el cuerpo todo el día a la idea de partir tan pronto. Se estiró un par de veces para poner el cuerpo en guardia de nuevo y con el mismo gesto de siempre, calzarse la boina, empujándola sobre la izquierda.

Mientras termina de apretar los cueros, Elvira cierra su abrigo y mira de nuevo revisando que todo esté en su sitio.

Algo no le gusta de la silla. Se baja y la afloja de nuevo, y recomienza el ritual otra vez.

De a uno, va poniendo los aperos y apretando. Cuero y amarre.

Serían dos días completos para alcanzar el barco al norte.

Hubiera preferido esperar que bajara un poco la nieve, pero la noche anterior había nevado otro poco. Eso había cambiado todos los planes.

Si tan solo no hubiera nevado anoche, se repitió.

Elvira toma firme las riendas y le silba corto. El manco entiende a la primera y se pone rumbo a la pampa.

La mayor parte del viaje es a ciegas, dejando que sea su caballo el que resuelva los misterios.

Se sofoca, se ahoga, a pesar de estar en el centro de la noche fresca y amplia.

Ruega por que amanezca luego, apura, taconeando, pero es el caballo el que esta noche resuelve los misterios.

Y despunta la mañana y con el cuerpo molido puede ver que no termina de salir del portezuelo, que le va a faltar día para avanzar como esperaba, y se le aprieta el corazón, y corcovea en la silla, da un respingo y ahora sí lo apura un poco más decidida, tratando sobre todo de soltar un poco el cuerpo y espantar el cansancio.

Es mediodía y suplica por un descanso. Ambos suplican por un descanso.

Dos horas. Una para cada uno.

Por la tarde ya entraba al valle y a la distancia, aún bastante lejos, imagina que allá sería la orilla del lago Rawson. Allí se embarcaría.

Pero faltaba bastante aún.

Elvira cabalga y no afloja. Mañana llegaría a lago Rawson, si no nieva de nuevo puede que lo alcance.

Y el vapor sale por las narices de ambos. Hace frío. La luna brilla de temprano y el frío es más filoso con luna. Eso lo saben todos los gauchos que cruzan los montes.

Elvira lo sabía de niña.

Desde que llegó junto a su familia a la orilla del Pascua, en el '66, ella tenía cinco y cumplió los seis bajo un toldo amarrado a unas varas de ciprés en pleno monte.

Allí creció y templó el espíritu.

Por eso ahora lleva al bayo casi al trote, con ganas de ver pronto ese corte amarillo que es la pampa.

Pero para eso falta.

El bayo tira aún loma arriba. Y la sonajera de huesos, la de ambos, rompe el silencio de la noche.

Elvira lo sabe.

Se arropa fuerte y aprieta de nuevo. Pero el bayo no responde.

Aflojan ambos.

La madrugada despunta. Ha nevado toda la noche.

Elvira lo sabe. Ambos lo saben. Y se adentran en la niebla y el temporal blanco que los desbarranca.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

GAUCHO TUMBA

Juan Manuel Miranda Vargas (67 años)

Locutor profesional radio y televisión

Punta Arenas

Primer lugar regional

Perlada tenía la calva el viejo Bauche, mientras literalmente devoraba la cazuela con una prominente “tumba” de carne, que jugaba en el plato como el gato con el mísero ratón, según versa un magistral tango. Todos los comensales en silencio profundo reverenciaban sus platos, con el rigor que el almuerzo les asiste con todo su ceremonial, mientras torvas miradas y otras de reojo, igual que los perros cuando se afanan con un hueso y gruñen cuando otro se acerca a ver si alcanza algo por compartir, la escena era la misma, allí estaban los hombres, enfundados en gruesos chalecos de guiñiporra, gorros de lana, rostros curtidos por el viento y la albañilería, donde su hábitat radica en las alturas de los andamios, mientras esperan otra temporada de esquila en el verano para radicarse otra vez en las extensas pampas de la Patagonia, chilena o argentina, da lo mismo, el hecho es juntar unos buenos pesos para ir a Chiloé, surtir el hogar de alimentos por unos buenos meses y de paso dejar preñada a la “vieja” por el amor pendiente.

Bauche, instalado en la cabecera de la extensa mesa, era como un león acorralado, festinando con su presa. La cazuela no era tal si no tenía una buena “tumba” de capón. Eso lo sabía la Guillermina, quien no escatimaba en pesos para abastecerse en la carnicería de la esquina y tener una contundente comida, fuera en el almuerzo o en la cena, en la pensión de Congreso. Esa era la calle del barrio chileno en Río Gallegos, donde daban pensión de mesa. La cifra oscilaba entre diez y doce comensales habitualmente. Los fondos humeantes delataban los esfuerzos de la mujer por mantener los enjundiosos caldos y asados al horno, que era como la minuta habitual de aquellos rudos hombres que no trepidaban en despojar hasta la última gota del brebaje instalado en aquellos platos.

La rutina se instalaba de lunes a viernes a las 12 horas en punto y a las 19 horas por la tarde con un horario un poco más flexible. Nunca ella se sentó a la mesa a compartir un solo momento con aquellos personajes, a muchos de los cuales conocía por años. Ni siquiera con Bauche, su marido, a quien siguió desde su isla chilota de Quehui. La Guillermina se arrimaba a la mesada del lavaplatos y desde allí, como fiel cancerbera, observaba el ruidoso engullir de aquellos rudos personajes que, presa en mano, se despachaban hasta el cartílago de los huesos.

En la puerta de la cocina dos perros esperaban su turno para darle el bajo a los huesos, que ya sabían serían despachados para saciar su apetito voraz. Era un gran festín, aunque los huesos llegaban vacíos de carne, daba igual, ellos tenían fiesta toda la tarde, hasta cerrar los ojos para sumarse a la siesta. Todo era tan rutinario que en sesenta minutos los hombres, escarbadiantes en mano, salían cabeza gacha rumbo a los andamios para la jornada de la tarde, sin quejarse ni lamentarse. Era un cuadro casi del absurdo, aquellos almuerzos de la calle Congreso. Nunca se escuchó una conversación o un intercambio de opiniones sobre algún hecho cotidiano. Lo único abordable era un saludo al llegar, semejante a un gruñido, de allí sentarse, esperar el plato y hundir la cabeza en el caldo humeante. Era una rutina semejante al asombro, con un concierto de sorbos ruidosos, digno de un concurso, cuál de todos más sonoro. Juan Bautista, patrón de la cabecera de mesa, levantaba la vista cuando el plato se rendía a su apetito y el hueso vacío y desmembrado mostraba su rigidez pétrea y blanquecina. La Guillermina, solícita como ninguna, antes de que se manifestara su hombre, traía en las manos el plato de fondo, que era un enjundioso asado al horno con esos verdaderos documentos gastronómicos chilotes, al decir de los argentinos en tono de mofa, como son las papas. Dos tubérculos de proporciones ornamentaban el ancho plato, que pronto se teñían de rojo al rendirse al ají chileno, que se contrabandeaba al otro lado del alambre. ¡Aaahhh!, exclamaba Bauche en señal de franca aprobación, mientras el afilado cuchillo y tenedor correspondiente comenzaba el desmembramiento de la dorada carne que era sometida al apetito inacabable de los comensales.

Jamás se habrá visto una verdadera conjunción de voluntades gastronómicas, quien más, quien menos, con más apetito que el otro. Uno puede deducir que el trabajo rudo del albañil o del hombre de campo son casi similares, por su rigidez y esfuerzo, unos a la intemperie del andamio y los otros recorriendo distancias increíbles que se miden en kilómetros, cortando con su rostro el viento que semeja a un estilete, que va cargando una cuota de hambre que debe compensarse en momentos como este, donde no hay tiempo para hablar ni hacerse el simpático. Pocos son los charlatanes y es muy probable que aquel parlanchín sea rápidamente acallado con el afán de dejar comer tranquilo y concentrado al hombre en su silencio y oquedad interna. Siempre se instala la duda sobre qué pensará y qué pasará por la cabeza de aquellos hombres. Todos responden al mismo patrón de conducta, hoscos, rudos, de manos grandes con piel agrietada de tiempo, espaldas anchas, por las cuales cuelgan los sacos de cemento o se inclinan sobre una oveja, que parece un juguete en sus manos, en las faenas de esquila, en algún galpón de estancia perdida en la estepa patagónica. Hombres a los cuales se les perdió el vocabulario y hablan lo justo y preciso, en voz baja, en tono silbante, sin abrir mucho la boca. Es el más claro prototipo de los mismos comensales de la calle Congreso, de la santacruceña Río Gallegos, por añadidura, todos chilotes trasplantados de una isla lejana que les pesa en el alma.

Había que verlos y conocerlos, cada uno con una historia en los bolsillos, que habitaba en viejas fotos teñidas de sepia contenidas en unas desteñidas billeteras de cuero, una foto de una mujer de rostro sombrío y dos o tres niños de pelo chuzo y ojos brillantes, con atisbos obesos. Allí radicaba la vida de cada uno, por ellos habían atravesado mares, pampas y la distancia la medían en meses y años, en andamios y estancias. Y el viejo Bauche era para ellos un embajador de esa tierra que extrañaban y amaban en obstinado silencio, por eso estaban allí ensimismados cada uno en lo suyo, para qué desentrañar sus historias que penetraban

como el frío en sus entrañas, mejor era verse callados que sucumbir a los lamentos. La mesa de Juan Bautista Vargas Pérez se extendía para ellos como esa tierra chilota prometida que les dolía en el alma, y ellos consideraban al viejo Bauche como ese cordón umbilical que los ataba a su archipiélago desmembrado. Ellos le llamaban Gaucho Tumba y a mucha honra, porque la cazuela no era cazuela si no tenía la “tumba”, aquel era el requisito básico sin discusión en cada comida de la calle Congreso, allá por Río Gallegos, Argentina, en una casa de chilotes trasplantados, en una mesa que los acogía rescatando costumbres, sueños y anhelos que a todos convocaba.

No quedó ningún registro de aquello, salvo en el archivo de mi memoria.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

CUANDO LLUEVAN OVEJAS

Ivan Darío Rojel Figueroa (49 años)

Ingeniero agropecuario

Punta Arenas

Segundo lugar regional

Lo llevó la curiosidad. Benjamín Núñez siempre había sido muy curioso y a pesar de la oposición de su mujer, una tarde golpeó la destartada puerta de la casa de aquella adivina famosa en la región. Él no quería saber si ganaría más dinero en el futuro, pues estaba muy conforme con su trabajo de administrador de una pequeña estancia de Última Esperanza, su provincia adoptiva. Tampoco le interesaba saber sobre futuros hijos, proyectos o giros de la suerte. Una sola pregunta lo llevaba allí. Era una pregunta tan definitiva, tan categórica, tan puntual que al afirmar las manos en la mesa, para sentarse, ya enfrente de la misteriosa anciana, una oleada de inquietud casi lo hace darse vuelta y escapar como un cobarde. Pero se contuvo. De verdad quería saber cuándo iba a morir. También sabía que la respuesta de aquella mujer podría ser peligrosamente certera. Eran de conocimiento público dos casos probados de muertes anunciadas por la vieja en la fecha exacta.

Aromas a yuyos de todo tipo inundaban la oscura habitación cuando Núñez formuló su pregunta con la voz atiplada.

La mujer lo miró profundamente con los ojos enfundados en arrugas.

—Usted va a morir el día...

Una duda, un lapso, un nuevo vistazo a las cartas.

Núñez muerto de impaciencia la apuraba con angustiadas miradas.

—El día...

A esas alturas el hombre ya deseaba que la bruja se declarara incompetente. Por fin.

—Sí. Usted va a morir el día que lluevan ovejas.

Núñez salió de allí aturdido y cuando en la huella rural unos gruesos goterones golpearon el parabrisas de la camioneta, se dijo: “Está lloviendo, pero está lloviendo agua, no ovejas. O sea que hoy día por lo menos no voy a morir...”

Después de eso unas terribles ganas de reírse a gritos lo invadieron. Tanto así que tuvo que detener el vehículo al lado de la carretera para no tener un accidente.

Con el correr del tiempo, el anuncio de la vieja no perdió vigencia en la vida cotidiana de Benjamín Núñez, a pesar de que su mujer continuamente le repetía que aquella frase que él veía como simbólica, era solo un reverendo disparate.

—¿Dónde está el simbolismo en las muertes que anunció antes? —le decía—. A uno le dijo que moriría para un 18 de septiembre y así fue. Al otro un 16 de agosto y así fue. A ti no te dijo cuándo. Solo te tomó el pelo.

—Sí, sí me dijo cuándo —alegaba Núñez—. Cuando lluevan ovejas...

—¿Y en qué fecha es eso, antes o después de Navidad?

—Nunca.

—¿Nunca?

—Exacto. Nunca, ahí está el simbolismo. No es posible que lluevan ovejas, por eso mi muerte no tiene fecha.

Y aunque la mujer sacudía la cabeza, técnicamente su marido podía tener razón. Aquello era demasiado improbable.

De hecho, resultaba tan improbable, que Benjamín Núñez comenzó a sufrir de un peligroso exceso de confianza, que luego derivó en una temeridad desbordada. Cada vez que recordaba la frase de la bruja se inundaba de una gran energía que lo llevaba a probarse en las actividades más peligrosas. Cuando su mujer le reprochaba esto, Núñez con un dejo infantil exclamaba: “No te preocupes, Valentina, que no me va a pasar nada. ¿No ves que voy a morir cuando lluevan ovejas?”. Y se reía a carcajadas. Su seguridad aumentaba a medida que salía ileso de cada aventura emprendida.

Y así empezó con el montañismo. Escaló el cerro Castillo, el Tenerife, las Torres del Paine. Después siguió con el kayak, el parapente. Cuando estuvo en Santiago hizo paracaidismo y saltó en benji. Corrió en las tres horas de Natales y aunque perdió el control en una curva y su auto dio como catorce vueltas, salió de entre los fierros casi sin un rasguño aunque un poco tambaleante.

Cuando lluevan ovejas...

Al pensar en esa frase se blindaba y se asumía casi inmortal. De continuo pensaba también en los dos aciertos anteriores de la bruja, que tenían mucho de dramático y también algo de absurdo. Como el caso del albañil, cuya muerte fue anunciada para un 16 de agosto. Y que ese día se encerró con llave en casa para no sufrir un accidente y al final murió quemado en un incendio provocado por los gatos en celo, que orinaron sobre los cables pelados de un empalme de corriente que él mismo había hecho desde su casa hacia un galpón. O el otro caso del pobre diablo al cual se le dijo que iba a morir para un 18 de septiembre. Ese casi lo

logra; se quedó acostado todo el día para no exponerse a ningún peligro y, cuando faltaban algunos minutos para las doce, se comió la última empanada y murió atorado con la aceituna.

Núñez no podía evitar reírse entre dientes cavilando en estas cosas, y sus días entre aventuras y trabajo corrían raudos pero sin grandes sobresaltos. Hasta que un día se le escapó el perro.

Fue una tarde semi nublada mientras conducía su camioneta por las huellas rurales de la estancia que administraba. En el asiento de atrás el enorme gran danés de su mujer se bamboleaba como un muñeco, ya acostumbrado a esas peripecias. Estaba a cargo de la bestia durante la ausencia de ella, que se hallaba en la capital en perfeccionamiento laboral. Y más le valía cuidarlo con su vida y llevarlo a todas partes también por sugerencia de ella, ya que el bicho se deprimía si lo dejaban solo. Al cruzar un paso libre le pareció sentir un bajón en la rueda delantera izquierda y descendió para verificar. Cuando se acordó de que había dejado la puerta abierta, ya el perro de su esposa iba perdiéndose dentro de una mancha de monte, al parecer persiguiendo algo. Sin pensarlo se largó a la carrera detrás del animal. Le gritaba y le silbaba mientras se rasmillaba las manos y la cara entre la ramazón baja. Por fin, desembocó en un claro y pudo ver al perro junto a una inmensa pared de roca, al parecer devorando algo.

Mientras tanto, en la estancia limítrofe, los dos peones más torpes de la historia, Santiago y Roberto, ambos de apellido Faúndez, aunque no existía parentesco alguno entre ellos, trataban de sacar un grupo de doscientos animales de los faldeos de la Sierra Dorotea, pero al no dominar sus propios perros, lo único que consiguieron fue encajonar el piño en un desfiladero y amontonarlo contra el alambrado, justo en la parte donde el cerro se cortaba a pique. Entre decisiones torpes, ladridos, rebencazos y silbidos errados, apretaron cada vez más al piño contra el cerco, haciendo que los animales terminaran amontonados unos sobre otros. Hasta que la alambrada y los postes reventaron y un gran pelotón de ovejas se desmoronó hacia el vacío...

Benjamín Núñez, que había logrado asir el perro del collar a un par de metros de la pared de roca, creyó percibir algo parecido a crujidos y silbidos lejanos y sin saber por qué alzó la vista. Cuando miró hacia arriba, por una fracción de segundo sintió ganas de reír y llorar al mismo tiempo y apretó las mandíbulas ante el chaparrón de vellones pataleantes que se precipitaba hacia él.

El sol ya se había ocultado.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

DOÑA DAMARINA

Rubén Darío Gómez Alarcón (20 años)

Estudiante

Punta Arenas

Tercer lugar regional

Mientras la vieja Damarina hilaba e hilaba, la respiración agitada le avisaba que quizá debía parar, cosa que no quiso hacer. La rueca tenía las patas flojas, pero nunca cedía ante la incansable y paciente Damarina, que sabía era una tradición que se llevaría a la tumba por falta de descendencia. No es que no haya querido tener familia; de hecho, fue lo que más atesoró en sus recuerdos. Para hacer más amena su labor, se puso a recordar como bien saben hacer los ancianos. La rueca era de su bisabuela y había encontrado la reliquia familiar fondeada en el quincho de la estancia ganadera de su padre a los doce años. Un objeto tan raro, tan antiguo y tan hermoso, a su parecer, que le pidió a su madre que le enseñara a usarla.

—Deje esa cosa donde la encontró, mijita, no sirve de nada esa cuestión. Ni siquiera mi madre la quiso usar.

Damarina, perseverante como ella sola, se dedicó a aprender a utilizar la rueca con las lanas que su padre le traía, con la obvia objeción de la madre que veía eso como pérdida de tiempo. A base de intentos, errores, dedos pinchados y prendas a medio hacer, el tiempo le dio la experticia y descubrió el talento que se hallaba escondido en sus artesanos dedos. Como tenía todo el apoyo de su padre, a los veinte años cumplidos este le dio a Damarina una cuantiosa suma de dinero para que hiciera su propio negocio de prendas de lana, el cual inició en una parcela cercana que pertenecía a su padre y que este le cedió con documentos firmados.

El negocio fue viento en popa, más que nada por la decisión de iniciar su proyecto en invierno. Incluso unos viajeros argentinos de carretera le compraban sus gorros, calcetines, guantes y chalecos, haciendo alusión a los maravillosos diseños que Damarina hacía en ellos. Ya en el otoño el negocio no dejaba mucho, pero sí lo suficiente como para no decaer. Un día, mientras Damarina remendaba unas prendas, una de las clientas regulares, doña Alberta, entró a su negocio con una petición fuera de lo común.

—Buenos días, doña Damarina.

—¿Doña Alberta! ¿En qué la puedo ayudar?

—Mire —se rascó la cabeza algo incómoda—. Mi marido acaba de fallecer.

—Mi más sentido pésame —respondió Damarina.

—Gracias, pero venía a pedirle que tejiera algo especial para él.

—¿Algo como qué?

La respuesta de doña Alberta la dejó media consternada, pero mantuvo la calma. Al día siguiente inició la encomienda, nada difícil pero sí inusual. No todos los días venía alguien a pedir un manto mortuorio para dejar sobre la tumba de un finao. A los diez días de trabajo, el manto estaba listo: bordes rojos, fondo verde y en el centro un jinete domando a un potro salvaje, pues don Erminio en sus mejores tiempos era un seguidor acérrimo de las jineteadas en fiestas patrias. Doña Alberta corrió la voz del trabajo artístico hecho por doña Damarina, admirada del cuidado que esta había puesto a los ojos de su difunto marido, ojos que mostraban pasión por lo que hacía. La prueba de la habladuría estaba en el cementerio a la vista de quien pasara por ahí. Todo el pueblo estaba admirado por el trabajo de doña Damarina, menos ella, que pensaba le había hecho una prenda a la muerte. Muchas personas, incluso de lejanas parcelas, tocaban a su puerta para pedirle mantos con diseños característicos de sus muertos, a los cuales no podía negarse si quería la prosperidad de su negocio. Aún le compraban prendas de vestir, pero su mayor ingreso se debía a los diseños de los mantos mortuorios.

Por ejemplo, cuando murió doña Fresia, el manto era blanco y la susodicha aparecía en el centro haciendo una cazuela con una sonrisa en los labios. El de don Juan era negro y en el centro salía él lazando un toro, también con una sonrisa en los labios. El de don Onofre era rojo y tenía escrito el poema “El ovejero”, con un perro pastor en la parte inferior. Cada manto guardaba la esencia del difunto y cada manto era puesto sobre su tumba para dar más color y significado a la muerte. Los años pasaban, el cementerio se hacía más colorido con cada manto y Damarina ya tenía una fama que la unía con la parca.

Aún con la respiración agitada entre hilo e hilo y esperando algo inevitable, se puso a recordar los mantos más importantes que había tejido, como por ejemplo a los treinta y cinco un manto con su madre sentada en una mecedora, sonriente. A los treinta y ocho hizo un pequeño manto con un bebé durmiendo en el centro, un bebé que nunca llegó a salir de ella más que como grumos rojos. A los cuarenta y uno su marido había puesto fin a quince años de matrimonio, debido a una intoxicación por mucho beber, pasión puesta en el manto en forma de botella de vino en la mano de su marido sonriente. Finalmente, a los cuarenta y ocho hiló un manto con su padre sonriente en el centro esquilando una oveja. El negocio con los calcetines, gorras, chalecos y bufandas seguía dejándole ingresos, pero desde la muerte de su padre, la confección de mantos mortuorios lo había dejado desplazado en una oscura esquina de su alma a la que esperaba jamás volver a mirar por más que los clientes se quejaran. Los años seguían pasando y el negocio nunca careció de prosperidad. La rueca de la bisabuela, por muy vieja que fuera, nunca le había fallado en sus prendas, pero muy dentro de Damarina y aunque amara esa rueca, habría preferido no encontrarla.

Un día, con setenta y tres años en el cuerpo y con cinco años de jubilación, se levantó y fue al galpón de su terreno en donde había dejado la rueca empolvándose. La tomó y se la llevó a su casa sin entender por qué hacía lo que hacía, solo que debía hacerlo con premura. De una caja aún más empolvada, sacó cuanta lana encontró y se puso a hilar con la energía y pasión de sus veinte. Después de un mes de tejido, la respiración agitada y la frente ardiendo en fiebre, entendió todo cuando vio el diseño que adornaba el manto. Damarina

no sabía si reír o llorar, pues su *magnum opus* del tejido presagiaba su inminente muerte o el tan deseado descanso eterno. Pero mantuvo la tranquilidad y se puso manos a la obra. Hizo todos los preparativos en menos de una semana, sin fijarse en las curiosas miradas de los lugareños que la seguían de la funeraria al cementerio y del cementerio a su parcela. A la semana siguiente llegaron dos hombres de la funeraria a derribar la puerta de la casa de doña Damarina, solo para encontrar lo que ella les dijo que hallarían ese día: a ella muerta, sentada en la mecedora de su madre con un manto mortuorio sobre sus piernas.

El funeral no fue el más grande ni el más lujoso del pueblo, pero quizá sí fue el más significativo. La mujer que había labrado parte de la esencia del pueblo hilo por hilo, carrete por carrete, se había ido pal patio de los callaos dejando sobre su tumba, como los del cementerio tenían indicado, un gran manto amarillo con una huz en el centro con doña Damarina hilando en él, con una sonrisa tejida de tal manera que la gente se preguntaba si era por la felicidad que nunca tuvo completamente o por la calma con la que había recibido a la muerte en su casa. Sea como fuere, el manto nunca se movió de la tumba, así como tampoco lo haría en el galpón la vieja rueca de la bisabuela de la difunta Damarina.

ME LO CONTÓ MI ABUELITO



PREMIOS NACIONALES

LA UVA DORADA

Catalina Antonia Guantiante Revillod (9 años)

Estudiante

Cauquenes, Región del Maule

*Primer lugar nacional**Primer lugar regional*

Hace mucho tiempo, un mago plantó una parra que daba uvas doradas. El mago buscaba un lugar seguro para su valiosa planta y lo encontró en la parte más alta de un cerro llamado Name cerca de Cauquenes y que estaba protegido por grandes bosques y una gran laguna donde nadie podía pasar. Esta planta que el mago quería proteger era una parra mágica porque sus uvas doradas tenían poderes curativos que podían dar larga vida a las personas que la comían, mucha suerte a su dueño y protegerían por siempre al lugar donde se plantara.

Un caluroso día de verano hubo un gran incendio en el lugar. Toda la gente estaba muy triste y desesperada, había mucho humo y fuego por todos lados y la gente huía para salvarse y no perder la vida. También escapaban animalitos como conejos, zorros, caballos, vacas, cerdos, ovejas y aves como los caiquenes, cisnes, loicas, pájaros carpinteros y otros más. Lamentablemente muchos no lograron escapar y todos estaban muy tristes.

Un campesino del lugar llamado Wenceslao, luchó mucho contra el fuego pero todo su esfuerzo no sirvió de nada y vio como el incendio quemó su huerto y sus parras, y eso lo dejó muy triste, pero tuvo una idea. Después de mucho pensar, se acordó que hacía muchos años alguien le contó que había en algún lugar del cerro más alto del sector una parra que daba uvas doradas. Les contó a sus amigos pero nadie quiso creerle porque estaban muy tristes y desconsolados porque ya no tenían nada. Salió a buscar la parra, buscó tanto que casi se da por vencido, pero cuando ya estaba muy cansado y a punto de caerse, en la punta del cerro encontró la única parra que quedaba. Sin saber que era la parra mágica se la llevó y la plantó en su huerto, la cuidó por varios meses hasta que comenzó a dar su fruto brillante con el que preparó vino con mucha alegría.

Wenceslao invitó a sus amigos para que probaran el vino y celebraran su descubrimiento. Sus amigos estaban felices porque ya no quedaban parras en la zona por el incendio y ahora podrían recuperar sus plantas a partir de la parra madre que Wenceslao había encontrado en el cerro entre los bosques quemados y otra vez harían sus vinos gracias a esta planta y quedarían mucho mejor que antes del incendio.

Desde entonces y a partir de esa parra mágica que el mago plantó en lo alto del cerro, se pudieron sacar muchas plantas más de uvas doradas con las que se plantaron en los huertos y campos del lugar. Con el tiempo el cerro y campos volvieron a vestirse de verde dorado por el brillo de sus uvas al sol que hicieron que este lugar se hiciera famoso por sus vinos curativos, la solidaridad de Wenceslao y la felicidad de toda su gente que ya no estaba triste gracias a sus parras mágicas que siguieron plantando y cuidando por todo el lugar.

PREMIOS NACIONALES

LA ANIMITA DE JAVIER

Trinidad Isidora Lagos Novoa (12 años)

Estudiante

La Florida, Región Metropolitana

*Segundo lugar nacional**Primer lugar regional*

Cierto día en un atropello, murió un pobre niño llamado Javier. No se había dado cuenta que un auto estaba a punto de arrollarlo y nadie pudo hacer mucho. Murió lamentablemente al instante por el duro golpe. Su familia aceptó con mucha pena el suceso e hicieron una animita en el lugar. Pusieron muchos juguetes suyos, entre ellos un oso Teddy, un auto de muchos colores y un dinosaurio de plástico. También una velita preciosa que compraron. Pero Javier tenía otros planes. Él quería ser alguien importante, hacer algo para Chile... Tal vez algo relacionado con niños. Pero para hacer algo hay que estar vivo ¿o no? ¿Pero cómo hacerlo? Era complicado pues él...¡¡¡estaba muerto!!! Pensó: “¿Y si hago esas cosas de la tele?”. Él sabía que estaba muerto, pero no era un fantasma. Era más bien un angelito y se decía: “A lo mejor tengo algún poder oculto”.

Claramente lo tenía, pero le costó mucho darse cuenta que su poder era entrar en el cuerpo de otras personas, en pocas palabras: poseerlo. Después de estar casi un mes practicando y mejorando este poder (un agotador mes) se fue feliz con sus alas blancas nada menos que a La Moneda a buscar a algún niño que le cayera bien para poseerlo y que hablara por él. Encontró a una niña que seguramente iba a comprar el pan. La poseyó fácilmente pues estaba distraída con un carabinero que cruzaba a caballo. La llevó a las puertas de La Moneda pero un carabinero la detuvo en la entrada y empezó el típico interrogatorio:

—¿Y tus padres niña?

Lo primero que se le ocurrió decir a Javier fue algo que leyó por ahí:

—Me esperan adentro.

—¿Y para qué?

—Es que voy a hablar con el Presidente.

El carabinero puso una cara de “¡estás loca niña!”, a lo que Javier siguió hablando por boca de la niña:

—Quiero hablar con él sobre lo que pasa en el Sename.

El carabainero la miró y le puso una mano en la cabeza:

—No creo que te escuche. Ha dicho que no quiere que lo molesten. Está muy ocupado —le dijo.

Javier se enojó con el carabainero. Dejó a la niña para que siguiera su camino y pensó en cómo arreglárselas solo en este asunto. Con la ayuda de sus blancas y fuertes alas fue directo a la oficina del Presidente dispuesto a hacer algo para que lo escuchara, pero al entrar encontró al Presidente jugando con su celular.

“Claro, ocupado jugando al *Candy Crush*”, se dijo Javier, y sin pensarlo mucho por su enojo, le lanzó un hechizo al Presidente y a los demás políticos que según su pensamiento no estaban haciendo nada. Luego se fue quién sabe dónde...

El Presidente sintió algo raro y se asustó. Salió de su oficina y se encontró con los otros políticos convertidos en niños y fueron todos incluido el Presidente donde el guardia que escuchó sorprendido cómo esa cantidad de... ¡NIÑOS! le decían cosas que apenas alcanzaba a entender pues hacían mucho ruido hablando todos al mismo tiempo. Cuando perdió la paciencia, les pidió fuertemente que se callaran y les dijo que no podían andar jugando, corriendo y gritando por el palacio. El Presidente les dijo que cómo no lo reconocían y los otros políticos le decían que ellos trabajaban para el Presidente.

El guardia siguió regañándolos a todos diciéndoles que no podían burlarse de los políticos ni menos del Presidente pero los pequeños insistían en sus palabras, diciendo que ellos eran los políticos, y el guardia, haciendo oídos sordos, los llevó a una oficina donde los dejó mientras llegaban sus padres a buscarlos. Como lo pueden deducir, eso no sucedió y como sus familias estaban acostumbradas a que siempre llegaran tarde a sus casas, nadie preguntó por ellos. Al ver que nadie venía por ese montón de niños, los guardias de La Moneda no tuvieron otra opción que enviarlos al Sename mientras se buscaba una solución para ellos.

Cuando llegaron a las instalaciones los llevaron a un comedor donde había más niños y ahí los dejaron. Cuando quedaron solos, algunos de los niños más grandes comenzaron a humillarlos. Otros más pequeños los miraban con tristeza.

Al pasar los días, el Presidente se dio cuenta que había muchos enfermos de gravedad y que los adultos a cargo apenas los miraban. Los políticos se dieron cuenta que algunos niños lloraban y nadie siquiera les preguntaba qué les pasaba. Los baños no eran suficientes y en las duchas no había agua caliente, sino helada como el hielo. Así pasó una semana y el país se volvió loco buscándolos.

De alguna forma pudieron reunirse a escondidas. Allí se confesaron lo arrepentidos que estaban de no hacer nada como políticos para mejorar la realidad del Sename a pesar de las protestas y las pruebas reales de que esto no funcionaba, tanto que ni siquiera se les había pasado por la cabeza hacer algo. Pero adivinen quién estaba viendo todo esto... Sí: Javier, que se puso muy contento al escuchar ese real arrepentimiento y decidió romper la “maldición”. Chasqueó sus dedos y PAFFF... Presidente y políticos fueron adultos otra vez.

Al verlos ahí todos los “encargados” se pusieron en movimiento y avisaron que habían encontrado a los políticos perdidos.

Unos meses después, el Sename era un lugar mejor, quizás no el ideal pero sí mucho mejor. Hasta los niños estaban más alegres.

Mientras tanto, Javier se sintió feliz, aunque nadie lo supiera, él fue quien causó ese cambio... No quería fama, solo hacer algo importante y lo logró. ¡¡¡Y se sentía tan bien!!!

Volando con sus alas blancas, volvió a su animita para arreglar todo pues le había llegado un mensaje muy importante: “Arregla todo lo que tengas que arreglar. Te vienes al cielo hoy, mi pequeño ángel”.

PREMIOS NACIONALES

EL CERRO DE LAS MUJERES

Christell Elvira Ayaviri Mamani (13 años)

Estudiante

Pozo Almonte, Región de Tarapacá

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Mi abuelito me contó que en su pueblo natal existía una escasez de agua. Llegó a tal extremo que las mujeres tenían que ir muy temprano al río a buscar agua para poder hacer el desayuno, el almuerzo y la cena. Esta sequía duró muchos años.

Un día, una hermosa mujer del extranjero, llamada Sara, llegó al pueblo como profesora para poder ayudar a los niños. Para Sara no fue muy fácil acostumbrarse a los trabajos que tenía que hacer. Después de unos meses, se celebró una gran fiesta en el pueblo que consistía en darle una ofrenda a la Madre Tierra por las cosechas de quinua y papa, y por los animales. El día de la gran fiesta, Sara conoció a Enrique, un hombre de esfuerzo que trabajaba mucho para ayudar a su familia.

Se fueron conociendo mejor hasta que se enamoraron y decidieron casarse. Era una gran noticia para el pueblo. La familia de Sara no estaba de acuerdo con la noticia, pero la familia de Enrique estaba muy feliz por el casamiento de su hijo mayor. No faltaba mucho para el casamiento, cuando Sara se dio cuenta que estaba enferma. Las mujeres mayores del pueblo la fueron a visitar a su casa para poder examinarla. Sara estaba algo asustada. Después de unos minutos, las madres le dijeron que había una buena y una mala noticia: la buena era que la supuesta enfermedad se trataba de un embarazo pero después le contaron de la mala noticia: que el embarazo era muy riesgoso para ella. Sin darle importancia prefirió decirle solo la buena noticia a su esposo.

Enrique prefirió atrasar la boda hasta que naciera el bebé. Después de cinco meses, Sara estaba asustada ya que faltaba muy poco para que naciera su bebé. Durante los siguientes meses, Sara se cuidó muchísimo incluso tuvo que dejar de trabajar. Sara empezó a sentir contracciones, estaba sola. Enrique trabajaba cerca de un cerro como agricultor.

Existía un hermoso cerro donde era costumbre para las madres ir a tener allí sus bebés, así que Sara, siguiendo la tradición del pueblo, se dirigió a ese cerro y tuvo a su hermosa hija, Jallú.

Como cuenta la leyenda, el nacimiento de esa niña provocó que el Cerro de las Mujeres se alegrara tanto que hizo llover durante muchos días, terminando con la sequía y permitiendo que Sara y su esposo Enrique formaran una familia de cuatro hijos, todos nacidos en el Cerro de las Mujeres.

PREMIOS NACIONALES

EL ÚLTIMO KAWÉSKAR DE OJOS AZULES

Aelyn Michel Ruiz Muñoz (14 años)

Estudiante

Aysén, Región de Aysén

*Premio especial Pueblos Originarios**Primer lugar regional*

Esta historia nace en los parajes del sur de Chile. Cuenta mi bisabuelo Ligorio que él prometió que cuando estuviera a punto de fallecer, volvería a las orillas del lago General Carrera para entregar su alma al Alep, dios kawéskar, el cual le avisaría que le quedaba poca vida a través de un sueño. Mi bisabuelo era un hombre de ojos profundos color azul cielo que se hundían en una pena que guardaba como un tesoro y que pronto nos sería revelada.

Aquel día estaba ansioso por viajar en un largo y cansador viaje de más de ocho horas hacia Bahía Murta. Al salir, no pronunció palabra, solo miraba por el vidrio como si fuese la última vez.

—Sé que estas triste, ¿qué te pasa? —le pregunté.

Él me miró con ternura y me respondió:

—Mi niña, la vida a veces es más difícil de lo que parece.

Pronto el abuelo volvió a su silencio, mientras yo con mi curiosidad seguía hablando. Allí él me miró con tanto amor que me tocó el alma y me dijo: “Es hora que mi familia sepa la verdad, sepa quiénes somos”. Mi padre lo miró muy sorprendido...

Yo llegué a los canales del lago General Carrera cuando era muy niño. Vivía con mis padres y hermana en un hallef que era una canoa de coigüe añosa donde se encendía fuego. Aun no sabía por qué viajábamos tanto. Cazábamos, pescábamos y con eso subsistíamos. Con las pieles de algunos animales nos cubríamos y confeccionábamos una especie de tamangos como les decíamos a unos zapatos realizados con cuero, de esta manera nos protegíamos del frío que calaba hondo en los huesos.

Nunca entendí por qué mi familia no tenía los ojos del mismo color que el mío. Yo no era igual a ellos, por eso en muchas ocasiones cuando los buques nos veían y se acercaban para tomarnos fotos y comprarnos pieles, mi madre me escondía mientras realizaban el intercambio de víveres. Muchas personas de los buques lanzaban al agua los fósforos para que mi hermana se zambullera a buscarlos. Hoy estos gestos toman otra importancia en mi vida puesto que el gesto de esconderme significaba que mi mamá me protegía de que la gente no cuestionara

mi origen y no la acusara de robar niños. Lo que sucedía con mi hermana lo entendí mucho más tarde. La crueldad del hombre civilizado al tratarnos como personas de mucho menos valor por el solo hecho de ser kawéskar.

Nunca entendí hasta el día de hoy que éramos kawéskar, hombres de mar, que arrancábamos para poder vivir, puesto que el resto de mi gente murió en los canales de la Patagonia de la misma manera mi madre y mi hermana fueron sobrevivientes del exterminio y por lo tanto yo no era un kawéskar puro, era un mestizo, fui producto del abuso reiterado que sufrió mi madre a manos del supuesto hombre civilizado, sin embargo mi padre en un gran gesto de amor hacia mi madre recorrió toda la Patagonia para rescatarla junto a mi hermana, puesto que en esta época muchas familias fueron separadas y llevadas a diversos hogares, sin embargo triunfó el amor y mi padre huyó con ellas en un bote hacia los canales de la Patagonia.

Aquí la vida fue distinta pero no menos dura, mi madre enfermó junto a mi hermana puesto que en su cautiverio adquirieron algún tipo de enfermedad, con lo cual mi padre y yo construimos una choza a orillas del lago General Carrera. Allí murieron y como es nuestra tradición, decidimos hacerles un hallef y verlas perderse en el horizonte, mientras sus cuerpos se perdían entre las llamas de la embarcación, navegando por el lago.

Mi padre al poco tiempo falleció y al ser el único hombre de la familia, realicé el ritual, sin embargo entre sus cosas encontré un listón, el cual era una especie de flecha realizada de conchas de cholgás. Mi padre antes me había hablado de esto, me dijo que cuando estuviera listo para mi partida volviera a este lugar y entregue a las orillas del lago mi listón, de esta manera iniciaré mi viaje sin retorno para reunirme con ellos.

Hoy ya estoy aquí a las orillas del lago para reunirme con mis ancestros e iniciar mi viaje. Esta historia te la cuento como un testimonio de vida que puede ser el último testimonio de un kawéskar.

Al poco tiempo de esto el abuelo Ligorio falleció para ser libre y presentarse frente al Alep, que lo esperaba para el reencuentro con su familia. Hoy me siento orgullosa de ser parte de una familia kawéskar.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL MARTES CHALLA

Constanza Victoria Segovia Quispe (11 años)

Estudiante

Arica

Primer lugar regional

Mi abuelito Julio nos contaba que en el verano se celebra una semana de carnaval, 40 días antes de la Pascua de los huevitos de chocolate. En esta semana de fiesta, cada día tiene su nombre, pero el día martes se llama “martes challa”. Ese día se levantan temprano antes que salga el sol, hacen fuego y con las brasas van a la parcela con sahumero, copal y coba. Se tiene que ir santiguando cada nueva obra: los árboles, los vehículos y los estanques de agua. Todos juntos van adornando todo lo que está en la parcela hasta que se sientan entre los guayabos, en el mismo lugar de todos los años y le dan gracias a la Pachamama por todo lo que dio en el año y se le pide para que el próximo año haya mucha agua, que llueva, que la cosecha salga bien, que tengan buena venta y que todos estén sanos para volver el próximo año a agradecer y traerle un regalo a la Pachamama.

Yo pregunté: ¿cuál es el regalo? Mi abuelito Julio me dijo que son dulces y una mesa que tiene unos billetes y monedas como de Monopolio y una casita chica, un camioncito y un autito. Es bonita esa bandejita que se llama mesa. Hacen un hoyo en la tierra y ponen todas esas cosas sobre las brasas y si se queman bonito, dice que con ceniza blanca, es que la Pachamama recibió con alegría el regalo. Y al tirar las hojas de coca si salen enteritas y verdeditas es de buen augurio.

Después se vuelve a la casa a tomar desayuno con kalapurca y mate de yerba buena o yerba luisa, y los adultos beben y bailan.

Ese día todos los grandes y chicos juegan con agua y harina, quedan todos mojados y con la cara blanca, ese día se llama “martes challa”.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL ARCOÍRIS

Evelyn Condori Mendoza (13 años)

Estudiante

Arica

Segundo lugar regional

Mi bisabuela me contó que hace mucho tiempo había una persona que se maravillaba con los arcoíris. Era una agricultora que plantaba verduras. Un día pensó: ¿Qué pasaría si señalo el arcoíris? Tuvo que esperar días, semanas y meses, solo por verlo y apuntarlo. Un día el arcoíris apareció y lo apuntó solo por señalarlo y admirar su belleza. Luego de eso, se fue a trabajar y cosechar sus verduras como todos los días. Todo iba bien. Una semana le tocó plantar. Era un trabajo duro, de mucho esfuerzo, pero al paso del tiempo se sentía agotada. Ya no le gustaba la tierra y veía con mucha pena que sus verduras no crecían, se podrían y quemaban. Estaba tan triste de ver que su esfuerzo había sido en vano. Se preguntaba qué sucedía. Jamás le había pasado una cosa así...

Sus amigos de siembra le preguntaron qué pasaba porque sus siembras estaban quemadas. Ella les decía que no se lo explicaba ya que hacía lo mismo de siempre pero que no se sentía como antes, cuando disfrutaba sembrar. Sus amigos comentaron que ojalá tuviera suerte en la próxima cosecha.

—Así espero —dijo—. Ahora solo quisiera ver un arcoíris.

—¿Un arcoíris? —preguntaron los trabajadores.

—Sí —dijo ella—. El otro día esperé hasta que uno apareció y lo apunté...

—¿Qué? ¿Que hiciste qué? —preguntaron sus amigos—. Pero cómo hiciste eso si sabes que es malo... ¿o acaso no sabes que el apuntarlo significa cortarlo? Si cortas el camino del arcoíris no podrás llegar donde se necesita felicidad. Si cortas el arcoíris, te quema la mano, pero no con una herida, sino con tu espíritu...

Desde ese día mi bisabuela nunca más volvió a sembrar como antes...

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL VUELO DE LOS GANSOS

Allison Alballay Navarrete (13 años)

Estudiante

Arica

Tercer lugar regional

Guayabas, mangos, higos y aire limpio. Todo eso rodeaba a la pequeña Elena. El valle era su feudo: las hojas, los corrales, las tardes azules de humaredas y viento infinito. De todas las cosas sagradas que guardaba el paisaje, ella solía contemplar la hermosa marcha de los gansos. Amaba verlos ir de un lugar a otro en una hilera inquebrantable, comandados siempre por la gansa mayor. Pensaba que esa figura era similar a la de un comandante, siempre custodiada por un séquito de blancos y enérgicos gansitos. Decía ella: “así pues será cuando yo tenga mi familia” y continuaba mirando el hermoso horizonte que dibujaba la intrépida caravana.

Elena era de tez morena y ojos enormes. Heredera de la visión de sus antepasados, siempre creyó en los mitos que se tejían en torno al lugar donde vivía. Sus abuelos solían decirle: “las brujas tienen el poder de convertirse en animales. ¿Has oído hablar del tue tue?”

El tiempo transcurría modificándolo todo. Elena dejaba los juegos y las fantasías, y se encargaba del cuidado de sus seres queridos. De vez en cuando acudía al pueblo en busca de enseres y mercadería. Impresionados por la holgura de su cabellera negra, los hombres solían cortejarla con regalos y diversas cortesías. Nada de esto solía preocuparle. Muy por el contrario, ella siempre sonreía.

De todos los galanes que la frecuentaban, había uno muy en especial, que escondido entre las sombras y los recovecos, guardaba una secreta y silenciosa distancia. Era un terrateniente, conocido en la comarca por su rudeza y malos tratos a los campesinos. Una noche, acaecida por las dificultades económicas por las que atravesaba su familia, y cuando el cielo extenso de la región se cubría de un manto de plata, Elena decidió bajar hasta las aguas del río Lluta y sepultarse en ellas, buscando aliviar su demacrado y compungido espíritu. Cubrió su hermoso cuerpo con hojas de llantén y hierba luisa, ritual que la impregnó de un aroma delicado y salvaje. Cuando decidió regresar, la pequeña luz de su casa le inspiró el clamor que dictan las estrellas. Abandonó las aguas, pero en ese instante minúsculo en que sus pies moldeaban la greda húmeda de la rivera, fue sorprendida y abordada por el terrateniente quien se abalanzó sobre ella y en feroz abrazo, robó desde lo más profundo su blanca pureza. No tuvo piedad. Elena se quedó bajo la luna, llorando a borbotones y clamando despertar de tan oscura pesadilla. Sin embargo todo había sido real. De bruces, su oscura melena se cubrió de mechones pálidos como la nieve de las grandes montañas.

A los pocos días abandonó el hogar y se marchó hasta una pequeña choza ubicada a un par de kilómetros de distancia. De ser una dulce y atractiva mujer, se convirtió en una especie de anciana solitaria. Lejos de toda presencia, sus únicos compañeros fueron algunos animales: un perro, dos gallinas y una cabra. En el pueblo comenzaron a llamarla bruja. Los años pasaban raudos.

Un día, inesperadamente, desistió de su forzado aislamiento y comenzó a sanar a los enfermos que acudían tras su ayuda. Se dedicaba a hacer remedios por medio de hierbas y frutos silvestres, y en más de una ocasión, cumplió funciones de partera. Ella decía: “la Madre Naturaleza me entregó este don y por medio de éste puedo hacer milagros”. Y sucedió, casi por arte de magia, que el milagro de la fertilidad, inexplicablemente, fue hacia ella. Elena parió un hermoso bebé de grandes ojos.

El rumbo del tiempo siguió sin mediar tregua alguna, y una tarde impregnada de frío y silencio, aquel niño tan natural que la Madre Natura había depositado en ella, cumplió quince años. Haciendo oídos sordos a tantos sabios consejos, el muchacho salió dispuesto a celebrar la Cruz de Mayo. Llegó a una ramada repleta de personas entre las que se encontraba el maligno terrateniente. Recorrió el lugar con un trago en la mano. Iba de un lugar a otro, embriagado de la música y la sensación de alegría. El terrateniente vio en sus ojos los mismos ojos grandes de Elena. Agobiado por el rencor y el desprecio, sin pensarlo dos veces, lo mandó a matar.

Ese mismo instante, Elena presentía por medio de los sueños que algo desastroso pasaría. Se acercó a un árbol y haciendo uso de su don divino, preguntó a la Madre Naturaleza por tan extrañas sensaciones. Inmediatamente, del cielo comenzaron a caer gotas de agua. Elena supo inmediatamente que se trataba de lágrimas. Se vistió raudamente, y a paso veloz emprendió rumbo hacia el pueblo. Caminó por recovecos y ramadas, hasta encontrar, cubierto de hojas de higuera, el cuerpo inerte de su amado hijo. Desconsolada, y antes de romper en llanto, miró al cielo vestido de un tono gris profundo. Extrañamente, vio a un pequeño ganso volar hacia rutas lejanas. Era su hijo que yacía en el cuerpo de tan obstinado animal. Sintió como su cuerpo comenzaba a transformarse. Su larga cabellera se volvía un tupido manto de plumas. Abrió sus brazos, ahora convertidos en dos hermosas alas, y emprendió vuelo hasta reunirse con el ganso.

Madre e hijo vuelan juntos, en filita, hasta el paraíso que la Madre Naturaleza tiene preparado para recibirlos.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL RARO

Benjamín Alejandro Arce Morales (12 años)

Estudiante

Arica

Mención especial del jurado

Siempre cuando venía de clases veía a un tipo en el paradero pero nunca le di importancia hasta que un día esto se puso raro porque vino a mi colegio como compañero nuevo. Se presentó como típico niño nuevo, pero algo me llamó la atención porque cuando se estaba presentando dijo que era huérfano y que vivía con su abuela. Luego empezó a llorar pero la profesora lo acogió y lo llevó a su asiento. Yo me acerqué a él para hablarle pero me dijo que me fuera por favor porque quería estar un rato solo y en eso tocaron la campana para salir al recreo. Yo me quería juntar con él pero me insistía que me fuera. Tocarón la campana para regresar a clases. Estábamos en clase y de repente me quedé dormido.

De repente me despertó mi abuela, me levanté de la cama y me vestí para ir a la escuela nueva que iría. Me alisté con mi abuela y esperé en el paradero donde siempre espero y siempre veía al mismo tipo y fui al colegio nuevo. Me registraron porque tenía buenas notas así que no pensaron mucho en inscribirme y llegué como siempre y vi al tipo que siempre veía en el paradero y siempre se me acerca pero yo quería estar solo ya que mi padre y madre murieron.

REGIÓN DE TARAPACÁ

LA VOZ DE NUESTRA TIERRA

Milena Patricia Cáceres Pachao (9 años)

Estudiante

Pica

Segundo lugar regional

Esta historia no me la contó mi abuelita, sino mi mamá, pero es algo que le ocurrió a mi abuelita, y mi madre fue testigo.

Mi familia materna tiene raíces quechuas y cada año para Navidad viajan al altiplano al pueblito de Kosca a celebrar por cuatro días a la Virgen y al Niño Dios. En Kosca las casas son de una sola pieza y están hechas de adobe y techos de paja con barro. No hay señal de radio ni televisión y mucho menos de teléfono. La única forma de tomar contacto con el resto del mundo es ir en vehículo hasta Ollagüe.

Todos los días era costumbre de mi abuelita Mimi levantarse muy temprano, encender la cocina a leña y poner agua a calentar en una jarra metálica para poder lavarse la cara. Después de lavarse en el lavatorio, tiraba el agua a la tierra frente a su casita de adobe donde crecía una plantita. Pero un día, después de haber hecho esta rutina, mi abuelita entró a la casa con cara de espanto y rezando de tal forma que parecía que la cosa más terrible del mundo estuviera ocurriendo.

Mi mamá me cuenta que ella se preocupó mucho de verla asustada, y pensó que tal vez había muerto algún familiar o que un accidente había ocurrido. Cuando le preguntó qué le ocurría, le contestó que cuando tiró el agua a la tierra, se escorchó de una forma muy peculiar y que su madre, o sea mi bisabuela Margarita, le decía que cuando eso ocurría era porque en algún lugar del mundo estaba sufriendo o muriendo mucha gente por una misma razón.

Mi madre al escuchar esto no le dio importancia y pensó que solo era una historia más de las tantas que se cuentan en las zonas alejadas de la urbanidad, por lo que luego olvidó la angustia de su mamá.

Llego el día 28 de diciembre, fecha en que debían regresar a Calama, y cuando llegaron a su casa, mi mamá encendió la tele para ver las noticias y esta vez la que puso cara de espanto fue ella. Yo creo que su espanto fue mayor que el de la abuela Mimi, porque en todos los canales hablaban de lo mismo: un terremoto y posterior tsunami en Indonesia había dejado cientos de personas muertas y desaparecidas.

Mi mamá sacó cuentas del día en que a la abuela Mimi se le escorchó el agua del lavatorio y concordaba con el día en que ocurrió el tsunami.

Desde ese momento, mi mamá aprendió que los antiguos saben interpretar mucho mejor las señales de la Madre Tierra. Ella piensa que la Madre Tierra nos habla constantemente, pero solo quienes la saben respetar podrán escuchar su voz.

REGIÓN DE TARAPACÁ

MARÍA Y EL LAGARTO

Eymi Jasmin Manzanares Paz (10 años)

Estudiante

Camiña

Tercer lugar regional

En aquellas lejanas tierras de grandes praderas verdes, vivía, junto a sus padres y cuatro hermanos hombres, María. Todos los días salía a pastear el ganado cruzando cerros con yaretas, queñuas y paja. Sus montañas nevadas junto a sus manantiales eran un hermoso paisaje. Su papá y hermanos se dedicaban a vender carne y lana. Muchas veces se realizaba el intercambio de mercadería.

Cierto día como de costumbre, todos fueron a buscar leña para cocinar y hacer pan. De regreso a casa escucharon un silbido muy fino, pero no podían ver nada.

De pronto el papá de María tropezó con una botella. Dentro de ella había un lagarto de muchos colores. Todos se asustaron, pero María dijo: “¡Pobrecito! Saquemos a ese pobre animal de la botella”. Dicho esto, sus hermanos, que tuvieron pena por aquel animal indefenso, lo sacaron y el lagarto se escapó perdiéndose en los matorrales.

Siguieron camino a casa, sin darle importancia a lo acaecido. Pasaron los días y María siguió cuidando el rebaño de ovejas y llamas. Ella ya no era una niña porque había cumplido los 18 años. Era de tez morena y cabello largo. Sus facciones eran perfectas.

Un día, cuando estaba pasteando el ganado, de repente se le apareció un joven con diente de oro, muy apuesto. Se presentó ante ella y se hicieron amigos. Cada vez que María estaba en el campo, se le aparecía ese joven de la nada. Así pasaron los meses y de tanto verse, se enamoraron. Un día, el joven de diente de oro le preguntó a María: “¿Quieres casarte conmigo?”. Ella le contestó: “Primero tienes que pedirles permiso a mis padres”.

Luego de unos días, fueron a casa de sus padres. María preparó la cena de maíz tostado con queso, chuño, e hizo una rica guatía. Los padres de María querían saber más sobre el joven así que le preguntaron sobre sus padres pero él les dijo que no tenía padres ni hermanos, era huérfano. Los padres de María aceptaron al joven de diente de oro y le dieron a su hija su consentimiento para esa relación.

Después de unos meses empezaron con los preparativos para la boda. La iglesia estaba adornada de flores blancas. María radiaba de felicidad con su traje de novia blanco y su ramo de flores en sus manos delicadas. Los invitados empezaron a llegar: comensales, amigos y familiares, todos estaban esperando ansiosos al

novio. Este se retrasó mucho. Pasaron varias horas. La novia estaba triste y todos preocupados, pero de repente apareció en el umbral de la puerta de la iglesia, el novio, el joven del diente de oro. Él no quería entrar, quería casarse fuera de la iglesia, pero había varios jóvenes invitados a la boda que estaban inquietos por el retraso del novio y como no quería entrar, lo agarraron del brazo para que entrara a la fuerza pero dieron un paso adentro y cuál fue la sorpresa que se quedaron con su traje en las manos. Debajo en el piso vieron correr un lagarto de colores que desaparecía en la oscuridad. La sorpresa fue aterradora. María lloraba y lloraba sin consuelo. Los invitados estaban asustados y no sabían qué hacer.

Luego en casa, ya más calmados, los hermanos de María se acordaron de aquella vez cuando salvaron un lagarto de hermosos colores que estaba atrapado en una botella y se preguntaron: “¿Será el mismo?”. Los hermanos y padres de María no podían creer lo que acababa de suceder.

“Nunca pude verte de frente. Siempre me sorprendías por la espalda, supongo que se terminó el encanto. ¡Qué tristeza para mí!” acotó María que se fue desconsolada a su pieza y nunca más se casó.

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL AVIÓN EMBRUJADO

Bastian Choque (8 años)

Estudiante

Pozo Almonte

Mención especial del jurado

Me cuenta mi abuelo Feliciano que al pueblo de Colchane venía un avión de turistas a la Feria Boliviana y se estrelló. Y todos sus pasajeros se murieron. Y dice que la gente se llevó todas sus cosas. Y cuenta mi abuelo que en las noches frías y heladas estas almas en pena salen a buscar sus pertenencias por el pueblo y asustando a la gente. Dicen que los ven pasando con sus maletas llorando.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

UN RECORRIDO POR LOS SENTIDOS

Pia Francisca Paz Norambuena (13 años)

Estudiante

Calama

Primer lugar regional

Todo comenzó un día caminando junto al viento que me trajo a la tierra de cobre y tal como me trajo, me llevó a un lago que me parece que se llama Llanquihue donde por primera vez vi el rojo de la bandera chilena: era un copihue. Me dieron tantas ganas de bañarme en el bello lago que me sumergí y al salir me encontré en Con Con. Luego salí y comí unas deliciosas empanadas de camarón y en un momento se me acercó un perrito. Lo acaricié y de repente estaba en la isla Magdalena junto a un pequeño pingüino. Luego me dio mucho frío y me fui en un catamarán hasta llegar a la casa de mi abuela en la última ciudad de Chile para comer un buen cordero al palo y en un pestañeo me encontraba sentada en la plaza esperando a mi mamá, sintiendo, gozando y viendo mi tierra como todos los domingos.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

ÉL Y ELLA

Carla Francisca Cortés Leiva (13 años)

Estudiante

Calama

Segundo lugar regional

Había una vez un niño de pelo ondulado que se enamoró de una niña de pelo de fideos.

Él vivía en el campo y ella en la ciudad.

Él la invito a pasear a uno de sus campos verdes.

Ella, con sus girasoles que brillaban a la luz del sol y él, con sus noches al sentido del viento.

No hacía falta un valle hermoso para encantarla, solo una mirada real para enamorarla...

Era tarde...

Él se fue y ella simplemente fue tras de él...

Nada más lindo que el olor de su piel y nada más lindo que el sentido de su ser.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

DE TRISTEZA SÍ SE MUERE

Mariela Constanza Ardiles Vega (13 años)

Estudiante

Calama

Tercer lugar regional

A mi abuelo le gustaba estar en familia y sentarse alrededor del fuego a contar historias, pero nunca olvidaré una en especial. Se dice que hace mucho tiempo en una pequeña aldea no muy lejos de donde vivimos, existía una familia con cinco hijos. El padre tenía una pequeña maldición que no podría tener nunca hijas.

Una mañana, la madre dio la noticia de que estaba esperando un bebé. La familia estaba feliz por la noticia y el padre también porque tendría una nueva persona para trabajar con ellos en el campo. Al fin llegó el momento esperado de dar a luz. La familia esperó a que naciera el bebé y cuando fueron a visitarlo, se llevaron la grata sorpresa de que era una niña.

Pasaron los años y la familia ya se había adaptado a tener a una niña con ellos. El padre la verdad se encariñó mucho con ella, al igual que la niña con él.

Un día la niña vio que su madre estaba hablando con un señor extraño y se escondió para poder escuchar la conversación. El hombre estaba diciendo algo sobre que quería conocer a la niña y la madre no lo permitía y le cerró la puerta en la cara. El hombre vio a la pequeña y se le acercó. Le dijo si estaba perdida y ella le dijo que no, que ya se iba pero el hombre le impidió el paso y se la llevó. Le dijo que nada le pasaría y que él la cuidaría. Al fin y al cabo era su padre. Pasaron los días, los meses y nadie supo nada más de la niña. El padre estaba tan triste que no comía ni salía y así murió de tristeza por todo el amor que le tenía a esa pequeña.

Mi abuelo dice que cada vez que alguien pierde un ser querido, el padre de esa pequeña aparece en sus sueños para consolarlos.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA CASA CON AQUELLA PECULIAR HISTORIA

Pablo Arturo Garrido Olivares (12 años)

Estudiante

Calama

Mención especial del jurado

Una noche de invierno, oscura y solitaria, con lluvias en las que el viento no soplabá, se encontraba un señor muy misterioso paseando por aquel pueblo llamado Chuquicamata.

Paseando por aquel pueblo con melancolía y tristeza, escuchó un pequeño pero sonoro grito de auxilio: “¡Ayuda!”... Al oír esta pequeña voz, el señor fue casa por casa, tratando de ubicar desde donde se emitía este pedido de auxilio.

Pasando por una pequeña casa, encontró una niña de no más de cinco años. El señor misterioso decidió preguntarle qué hacía en una noche tan excepcional. La pequeña al oír esto, no respondió nada y solo le mostró un camino para llegar a una escalofriante casa en un pequeño cerro.

Al llegar a la misteriosa casa, la niña le dijo que su madre estaba dentro y no despierta. Rápidamente ambos entraron en la casita y encontraron a la madre de la pequeña de unos 65 años, tendida en el suelo. Al ver esta escena, el señor le aplicó los primeros auxilios a la ancianita. Al cabo de 30 minutos se despertó y se espantó al ver a un extraño en su morada.

Luego de explicarle lo sucedido y los acontecimientos ocurridos, el señor decidió hablarle de la pequeña, diciendo que era muy valiente al salir al pueblo esa sombría noche.

La señora al oír esto, afirmó que no tenía hija. El misterioso señor no le creyó y al oír esto, tomó una foto en la que salía una niña y le dijo: “Ella es”. Llena de lágrimas, la ancianita le reveló que sí tenía una hija pero que había muerto a los cinco años.

Todos al oír esta triste historia quedaron impactados... Pero créanme que si alguna vez van al pueblo de Chuquicamata no se olviden de ir a visitar esa misteriosa casita en aquel cerro.

REGIÓN DE ATACAMA

BAJADA DE LA QUEBRADA DE LAS PIRCAS

Benjamín Isaías Herreros Miranda (12 años)

Estudiante

Alto del Carmen

Primer lugar regional

En un pueblito de la comuna de Alto del Carmen, llamado Las Pircas, vivía un joven llamado Francisco, junto a su familia. Francisco y sus amigos solían jugar en un lugar cercano al que iban a menudo. Un día pasaron algunas horas y no regresaban a casa. Pasaron horas y horas, hasta que se hizo de noche. Las mamás estaban preocupadas por la tardanza de sus hijos y como el tiempo estaba amenazante y el lugar donde jugaban era una quebrada, y como cuando llueve baja como un torrente de barro, piedras y ramas, arrastrando todo a su paso, las mamás salieron a buscarlos y presintiendo algo que no entendían, se encontraron con sus hijos que ya venían de vuelta, regresando a casa lo más rápido posible.

Mientras tanto, el cielo se cubría de unas nubes de un color extraño. El viento soplaba con más fuerza y los animales tenían un comportamiento anormal.

Al cabo de un rato, se escucharon los primeros truenos, las primeras gotas y se desató una lluvia interminable que no amainaba. De repente, se escuchó un gran estruendo que parecía el fin del mundo. Era la quebrada que se venía encima del pueblo, arrasando todo a su paso. La gente corría sin saber a dónde ir. Los niños lloraban. Los más antiguos se persignaban aclamando al Señor.

En el lugar existía un puente vehicular llamado Nicolás Naranjo que fue arrancado de cuajo y arrastrado quinientos metros más abajo, demostrando la fuerza con que bajó la quebrada.

La mitad del pueblo desapareció. La gente se fue al cerro, levantando casas improvisadas para pasar la noche.

Al amanecer, una madre recorría el pueblo de punta a punta buscando a su hijo. Era la mamá de Francisco que estaba desaparecido...

Al cabo de algunas horas, se escucharon algunos quejidos que provenían de detrás de una gran roca. La madre y algunos vecinos se acercaron al lugar y encontraron a un niño sumergido en el barro, sin poder salir. La madre se acercó reconociendo a su hijo. Era Francisco...

REGIÓN DE ATACAMA

EL NIÑO Y EL CASCO

Ignacio Andrés Cuadra Ortega (12 años)

Estudiante

Copiapó

Segundo lugar regional

Érase una vez un niño llamado Marco que tenía seis años y vivía junto a su padre en Estados Unidos. El niño estaba acostumbrado a acompañar a su padre en sus viajes. Uno de sus viajes lo realizó a un yacimiento minero ubicado en la tercera región de Atacama donde su padre era un reconocido arquitecto que debía construir una ciudad donde vivirían los mineros de ese lugar...

Cuando Marcos conoció por primera vez ese lugar, viajaba en helicóptero y lo único que pudo ver era un enorme desierto, sin mucha vegetación y rodeado por muchos cerros de distintos colores. Al bajar del helicóptero no dudó en llevar con él, su juguete preferido que le regaló su abuelo para que lo acompañara en sus viajes. Este juguete era un casco romano con el que se dedicó a jugar por largas horas mientras su padre iniciaba la construcción de esa ciudad.

Un día, Marco jugaba cerca de una de las minas que había en el desierto cuando de pronto un gran viento proveniente de esos oscuros orificios llamó su atención. Cuidadosamente se comenzó a acercar, logrando oír un susurro que le pedía su casco.

Marco asustado sostenía su casco fuertemente contra su pecho y le gritaba: “¡Es mi casco y no te lo daré!”. De pronto, sin darse cuenta, sintió cómo le tiraban su casco con gran fuerza, llegando a caer al interior de la mina.

Marco no lo podía creer. Solo tiritaba y no hacía más que llorar. Su padre al escucharlo llorar, lo fue a buscar y lo abrazó. Al contarle Marco lo sucedido, el padre entró a la mina pero no encontró nada. Los trabajadores del lugar le dijeron que esa mina estaba cerrada y ya no se realizaban trabajos en su interior. Marco estaba muy triste y confundido. Aún no podía entender lo que había pasado. Su padre volvió a buscar varias veces más el casco sin dar con él.

Pasaron algunos días y su padre no podía ver a su hijo así, así que decidió regresar a Estados Unidos y dejar el trabajo. Cuando subieron al helicóptero, Marco miraba cómo a la distancia entre esos cerros y en ese enorme desierto dejaba su casco atrás.

Con el paso del tiempo, se finalizó la construcción de la ciudad colocándole por nombre El Salvador. Decidieron invitar al padre de Marco a la inauguración de la ciudad y su hijo una vez más lo acompañó. Marco ya tenía catorce años pero aún recordaba con gran nostalgia su querido juguete.

Mientras se aproximaba a la ciudad, el paisaje era el mismo, sólo que esta vez entre esos grandes cerros estaba construida esa bella ciudad. Marco no paraba de mirar por la ventana del helicóptero, cuando su sorpresa fue mayor aún al ver su juguete perdido, esta vez gigante, tanto así como del tamaño de esa ciudad que tenía la forma de casco romano.

REGIÓN DE ATACAMA

EL NIÑO COPIAPINO

Benjamín Andrés Ehremberg Olave (11 años)

Estudiante

Copiapó

Tercer lugar regional

Había una vez un niño que vivía en la Cordillera de Atacama, alejado del pueblo más cercano. Javier deseaba ir al colegio pero era muy pobre, tanto así que no tenía calzado. Su padre era un pastor de cabras y le había confeccionado unas sandalias de cuero de cabra que gastadas por el tiempo ya no servían para ir al colegio.

Un día cualquiera, viajaron al pueblo a tratar de vender una cabra, para así don Ernesto poder comprarle al niño sus útiles, zapatos y algo para comer.

Sin embargo, la falta de trabajo en aquel pueblo, aumentaba la dificultad para vender la cabra. En el corazón de Javier solo había un anhelo de volver al colegio donde le esperaban nuevas cosas, pero no ocurría nada, no lograban vender la cabra. Cuando ya se venían a su casa, pasó una carreta con muchas cosas que vendían e intercambiaban mercadería. El vendedor le preguntó al padre de Javier: “¿No cambia la cabra? Llevo harina, géneros, frutas, zapatos y algo de ropa”.

Para sorpresa de don Ernesto, llevaba los zapatos que Javier necesitaba. Al fin su hijo pudo bajar de la cordillera con zapatos nuevos y cumplir el anhelo de su corazón: ir al colegio.

REGIÓN DE ATACAMA

DON LUIS Y SU SOMBRA

Maximiliano Ignacio Cardozo Monrroy (12 años)

Estudiante

Copiapó

Mención especial del jurado

Don Luis era un minero como muchos de nuestra región. Era una persona feliz con una hermosa familia compuesta por su esposa y su hijo de dos años. Le gustaba hablar con su esposa para contarle lo duro que era trabajar en la mina. Sus manos eran el mejor reflejo de lo duro que era trabajar. Estaban llenas de callos debido a que ellos barrenaban, es decir perforaban el cerro con una cuña y un combo con sus propias manos. Para extraer el mineral del pique, lo hacían con el capacho que era un tipo de mochila de cuero en la que se echaban los trozos de piedras extraídos de la mina.

A pesar de su esforzado trabajo, don Luis era muy feliz junto a su familia. Solía contarle a su esposa que la mina donde trabajaba era inestable, pero era el riesgo que debía correr para que a ellos no les faltara nada.

Un día, don Luis estaba trabajando y le llevaron una mala noticia: su esposa y su pequeño hijo habían muerto en un terrible incendio. Don Luis no volvió a ser el mismo desde aquella noticia tan horrible. Se sumió en una tristeza inmensa. Dejó de comunicarse con los demás. Su vida había perdido todo sentido. Se refugió en el alcohol. Cada peso que ganaba, se lo gastaba en vino. Vivía de cantina en cantina. Para don Luis la vida no tenía sentido. Sus compañeros de trabajo trataban de animarlo, de explicarle lo malo que era el alcohol, pero él no entendía razones, no aceptaba que su esposa e hijo ya no estuvieran junto a él.

Un día, don Luis despertó de una horrible borrachera. Sus compañeros preocupados hablaron con él y le pidieron que cambiara, que se cuidara. Don Luis les hizo caso y dejó de beber tanto, pero ya no sonreía ni hablaba, solo trabajaba.

Cierto día, don Luis esperaba cerca del puente donde lo pasaban a buscar para subir a la mina, cuando de repente, un sonido le llamó la atención. Era un gemido muy triste, un llanto de un animal. Al bajar, se encontró con la hermosa sorpresa de que era un perrito negro igual que una aceituna. Lo llamó, lo tomó en sus brazos y se lo llevó con él a la mina donde lo cuidó y protegió. Llamó al perro Sombra por su color negro.

Sombra se convirtió en su nuevo amigo, su acompañante. Le gustaba hablar con Sombra y el perro le movía su cabeza, le colocaba atención a lo que le contaba su amo. Sombra había encontrado un hogar y un amigo entre los cerros.

El perro creció junto a su amo y amigo, don Luis. Eran inseparables. Solía dormir a los pies de su cama. Don Luis le daba su comida cada mañana cuando iba a la mina. Sombra lo acompañaba, lo dejaba en la entrada y ahí lo esperaba hasta que saliera. Cuando Sombra veía a su amigo salir era el perro más feliz: saltaba, se volvía loco, lo lengüeteaba una y otra vez. Don Luis volvía a sonreír junto a Sombra. Era la más linda amistad. Sus compañeros estaban felices de verlo sonreír nuevamente.

Sombra acompañaba a su amo adonde fuera. Solía esperarlo cuando don Luis estaba en la cantina y después volvían juntos a su nuevo hogar.

Pasaron los años y don Luis y Sombra seguían siendo muy buenos compañeros.

Un día don Luis entró a la mina y como siempre lo hacía, Sombra lo esperó, pero de repente todo cambió. La mina se derrumbó. Nadie se había dado cuenta, solo Sombra trataba de avisar. Ladraba, daba vueltas como loco, estaba desesperado. En ese instante, uno de los compañeros de don Luis corrió a ver qué le ocurría a Sombra y se percató de que había un derrumbe y don Luis estaba adentro de la mina.

Todos los compañeros corrieron para poder rescatar a don Luis. Trabajaron incansablemente. Estuvieron varias semanas tratando de sacar las rocas, pero era imposible. Don Luis había quedado enterrado bajo miles de rocas.

Sombra no comprendía lo que pasaba. Seguía esperando que su amo y amigo apareciera por la entrada de la mina y ahí se quedó esperando. Los compañeros de don Luis le proporcionaban alimento y agua y se lo llevaban por el rancho, pero él se devolvía a la entrada de la mina. Sombra se sentía triste y solo, extrañaba a su compañero.

Pasaron muchos meses y Sombra seguía esperando hasta que al fin llegó el día en que Sombra se reunió con su amigo don Luis.

Gracias a mi abuelo Julio Monroy Bustamante por contarme tan lindo cuento.

REGIÓN DE COQUIMBO

VIRGEN DE LAS PIEDRAS BLANCAS

Franchesca Escarlet Castro Araya (11 años)

Estudiante
Combarbalá

Primer lugar regional

Me contó mi abuelito que esta era una niñita de una familia de pastores que vivían en un pueblo llamado La Isla, en el valle de Cogotí, comuna de Combarbalá.

La pastorcita como todos los días, soltó su rebaño para hacer las tareas diarias de pastoreo. Se dirigió con su rebaño a los cerros de este pueblo donde estuvo durante todo el día, cuidando y pastando su rebaño. Pasaron las horas del día y la pastorcita debía llegar a casa con su rebaño, sin embargo, cuando ella arreaba sus ovejas, se dio cuenta que le faltaban algunas, por lo que se decidió devolverse al cerro a buscarlas.

Caminó y caminó por el campo sin tener rastros de las ovejas perdidas. Al darse cuenta que pasaban las horas y no las encontraba, decidió regresar a su casa. Iba caminando a contarles a sus padres lo sucedido, cuando de pronto sintió el balido de unas ovejas y caminó hacia un lugar de muchas rocas desconocidas para ella. Al llegar al lugar donde estaban las ovejas perdidas, se encontró con una grande y hermosa mata de naranjo para comer, sin saber que era un naranjo encantado.

Al dar el primer bocado a una naranja, la pastorcita se convirtió en piedra. Los padres de la pastorcita al ver que anochecía y no regresaba a la casa, decidieron salir a buscarla, sin embargo no la encontraron.

A la mañana siguiente, pidieron ayuda a otros pastores de la zona con quienes la buscaron por un largo tiempo hasta que unos pastores que acostumbraban a alimentar a su rebaño en el lugar del naranjo encantado, encontraron a la niña convertida en piedra y corrieron la voz por todo el pueblo. Todos los lugareños fueron a ver el hallazgo y allí encontraron una figura femenina en piedra blanca a la que los padres de la pastorcita y los vecinos, bautizaron como la Virgen de las Piedras Blancas.

Desde ese entonces hasta el día de hoy, el primer domingo de mayo se celebra el día de la Virgen de las Piedras Blancas en el que acuden miles de personas movidas por la fe a visitarla, cumplir mandas y agradecerle por favores concedidos.

REGIÓN DE COQUIMBO

TRADICIONES Y COSTUMBRES DEL CAMPO

Valentina Ignacia Tordecilla Bugueño (12 años)

Estudiante

Salamanca

Segundo lugar regional

Hay muchas tradiciones y costumbres que hoy muy pocos respetan como por ejemplo antes los niños desde pequeños comenzaban a ayudar a los padres a trabajar, en cambio ahora la mayoría de los niños son malcriados. Lo tienen todo y no lo valoran e incluso ni siquiera respetan a sus padres ni mayores.

Lo que se hacía antes era que las mujeres tuvieran quince o veinte hijos. Eso era algo normal y nada de pañales desechables. Se usaban mantilla y mantillón. Las mantillas se usaban en el día y eran más chicas y delgadas que el mantillón, estaban hechas de un género muy suave llamado brin, en cambio el mantillón se usaba en la noche. Era grande y estaba hecho de un género llamado moletón parecido al pelaje un poco al polar de hoy. Este moletón se usaba en la noche y la guagua se envolvía como en estado de momia, amarrada con fajas que eran largas cintas muy anchas de género, terminadas en una cinta delgada para amarrar con facilidad y sujetar así al bebé en el envoltorio de ropas. La envoltura se empezaba en los brazos y terminaba en los pies. Todas estas prendas eran lavables. Se jabonaban primero con un jabón en barra marca Gringo o Popeye y luego se hervían. Esta práctica se realizaba hasta que el niño o niña supiera hacer solito “sus necesidades”.

Cuando los niños cumplían seis a siete años o menos aún, ya empezaban a hacer las labores o trabajos del hogar y campo como alimentar a los animales, arar, sembrar, o a veces ir a la cordillera e incluso lavar los pañales del hermano menor, y pobre de él o de ella si reclamaba.

Mi abuelito contaba que del matrimonio de Juan y María nacieron catorce hijos: Francisco (Pancho), Orlando (Nano), María, Domingo (mi abuelito), Margarita, Victoriano (Vito), Juan, Laura, Mercedes, Rosa, Marta, Nicanor, Pedro y Sonia.

Pancho, Nano y María por ser los mayores, eran más responsables, tenían más fuerzas y por supuesto, deberes. En una ocasión les tocó ir a mi abuelito Domingo, Pancho, Nano, Margarita, María y Vito a la cordillera con su ganado de cabras. Ese año no había sido un buen año de pasto, entonces como ya era nuevo año, habían visto la salida del lucero con buenas noticias, pues si salía por el lado derecho era porque iba a ser un próspero año y si salía por la izquierda, iba a ser un año seco con muy pocas lluvias. Otra señal de tener un buen año era ver la cantidad de chicharras: si eran muchas, buen año, y si eran pocas, año seco.

Esa vez todo iba bien hasta que la llegada de una manada de zorros los incomodó, teniendo que idear un nuevo plan de estada para estar tranquilos y hacer bien el trabajo ya que estos zorros empezaron con afán a dar muerte a las cabras, lo que los obligó a irse a otras posturas o praderas. Cuando se fueron de esa parte a la otra pradera que estaba al cruzar el río, divisaron desde la ribera, muy sorprendidos y confusos, que el caudal había crecido demasiado y para llegar no había otra opción más que cruzar. Se enfrentaron a este nuevo desafío y gran problema. Para las cabras había un tronco caído así que cruzaron por ahí. A los que cruzaron a caballo les costó demasiado ya que las aguas no eran tranquilas pues tenían corriente y mucha turbulencia. María y Margarita cruzaron primero pues habían aprendido mejor a manipular el caballo y los demás también pero los hermanos mayores les dieron oportunidad a las damas primero. Todos gracias al Tatita Dios, cruzaron sanos y salvos, con el agua hasta más arriba de las rodillas pero lo lograron.

Una vez seguros en el paraje se dieron cuenta que las cabras se habían ido así que siguieron corriendo para no perderlas. Las encontraron más abajo en las verdes praderas. Armaron sus campamentos y ahí se quedaron hasta la próxima temporada.

Ahí comienza la otra parte o etapa del trabajo del arriero en las veranadas o proceso de trashumancia, donde se hacen los más exquisitos y sabrosos quesos llamados comúnmente en la zona del norte chico, “quesos de cordillera”.

Al regresar a su casa encontraron las tierras aradas dispuestas para ser sembradas, lo que era un nuevo trabajo para los hermanos que no sabían de cansancio, dolor, enojo, rechazo o negación a las tareas o trabajos propuestos o impuestos por sus padres.

Una de aquellas noches oscuras en que estaban tostando trigo para moler en la piedra para alimentarse con la rica y olorosa harinita tostada que se transformaba en un calentito y fortalecedor “cocho”, escucharon muy asustados el canto del tué tué. Comenzaron a tiritar de miedo queriendo dejar todo ahí e ir donde los papás a guarecerse, entonces fue que mi abuelito se comunicó con el pájaro ya que mi tatita era el más valiente y le dijo: “Ven por sal mañana. Te la tendré aquí así que ahora sigue tu camino tranquilito”.

Todos estaban muy asustados menos él. Al otro día estaban las mujeres pelando mote, los hombres haciendo charqui y mi abuelito lo estaba salando, cuando fue interrumpido por un vecino conocido del que se corría el rumor de que era brujo y este le dijo: “¡Aló!”, llamando reiteradamente a la puerta. Mi tatita lo atendió. Se saludaron y el anciano del que se decía que era brujo, llamado Reginaldo, le dijo: “Vengo por la sal que me ofreciste anoche”.

Mi tatita dice que fue calladito a buscar la sal y se la entregó despidiéndose de don Reginaldo con mucho miedo que antes no había tenido. A los pocos días después les comentó a sus hermanos lo sucedido y prometió no ofrecer jamás cosa alguna a estos pájaros brujos que pueden ser gente del pueblo o alrededores.

Esto me lo contó mi abuelito Domingo.

REGIÓN DE COQUIMBO

LA ESTATUA DE LA PLAZA DE GUANGUALÍ

Yaritzza Fernanda Tejadas Pérez (11 años)

Estudiante

Los Vilos

Tercer lugar regional

Un día conversando con mi abuelita, me contó que en nuestro pueblo querían poner una estatua en la plaza de Guangualí, un pueblo que se encuentra a 40 kilómetros al interior de Los Vilos, en el Valle de Quilimarí. La reconstrucción de la plaza y la anhelada estatua correspondía a Santiago Bueras, un soldado que había nacido en nuestro pueblo. Se reunió toda la gente de la comunidad y realizaron muchas actividades como rodeos, bingos, bailes y carreras a la chilena para juntar el dinero necesario para comprar la estatua.

Cuando ya tenían el dinero suficiente, se contactaron con una escultora que realizaría la estatua en la ciudad de Santiago. Llegado el día, enviaron a los encargados a retirar la tan apreciada estatua, pero cuando llegaron aún no estaba lista, así que decidieron ir a un bar cercano mientras esperaban la entrega.

Los encargados estuvieron bebiendo durante todo el día, gastando parte del dinero reunido. Cuando decidieron ir a retirar la estatua ya estaban bastantes borrachos. Llegaron donde la artista pero el dinero no les alcanzaba para pagarla así que solicitaron a la escultora que les diera otra que sí pudieran pagar. La escultora les ofreció una estatua de Rubén Darío que decidieron llevarla al pueblo prometiendo no revelar el secreto. Nadie debía enterarse que esa no era la estatua del soldado que todos esperaban.

Así se mantuvo el secreto por mucho tiempo, hasta que un día llegó un forastero al pueblo y reconoció la imagen. De inmediato preguntó qué hacía ahí la estatua de un reconocido poeta nicaragüense. Ese día se descubrió lo sucedido y las personas encargadas tuvieron que contar la verdad.

REGIÓN DE COQUIMBO

MI ABUELITA SIRENA

Nayeli Itzel Cifuentes Fajardo (8 años)

Estudiante

La Serena

Mención especial del jurado

Vivo cerca de una hermosa isla donde hay dos playitas de arenas blancas y agua verdecita y cristalina. Este lugar llamado Isla Damas, se ubica en la Cuarta Región de Coquimbo y es como estar en el paraíso. En las tardes después del colegio, cuando no tengo muchas tareas, me voy caminando, corriendo o en bicicleta hasta donde la arena no me detenga. Un fin de semana fui con mi familia a visitar una de las playitas. Me quedé dormida escuchando el sonido de las olas. Al despertar, mi abuelita acariciaba mi carita. Ella me contó que en esta isla había sirenas. Estas se observaban en las noches de luna llena y los pescadores lo sabían. También por eso la isla tenía forma de sirena.

Quedé muy sorprendida con la historia así que planeé ir a visitarla una noche de luna llena. Me da un poco de miedo ir solita así que cuando vaya, llevaré a mi perrita que me acompaña a todas partes. Le pregunté a mi abuelita si sabía cuándo sería la próxima luna llena y me respondió:

—Pasado mañana. ¿Piensas ir a ver las sirenas?

A lo que le contesté:

—Me gustaría ir, pero no estoy segura todavía.

Ella me respondió:

—Si vas avísame, tal vez te acompañe.

—De acuerdo —le respondí.

Esa noche de luna llena, le pregunté a mi mamá por mi abuelita y me dijo que había ido donde unas amigas así que decidí ir con mi perrita Pupi. Corrí con ella hasta llegar a la playa. Estaba oscuro y no se veía nada, tampoco se escuchaban las sirenas cantando como las historias que cuentan los pescadores. Miré al cielo y la luna parecía una gran pelota de golf. Cuando miré adentro del mar, observé una sombra extraña que se reflejaba en el agua. Me acerqué y vi una sirena que se parecía mucho a mi abuelita, solo que tenía el pelo largo. Fui rápido a mi casa a ver si mi abuelita estaba en su cama. Entré despacito a su pieza y observé que en su cama había manchas de agua. Ella parecía estar dormida. Abrí sus sábanas y casi me desmayo cuando vi que tenía una gran cola de sirena. Me fui a mi pieza muy confundida. Cerraba los ojos pero me costaba

quedarme dormida. Estaba muy impresionada y no dejaba de pensar en la cola de sirena y en mi abuelita. Finalmente de tanto cansancio, me dormí. Empecé a soñar que mi abuelita era una sirena. Me desperté y nuevamente fui a verla. Ella estaba viendo tele tranquilamente. Esa noche tuve muchas pesadillas...

Todo el día pensé en mi abuelita. Cuando llegó la noche, yo estaba muy atenta y fui silenciosamente a su pieza y la espí. Vi que se estaba arreglando y tenía una actitud misteriosa. Salió de la casa y la seguí sin que se diera cuenta. Caminaba tranquila pero después de un rato, miraba hacia atrás, como para ver si alguien la seguía. Yo la seguía desde lejos lo que me daba tiempo de esconderme en los árboles así que no se daba cuenta.

Cuando estaba cerca del mar, de un de repente dio un salto y se sumergió en el agua. Miré alrededor y dentro del agua había más sirenas esperándola. Regresé a mi casa para avisarle a mi mamá pero no me creyó. Dijo que últimamente estaba viendo muchas películas. Nadie creería mi historia... Salvo... ¡Anahí, mi hermana! “Somos un gran equipo y nada me da miedo estando con ella” pensé, así que se lo conté. Anahí sí me creyó y me acompañó a la playa. Fuimos corriendo a ver si mi abuelita continuaba en el agua. Miramos dentro del mar y vimos que estaba nadando muy relajada, pero cuando nos descubrió, se sumergió rápidamente en el agua...

Al día siguiente, en la tardecita, caminamos cerca de la playa con Anahí. Nunca habíamos caminado hacia ese lado. Descubrimos una cueva pequeña y misteriosa. Había una gran piedra tapándola pero era demasiado grande para moverla incluso entre las dos. Nos dimos cuenta que la piedra tenía escrito algo, pero con el polvo no se leía bien. Así que le quitamos el polvo y leímos: “Aquí se encuentra el libro secreto de la Leyenda de las sirenas de Isla Damas. Si quieres entrar a leer el libro tienes que decir las iniciales del nombre de una sirena”. Anahí y yo nos quedamos mirando contentas y dijimos: “¡Por fin descubriremos el secreto!”. Empezamos a decir rápidamente “CJ” que son la iniciales de los nombres de mi abuelita. Las dijo primero ella y después yo. Las dos juntas. Las dijimos rápido, lento, despacio, fuerte y no sucedía nada... Intentamos agregarles también las iniciales de los apellidos, pero nada, ya estábamos desesperadas y cansadas.

Decidimos regresar a casa derrotadas, incluso mientras regresábamos dijimos: “¡Esto no tiene sentido! La abuelita no es una sirena y todo es producto de nuestra imaginación”.

Cuando regresamos a casa, nos fuimos a descansar un rato a nuestra pieza. Mi mamá nos llamó para tomar onces. La abuelita estaba sentada junto a mi papá. En ese momento le dijo:

—Ya, suegra, aquí le devuelvo su carnet que le pedí para hacer mi trámite, gracias.

—De nada —contestó mi abuelita.

Y él continuó:

—¿Sabe? No sabía que tenía tres nombres, eso no es muy común.

Ella le respondió:

—Tal vez en estos tiempos no. Pero en los míos sí. Hay muchas mujeres de mi edad que tienen tres nombres.

—¿Qué? —exclamamos al mismo tiempo Anahi y yo—. ¿Cuál es tu tercer nombre abuelita?

Y ella respondió:

—Es Carmen. Igual que mi primer nombre. —Y sonrió.

—¡Que genial! —le dijimos ambas.

De pronto le dijimos a mi mamá:

—Ya comimos bastante ¿Podemos ir a caminar un ratito?

—¡Otra vez!, —dijo mi mamá.

—Sí, solo unos minutos, respondimos.

—De acuerdo —nos dijo— Solo un ratito.

—Ok —dijimos.

Rápidamente fuimos corriendo a la cueva y al llegar allá dijimos en voz alta las iniciales de los tres nombres de mi abuelita. Cuando estábamos diciendo la última inicial, la piedra se movió y pudimos entrar. ¡Fue muy asombroso! Entramos lentamente, con mucho miedo... Había un libro sobre una mesa, lleno de polvo, parecía que nadie había estado allí hace mucho tiempo... Empezamos a leer “La Leyenda de las sirenas de Isla Damas”. En este libro decía que nuestro primer antepasado era una sirena y que todas las mujeres provenientes de nuestra familia también lo serían al cumplir las ocho décadas. “¡Qué grandioso!” dijimos. ¡O sea que las otras sirenas que había en el agua son nuestras antepasadas! ¡Esto quiere decir además que también mi mamá y nosotras algún día también lo seremos!

REGIÓN DE COQUIMBO

LA PASTORCITA DE LA QUEBRADA

Eliana Francisca Godoy Godoy (11 años)

Estudiante

Vicuña

Mención especial del jurado

Cuando mi abuelo Germán aún no tenía la mayoría de edad, le tocó cuidar a su madre, ya que su papá se había ido lejos a trabajar, así que salía a ganar algún dinero con pequeños trabajos, como ir por los encargos de su mamá o recolectar leña y así lo fue haciendo hasta que un día le ocurrió algo mágicamente extraño.

Caminando por la quebrada de Paihuano, vio a lo lejos una extraña niña, una pastorcita con vestido y un moño con una cola que le colgaba hasta su hombro. Era pequeña y de aspecto débil pero sus ojos proyectaban una energía distinta. Usaba unas sandalias medio rotas pero parecía que no eran impedimento para seguir por el largo camino del que parecía venir junto a su rebaño. Desde ahí en adelante la comenzó a verla seguido. Sin querer, su curiosidad le ganaba y terminaba todos los días recolectando leña por el mismo sector donde veía a la pastorcita. Cada día al atardecer, se cruzaban sus caminos. La niña pasaba por su lado, un tanto tímida e incómoda ya que él no podía disimular su manera de observarla.

Una tarde decidió seguirla desde lejos. Esperó que avanzara con sus cabras y se fue tras ella. Escondiéndose detrás de grandes piedras y árboles, logró seguir su rastro. Después de un buen rato andando y cuando el sol ya comenzaba a esconderse, la niña se detuvo en un enorme sauce. Las cabras se detuvieron por ahí como con la confianza de que llegaban a su hogar. La niña se quedó parada, como esperando algo. Miraba a su alrededor atenta pero con calma, como sintiendo que alguien la observaba a lo lejos.

De repente luego de un breve instante y ya cuando estaba por ocultarse completamente el sol, al parecer dejó la desconfianza a un lado y se puso detrás del sauce. Mi abuelo ya no pudo verla más. Esperó un breve instante a ver si salía de ahí, pero nada. Su curiosidad lo condujo y corrió hacia el gran sauce. Dio vueltas alrededor del árbol pero la pastorcita ya no estaba allí. Lo inundó un sentimiento extraño. Sentía miedo, emoción, pero por sobre todo mucha más curiosidad. ¡Dónde fue que se metió aquella niña!

Ya se había venido la noche encima. A mi abuelo se le había hecho muy tarde. No había recolectado leña alguna y su madre seguro estaría preocupada y molesta con él. Corrió rápidamente a la casa. Era a lo menos un kilómetro que lo alejaba. Se sentía extraño, entre cansancio, susto e intriga. Al llegar a casa el reto fue menos de lo que esperaba, sin embargo, casi no pudo dormir pensando en dónde sería que se había metido o escondido aquella misteriosa niña. ¿Tendría padre, madre, hermanos? ¿Sería que lo había descubierto espiándola y se había escondido? ¿Dónde estaba el hogar de aquella niña?

A la tarde siguiente, mi abuelo fue al mismo lugar donde vio desaparecer a la pequeña niña. Llegó hasta el sauce, lo rodeó. Casi junto al árbol había un agujero a medio tapan por unos arbustos secos. Algo extraño pasaba ahí y él lo quería descubrir. El hoyo en la tierra era de tal tamaño que cabía un niño perfectamente, así que sin pensarlo dos veces, hizo a un lado los arbustos y entró. Era más profundo de lo que imaginaba. Se tuvo que dejar caer. Parecía una guarida, sin embargo, lo único que veía era oscuridad. De pronto vio unos tenues destellos coloridos un poco más allá. Pasó su mano por el vacío como tratando de agarrar algo pero al parecer estaban más lejos. Con susto de encontrarse con algo horroroso, trató de llegar hasta ellos. En ese entretanto pensaba en que podía encontrarse con arañas gigantes, culebras o ratas, pero intentó ser valiente. De repente tocó algo, se dio cuenta que había una luz sutil, miró y se encontró con hermosas joyas de plata que estaban como envejecidas. Había jarras pequeñas con dibujos extraños, vasijas, algunas piedras de hermosos colores... Se quedó sorprendido, estaba extasiado mirando, nunca había visto cosas tan bonitas.

No sabe cuánto rato pasó allí, pero de pronto lo invadió una sensación extraña, sentía ruidos, se sintió confundido, quiso salir, pero se dio cuenta que el agujero al que había entrado había sido tapado como si alguien le siguiera los pasos. Asustado miró su costado y comenzó a avanzar a gatas hacia el lado opuesto. Vio una luz a lo lejos acercándose: era una salida. Sin pensarlo dos veces y sin mirar atrás, salió.

Al salir vio un sauce, pero se encontraba en otro lado del pueblo. Se sintió aturdido, sentía tanto susto que corrió con todas sus fuerzas a su casa. Pasó días sin salir de ella.

Al pasar un par de semanas volvió nuevamente su curiosidad. Le ganaba al miedo, sin embargo, lo que vio lo dejó impávido. Estaba el sauce pero no los extraños arbustos ni agujero, tapado o descubierto. No había nada. Nunca más volvió a ver a la pequeña niña con ojos misteriosos, ni su rebaño, ni el agujero.

Mi abuelo dice que cada cierto tiempo volvía a aquel lugar con la esperanza e intriga de encontrar algo, sin embargo no encontraba nada. Él se hizo adulto, luego abuelo, pero me confesó que hasta hoy día siente curiosidad por aquella historia. Le pedí que si un día decide ir por última vez, me lleve.

REGIÓN DE COQUIMBO

EL TESORO DE PIEDRA COLGADA

Nayeli Itzel Cifuentes Fajardo (8 años)

Estudiante

La Serena

Mención especial del jurado

Hace algún tiempo, fuimos a visitar a mi familia de Copiapó y decidimos pasar a Bahía Inglesa a bañarnos. En el camino hacia la playa, en la salida de Copiapó, vimos una gran piedra que parecía que se estaba cayendo hacia la carretera. Yo le pregunté a mi abuelita si ella conocía ese lugar. Ella me dijo que sí, que se llamaba Piedra Colgada. Además, me contó que hay un tesoro escondido debajo de esa gigantesca piedra.

“Hijita”, me dijo. “En los días de media luna es el único día que se puede buscar. Y aunque muchas personas han ido en busca del tesoro, nadie lo ha encontrado. Esto debido a que los que han intentado encontrarlo, nunca han regresado”.

Mi abuelita me contó que hay un monstruo negro y siniestro que cuida con su vida la piedra. Y si alguien se atreviese a moverla y sacar el tesoro que se encuentra debajo de ella, la piedra colgante se caería y toda la ciudad de Copiapó se hundiría y desaparecería para siempre. Cuando ha habido fuertes temblores y terremotos, la piedra nunca se ha caído ya que este monstruo la sostiene para que no rueda cuesta abajo y deje al descubierto la entrada de la cueva que conduce al famoso tesoro escondido.

El monstruo es negro debido a que en la cueva no hay luz. Si alguien quisiera tomar el tesoro de la cueva debajo de la Piedra Colgada, el monstruo lo raptaría y se lo llevaría a otro mundo donde nunca podría regresar a la faz de la tierra.

Según mi abuelita, el tesoro de la cueva consiste en varias toneladas del mineral de plata de Chañarcillo, barras de oro, lingotes de cobre, barriles de frutos de chañar, pepitas de uvas doradas del valle de Copiapó, el agua de lluvia que hace florecer el desierto florido y la belleza de todas las mujeres copiapinas.

Cuenta la abuelita que si la piedra fuese movida y cayera en la carretera hacia Caldera, el gran terremoto que esto produciría acabaría con todo Copiapó. Además, solo cinco personas sobrevivirían y de esas cinco, cuatro serían mandadas a contar la historia de lo sucedido hacia el norte, sur, este y oeste de la ciudad. Y la quinta se quedaría lamentando la pérdida de Copiapó. Esa persona se llamaría Florida. Ella debería ser la guardiana de la entrada de la cueva y ya no podría regresar a tomar cuidado del desierto florido.

Yo le pregunté a mi abuelita: “¿Por qué desaparecería Copiapó si se robasen el tesoro con su plata, cobre, oro, barriles de arroyo de chañar, racimos de uvas dulces, el agua de lluvia que hace florecer el desierto florido y la belleza de las mujeres copiapiñas?”. A lo que ella me respondió: “Mira, hijita. Copiapó desaparecería si no tuviera esos tesoros. Por ejemplo, sin ese delicioso fruto del chañar, no existiría ese elixir del arroyo de chañar; sin el agua de lluvia ya no habría desierto florido, y sin la belleza de la mujer copiapiña, Copiapó ya no sería nada...” Sonriendo le dije: “Ya, abuelita, comprendo la historia. Y de todas formas si la piedra colgada se cae, ya no podríamos ir a bañarnos a las lindas playas de Bahía Inglesa”.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL CRISTO DE INGENIO Y LA QUINTRALA

Javiera Carolina Vargas Salinas (13 años)

Estudiante

Cabildo

Primer lugar regional

Íbamos en el auto y en uno de los tantos viajes, justo pasando por Ingenio, ubicado entre la Ligua y Cabildo, de repente surgió la repetida e interesante (por supuesto) historia del Cristo de la Quintrala.

Mi abuelo siempre nos contaba sobre aquello, ya que, pasando por Ingenio, se encontraba una especie de capilla no muy grande a orillas del camino que albergó por mucho tiempo a un Cristo de madera, con la diferencia significante de que éste tenía la corona de espinas colgada en el cuello.

Todos dicen que la Quintrala era una mujer satánica, pero qué hay detrás de todo eso, el por qué lo dicen, pues hay que pensar que ella en su tiempo era una mujer poderosa y como todos sabemos, antes e incluso hoy, el machismo es muy fuerte. Piensa que quizás ella maltrataba a sus empleados porque le robaban o un millón de motivos más y, quizás para demostrarles a los demás que a pesar de ser mujer, nada la iba a detener, por así decirlo, ella los castigaba para que le fueran fieles trabajadores y no la traicionaran. Por otro lado, la ignorancia de las personas de ese tiempo también era muy influyente, pues la Quintrala era pelirroja, alta y de ojos claros ¡cómo no! La gente la trataba como si fuera el diablo mismo en persona.

Fuera de todo eso, ella también era muy religiosa, por lo que mandó a hacer un Cristo para ella, en base a todas sus acciones sádicas. Ella siempre iba a ver a su Cristo en Valle Hermoso, llamado así en honor a la frase que ella usaba cada vez que iba al cerro más alto y mirando su valle decía “¡Oh, pero qué valle tan hermoso!”. Volviendo a lo de antes, ella cada vez que veía su Cristo le decía que no la mirara así ya que recordaba sus actos de crueldad. Quizás pensaba que su Cristo la castigaba por sus actos dándole esa mirada de tristeza hacia sus actos. Ella le pedía que por favor no la castigara, que no la acusara de sus actos.

Pasado el tiempo, sus actos seguían surgiendo hasta que un día se presenta un terremoto que causó que la corona del Cristo se cayera hasta quedar colgada a su cuello como si fuera un collar. Debido a este suceso, la Quintrala molesta, asustada y asombrada, mandó a sus trabajadores a devolver la corona a su lugar, pero después de mucho esfuerzo todos los intentos fueron en vano porque la corona no salía del cuello de su Cristo. Debido a esto, ella sorprendida mandó a sus trabajadores a que fueran a botar la estatua de Cristo a otra parte. Después de eso, desecharon aquella estatua en Ingenio donde estuvo tirada por mucho tiempo y custodiada por gente del lugar y curas que querían moverla y llevarla a la iglesia, pero como la Quintrala era

egoísta, no lo permitía y después de un largo tiempo, se consiguió que las personas de ese lugar levantaran una especie de capilla alrededor del Cristo, sin siquiera mover la estatua o tocarla.

—¿Y dónde está? ¿Cómo sabemos que es verdad? ¿Todavía está? —le pregunté a mi abuelo.

—Mira —me dijo— cuando yo era apenas un niño, también mi padre me contaba esa historia y un día justo cuando estábamos pasando por ese lugar, detuvo el auto frente a una extraña capilla. Abrió la puertecilla y... ¡allí estaba! Para mi sorpresa, era verdad. Era una estatua gigante, al menos para mí, ya que era tan solo un niño y tal cual como decía la historia, aquella estatua tenía la corona de espinas puesta en el cuello. ¡Yo quedé maravillado! Así fue que desde ese momento, siempre que pasábamos por allí, entrábamos a la capilla a ver la asombrosa estatua, pero cuando crecí, ya siendo más adulto, aquella estatua ya no estaba. En el pueblo todos creíamos que la habían robado, pero hace poco, viendo un programa de televisión sobre cultura chilena, recordé con nostalgia aquella historia atrapada en el pasado y me sorprendí cuando supe que la estatua del Señor de la Agonía como se la conoce o Cristo de Mayo se encuentra en la actualidad en la iglesia de San Agustín en Santiago donde se la llevaron los sacerdotes para mantenerla a salvo.

—Espera —lo interrumpí. ¿No debieron haber dejado la estatua en el lugar que le pertenece para respetar la historia?

—Sí, tienes razón, pero ahora que está en una iglesia está mucho más que segura y así su historia perdurará mucho más. ¿No te parece? Después de todo, esa estatua fue parte de mi infancia por la historia que me contó mi padre o sea tu bisabuelo— me dijo y sonrió dulcemente. Enseguida me dio dos palmadas en la cabeza y miró a través de los cristales de la ventanilla del auto la famosa cripta a orillas del camino en el Ingenio, la tierra de la Quintrala...

Esta bella historia por su valor sentimental, me la contó mi abuelito.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA HISTORIA DE UN GRAN PRESIDENTE

Piero Carvacho Ramírez (10 años)

Estudiante

San Esteban

Segundo lugar regional

Mi abuelita Margarita que vive en San Esteban, me contó que entre los años 1969 a 1970, don Eduardo Frei era el Presidente de Chile y en ese entonces se estaba candidateando un joven médico llamado Salvador Allende que posteriormente disputó arduamente con don Radomiro Tomic la presidencia de la República. Don Salva hizo cosas buenas, me contó mi abuelita, estatizó el cobre porque era sacado del país por los gringos para llevárselo a Estados Unidos donde lo trabajaban, procesaban y purificaban, por eso Estados Unidos decía que Chile estaba endeudado con ellos. Don Salva puso fin a eso y el cobre fue chileno. Se empezó a trabajar aquí dándose por pagada la deuda. Don Eduardo Frei en el año 64 hizo la Reforma Agraria y expropió grandes fundos. Repartían en esos años una cuadra de tierra por familia que equivalía a 15.625 metros cuadrados, más o menos una hectárea y media, que era mucha tierra por persona. Este fue el punto por el cual don Salva, el candidato presidencial, visita el valle del Aconcagua al igual como lo había hecho en todo el país.

En esa época existían solo dos partidos políticos potentes, uno de derecha y otro izquierda: los de derecha estaban formados por personas pudientes del país quienes aportaban el capital para que el país surgiera, y los de izquierda casi igual, pero dependían de ellos. Don Salva había sido senador y diputado. Como chileno, quería conocer a fondo las necesidades de las personas por eso era muy cercano con todos. Como era Presidente Socialista, quería hacer una Reforma, una ley de trabajo para que cada persona tuviera un sueldo porque antes les pagaban semanal y les daban lo que querían y no respetaban los horarios de trabajo.

El Presidente Frei había creado los sindicatos: ocho horas de trabajo. Con la Reforma Agraria les entregaban a los campesinos casa y derecho a los campos y a criar animales, dándoles derechos como personas. Se generaron las huelgas para doblarles las manos a los ricos. Salvador Allende ya tenía adelantado en ese tiempo el proyecto Puntilla el Viento que era un embalse muy destacado en el valle del Aconcagua. Don Salva visitó los fundos de San Miguel y la Colonia.

La abuelita recuerda hasta el día de hoy y dice que ya no se va a volver a repetir tanta simplicidad, tanta cercanía, tanta igualdad como en esos años. Mi abuelita no entendía la política en su juventud sino al escuchar a su tío, ya fallecido en el 1992 a una edad de 98 años. Él sí era entendido. Se conversaba en los almuerzos con las familias, esto me enriquece porque puedo saber cómo hemos avanzado...

Me lo contó mi abuelita Margarita.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

ESTUDIE M'HIJA

Dabne Dianet Castro Altamirano (10 años)

Estudiante

Cabildo

Tercer lugar regional

Un día, con mi tata sentado, yo en una silla y él, en su irremplazable banquilla.

—¿Cómo le va en el colegio? —me preguntó.

—Bien tata —le respondí—. Aunque a veces me canso y quisiera estar de vacaciones...

—¿Y por qué? —me preguntó.

—Es que las tareas me quitan tiempo para poder jugar.

—¡Ay, m'hija!... Si yo le contara cómo estudiaba yo.

—Cuéntame, tata, cuéntame.

—Eran tiempos distintos... Se trabajaba desde cuando se aprendía a caminar. Había que ganarse el pan, decía mi padre, además pa' esos viejos era lo único que importaba... "A trabajar te enseño yo y con eso basta" decían ellos. Nos anotaban en la escuela casi porque los obligaban. No como ahora pues... Sus papás van felices a inscribirla, le compran uniforme, cuadernos, mochila, lápiz, lápices de toodos los colores, hasta una goma por si se equivoca. Le ayudan con las tareas, hasta se las hacen si no las sabe... Yo no po'... solo podía ir a la escuela después de hacer mi trabajo de todas las mañanas: alimentar los bueyes, los caballos, las ovejas y las vacas... Esa era mi pega... Pero solo de las mañanas, porque para después había más... El quehacer no faltaba.

Es que estudiar a nadie le importaba. Mis compañeros iban obligados o pa' no trabajar... A "los taitas" no les interesaba y a los patrones les asustaba... Pero yo quería estudiar, soñaba que sabía leer, que sumaba y que restaba... Me levantaba bien temprano y terminado mi trabajo corría pa' no llegar atrasado... Aunque casi nunca llegaba a la hora porque aunque corriera, igual no alcanzaba a llegar... El uniforme: el mismo del trabajo y de todos los días, mochilas no existían y los bolsones eran caros... Un cuaderno y un lápiz los regalaban en la escuela o los curas cuando venían a vernos...

Un cuaderno y un lápiz... Yo los quería y los cuidaba y hasta los escondía de mi padre para que no los botara si los encontraba... Es que él quería que le ayudara en el campo y no que estudiara.

Cuando llegaba de la escuela, contento pero siempre muy apurado porque me estaban esperando con ansias. Cuando me veían, todos gritaban, como si se alegraran al verme... Claro, los animales eran los que se alegraban, eso sí, porque había que darles agua y alimentarlos de nuevo. Después, a cortar pasto para darles en la mañana, 30 atados pa' las ovejas, 25 pa' las vacas, 8 pa' los caballos, los bueyes eran cuatro pero comían por 20... y así se iba el día... O sea la luz porque faltaba moler el trigo y el mei que mi ama había tostado... Después me tocaba comer a mí... Porotos eran los favoritos y los que más se veían... Cuando estaba sentado a la mesa me acordaba de otro problema... las tareas... Si mis papás me veían haciéndolas, se enojaban... “Mañana te vai a quedar dormío y los animales no pueden comer muy tarde” ...me dijeron una vez que me pillaron. ¿Cómo les decía que tenía tareas de la escuela?... Capaz que me pegaran... Así que esperaba y esperaba, hasta que se acostaran y ojalá se quedaran dormidos, pa' que no me escucharan porque las piezas no tenían puerta: unas cortinas tapaban... Así que en un rincón de la pieza, vuelto a la pared, y tapando la luz del chonchón pa' que no me pillaran, hacía las tareas... Porque quería aprender y las tareas me gustaban, hasta estaba acostumbrado.

Al segundo canto del gallo me acostaba, porque al tercero me levantaba y ahí estaban de nuevo... Los animales... La profesora me felicitaba, “Qué bien... hizo la tarea” me decía... Bueno, cuando alcanzaba a hacerlas, porque cuando me enseñaron las oraciones no alcanzaba a terminarlas y daban más y más al otro día. Hasta que se juntaron muchas y tenía que terminarlas. Así que me puse a escribir y la hora pasaba, cantó el gallo, pero me faltaba. El chonchón se me apagó varias veces y por cada ruido por pequeño que fuera, mi papá decía “quién está levantao” y yo calladito escribí y escribí hasta que terminé, casi al amanecer porque cuando me acosté, cantó por tercera vez el gallo y usted ya sabe quiénes me esperaban.

Así que estudie m'hija que ahora es más fácil... Ame las letras y los números, también el trabajo, son esas las cosas que la harán grande y si estas cosas están todas juntas, será mucho, pero mucho más grande.

REGIÓN METROPOLITANA

CUANDO YO ERA UN COCHERO

Anahís Fernanda Flores Labraña (10 años)

Estudiante

Lo Espejo

Segundo lugar regional

Cuando yo tenía diez años vivía en una de las muchas parcelas ubicadas en la comuna de la Pintana, en Santiago. Para lograr adquirir dinero y ayudar a mis padres, trabajaba de cochero para una familia compuesta de cinco personas: dos hombres y tres mujeres, dos de ellas hijas y la tercera, era la madre de los hombres. Uno es el hijo y el otro, el padre. Mi trabajo consistía, principalmente en llevar a la familia al final de la calle donde se encontraba el paradero de transporte. Ellos tomaban otro transporte porque yo solo era un niño y no podía llevarlos a sus trabajos o estudios. Como ellos tenían más dinero, me contaban que sus hijos estudiaban en una buena universidad, llamada la Universidad de Chile.

Yo los iba a buscar a las siete en punto de la mañana y después me devolvía a dejar el carretón con sus caballos a su casa. Dejaba los caballos bebiendo agua y comiendo paja en su corral y luego me iba a la escuela. Recorría seis kilómetros dejándolos en la mañana y yendo a buscarlos catorce kilómetros aproximadamente. Cuando yo ya terminaba el día escolar, iba a buscar el carretón con sus caballos, los arreglaba y partíamos a buscar a la familia.

Un día de trabajo, mis patrones me dijeron que en el trascurso de vuelta no trasladara gente, amigos, compañeros de la escuela, ni a ninguna otra persona.

Un día cuando venía de vuelta, vi a una niña con bolsas muy pesadas y descalza. Ella era más pobre, pero mucho más pobre que yo, y de mi mismo curso y escuela. Yo apenas tenía chalas de plástico. Justo ese día llovía fuerte y yo andaba con un chaleco de lana bien calentito, pero mis pies bien fríos y mi único par de calcetines tenían un hoyo en la punta del dedo gordo. Yo preocupado por la niña, pero angustiado por la advertencia de mis patrones, no la tomé en cuenta y le dije que se subiera. Además ella tenía una polera manga corta y nada más abrigador. En el trayecto ella me comentó que su madre todos los días le daba el dinero para comprar lo que le dijera, como por ejemplo las verduras y otras cosas, pero no le alcanzaba para comprar alguna prenda para abrigarse, entonces le dije: “Pasemos a mi casa y yo te regalo un chaleco de lana”. Ella aceptó. Llegamos a mi casa y todavía llovía muy fuerte. Me bajé y corrí adentro de mi casa y saqué mi chaleco que a mí ya me quedaba chico y se lo regalé a ella. La pequeña se encontraba muy agradecida por el buen gesto que yo había realizado.

Al día siguiente nos fuimos a la escuela y un niño le dijo a la niña: “Ese chaleco es nuevo”. Ella tímidamente le dijo que sí. “No, yo sé y los vi a los dos en el carretón, los voy a ir a acusar” dijo el niño.

Al día siguiente en la mañana, mi jefe me retó y me dijo que él ya me había advertido y me dijo que no podía aceptar que esto pasara nuevamente así que tuve que hacerle caso si no, me despedirían.

Yo seguí viendo a la niña y después de ir a dejar los caballos en la mañana, nos íbamos caminando a la escuela.

REGIÓN METROPOLITANA

TAL COMO ME LO CONTÓ MI ABUELITO

Emilia Agustina Collio Urbina (8 años)

Estudiante

Quinta Normal

Tercer lugar regional

No conocí a mi bisabuelo, bueno, sólo cuando lo vi en el ataúd, lo que quiere decir que sí lo conocí, pero muerto. Su nombre es Lorenzo Chiguay, lonko de la comunidad mapuche Mininco. Lonko significa, en el idioma mapuche: jefe de la comunidad.

Es extraño, nunca había ido a un funeral, pero por las películas y lo que veo en la tele, son siempre tristes y melancólicos, dan hasta ganas de llorar, y eso que no conozco a esos muertos.

Mi bisabuela, su esposa, al mirarla, no sabía si estaba triste o feliz. Siempre tenía la misma mirada y conversaba siempre de la tetera en el fogón, pero parece que nadie le ponía atención, solo yo, pero yo era muy pequeña, así que no entendía por qué lo hacía. Luego de que mi mamá me enseñara lo que era la evaporización, comprendí lo que quería decirnos la bisabuela: el agua pasaba tanto tiempo en el fogón, que cuando iban a servir el té, ya no había rastros de agua. Lo peor, es que la culpaban a ella y ella sentada en su sillón, poco y nada podía hacer.

La gente estaba bastante alegre, eso creo yo. ¿Cómo estar contentos, tan malo podría haber sido como jefe, habrá sido ladrón, golpeador o abusador? ¿Por qué nadie vestía de negro? ¿Nadie lloraba? Todos llegaban con carne, botellas de vino y se abrazaban muertos de la risa, más vivos que muertos en realidad.

Esa noche las estrellas iluminaban el hermoso cielo de Collipulli, que significa tierra colorada. Casi no necesitábamos luz para poder ver, en todo caso, era mejor no ver, me daba pánico que de muerto mi bisabuelo viera a la gente sonreír, tomar alcohol, bailar y comer asado, ¡justo el día de su muerte!, ¿qué podría haber pensado?

Me llamo Emilia Collío, tengo ocho años y aunque he vivido toda mi vida en Santiago, sé que tengo sangre mapuche y lo sé porque mi padre me lo dice cada día, y eso me asusta, porque no quisiera que al morir, mi familia se sienta feliz o taaaan feliz.

Hoy la familia se reunió para un almuerzo. Llegaron tías, tíos y primos de la familia Collío, Chiguay, Liguén y los vecinos de la Comunidad. En el almuerzo, no pude callar y me acerqué a mi abuelo Miguel. Ya mi corazón no podía más de la angustia de lo que esa noche viví.

—Abuelo, ¿Por qué todos estaban tan felices de ver muerto a mi bisabuelo? ¿Fue un hombre malo?

Y mi abuelo, volvió a sonreír, más que esa noche.

—Emilia —dijo él—, en esta cultura, muy distinta a la de Santiago, nosotros, los mapuches, celebramos la muerte. Creemos que la persona que muere, pasa a otra vida, a una mucho mejor, sin sufrimientos y por eso la enterramos con todas sus joyas, dinero y sus ropas. Esta es nuestra costumbre, un rito que no debemos olvidar.

Es por esto que todos los que conocieron al abuelo Lorenzo vinieron a despedirlo y a festejar su partida, sin dolor, sin penas, con mucha alegría. Para nosotros, esto es una fiesta y las fiestas se celebran con asados, vino, chicha y baile.

Pues bien, si no comprendo aún eso de festejar una muerte, porque soy medio mapuche y medio santiaguina, creo que es mejor así, me gusta, porque si me muero, llevo conmigo mi computador, mi muñeca Nenuco y mi *PlayStation*. Tal como me lo contó mi abuelito.

REGIÓN METROPOLITANA

UNA NOCHE CON ESTRELLAS

Antonia Rebeca Villagrán Gallardo (14 años)

Estudiante

Pudahuel

Mención especial del jurado

Estaba junto a mi abuelo, mirando por la ventana aquellas estrellas que siempre han llamado mi atención desde el día en que las vi. Mi abuelo me solía llevar a campos abiertos a medianoche, para apreciar aquel espectáculo tan bello y único. Mi curiosidad me ganaba, me absorbía, me obsesionaba, de una forma tan hermosa, que siempre le preguntaba a mi abuelo: “Abuelo, ¿de dónde vienen esas estrellas tan bonitas?”, mientras estábamos en la terraza de nuestra parcela, admirando el cielo estrellado. Cada estrella tenía vida propia y parecía comunicarse con la otra mediante fugaces o lentos destellos. Mi abuelo revolvió mi cabello y me dio una sonrisa, formando más arrugas de las que tenía.

—Mi nieto, ¿nunca te he contado de los selknam?

Quedé confundido, No respondió mi pregunta y simplemente llenó mi cabeza con más preguntas que me resultaban imposibles responder a mí mismo.

—No, abuelo, ¿qué son?

Ladeé la cabeza, esperando alguna respuesta. Mi abuelo alzó la mirada al cielo y las estrellas se reflejaron en sus agotados ojos. Ese destello hizo que sus ojos cobraran nueva vida, nuevo sentido de ver, deseo por seguir viendo las hermosas estrellas.

—Mejor dicho, quiénes son, querido nieto... Los selknam, los puedes ver cada vez que el sol se pone, cada vez que la luna aparece con sus bellos rayos lunares, los puedes ver, si tú lo crees... Los selknam eran un antiguo y fascinante pueblo indígena. Eran muy especiales, tenían creencias que ningún otro pueblo podría siquiera parecerse. Ellos, al morir, se volvían en esas estrellas que tanto admiramos. Fue hace muchos años, que los selknam dejaron de pisar la tierra, dejaron de sentir y vivir la tierra, para empezar una nueva vida en el cielo, ese cielo, que ellos admiran y respetan ¿Sabes por qué?

Yo negué con la cabeza el inicio de su historia. Me estaba hipnotizando.

—No, pero ¡abuelo! Sigue la historia por favor.

Sacudí su brazo para que siguiera contando. Estaba tan emocionado simplemente con saber que los selknam podrían ser el significado de aquello que tanto admiro.

—Está bien, está bien... —carcajeó un poco—, los selknam eran personas que mantenían sus tradiciones. Se decía que antiguamente desarrollaron la idea de la metamorfosis. Empezaron un viaje para poder hacerlo, luego de la aparición del sol y la luna. Fue un camino arduo, duradero, se fueron cansando, le pidieron a sus antepasados que los envolvieran en sus capas y los dejaran cubiertos bajo tierra. Luego de un largo tiempo, empezaron a moverse, volvieron a ser jóvenes. Los demás selknam quisieron seguir este ejemplo, pero empezaron a envejecer, y algunos no se volvieron a levantar más. Sin embargo, no desaparecían: su entidad, su alma, su ser, revivía en pájaros, montañas, árboles, todo aquello que fuera parte de la Madre Tierra. El primero que dio la idea a los demás y empezó esto, fue Kenos. Llegó su hora de partir, feliz, por saber que al igual que los demás, iría con sus ancestros...iría a las estrellas, a un lugar infinito, un infinito más grande, llenando el cielo de estrellas que vemos hoy en día, todo el cielo estrellado. Nieto mío, es debido a la lealtad de ver a sus ancestros, el deseo de ser parte de ese bello infinito...Por eso, uno lo encuentra fascinante, bello, y si pones mucha atención, podrás ver cómo las estrellas te susurran palabras que ya no se dicen más, en un idioma que es desconocido ahora, pero, aun así, sentirás que te envuelve, que te hace uno de ellos, sin que sea tu hora ya de partir...pero te hacen saber que hay un más allá, un infinito y bello más allá, que tú podrás ser parte de esa alfombra de azules y delicadas estrellas brillantes que ves tú, que veo yo, que todos ven...

Mis ojos brillaban al escuchar aquella historia... que me fascinó... me absorbió...

—Abuelo, ¿cómo sabes todo eso?

Mi abuelo dejó de mirar las estrellas, se giró hacia mí y sonrió otra vez.

—¿Por qué no se lo preguntas a ellos?

Mi abuelo revolvió mi cabello, se retiró de ahí con su bastón y yo me quedé ahí... observando las estrellas, hablando con los selknam.

REGIÓN METROPOLITANA

EL RACIMO SE DESGRANA

Amaral Sanhueza Riveros (7 años)

Estudiante

El Bosque

Mención especial del jurado

Mi familia era un racimo, como uvas en hermandad, todas juntas y apretadas, sin quererse separar. El padre que sostenía la familia sin fallas, fue el primero en alejarse camino a la eternidad. Quedaron las uvas solas, apegadas al parronal, que la madre firmemente sostenía sin chistar. Pero fue mucha la carga que un día llegó a soltar. Y al cielo tras su marido también se le fue a juntar. Las uvas quedaron solas en medio del parronal, sufriendo la triste ausencia solo sabían llorar.

El parronal de la vida nos las querría guardar y se desgranó el racimo al no tener nunca más la protección y el cariño del padre ni la mamá.

La uva negra y muy dulce, también se empezó a secar, y de pronto lentamente con ellos se fue a juntar. Ya quedan pocas uvitas que en racimo ya no están. Se acercan más unas a otras para poderse afirmar. Todas rezan en silencio, que Dios mande a llamar al resto de las uvitas, en el cielo infinito vuelvan el racimo a juntar.

Esta historia me la contaba mi bisabuelita Norma, que murió el 8 de agosto del 2016 y que también se fue a juntar con las otras uvitas.

REGIÓN DE O'HIGGINS

LA VERDADERA HISTORIA DE LA TRILLA A YEGUA SUELTA

Lorena Rosario Guerra Saavedra (13 años)

Estudiante

Pumanque

Primer lugar regional

Hace años atrás, mi abuelito me contaba de una de las tradiciones más antiguas del campo chileno, de esas que ya se ven en muy pocos lugares de nuestra comuna: la famosa trilla a yegua suelta.

Él me contaba que en esos años se juntaban varios campesinos o lugareños del sector y se iban rumbo a un peladero o sea, a un lugar sin nada, donde llevaban una cantidad de trigo que aún no era desprendido de la paja. Allí se usaban yeguas y caballos para que pisotearan las gavillas y así separar la paja del grano de trigo. Estos caballos eran gritados y arreados por jinetes que los hacían correr en círculo.

Era una de las de las fiestas más grandes en aquellos años. Los huasos lucían sus mejores caballos y sus más vistosas mantas. Se comían porciones de comidas típicas, algunas de ellas eran las albóndigas y tragos a libre elección. Siempre había que escoger entre los mismos: la chicha o el combinado.

Además siempre recalaba que en una de las tantas trillas a yegua suelta había conocido a mi abuelita, pues era ella una de las cocineras más lindas y era la mejor buena mano que había.

REGIÓN DE O'HIGGINS

HISTORIAS

Paola Solís Fuenzalida (7 años)

Estudiante

Paredones

Segundo lugar regional

En la piedra del peñón antes había unas figuras como un pie de un ángel y una pata de buey.

Cuando mi abuelita era chica en el cruce de arriba le salió una gallina brava y blanca con una cantidad de pollitos blancos.

REGIÓN DE O'HIGGINS

EL ZORRO Y EL CÓNDOR DE COYA

Alonso Eduardo Zamorano Martínez (9 años)

Estudiante

Machalí

Tercer lugar regional

Había una vez un zorro que viajaba por todo el mundo. De repente fue a Coya y quiso quedarse ahí para siempre porque había gente muy cariñosa. Pensando y pensando, llegó a la conclusión que no se había dado cuenta que no tenía un hogar. Como Coya le pareció muy hermoso, comenzó a recorrerlo para ver si éste podría ser su hogar para toda la vida. Caminó por su imponente geografía, disfrutó de su cielo limpio y azulado, se bañó en las aguas cristalinas de sus cerros, cuando de repente se dio cuenta que había un agujero grande en la tierra. Quiso observarlo. Luego, de tanto curiosear en él, perdió el equilibrio y cayó en el agujero.

—¡No hay nada de luz! —dijo el zorro, hasta que se dio cuenta que había un pequeño rayo de luz saliendo de entre las rocas. Puso todas sus fuerzas para quitar la roca, hasta que salió. Ahora no solamente entraba un pequeño rayo de luz, sino que el lugar se llenó de luminosidad.

—Es perfecto —se dijo. Este será mi hogar.

Al día siguiente salió a caminar para conocer los alrededores. Al caminar se sentía observado por alguien.

—¡Esta sombra es una cosa muy grande! —dijo el zorro. Entonces, miró al cielo y lo vio. Era un gran cóndor. El zorro estaba muy sorprendido con la llegada del cóndor, sobre todo porque el cóndor tenía un ala rota.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó el cóndor.

El zorro respondió a su consulta.

—Sí —le dijo. Entonces, el zorro tuvo que preparar todo para el cóndor: la cama, la comida y el espacio donde tendría que estar. El zorro le curó la herida de su ala. Para sanarlo, lo llevó a las aguas cristalinas a bañarse, unas aguas que tenían el don de curar cualquier herida y que él había descubierto solamente unos días antes, observando a una pequeña avecilla que se bañaba en ellas luego de haberse accidentado.

Al cóndor le hizo muy bien.

—El Agua de la Vida es una bondad de estas tierras —dijo el zorro—. Es nuestro deber cuidarlas.

Y desde ese día, el zorro y el cóndor se convirtieron en los guardianes de las aguas mágicas.

REGIÓN DEL MAULE

EL ENTIERRO DEL CABALLO BLANCO

Constanza Antonia Norambuena Concha (10 años)

Estudiante

Linares

Segundo lugar regional

Mi abuelito me contó que allá por el año 1930 en el fundo El Carmen en el sector de Vara Gruesa, en la ciudad de Linares, trabajaba su papá, o sea mi bisabuelo, claro que cuando era más joven y mi abuelito aún no existía, el nombre de mi bisabuelo era Luis Norambuena Castillo.

Cuenta mi abuelito que un día, cuando mi bisabuelo estaba trabajando en el fundo, despejando los campos de zarzamora para poder utilizarlos en la agricultura, vio como a unos 200 metros de distancia de dónde estaba trabajando, el animal más hermoso que jamás él había visto: un caballo blanco, tan blanco y brillante como la nieve que llegaba a encandilar su brillo al mirarlo. Mi bisabuelo quedó tan deslumbrado con la belleza de ese animal que no dudó en acercarse para verlo más de cerca y cuando estuvo tan cerca como para tocarlo, el caballo blanco dio un destello y en un cerrar de ojos desapareció del lugar sin dejar huellas de su presencia.

Mi bisabuelo, intrigado por lo que le había pasado, empezó a averiguar de qué se trataba lo que había visto y un buen amigo le comentó que había una leyenda que decía que cuando se veía este caballo solo tenía que ver donde desaparecía y que donde fuera, ese sería el lugar exacto de la ubicación de un entierro de un tesoro escondido y que si era para él, seguro volvería a verlo.

Mi bisabuelo siguió trabajando como lo hacía todos los días pero pensando siempre en el caballo blanco, hasta que una tarde, al terminar la jornada de trabajo, lo volvió a ver y esta vez fue más cauto y esperó hasta que desapareciera y cuando lo hizo corrió con la pala en mano hasta el lugar donde lo había visto por última vez y comenzó a cavar.

Cuando estaba por rendirse y dudando de lo real de la historia, sintió un ruido metálico en el suelo y encontró lo que estaba buscando: un cofre repleto con monedas de oro y plata, y también una nota que decía: “Podrás ser un hombre muy rico pero tendrás que cumplir una condición, que será guardar este tesoro por 365 días que es lo que dura un año, sin siquiera mirar estas monedas aunque tengas las necesidades que tengas y si lo haces así, el tesoro será todo tuyo y si no, como lo encontraste, lo perderás”.

Mi abuelito me cuenta que mi bisabuelo esperó y esperó, pero cuando llevaba 362 días de espera, no aguantó más y se acercó al lugar donde tenía escondido el cofre para ver si estaban todas sus monedas,

pensando que solo faltaban tres días para que se hiciera del tesoro y que no pasaría nada si las miraba. Abrió el cofre y ahí estaban todas sus monedas pero en ese momento escuchó el galope de un caballo. Se paró a mirar y era el caballo blanco alejándose a toda carrera del lugar. Miró hacia donde tenía el cofre y lo único que vio, fue un lugar vacío y fue ahí cuando comprendió que el tesoro se había ido con el mismo caballo que se lo había entregado.

Después de esto, dice mi abuelito que su papá estuvo mucho tiempo yendo al lugar donde había visto el caballo blanco por primera vez, pero nunca más lo volvió a ver y así tuvo que trabajar toda su vida para poder vivir y esta historia quedó en la familia y se pasó de generación en generación.

REGIÓN DEL MAULE

EL TESORO ESCONDIDO

Sigrid Antonella Cornejo Flores (10 años)

Estudiante

Talca

Tercer lugar regional

En tiempos antiguos había una escuela en el campo que se llamaba El Membrillar en la cual estudiaba un niño llamado Tomás. Este niño era nuevo en el colegio. Sus padres creían que en ese lugar había un tesoro porque habían escuchado sobre la leyenda que decía que el que encontrara ese tesoro sería feliz para toda su vida.

Durante el primer día de clases, Tomás se hizo amigo de todos los niños del curso, con los cuales lo pasaron muy bien durante los recreos. En la clase de historia hablaron de la leyenda del sector que involucraba los alrededores del colegio. Esta leyenda contaba que en una expedición de los españoles se había perdido un cargamento lleno de monedas de oro y plata que estaba enterrado en ese territorio. Esto llamó la atención de Tomás comentándolo a sus padres que lo escuchaban muy atentos.

Unos días después, Tomás junto a sus amigos decidieron emprender la aventura de buscar dicho tesoro y en un peladero que estaba detrás del colegio, empezaron a cavar. Para su sorpresa lograron encontrar una caja antigua parecida a un cofre. En ese instante aparecieron los padres de Tomás que merodeaban por el sector quienes se apresuraron a preguntarles por qué estaban ahí, si durante esa hora deberían estar en clases. El niño le respondió: “yo vine por el tesoro y aquí lo encontré”.

Todos se abalanzaron a sacar el supuesto tesoro. Frente a tantos tirones, el cofre salió disparado por los aires cayendo y abriéndose, dejando al descubierto lo que tenía en su interior: solo papeles con cartas antiguas.

Sus padres desilusionados se fueron sin hacer comentario. Tomás y sus amigos se quedaron en silencio, cuando de repente, Nicolás vio un papel en el suelo y dijo:

—Mira, Tomás, esta hoja tiene un mapa.

La cara del niño se iluminó y le contestó:

—Mañana seguiremos en nuestra búsqueda.

Al otro día, durante una clase de Lenguaje, su profesora invitó a la anciana más añosa del lugar quien les contó que fue alumna del colegio y que en ese lugar había un tesoro que nadie lo había descubierto. Esto despertó la curiosidad de Tomás llevándolo al terminar la clase a comentarle a la viejecita que él encontró

un mapa del tesoro. Ella le sonrió y le dijo que si busca encontrará. Estas palabras animaron a Tomás en su búsqueda junto a sus amigos.

Siguiendo las instrucciones del mapa, lograron encontrar otro cofre más chico y antiguo que el anterior. Todos se miraron y al unisonó lo abrieron...

Durante el acto del colegio, Tomás pasó adelante y dijo:

—Yo encontré el tesoro que estaba escondido en este lugar —y abriendo un viejo pergamino ajado por el tiempo comenzó a leer—: “El tesoro de este lugar es el cariño de los niños que en un momento de su vida pasan por este colegio”.

Al otro día al finalizar las clases se divisó por el patio a la viejecita quien se acercó a Tomás y tomándolo de las manos lo felicitó porque ahora sería feliz para toda la vida.

REGIÓN DEL MAULE

UN TRISTE AÑO NUEVO EN EL CAMPO

Ximena Alejandra Soto Castillo (13 años)

Estudiante

Maule

Mención especial del jurado

Una vez, un señor de 70 años de edad, llamado Aurelio, vivía solo en el campo, porque era viudo hacía un año y estaba solo con sus puros perros. Él era muy enfermizo, pero a la vez era muy terco y solo le importaba su ganado de vacas y cerdos, y cultivos de trigo. Sus hijos vivían en Santiago y se acordaban de él muy poco y no se daban la oportunidad de venir al campo para venir a verlo. Aurelio estaba muy enfermo: tenía una tos con flema que no se le quitaba nunca.

Un día fue a esperar a la carretera para que alguien lo llevara al pueblo, a Parral, a comprar mercadería. El doctor del pueblo que estaba comprando lo vio, pero cuando lo iba a saludar, lo vio muy pálido y con una tos muy fea y le dijo:

—Oiga Aurelio ¿Por qué no se va a dar una vueltecita por la posta para poder verle esa tos?

Aurelio lo miró feo y con voz fuerte le dijo:

—¡Cómo se le ocurre que voy a ir a ver a esos matasanos, si capaz que me digan que no es nada y me van a dar unas pastillas y me van a mandar pa' la casa! —Y se puso a toser y el doctor no le dijo nada y se fue.

Aurelio llegó a su casa y sus perros tenían hambre y en el momento de darle la comida se agachó, se paró y le comenzó un mareo y unas ganas de vomitar. Se dijo entre sí:

—Mejor me iré acostar.

Pasó la noche y a las cinco de la mañana se levantó y había caído una helada que estaba todo escarchado: las frutas, el pasto, la casa y el agua de los animales. Cuando salió para afuera con una camisa fresquita, una manta no muy abrigadora y unos zapatos ya desgastados, se le comenzaron a congelar los pies, pero como era muy terco, no le importó y siguió trabajando en arar, cortar el pasto y darles alimentos a sus animales. Se puso peor su tos y se comenzó a resfriar, pero a él solo le importaba su ganado y cultivo.

Pasaron los meses. Se le quitó el resfrío, pero seguía con esa tos, pero ya mejor. Llegó fin de año, la Navidad y el Año Nuevo y siempre se acordaba de que él ya no tenía a su señora hacía un año y ahora tenía que pasar las fiestas solo porque sus hijos ya no se acordaban de él. No iban al campo para ver si estaba bien, si vivía

en un lugar acogedor y limpio. Llegó la Navidad y nadie lo fue a ver, ningún vecino ni nadie cercano. Tomó onces y se fue acostar con una angustia de preocupación.

Llegó la noche y como a las dos de la mañana, se despertó con una idea que le iba marcar toda su vida y para su familia. Pasaron los días y días antes del Año Nuevo, cuando amaneció, se levantó y rápido fue al pueblo a mandar un correo para Santiago.

Llegó el correo a Santiago y era una carta dirigida a los hijos de Aurelio que eran dos hijas y tres hijos llamados Marta, Carmen, Lorenzo, Eugenio y Mauricio. Justo estaban juntos en la casa de la hija mayor Marta y el cartero se la entregó a todos. La carta decía que su padre había fallecido el día anterior para que fueran sus hijos, nietos y parientes más cercanos. Todos al terminar de leer la carta se pusieron a llorar y a culparse por su muerte. Rápidamente les dijeron a sus hijos. Empacaron sus cosas y fueron al campo. Llegaron a Parral que era día del Año Nuevo y fueron a la noche. Cuando llegaron todos a la casa donde vivía su padre, entraron a la casa y no había nadie, ni gente, ni flores ni tumba, solo estaba la mesa puesta con servicios, ensaladas, velas, una mesa hermosa y de repente salió de una habitación el padre con un asado y de terno y les dijo:

—¡Qué hacen parados ahí! ¡Mejor comamos que se va a enfriar el asado!

Sus hijos se pusieron a llorar y lo fueron a abrazar de pura emoción. Se fueron a sentar y a comer juntos por primera vez de hacía un año y celebraron el Año Nuevo en familia. Contaron los últimos segundos del año y que llegara el otro año. Pasaron las horas y ya era hora de ir a acostarse. El padre ya tenía todo listo en las piezas para que durmieran sus hijos y nietos. Él se fue a dormir con la misma angustia de hacía días y presintió algo. Miró la fotografía que tenía en su velador, se puso a llorar y puso su cara en la almohada.

Al otro día, a las 8:30 de la mañana, se levantaron sus hijos y encontraron extraño que su papá no se levantara. Fueron a verlo a su habitación y lo encontraron muerto por ahogarse con su almohada y además por su tos no pudo respirar. Su hijo Lorenzo encontró que tenía en la mano una fotografía de él con su esposa y sus hijos. Todos sus hijos se pusieron a llorar y a no asimilar que estaba muerto.

Pasaron las semanas y los hijos comenzaron a juntarse más a menudo porque se dieron cuenta que el último deseo de su padre era estar con su familia por última vez y darle un mensaje que nunca se olvidaran de las personas que más quieren en la vida y así desde ese entonces la familia de Aurelio no se ha separado más y siempre en Año Nuevo visitan el cementerio para ver a su padre y madre, y en la tumba de su padre pusieron la fotografía con la que lo encontraron fallecido.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

EL GRINGO

Luis Felipe Lagos Seiffert (12 años)

Estudiante

Nacimiento

Primer lugar regional

Entre sueños y recuerdos, cada tanto ella regresa a aquel campo que marcó su vida, en el que pasó sus primeros veintitantos años... Su corazón viaja hasta “la séptima”: la Séptima Faja ¿Cómo podría olvidarla? El que es del campo y lo trasplantan al pueblo, jamás deja de extrañar su tierra.

Sus añoranzas van de la mano de una alta y delgada figura: “el gringo de la Séptima”, quien estudió Práctico Agrícola en el Vergel de Angol por allá por el 43: descendiente de alemanes, de cabello rubio y liso, ojos azules, a quien muchos tildaban de mal genio, pero ¿lo conocían realmente? Lo duda... Una de las personas que mejor lo conocía era ella, su hija menor, del segundo matrimonio, la que nació cuando él estaba a punto de cumplir los cincuenta y cinco, cuando ya era abuelo, la que en vez de papá le decía cariñosamente “Helmo”, la que amó toda la nobleza de su anciana alma.

Del gringo aprendió a amar la tierra y creció con la ilusión de que esas cuarenta y cuatro hectáreas quedarían en una mano: la de ella. ¡Cuánto disfrutaba recorrer ese campo plano y hermoso, herencia de sus abuelos!

Allí había una gran quinta, llena de frutales: duraznos de distinto tipo, tanto pelados como peludos; variedad de cerezas: las corazón de paloma para las conservas, las amarillas, más pequeñas y dulces; las negras grandotas, si venía la lluvia, se partían de una; guindos, albaricoques, ciruelos, perales, manzanos para la chicha y los orejones; frambuesa rosada y amarilla; zarzaparrilla y el rico ruibarbo del que su madre hacía *küchen* y jugo; después plantaron unas enredaderas de las que salieron los kiwis. El resto del campo estaba a disposición de las vacas que circulaban plácidamente entre hualles, álamos, oregones y sequoias. Realmente, ese lugar le parecía el paraíso...

A ella le encantaba jugar a las casitas entre los árboles, “meterse” en el chorrillo que se formaba en invierno con la excusa de lavar las botas de goma, salir a buscar digüeñes y champiñones, jugar con los perritos, bañarse en el bebedero de las vacas en verano, encumbrar volantines... y es precisamente de un volantín que tiene uno de los más hermosos recuerdos de amor de su padre. Estaban encumbrando cada uno su cometa, cuando vino el puelche de septiembre y el hilo de ella no aguantó. Cual pájaro errante, su volantín se fue a la deriva quedando en la copa de un árbol. Con tan solo diez años, solo atinó a ponerse a llorar. El

gringo raudamente y sin decir palabra, se dirigió a la casa, tomó la Sthil y en un dos por tres echó el árbol abajo, de modo tal que el fugitivo fue rescatado prácticamente sin ningún daño.

En la Séptima en ese entonces, no había luz eléctrica. La mayoría se alumbraba con velas; eran tiempos realmente hermosos pero oscuros... Como entretenimiento en la casa del gringo, tenían una radio a pilas y una tele blanco y negro que se conectaba a una batería, a veces a una de tractor o a la de la camioneta, si se agotaba, venía lo complicado: la imagen se iba achicando hasta que ya no veía nada. Había que llevarla a cargar donde el “Chato Rojo” en Villarrica. Refrigerador, ni pensar... en diciembre el gringo amarraba las botellas de cola de mono a un cordel y las echaba en un pozo sin tapa: salían heladitas luego de algunas horas. La ropa se lavaba a mano, en una batea ubicada en una ranchita al lado de la casa.

Agua potable tampoco había, sacaban el agua de un pozo sellado, había que bombearla con un motorcito a bencina, tirar la piola, a veces el condenado no quería partir. Cuando se echó a perder definitivamente, cambiaron el motor por una bomba manual: poco rendía la sacada de agua, pero al menos se desarrollaban los brazos... Y así subía el líquido tesoro hasta el estanque de mil litros ubicado en lo alto de un gran tilo. Cuando se llenaba, el agua caía como lluvia ¡Qué rico colocarse debajo en el caluroso verano!

El gringo injertaba y le gustaba que ella lo mirara, para que aprendiera: hacía injertos de cruz con los ojitos que sacaba, los amarraba con “cintas” de sacos. Fijo que le prendían... Sabía tanto de plantas...

El viejito se movía de un lado a otro. A pesar de su edad era muy ágil arreglando cercos, limpiando la huerta, sembrando... Se levantaba a media noche, debía cuidar sus animales. Por ahí andaban los amigos de lo ajeno, los perros y los treiles le avisaban, “ellos no se equivocan” decía. Muchas veces ella lo acompañó con la luz de la linterna o de la luna. De repente había que ayudar a una vaca a parir, es que el ternero venía grande y la pobre aún no estaba bien desarrollada. El gringo se lavaba bien las manos, preparaba sus cordeles, metía sus manos en la futura madre y amarraba las patitas de la cría, después había que tirar con todas las fuerzas hasta que naciera... luego con la ayuda de un teclé todo se hizo más fácil.

Y así pasaron los años... La niña creció y el gringo cada vez más anciano, delgado y frágil, aunque decía: “Yo a éste le corro y le gano”. Nunca se achicaba ante nadie... Ella quedó en la universidad, en Pedagogía en Castellano. El gringo le dijo que estudiara otra carrera, no la convenció y se fue a estudiar a Temuco. Con mucho esfuerzo, gracias a la platita de la leche sacada a mano por su madre y el gringo, se podían financiar los pasajes, la pieza y la comida... Los fines de semana debía ayudar, no le hacía asco. Un recuerdo jocoso: si la vaca lograba soltar su cola mientras la descargaban, no había duda de que la pasaría por su cara tiéndola con excremento...

Terminó su carrera, el gringo no podía más de orgullo. Encontró trabajo y poco más de un año después... quedó embarazada ¡Madre soltera!

“Es mi hija, nadie tiene nada que decir”, sentenció el gringo cuidando con orgullo a su nietecito, mientras ella trabajaba. “Este va a disfrutar el campo, lo vamos a criar...” Por desgracia el sueño solo duró un año: trombosis mesentérica, nada que hacer... un final rápido. Un mes después del primer cumpleaños del pequeño, estaban sepultando al gringo.

El campo no quedó en una mano. Había seis hijos de un primer matrimonio; la mayoría de ellos ávidos de la herencia... las vaquitas también se fueron... Como señal inequívoca de que la naturaleza está conectada con las personas días después de la partida del gringo, sin razón aparente, un gran castaño, plantado por él, decidió partir, desplomándose estrepitosamente.

Han pasado más de diez años desde que se vio forzada a irse de la Séptima, más de diez años desde que el gringo se fue... Con frecuencia viene entre sueños. Al campo ella no ha vuelto a ir... ya no le pertenece: los frutales ya no están... la sociedad agrícola que compró el terreno lo llenó de avellano extranjero ¡Es que cuando hay una herencia!...

El niño no pudo crecer en el campo...

No pude, pero a través las palabras de ella, mi madre, puedo imaginar cómo hubiese sido mi vida, creciendo entre el canto de pájaros y el suave cobijo de aquel añorado campo e imagino al gringo, mi abuelo. Aquel que me quiso e intentó enseñarme su sapiencia campesina en mi primer año de vida.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

LEYENDA DE LAS PIEDRAS COMADRES

Jairo Emanuel Neira Parra (13 años)

Estudiante

Coelemu

Segundo lugar regional

Un día de invierno, luego de un gran aguacero, se cortó la luz y mi abuelita me contó que, en Cerro Verde, comuna de Ránquil, había dos enormes piedras separadas por un camino pedregoso, y rodeadas de abundante vegetación nativa. Esas piedras no siempre lo fueron. Mi abuela comenzó a contar la historia de tres amigas que se querían muchísimo las que tuvieron la mala idea de enamorarse del mismo campesino. Ellas lo mantuvieron en secreto porque habían hecho un pacto, el cual decía que nunca se casarían; sin embargo, el amor superó toda promesa y en forma clandestina se juntaban en medio del bosque con aquel apuesto hombre.

Pasaron dos meses y nadie descubría el secreto de la otra, hasta que una de ellas siguió a una de las amigas encontrándola con el mismo hombre al que ella amaba; desesperada buscó ayuda con la bruja del pueblo de san Ignacio de Palomares quien le preparó un jarabe que convertiría a su traidora amiga en una enorme piedra.

Una tarde con el jarabe en la mano llegó a reunirse con sus amigas y las invitó a dar un paseo por el camino hacia el bosque. Al llegar a la cima del camino, se sentó y ofreció este jarabe a una de las amigas. Ésta se tomó media botella y le convidó a su otra amiga el resto, sin pensar lo que sucedería. Cuando quisieron pararse para retornar a sus casas, no pudieron hacerlo, sintieron sus cuerpos muy pesados y comenzaron a perder la movilidad hasta que quedaron completamente convertidas en un par de rocas.

La traicionada amiga sintió un poco de tristeza, luego pensó qué pena para mi otra amiga, sin saber que también tenía amores con su campesino. Al llegar a la casa la estaba esperando su amor para decirle que ya no podía estar con ella porque debía confesarle que era casado y que volvería a su pueblo de Quirihue ya que su esposa había recibido una enorme herencia y quería compartirla con él.

Desesperada y arrepentida volvió donde la bruja para pedirle una pócima que revirtiera el embrujo pero ella lamentándolo, le dijo:

—Imposible, lo único que puedo decirte es que en noches de luna llena a las doce, tus amigas volverán a su estado humano y podrán conversar por una hora y luego se transformarán nuevamente en rocas.

Es por eso que cada noche de luna llena se sienten risas y conversaciones. Entre mujeres dicen que son las piedras comadres que se cuentan todas sus alegrías, tristezas, aventuras, sueños, ilusiones y amores.

Los vecinos de Cerro Verde anhelan poder ver a estas niñas que desaparecieron un día de otoño dejando un inolvidable recuerdo por ser las mejores amigas conocidas en el sector.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

LA TRAVESÍA DE LOS ANDES

Tamara Belén Valenzuela Caro (14 años)

Estudiante

San Carlos

Tercer lugar regional

Me puse unas botas de cuero, unos pantalones un poco anchos, una camisa de cuadros, la chomba hecha con lana de oveja, mi manta y por último mi chupalla. Agarré mi morral y eché un pedazo de tortilla, un poco de grasa en un tarro, una cantimplora y un cuero de vaca para el frío. Subí a mi caballo, y fui en busca de los demás animales. Eran alrededor de 20 vacas que debían ir a comer a las montañas porque ya no tenían alimento en el lugar donde estaban. Las llevé al este de San Fabián de Alico, a las montañas más altas, allí era el mejor lugar para llevarlas a pastar.

Llegué al lugar luego de un día a caballo. Había mucho pasto y algunos árboles alrededor, la mayoría eran robles viejos ya que los troncos eran anchos. El viento puelche era muy helado y hacía que las ramas de los árboles se movieran fuertemente, además el cielo tenía pinta de que iba a llover porque estaba cubierto de nubes grises oscuras.

Dejé que los animales se acomodaran en el lugar a descansar mientras yo comía un pedazo de tortilla hecha al rescoldo con grasa de cerdo. Llegó la tarde, hacía más frío que en la mañana así que tenía que buscar algún lugar para pasar la noche. No había ninguna casa alrededor y lo más cerca que encontré fue una cueva a mitad del cerro que tenía varios metros de profundidad. Era bastante oscura y no se sabía qué podía haber allí dentro pero no me quedaba otra alternativa que quedarme ahí. Hice fuego con algunos palos que había encontrado y con eso pude calentarme, pero no duró mucho ya que el viento apagó mi fogata.

Estaba aclarando cuando sentí algo en mis pies. Me levanté para ver qué era y una serpiente café apareció allí, no era peligrosa porque ya las conocía, así que la tomé y la dejé más alejada de la cueva. Fui cerro arriba para ir a ver a mis animales que estaban pastando, los conté y estaban todos pero me faltaba el caballo, sin él no podía regresar. Lo busqué por los alrededores y no había ninguna pista de él. Después de un tiempo de caminar por el cerro volví donde los demás animales, dejé que el caballo volviera solo. Y así fue, mi caballo regresó en la tarde, venía mojado, lo más seguro es que había ido a tomar agua a un estero que pasaba cerca de la montaña.

En la tarde nuevamente regresé a la cueva, encendí otra fogata para mantener el calor en mi cuerpo ya que los días estaban bastantes helados y el viento puelche no cesaba. Pasé la segunda noche allí, no tan tranquila

como la anterior porque tuve que levantarme a media noche a ver a los animales. Un zorro andaba atacando a las vacas, agarré un par de piedras que estaban en el camino, se las tiré y con ellas le grité para ahuyentarlo. Volví a mi casa de piedra temporal para descansar otro poco.

El tercer día la temperatura se sentía mucho más baja que en los días pasados. Ese era mi último día en las alturas de los Andes pero lamentablemente no fue así.

Tenía que regresar a mi casa por lo que dejé que los animales terminaran de comer el poco pasto que quedaba y los agrupé para irnos de la montaña. Monté a mi caballo regalón, dejé que las vacas fueran detrás de mí para que me siguieran y como a media tarde comenzamos a descender la Cordillera de los Andes. La bajada fue lenta porque algunos terneros se quedaban atrás y tenía que regresar a buscarlos así que llegamos a la falda de la montaña cuando estaba oscureciendo.

La temperatura parecía que iba decreciendo cada vez más y el viento se estaba levantando con mucha más fuerza pero tenía que seguir avanzando para poder llegar a mi hogar.

Cuando llegó la noche se me hacía mucho más difícil avanzar debido a que el viento era demasiado violento y había comenzado a caer una lluvia muy helada. Estaba en medio de una tormenta y me di cuenta solo cuando mis animales y yo no podíamos seguir avanzando. Cada vez la fuerza del viento aumentaba mientras que la lluvia no cesaba. Busqué algún refugio cerca pero aún estaba alejado del pueblo así que no me quedó otra alternativa que esconderme entre los árboles del bosque que estaban al lado del camino y allí resguardarme un poco de las ráfagas.

Tuve que aguantar la tormenta por tres horas. A pesar de ello tenía que seguir de vuelta a mi casa por lo que retomé el viaje de regreso alrededor de las dos de la mañana. No podía perder más tiempo.

Cinco horas más tarde comenzaba a salir un sol resplandeciente, perfecto para poder terminar al fin mi travesía por la Cordillera de los Andes. Un viaje un poco complicado, con frío y sin ninguna comodidad, pero no me quejaba de nada, había tenido viajes peores en donde ni siquiera tenía un cueva para dormir u otro en que terminé con la mitad del ganado muerto por culpa de un puma y así muchos más. Cada vez que los animales tenían que ir a otro lado a pastar significaba una aventura diferente.

Al medio día llegué al pueblo de San Fabián, allí me encontré con otro arriero que llevaba a sus vacas a pastar, conversamos un rato y le dije en donde estaba el lugar que yo había ocupado para que él no perdiera tiempo en ir allá mismo. Me lo agradeció mucho ya que pretendía llegar al mismo lugar.

Cada vez faltaba menos para llegar a mi hogar. Después de pasar por el pueblo de San Fabián, que en esos tiempos solo eran un par de casas y algunas cantinas, nada de parecido a lo que es ahora, seguí de vuelta con mis vacas. Algunas iban más cansadas que otras pero en ningún momento me dejaron de seguir. Admiro por completo a estos animales, capaces de soportar lluvias, vientos, sed, hambre, caminar por días, etc. Y además creo que son inteligentes porque son capaces de reconocer el camino y seguir a su dueño. Eran muy pocas las veces en que las vacas se perdían.

Finalmente logré llegar sano y salvo con mis animales a mi casa. Ahí estaban mi mujer y mis hijos esperando que yo volviera de la cordillera. No puedo describir lo emocionante que eran esos momentos cuando llegaba a mi hogar. Mis hijos corrían a abrazarme, mi esposa me recibía con un abrazo bien apretado agradeciendo que estuviera de vuelta con ellos...

Todo esto me lo contó mi abuelo...

REGIÓN DEL BÍO BÍO

LA NOCHE DE SAN JUAN

Cecilia del Pilar del Pino Sandoval (13 años)

Estudiante

Pinto

Mención especial del jurado

La mujer contó los últimos pesos que tenía guardados en el monedero, miró a su esposo y los volvió a guardar. En las últimas semanas habían estado comiendo caldo de papas, sin mencionar que era lo único que tenían. Rosendo, no pudo vender todos los sacos que cosechó, así es que era lo único con lo que contaban para mantenerse.

La desesperación de este matrimonio se estaba haciendo notar, ya no eran tan jóvenes y ninguno de los dos tenía trabajo. Él, siempre fue agricultor, todo lo que comían era de la huerta a la mesa, pero era tiempo de invierno y no había nada para sembrar, por lo tanto, no había nada para comer, solo las papas cosechadas en abril.

—Viejo ¿Qué haremos ahora? ¿crees que deberíamos decirle al hijo? —preguntó la mujer a su esposo. Su marido la miró y le dijo:

—Mujer, ¿acaso quieres que nuestro hijo cargue con nuestros problemas? Lo preocuparemos solamente y además él ahora tiene una familia que mantener, solo son tiempos difíciles, todo estará bien.

Después de decir esto, le dio un tierno beso en la mejilla.

—Oye, vieja, hoy es la noche de San Juan. Hagamos la prueba de la papa —le dijo a su mujer. Rosa asintió con la cabeza y fue a buscar las papas.

La mujer dejó debajo de su cama tres papas, una con cáscara, una a medio pelar y la otra pelada. A la mañana siguiente debía sacar una de las papas con los ojos cerrados. Si sacaba la papa con cáscara, sería un buen presagio, significaba que el año sería bueno en todos los aspectos; si sacaba la que está a medio pelar, su año sería regular, pero si sacaba la papa pelada, su año estaría igual que la papa, sin nada.

Cantó el gallo y el matrimonio despertó. Los dos se miraron, los dos querían la misma papa. Rosendo, como era un caballero, le dijo a su mujer que sacara la papa, pero Rosa no quería ser la responsable de la mala suerte en su hogar si es que sacaba la papa pelada, así es le dio ese honor a su esposo. Cuando Rosendo introdujo la mano debajo de la cama, no encontró nada, ya que un ratón se había llevado las papas por la noche. Rosendo esbozó una sonrisa, se dio media vuelta, abrazó a su esposa y contagiándola con su estado, rieron a carcajadas durante un largo rato.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA FABULOSA HISTORIA DE MI ABUELA Y YO

Astrid Yahir Silva Palma (14 años)

Estudiante

Temuco

Primer lugar regional

Yo nunca podré olvidar el verano que pasé con mi abuela y mi amigo Totoro.

Yo, como cada niño, en las vacaciones de verano iba a la casa de mi abuela en un pueblo llamado Malalhue. La casa de mi abuela quedaba cerca de un bosque y un río. Como era un gran pedazo de tierra, todos los años ayudaba a mi abuela con la cosecha de frutas y verduras. Lo que más me encantaban eran las frutillas, por ser jugosas y las más dulces que había comido. Mientras recolectaba, siempre escondía unas pocas en mi bolsillo para comérmelas después.

Una noche, me acordé de una historia que me contó mi abuela. Ella decía que en el bosque había un espíritu que era el rey del bosque, quien mandaba a todos. Como yo era muy chica, le creí. Obviamente hoy me parece una historia creativa y divertida.

Las noches en general eran plácidas pero esa en particular, fue diferente. Se escuchó un sonido fuerte, por eso mi abuela y yo nos acercamos a la ventana a ver. Era mi yegua Belleza Negra que se dirigió hacia el bosque.

Mi abuela y yo nos fuimos enseguida a buscarla, pero nos percatamos que entró al bosque y sin darnos cuenta nos perdimos sin saber a dónde ir.

El miedo nos consumía.

Fuimos muy prudentes de no llamar la atención. Nos quedamos silenciosas ocultas en la sombra de un árbol. Allí estábamos pegadas una a la otra, temblando de miedo, cuando escuchamos unos pasos. Venían en nuestra dirección, más cerca, más cerca, cada vez más cerca... el corazón se me disparaba, resonando en mi pecho como un tambor. De repente, el bulto y los pasos estaban frente a nosotras. Un grito inteligible junto a nosotras y me encontré tirada entre unas matas sobre mi abuela. El animal o lo que fuera, salió despavorido. Una luz alumbraba el rostro de mi abuela que tenía los ojos desencajados, lo cual me hizo dar otro grito de espanto y el impulso de salir corriendo. Mi abuela me sujetó y dijo:

—Tranquila, ya se fue. —Apenas pude tragar saliva cuando agregó levantándose de prisa—: Mira...

Fuimos atraídas por una luz muy bella pero cálida a la vez. Vimos a una criatura que tenía un sutil pelaje.

Como yo era más joven, no quería que mi abuela se asustara de nuevo, así que me hice la valiente para que no se preocupara. Me acerqué a la criatura temblando de miedo. La criatura me sonrió como percatándose que yo tenía miedo y gracias a eso me logré calmar. Cuando pude preguntarle su nombre, me contestó “Totoro”. Quedé sorprendida de que supiera hablar nuestro lenguaje. Luego le pregunté si nos podría ayudar a buscar a mi yegua Belleza Negra y el sólo moviendo su cabeza con una sonrisa amigable dijo:

—Sí.

Así que mi abuela, Totoro y yo, la buscamos por todas partes. Mientras mi abuela y yo gritábamos, Totoro hablaba con los animales en un lenguaje que no entendíamos. Me sorprendía cómo todos los animales lo respetaban, hasta los más feroces.

De repente, Totoro escuchó un sonido y nos dijo que lo siguiéramos. Así fue como la encontramos. Estaba tan lastimada que mi abuela y yo entramos en pánico. ¡Cómo salvarla...! Entonces, Totoro nos calmó. En lo que más pensábamos era en curarla. En ese mismo instante, Totoro comenzó a tomar hierbas y hojas para curarla. Cuando ya la había curado, nos preocupaba otra cosa y era cómo llevarla. Repentinamente, un sueño nos envolvió y nos quedamos dormidas sin darnos cuenta.

Cuando amaneció, nos percatamos que estábamos fuera del bosque con Belleza Negra. Nos pusimos en pie rápidamente y fuimos muy preocupadas a ver las heridas de Belleza Negra pero ya estaban totalmente curadas como por arte de magia, como si nunca hubiera pasado nada. Yo sé lo que sucedió porque estuve allí. Mi abuela ni se inmutó, sorpresivamente actuó como si fuera lo más normal del mundo.

Pasaron unos días y los huertos de mi abuela maduraron, y... eran puras frutas deliciosas que por supuesto me encantó volver a recolectar.

Algunas noches me parece ver, de reojo, por la ventana, esa misteriosa luz, pero volteo y no hay nada. Supongo que es mi imaginación.

Pero de algo estoy segura: que aunque hubiera sido mi imaginación nunca lo voy a olvidar.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA VENTA DE CEREZAS

Eduardo Javier Troncoso Aguilera (11 años)

Estudiante

Gorbea

Segundo lugar regional

Un día, me contó mi abuelita que cuando era pequeña, a su mamá se le ocurrió que fueran con varias amigas a vender cerezas a la estación de trenes de Quitratue. Como ellos vivían en el campo, les quedaba a dos kilómetros de distancia la estación de trenes.

Su mamá tomaba las cerezas, que eran cereza moscatel o cereza negra, con las cuales hacía monitos, que eran una varilla que en un extremo tenían como un garfio donde se apilaban las cerezas. Cuando estaba el canasto lleno de monitos, mi abuelita se juntaba con sus compañeras de venta y se iban hacia la estación, cada una con su canasto repleto de monitos, un poco caminaban y otro poco corrían.

Cuando llegaba el tren, las niñas empezaban a gritar: “¡Cerezas! ¡Cerezas! ¡Cerezas! ¡Cerezas!”. Los pasajeros abrían las ventanillas y les hacían señas para que fueran a venderles, ahí era una carrera cual llegaba primero a vender y cual vendía más. Mi abuelita siempre terminaba primero porque era flaquita y muy rápida, algunas de sus compañeras le pedían que las ayudara a vender para que nuevamente se fueran todas juntas.

Cuando llegaba a la casa, estaba su mamá otra vez con el canastito lleno de monitos de cerezas para su hija. Mi abuelita se ganaba dos o tres pesos diarios, esto era en el tiempo de las cerezas y no todos los días salían a vender, solo dos o tres veces por semana.

Con ese dinero su mamá compraba harina cruda, azúcar, hierba para el mate, sal y detergente, mi abuelita se acordaba que se llamaba Rinsolina. Con eso tenían para varios meses.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL ROMERO

Camilo Ignacio Rodríguez Fontealba (12 años)

Estudiante

Temuco

Tercer lugar regional

Era una mañana de invierno de esos que hay en el sur. Llevaba dos días con lluvia y ese día en la mañana había caído helada, las pozas de agua estaban escarchadas y con una lámina de hielo que parecía un pedazo de vidrio. A una cuadra del colegio vimos a un hombrecito a pata pelá con una camisa abierta y unos pantalones sucios que tenía una botella plástica en las manos y al parecer estaba enojado con todos ya que tiraba piedras a la gente que pasaba y decía groserías que no rimaban unas con otras y a lo lejos soltaba unas carcajadas.

Mi primo me dijo: “Mira, ese es el Romero” y una señora cruzó la calle para no toparse con él en la misma vereda del camino, y dijo: “este hombre está loco, es enfermo”, y por miedo, nosotros igual cruzamos la calle.

Cuando volví del colegio a casa mi abuelo estaba esperando para tomar la once, unos huevitos revueltos con perejil y pan amasado. Yo prefiero el pan calentito con mantequilla o con chicharrones, con un tazón de leche con café de trigo. Le conté de ese hombre que vi de camino al colegio y soltó una carcajada diciendo “el Homero” y me cuenta que hace muchos años, cuando él vivía acá en el campo, cuando solo había cinco o seis familias en la zona, ese era un niño travieso que colgaba de los árboles jugando con su hermano y otros niños en una quinta cerca del colegio. Tenía una familia muy humilde y trabajadora, con muy pocos recursos cultivaban la tierra, sembraban papas que se daban súper bien en sus tierra cerca del río, tenían como diez hectáreas de terreno buen cultivados en hortalizas, trigo, árboles frutales, plantas, todo lo comercializaban. En casa su mamá hacía mermeladas, quesos de vaca y cabra. La señora Ernestina tenía muchos cajones de abeja, y un corral de corderos y chivos con los cuales les iba muy bien en las ventas en el mes de diciembre para la Navidad y las fiestas de fin de año.

Yo no tenía ni idea que mi abuelito vivió acá con su abuelita cuando niño y le pregunté por qué el Romero estaba así.

Y me dijo que al ser su familia muy sacrificada y que todos en esa casa tenían que ayudarse unos con otros, que les iba bien, tenían una linda casa, jardines, ganado y huertas y buenos productos. Sus tierras eran fértiles y bien trabajadas. Al tiempo llegaron unos afuerinos a comprar terrenos. Muchos vendieron sus tierras a los alrededores y muchos indígenas también vendían, pero en precios bajos. En aquellos años el país pasaba apuros económicos. El tren que pasaba por el pueblo dejó de pasar y todos se hacían pobres. Un día el padre del Romero murió, don Horacio, un poco curahuilla pero buen trabajador. Quedaron con

su madre y su hermano. Al poco tiempo su madre murió de una enfermedad fulminante. Los hermanos quedaron solos, el hermano mayor de unos veinte años y el Homero de unos ocho o diez años. El hermano mayor andaba en las andanzas de las cantinas y chicherías. En esas conoció a unos afuerinos que andaban de paso y lo hicieron firmar unas escrituras, dicen que lo engañaron y se aprovecharon de que andaba borracho. Le dieron dinero, que para él era mucho más de lo que ganaba en un mes en las ventas de animales, papas o grano. Él desde la muerte de su padre empezó a vender todo lo que criaban y cultivaban sus tierras. Y se iban empobreciendo cada vez más. Otros cuentan que los vecinos por envidia al ver a la familia que le iba bien, le tiraron una maldición por conservar sus tierras. Esa misma gente que después de vender ya no tenían dinero y lo perdieron todo.

Al volver a casa ya que todos sus bienes los habían vendido, el niño empezó a enfermar y a deambular por los campos. Perdió su juicio, decía groserías, hablaba solo, su aspecto cambió. Muchos decían que estaba maldito. Su hermano murió en extrañas circunstancias, lo encontraron muerto en sus terrenos por la orilla del río. Algunos dicen que a los hermanos les tiraron una brujería. Sus tierras fueron ocupadas por sus nuevos dueños un corto tiempo, que nunca vivieron tranquilos ya que ahí pasaban cosas extrañas, penaban, escuchaban llantos y lamentos, movían los muebles, las mascotas desaparecían y las plantas morían. Después los dueños lotearon los terrenos y las vendieron. Yo le pregunté que dónde vivían y mi abuelito me contó que en la entraba del pueblo desde el puente, todo el lugar donde hoy en día hay un vivero, y más al río, un centro turístico con piscinas a las que yo iba en los paseos del curso de fin de año. Yo no tenía idea o sea que eran dueños de la mitad baja de lo que ahora es este pueblito. Sí, me dijo mi abuelo y por eso el Romero deambula por estos lados.

Los vecinos le construyeron una casucha a la orilla del río, con techo una ventanita y sin puerta, de un metro donde solo cabe un colchón con algunas frazadas. Más bien parece una casa de perro gran danés. En la junta de vecinos y en la iglesia lo visten y le dan comida. Le cambian las frazadas y le arreglan ese lugar donde duerme, pero a él le gusta salir a caminar y recorrer lo que fueron sus tierras.

Hoy en día Romero debe tener unos 45 años y anda muy mal vestido. Y muchas personas en el pueblo no saben su historia, no los culpo ya que todos son nuevos. Se construyen muchas villas y poblaciones, ahora edificios con departamentos, es toda gente nueva como yo. En cinco años el pueblo creció mucho, ya no quedan esos grandes terrenos cultivados que mi abuelito contaba. Aún está el molino en el alto, solo quedan las huellas de lo que fue una estación de ferrocarril, solo queda el espacio por donde pasaba el tren ya que ni los durmientes hay.

Lo que no cambia es el Romero que aún deambula por las calles molestando a los transeúntes, tirándoles piedras y hablando en un idioma extraño, mal vestido, con sus zapatos con hambre y sin calcetines, con una botella en la mano dando temor a los niños que salen del colegio, ese colegio al que alguna vez fue cuando niño. Para mí es increíble de imaginar la vida de ese hombre que lo perdió todo. A veces desaparece por meses, la gente de la iglesia se pregunta ¿dónde estará? Y en las redes sociales empiezan a decir “Yo lo vi allí”, “Yo lo vi acá”, “Está en tal parte”, “A mí me gruñó en la calle”... etc.

Ahora varias personas adultas saben de la existencia del Romero, así le decimos en el colegio aunque él se llame Homero, así como los monos amarillos que pasan por la tele.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

UNA LECCIÓN DE VIDA

Maximiliano Marcelo Hernández Palma (13 años)

Estudiante

Temuco

Mención especial del jurado

Acababa de cenar. Era una noche lluviosa, si mal no recuerdo, papá estaba muy exhausto después de tanto trabajar en nuestra huerta y alimentar a nuestros animales. Mamá por su parte no se encontraba de buen humor por lo que mi hermano y yo decidimos acostarnos temprano. Además, el frío y el agua cayendo a cántaros creaban un ambiente cansador. Ambos subimos los rechinantes escalones de madera y cada uno nos acostamos en nuestras pequeñas camas. Cerré mis ojos y dejé que mi mente escapara junto al relajante sonido de los maizales que se movían con el viento y a la par las gotas de lluvia resonantes en mi ventana, cuando comencé a dormir.

Una fuerte corriente de viento entraba por algún lugar del cuarto, le hablaba a mi hermano para saber si era él quien había salido de la pieza y dejado la puerta abierta como explicación de tan fuerte corriente, pero por un ronquido supe que estaba durmiendo. Me levanté y observé entre la oscuridad de dónde podría venir el viento, cuando la luz de un rayo iluminó por un instante el cuarto completo y pude ver por un segundo la ventana abierta de nuestra pieza. Rápidamente corrí a cerrarla, aun me faltaban unos metros para llegar a la ventana cuando sentí mis pies empapados de agua. Avancé por el charco de lluvia y justo antes de cerrarla por completo, logré escuchar un extraño sonido que provenía del galpón.

Sin pensarlo salí de la pieza, bajé las rechinantes escaleras, abrí la puerta y me dirigí hacia el extraño sonido. Un segundo rayo iluminó por completo el camino, y conforme avanzaba, descalza por el húmedo camino de tierra, ese sonido poco a poco se convertía en un fuerte relincho. Llegué a la puerta del galpón para solo darme cuenta que un gran candado y unas cadenas entrecerraban la gran puerta. Me agaché para observar por la hendidura que formaban ambas puertas y lo único que podía observar era una fila de animales iluminados por la luz del lamparín, seguramente papá lo habría dejado ahí después de trabajar.

Corrí hacia la casa, abrí la puerta, crucé la salita de estar y entré en el cuarto de mis padres. La brusca forma de abrir la puerta y mis gritos despertaron a todos en la pequeña casa. Les expliqué de forma detallada a mis padres sobre lo que había pasado. Mi padre se puso una parca sobre el pijama y junto a mi hermano, que había bajado justo al escuchar mis gritos, fuimos hacia el galpón.

Mi madre rápidamente fue en busca de la lámpara de queroseno para iluminar el camino, salimos y mi padre la sostenía en su mano. Lo primero que vi con la tenue luz eran mis pies descalzos cubiertos de lodo.

Luego alcé la cabeza para mirar el gesto de preocupación de mi padre. No dejaba de mirar fijamente el galpón, los maizales parecían que no soportaban ni un minuto más sobre el suelo, el viento y la lluvia eran muy fuertes pero ya estábamos afuera como para regresar a vestirnos. Pronto la luz del artefacto iluminó el gran candado, mientras mi padre sacaba la llave pude escuchar un segundo relincho. Padre logró abrir el candado y el rechinante sonido de la puerta no distrajo a los atentos animales que estaban formando una redondela, en el centro estaba el luchador animal.

En ese tiempo yo era muy pequeña para saber que estaba en presencia de lo más hermoso en esta vida: la creación y el nacimiento de una nueva. Padre pasó entre los animales para llegar donde estaba recostada la yegua, se sentó al lado de ella y comenzó a acariciarle su delicado pelaje, hablándole al oído mientras los demás animales observaban alrededor de la misma. Pronto pude ver una pequeña patita proveniente de debajo del vientre de nuestra yegua. Papá comenzaba a acariciar más al animal, su tercer y último relincho resonaba en todo el lugar, cuando en un instante el comienzo de una nueva vida apenas comenzaba.

Al llegar la mañana, la fuerte lluvia y el intenso viento cesaron por completo. El sol comenzaba a entrar por la gran puerta iluminando por completo el galpón, a los animales, a la yegua y al pequeño potrillo que intentaba dar sus primeros pasos y sostenerse en pie junto a su madre. El cálido aire comenzó a entrar por la gran puerta del galpón.

No puedo describir con palabras lo hermoso que fue ese momento, cómo la vida podía ser algo tan único, comencé a darme cuenta sobre qué significaba vivir, logré madurar. Gracias a esa hermosa experiencia aprendí como el sacrificio de una madre por un hijo comienza mucho antes de la llegada del mismo, incluso esa misma lucha no solo nos ocurre a nosotros sino que a todas las maravillosas criaturas que nos rodean, aprendí una valiosa lección de vida.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA CAZA DE CONEJOS

Lucas Israel Segovia Aravena (9 años)

Estudiante

Lautaro

Mención especial del jurado

Cuando mi tata era pequeño, casi nunca comía carne porque era pobre. Sus amigos le enseñaron a cazar conejos con una trampa llamada huache que estaba hecha de alambre de somier. Claro que la primera vez no cazó nada, pero aprendió.

Era experto cazando en Curacautín.

Así tuvo carne para él y sus hermanitos.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL SECRETO DE METREQUEN

Joaquín Orlando Cárdenas Huenteo (12 años)

Estudiante

Ancud

Primer lugar regional

Mi abuela Elicia me contó que antiguamente cuando vivía en Huapi Linao comuna de Quemchi hasta el año 1974, actualmente comuna de Ancud, sembraban el trigo porque el clima era más estable y el crecimiento de este grano era muy abundante. Se sembraba en la primavera, en el mes de septiembre y se cosechaba en marzo. Ahí se trillaba con máquina a motor y se ponía al viento para que se sacara la plumilla y posteriormente se guardaba en los galpones. Más o menos se cosechaban unos veinte a treinta sacos que se ocupaban para alimentar a los animales y se sacaba la harina integral que la ocupaban para hacer las tortillas al rescoldo hechas en una masa de pan cocida en arena caliente por más o menos una hora y lo hacían de esta manera porque no tenían una estufa con horno. Me explica que solo tenían un fogón, y también sacaban la harina tostada que comían con leche de su propia vaca, esto era un cereal para el desayuno. A medida que lo iban necesitando, se iba a moler unas seis chiguas de trigo crudo y seis chiguas de trigo tostado para sacar la harina tostada, en un molino que quedaba en Pido donde don Guillermo Vidal, claro que el dueño se quedaba con una chigua como medio de pago, por el servicio del molino.

Un día sus padres mandaron a mi abuela que en ese entonces tenía diez años, a moler trigo a Pido acompañada de su hermana de catorce años, pero ellas le dijeron que si podían ir con los caballos porque quedaba muy lejos para ir de a pie y sus padres le dijeron que sí, entonces mi abuela se fue con su hermana a Pido. Ellas iban conversando y riendo así que cuando llegaron al lugar pusieron sus chiguas de trigo a moler, esperando una hora que se moliera el trigo y luego se prepararon para volver a su casa. Cuando iban de regreso camino a su hogar, pasaron por un río llamado Metrequén que queda acudiendo hacia la localidad de Pido. Al cruzar, los caballos empezaron a brincar, tuvieron que bajarse de ellos y avanzaron. Se dieron cuenta que los animales estaban asustados porque en medio de los matorrales había una chancha con muchos cerditos. Al mirar vieron que no eran normales porque eran de cobre y estaban alrededor de una mata de quiscal. Ellas se querían acercar con los caballos pero no se atrevieron así que caminaron hacia la chancha con sus cerditos pero al llegar al lugar donde estaban los chanchitos de cobre con la chancha, ya habían desaparecido. Ellas se miraron muy atemorizadas y con tanto miedo que galoparon muy rápido hacia su casa a decirles a sus padres lo que les había sucedido. Ellos le dijeron que eso era un entierro que los piratas sepultaban. Dentro de un caldero ponían su oro y plata porque antes no había un lugar seguro para guardar su riqueza, entonces hacían un hoyo del porte del caldero y muy profundo para que nadie lo encontrara. Sus padres les explicaron que esa chancha de cobre con los cerdos eran sus visiones, porque el oro emite un gas fuerte que hace ver alucinaciones.

Sus padres, mi abuela y su hermana no se atrevieron ir a buscar el entierro por la creencia que decía que cada tesoro tenía una maldición.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EN LA NOCHE DE SAN JUAN

Francisca Marina Montiel Ruiz (8 años)

Estudiante

Puqueldón

Segundo lugar regional

El pueblo chilote en su antigüedad y aún hasta nuestros días ha sido muy respetuoso y arraigado en conservar sus costumbres y tradiciones. Era común en las familias reunirse en torno al fogón de la cocina chilota y contar historias y vivencias como las que a mí me conto mi abuelo Manuel Jesús. Esta historia ocurrió en la década de los 40 del siglo pasado cuando él tenía alrededor de doce años. En ese tiempo tenía un amigo llamado Edulio en la localidad de Ichuac, al otro lado del estero y un día se pusieron de acuerdo para salir a aguaitar entierros en la noche de San Juan, porque según los antiguos, en esa fecha a las doce de la noche ardían los entierros. Entonces yo le pregunté a mi abuelo qué significan los entierros y él me respondió que era el dinero que guardaban los antiguos en una vasija que era un caldero en desuso para mantenerlo ahí y no se lo robaran ya que en ese tiempo no existían bancos en donde depositar ya que se vivía en una isla. Este dinero era oro y plata pura, y tenía un inmenso valor para la gente que lo encontraba y sacaba, ya que era de muchísimos años y pertenecía a personas acaudaladas del lugar o a piratas que navegaban por la zona que escondían sus tesoros en tierras lejanas, pero también me contó mi abuelo que el entierro debía sacarse en la noche de San Juan justo cuando daban las doce de la noche y diciendo garabatos, groserías y nombrando al diablo y si alguna persona de las que estaba ahí decía ¡Ay mi Dios!, el entierro desaparecía y se transformaba en una enorme piedra. Además tenían que dejar tirado un perro o un gato en el hoyo donde estuvo el entierro para que la persona que lo encontró y sacó, no le sucediera nada durante el año, ya que si no era así, fallecía.

Mi abuelo ese día en víspera de San Juan se fue temprano a la casa de su amigo para compartir, tocar su violín, comer una cazuela de gallina, beber una rica chicha de manzana de un barril de madera recién abierto y esperando que llegaran las doce de la noche para encontrarse con algún entierro para cambiar su suerte económica. Mientras esperaban que llegara la hora, también vieron bailar el chupón en las brasas que hizo la mujer de su amigo.

Cuando llegó la hora, salieron a realizar su misión que se habían propuesto. Se fueron a la parte más alta de un predio que existía dentro de la propiedad de su amigo para poder divisar cuando ardiera algún entierro. Estaban en eso, cuando de repente vieron que se iluminó la iglesia que hoy en día es Patrimonio de la Humanidad. Ellos pensaron que alguien podría haber dejado alguna vela prendida y se había empezado a incendiar. Viendo esto mi abuelo y su amigo partieron rápidamente a la iglesia a apagar el incendio y dar el aviso a los demás vecinos.

Pero grande fue su sorpresa y terror, ya que cuando estaban llegando a la iglesia, se apagó la luz, se abrió la puerta y empezaron a salir perros negros de gran tamaño haciendo piruetas. Mi abuelo y su amigo enseguida dijeron: “¡Esto no es nada bueno! Es una reunión de brujos” y como andaban un poco entonados con la chicha que habían bebido no tuvieron miedo y se envalentonaron, además que eran personas jóvenes en ese tiempo por lo que decidieron que debían pillar al último perro que saliera para saber qué es lo que hacían. Cuando esto ocurrió se cerró la puerta y ellos se tiraron sobre el perro.

Contaba mi abuelo que el perro los arrastró un par de metros pero no lo soltaron y a medida que el perro perdía fuerzas, su pelaje fue transformándose en una ropa de lana. Cuando ya no pudo caminar, el perro habló y dijo: “Déjenme, yo soy tal persona y no cuenten a nadie lo que han visto durante un año, porque si lo cuentan, yo tengo que morir”. Y así fue que mi abuelo Manuel Jesús y Edulio guardaron el secreto por el transcurso de ese tiempo. El nombre de esta persona se reserva porque aún existen familiares que viven en el sector. Pero se puede señalar que él era el patrón de la iglesia de Ichuac y su misión era cuidar, abrir la iglesia, tocar las campanas y ordenar las celebraciones religiosas.

Esta historia fue real y mi abuelo Manuel Jesús y su amigo Edulio pudieron comprobar que este hombre era brujo y que sí existe la magia y grupos de personas que se dedican a hacer daño y que no hay límites en lo sobrenatural cuando se trata de Chiloé.

REGIÓN DE LOS LAGOS

CAGUACH, ISLA DE BRUJOS

Alfredo Sebastián Mansilla Frías (10 años)

Estudiante

Quinchao

Tercer lugar regional

Una mañana de invierno yo estaba con mi abuelo Roberto sentado detrás de la cocina a leña, en el sector el estero de isla Caguach, cuando él comenzó a contarme la historia de los brujos chilotos. Yo, muy ansioso, le dije que me contara. Mi abuelo empezó:

“Una mañana yo fui a buscar leña al monte, cuando en ese entonces comencé a escuchar unos ronquidos. Me acerqué cada vez más hacia el sonido cuando descubrí a un hombre que tenía el cuerpo lleno de pelo negro. Era parecido a un caballo, en su espalda tenía dos inmensas alas, que eran iguales a la de los pelícanos y en su pecho brillaba una luz”.

Mi abuelo, muy sorprendido y asustado, corrió hacia a casa más cercana para decirle a su vecino lo que había encontrado, pero mientras corría por el monte tropezó con un tronco, cayó y se dobló el pie. Al levantarse con mucho dolor, miró hacia atrás y se dio cuenta que la especie con forma humana lo seguía. Mi abuelo intentaba huir mientras cojeaba y gritaba por ayuda pero como nadie lo escuchaba y el brujo se acercaba más y más, decidió enfrentarlo... “Ven hacia mí, extraño ser” le dijo mi abuelo, mientras levantaba un palo de luma del suelo. El brujo al ver su valentía, se detuvo y comenzó a volar desapareciendo entremedio de las copas de los árboles.

Mi abuelo al observar que el brujo se fue, siguió su camino y llegó a la casa de don Juan, un vecino cercano, y le contó todo lo que había pasado. Don Juan se largó a reír y no le creyó. Muy decepcionado no volvió a contar la historia por varias semanas, ya que pensó que nadie le creería pero un año después se enteró que el mismo ser extraño se le apareció a una señora que recogía murtas en el mismo monte donde él recolectaba leña.

En ese tiempo mi abuelo se acercó a la señora y le contó que a él le había ocurrido lo mismo, y así las personas de la isla creyeron en la historia de los brujos en las islas de Chiloé.

Desde ese entonces todos los inviernos, mi abuelo cuenta su historia a los visitantes.

REGIÓN DE LOS LAGOS

UN RESCATE INESPERADO

Madelein Valentina Mansilla Frías (9 años)

Estudiante

Quinchao

Mención especial del jurado

En mi isla Caguach, todos los veranos se juntan muchos vecinos alrededor de una fogata a contar historias. Yo estaba allí muy atenta escuchando lo que se contaba. Llamó mi atención la historia del tío Pato, quien comenzó diciendo:

Un día fui a ver mi bote a la playa porque quería salir a pescar. Mientras empujaba el bote hacia el mar, el tiempo se maleó y no pude salir. Al día siguiente, le dije a Lucho que me acompañara a la pesca, ya que la merluza estaba picando. Él respondió que sí, y nos fuimos en mi bote mar adentro. Iba todo bien, ya habíamos sacado cinco merluzas y unos cuantos róbalos, cuando de repente las nubes se tornaron grises, comenzó a llover y a soplar el viento. Nosotros emprendimos el viaje hacia la isla, pero el mar se puso bravo siendo cada vez más difícil el regreso a casa. Entonces remamos y remamos cada vez con más fuerzas, pero no lográbamos avanzar. De pronto, por las fuerzas de las olas, se soltaron los remos y en unos minutos, nos caímos al mar. Intentamos nadar para poder salvar nuestras vidas, sin mucho resultado. De tanto luchar ya no nos quedaban fuerzas. Entonces me encomendé a Jesús Nazareno, el Cristo milagroso de isla Caguach. Perdí la razón. Mientras me hundía, observaba de reojo que se acercaba hacia nosotros una enorme ballena, y luego ya no vi más. Cuando me desperté me di cuenta que estaba junto a mi compañero navegando en el lomo de la enorme ballena que nos acercó a la isla. Nadamos hacia la orilla y cuando miramos hacia atrás no había ni rastro de la ballena, había desaparecido.

Al llegar a nuestra isla corrimos hacia la iglesia a dar gracias a Jesús Nazareno por el favor concedido. Muchos de los vecinos que escucharon la historia corrieron a abrazarnos y darles las gracias por contarles tan linda historia. Desde ese entonces la gente de mi isla venera todos los años al Cristo milagroso que es Jesús Nazareno de isla Cahuach que es la isla de la devoción.

REGIÓN DE LOS LAGOS

LA FLOR AMANCAY

Bárbara Lisett Ojeda Oyarzo (11 años)

Estudiante

Maullín

Mención especial del jurado

Hace mucho tiempo había dos tribus que eran enemigas. Una de las tribus tuvo un hijo al que llamaron Kurut. Un día, cuando el joven caminaba por el bosque, se encontró con Amancay, hija de la tribu enemiga. Después de un tiempo de verse a escondidas, se enamoraron. Siempre se encontraban en secreto en una laguna. Después de unos días la joven se enfermó. Kurut muy preocupado le preguntó a Amancay cómo podía ayudarla. Ella le dijo que había una flor rosada que curaba enfermedades, se preparaba como un té y la podía encontrar en lo alto de la colina. Kurut siguió las indicaciones de Amancay así que subió a lo alto de colina y cuando llegó, se encontró con un cóndor que estaba posado en una rama.

El cóndor le preguntó a Kurut: “¿A dónde vas?”. El joven asombrado le respondió que estaba buscando una flor rosada, entonces vio que la flor estaba al lado del cóndor. El ave le respondió: “¡Esta flor es mía! Si la quieres, tendrás que darme tu corazón”. Y como Kurut amaba tanto a Amancay le dijo: “¡Tendrás mi corazón si vas a dejarle una flor rosada a la joven que vive cerca del lago!”. El cóndor aceptó y tomó el corazón de Kurut. El cóndor le llevó la flor a Amancay y al entregarla, se dio cuenta de que estaba manchada con la sangre de Kurut.

Es por eso que aún hoy día se ven las pintitas rojas de la sangre de Kurut en la flor Amancay.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL PODER Y EL MILAGRO

Martina Belén Cárcamo Uribe (13 años)

Estudiante

Castro

Mención especial del jurado

Hace mucho tiempo, en un pueblo muy lejano, vivía una pequeña niña llamada Antilaf que significa “día de alegría y felicidad” en mapudungun. Sus padres le habían puesto ese nombre porque la niña era muy alegre y donde ella iba les daba alegría a las personas.

Un día, los padres de Antilaf se fueron de viaje por asuntos de trabajo y a la niña la dejaron con su abuela Mailen que significa “mujer poderosa, noble e inteligente”. A la pequeña le gustaba quedarse con su abuela Mailen porque ella siempre le contaba historias de su pueblo.

Un día, su abuela Mailen, durante la noche, le contó una historia que había pasado hacía mucho tiempo en su pueblo. Se trataba de una bruja muy mala que todas las noches, como a las doce de la noche, pasaba a embrujar a los niños que estaban despiertos. Su embrujo podía ser bueno o malo, por eso los padres de los niños que vivían en ese pueblo mantenían las ventanas cerradas sin luz y las puertas ajustadas con tablas que los mismos padres hacían para mantener alejados y a salvo a sus hijos de la mala bruja.

Una noche Antilaf, como era muy curiosa, se quedó despierta y esperó que fuera medianoche para ver si la historia de esta extraña bruja era verdad y sí lo fue. Antilaf salió fuera de la casa de su abuela para ver a esta bruja y se escondió detrás de un arbusto para que la malvada bruja no la viera, pero como esa bruja era muy poderosa, terminó encontrando a la pobre niña y lanzó sobre ella una maldición diciéndole: “Sobre ti, niña, lancé un poderoso embrujo y nadie podrá destruirlo, sólo si encuentras un amor verdadero podrás sacar este embrujo de ti y cuando seas menor de edad, este embrujo va a ser muy bueno, pero a medida que vayas creciendo, será muy poderoso y malo”.

La niña llorando en la noche corrió a los brazos de su abuela Mailen. La abuela le contó a los padres de la niña lo que había sucedido y ellos buscaron la forma de eliminar este embrujo yendo donde machis, pero nadie pudo hacer nada por ella pues su embrujo era tan poderoso que no podía romperse. La niña ya no era feliz y siempre lloraba.

Pasaron doce años de la maldición de la bruja y Antilaf se convertía en una bella mujer tan hermosa como el mar y reluciente como las estrellas. Su pelo era muy largo y de color negro, sus ojos cafés y su cara muy bonita. Ella veía que sus poderes estaban creciendo y se daba cuenta de que tenía poder sobre la naturaleza: podía cambiar el pensamiento de las personas, podía volar y de sus manos lanzaba extrañas bolas de agua.

Antilaf fue creciendo también con miedo porque el pueblo entero no la quería, de hecho los padres de otros niños no querían que sus hijos se juntaran con ella.

Un día, la abuela Mailen falleció por un cáncer que tenía entonces. Antilaf se sintió culpable por la muerte de su abuela y decidió irse del pueblo. La gente que vivía ahí, con el tiempo olvidó todo lo que había pasado en estos años pues Antilaf les había lanzado un hechizo a las personas para que no la recordaran. Hizo una nueva vida alejada de todos los que la rodearon alguna vez y se fue a vivir a otra isla, en un gran cerro. Era feliz en el día pero cuando llegaba la noche, lloraba porque recordaba lo que había pasado hacía doce años atrás y se preguntaba: “¿De verdad habrá un hombre que me salve de este hechizo?”

Una noche, un caballero muy bueno fue a cazar al bosque. Su pelo era café y sus ojos color azul, llevaba un pantalón negro y una camisa blanca. Tenía con él una espada y montaba a caballo. Antilaf lo vio y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y él respondió:

—Soy el príncipe Aukan que significa “guerrero”, y tú ¿cómo te llamas?

Ella respondió:

—Antilaf.

El príncipe Aukan se enamoró de su belleza y le dejó dicho que volvería a la mañana siguiente. Al otro día ella se despertó y preparó una sabrosa comida para que él volviera, lo espero y él volvió día tras día. Luego Antilaf le pidió que se alejara de ella y que no la visitara más, pues le contó lo que le había pasado pero a Aukan no le importó y decidió no alejarse a pesar de la insistencia de la joven quien muy enojada y llorando le dijo:

—¡Vete! Nadie me podrá amar, no soy una princesa y nunca nadie me sacará la maldición que llevo dentro de mí.

Aukan finalmente se alejó aunque sentenciando que siempre iba a amarla y a recordarla. Antilaf no quiso lanzarle un hechizo porque sabía que sería injusto romperle ese deseo.

Una tarde en el pueblo de la isla en que vivía, llegó un hombre muy misterioso volando y quemando las casas a las pobres personas que vivían ahí. El hombre vestía un traje negro con una capa verde, sus ojos eran de color fuego, su mirada, fría.

Antilaf le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El hombre respondió:

—Ahuel que significa “alma perdida”, pero ella le dijo:

—No dejaré que quemes las casas de estas pobres personas. Pelearé contigo aunque me cueste la vida.

Antilaf y Ahuel pelearon muy duro. La mujer sacó bolas de agua para parar el fuego, pero Ahuel seguía quemando el pueblo. Ella hacía todo lo posible con su poder: sacaba de la tierra las raíces de los árboles, pero se cansaba ya que Ahuel era más poderoso. Entonces el príncipe Aukan volvió y sacó su espada hiriendo al malvado Ahuel. Luego Antilaf fue corriendo a abrazar a Aukan pero el poderoso Ahuel despertó e hirió fatalmente al príncipe. Antilaf con toda su furia sentenció a Ahuel diciendo:

—Pido a mis ancestros del cielo para que te encierren y no puedas salir de ahí y sufrirás por toda tu vida.

Antilaf conoció el amor del príncipe Aukan y le dijo que en todo este tiempo que pasaron juntos, se había enamorado y sonriendo abrió los ojos y confesaron su amor el uno al otro, pero de repente, cuando Antilaf y Aukan estaban sentados en el piso, apareció la bruja malvada que hacía doce años atrás le lanzó esa maldición, pero la bruja quería curar al príncipe para que vivieran felices y le dijo a Antilaf que pidiera dos deseos y Antilaf le dijo:

—Deseo no tener más este poder y que mis padres se enteren de todo lo que pasó.

Y así fue que se cumplieron los deseos. Volvió a su pueblo y finalmente la gente que la recordó como una mala mujer, la recuerda ahora como una salvadora.

Antilaf y Aukan decidieron casarse para vivir toda una vida juntos y luchar por lo que ellos amaban. Al año tuvieron a una maravillosa y preciosa hija a la que pusieron por nombre Millaray que significa “flor de oro” y a la que le contaron su historia como herencia familiar para que supiera todo lo habían pasado sus padres para que ella llegara a esta tierra.

REGIÓN DE AYSÉN

PRECIO CONVERSABLE

Catalina Isabella Jara Montiel (7 años)

Estudiante

Coyhaique

Segundo lugar regional

—¡**B**uenos días, caballero! Vengo por el aviso de radio que usted ha puesto...

—¿A sí? Pase por favor, entremos a la casa.

Así comienza el gran negocio que hizo mi bisabuelo en el año 1965, más o menos.

Yo tenía como cinco años, cuando encontré un camión antiguo que estaba en un rincón del patio de la casa de mi tata, escondido entre el pasto y los arbustos. Le pregunté a papá de qué se trataba. Él me sonrió y desordenándose el pelo, me dijo: “Mañana iremos donde tu abuelo, para que él mismo sea el que te cuente la historia de ese famoso camión”.

Al día siguiente fuimos a la casa de los abuelos a la hora del almuerzo, que era siempre la mejor hora para visitarlos, como decía mi papá y mi mamá, y eso sí que es verdad... Mi abuela preparó el mate para los adultos, porque estaba muy amargo... uff... mientras mis hermanos y yo llenábamos de preguntas al tata acerca del “famoso camión”.

—Muy bien —dijo el tata, acomodándose en su asiento y nos contó que cuando él tenía como ocho años, un día a las ocho de la mañana, estaba escuchando un programa de mensajes en la radio cuando de pronto, salió un aviso que decía “Vendo camión en buen estado, precio conversable, tratar con don Ruperto Melgarejo en Baquedano 300”. En ese momento, el tata estaba con sus siete hermanos y dos primos que acostumbraban a quedarse a dormir en su casa. El tata Néstor que era el papá de mi tata, o sea mi bisabuelo, pensó un buen rato y luego de rascarse la cabeza y tocarse la barbilla varias veces, dijo:

—Hummmmm... Alejandro, Gustavo, Luidina, Mirna y Humberto..., ustedes deben ir a conversar con el dueño del camión.

Así los hermanos mayores incluyendo mi tata, serían los primeros en conocer la opinión del señor Melgarejo. Llegaron casi a las once de la mañana. El caballero resultó ser muy atento y los hizo pasar a su casa y les preparó el mate. Aunque la vuelta salía un poco larga, la conversación resultó ser muy entretenida. Como a las una y media de la tarde, la esposa del señor Melgarejo puso la mesa y los invitó a almorzar. Luego de eso, uno de mis tíos abuelos inició la ronda de los chistes lo que alegró mucho a la señora y así continuó la

conversación. Luego de un rato y cuando ya eran las cuatro de la tarde llegaron los otros hermanos del tata y los primos. El dueño del camión los hizo pasar a la casa también. El señor Melgarejo estaba muy a gusto con la conversación, aunque admirado de la cantidad de personas que formaban parte de la familia y de los interesados que estaban en su camión. Claro que estaban muy contentos de ser visitados, puesto que él y su esposa vivían solos.

Fueron muchos los chistes e historias que divirtieron a los abuelitos, tanto, que no se dieron cuenta cuando llegó la hora de once y ya estaba puesta la mesa con el pan recién horneado, mantequilla y leche. Por suerte la mesa era grande, porque a esa hora la conversación ya tenía muchos participantes.

A ratos, se referían a la necesidad de tener el camión, pero el caballero no decía nada, solo hacía sí con la cabeza y no dejaba de reír. Don Ruperto Melgarejo, en una de sus vueltas al baño por tomar tanto mate, regresó con una guitarra. Esto me emociona mucho, ya que me gusta mucho la música. Los hermanos y primos aplaudieron animando al cantor y rieron mucho con las letras de sus canciones. Luego de eso, un primo del tata pidió la guitarra y cantó unas canciones de “Los Panchos” que les gustaron mucho a los dueños de casa, porque según me dijo el Tata era la música de moda de esa época.

Como a las nueve de la noche, llegó mi bisabuelo como el jefe de familia a presentarse con el dueño del camión y don Ruperto, encantado de conocerlo, lo invitó a pasar. Entonces todos los hermanos y primos salieron de la casa porque era una conversación de adultos y se quedaron en el portón esperando al tata Néstor.

Contó mi bisabuelo, que a eso de las once de la noche, don Ruperto Melgarejo ya no daba más de tanto sueño y fue cuando miró a su esposa y ella en un gesto le dijo que sí. Don Ruperto se paró de su asiento con gran agilidad, estiró el brazo y le dio un apretón de manos al tata Néstor y le dijo: “Amigo, el camión es suyo, aquí están las llaves, ha sido un placer conocer a su familia. Han sido muy buenas conversaciones”.

Cuando mi bisabuelo encendió el camión, se subieron los diez que esperaban en el portón y se fueron a casa. La bisabuela los esperaba con una enorme sonrisa y al verlos llegar motorizados, saltó de alegría y abrazando al bisabuelo y a todos los niños, los felicitó por ser tan buenos para conversar.

REGIÓN DE AYSÉN

CAMPO ALTO

Martina Belén Gallardo Sánchez (10 años)

Estudiante

Aysén

Tercer lugar regional

En 1930 aproximadamente llegaron a la región de Aysén mis bisabuelos procedentes de la isla de Chiloé. Mi bisabuela materna vino de Quellón y mi bisabuelo llegó desde Queilén. Mi bisabuela paterna vino desde Rilán.

En esos años recién se estaba colonizando esta zona. La ciudad de Puerto Aysén era muy pequeña. Tenía pocas casas y existía un puerto donde llegaban los barcos frente al Hotel Aysén. Una de las calles más importantes en aquella época era la calle Chile Argentina, ya que por ella se podía ir directo hacia Argentina. Actualmente se llama Calle Teniente Merino y bordea al Río Aysén.

Mis bisabuelos maternos después de trabajar en campos ajenos, solicitaron un terreno montañoso, denominado Campo Alto, en el kilómetro 15, camino Aysén Coyhaique, al otro lado del Río Aysén. A fuerza de machetes y hachas abrieron un camino. Con ayuda de familiares y vecinos, labraron la madera de ciprés e hicieron tejuelas para construir su casa.

Una vez establecidos allí, mi bisabuelo viajaba hasta Magallanes en las comparsas de esquiladores de ovejas, donde ganaba dinero para el sustento familiar y así comprar algunos animales. Mientras mi bisabuela quedaba sola al cuidado de sus pequeños hijos, se dedicaba a trabajar sembrando en la tierra, diversas hortalizas como papas, zanahorias, repollos, lechugas, cilantro, habas, arvejas, porotos verdes y rabanitos los cuales empleaba para la alimentación familiar. Además creó una quinta plantando árboles frutales como manzanos, ciruelos, cerezos, guindos y arbustos como frambuesas y parras. También criaba animales domésticos como gallinas, patos, gansos, ovejas, corderos, vacas y caballos. Además hacía quesos y mantequilla que llevaba junto con los huevos para venderlos en el pueblo y con este dinero podía comprar algunos víveres para el hogar.

En la casa de Campo Alto nació mi abuelita que es la menor de siete hermanos. Todos iban a estudiar a la Escuela Rural del kilómetro 10 de Valle Verde. Allí estaban internados de lunes a viernes y caminaban cinco kilómetros para llegar junto a otros vecinos y primos.

A la gran mayoría de los alumnos, sus padres los iban a dejar a caballo a la escuela. El año escolar, en ese entonces, comenzaba en el mes de septiembre y salían de vacaciones en mayo, pues los inviernos eran muy fríos, nevaba y llovía mucho, el río aumentaba considerablemente su caudal y era muy peligroso cruzarlo en bote.

En esos años se hacía todo a fuerza y sacrificio, pero igual dicen mis abuelitos que era una vida más sana en todo sentido. Como no existían los aparatos electrónicos para la entretención de los niños, se utilizaba la imaginación y creatividad para jugar. Algunos de los juegos eran el luce, el clavo, las bolitas, el trompo, el run-run, el lazo, el paco librado, saltar a la cuerda, la ronda, aserrín aserrán, con la pelota a la del 10, las cinco piedras, elevaban volantines artesanales, entre otros.

Por otra parte, la familia de mi abuelito vino desde Chiloé en un barco llamado Tenglo, estableciéndose en Puerto Aysén. En esos años, cuando llegaban las embarcaciones, eran recibidas por la Banda Instrumental de Carabineros de Chile.

Mi abuelito, desde muy pequeño tuvo que estudiar y trabajar para ayudar con los gastos del hogar a su madre ya que era el único hijo hombre y tuvo tres hermanas. Salía junto a su padrino en bote por el río a buscar leña de coigüe, lenga y laurel traía el río cuando crecía y quedaba estancada cerca del cementerio.

En esos años Puerto Aysén llegaba hasta la población Corvi. Había muy pocos negocios. Los víveres como el arroz, fideos, porotos, lentejas, garbanzos, arvejas, harina, se vendían al detalle, por kilo y envueltos en papel, ya que venían en sacos a granel. Por otra parte, la manteca llegaba en latas y el aceite en tambores. Para los líquidos se debía llevar el envase.

En esos años se construyó el puente Presidente Carlos Ibáñez del Campo. Antes se pasaba en una balsa para poder cruzar a la parte sur de la ciudad y Puerto Chacabuco. También existía un embarcadero al final de la calle Eleuterio Ramírez donde llegaban pescadores con sus lanchas y botes hasta el muelle para vender pescados como el róbalo, la merluza, la sierra y mariscos como erizos, picorocos, locos, almejas, choritos y cholgas que por almud que era como cinco kilos aproximadamente.

Cada vez que mi abuelita recuerda el lugar donde nació y se crió, me dan muchas ganas de ir a conocerlo, para correr por el Campo Alto y quisiera poder viajar por el tiempo para conocer la época de mis abuelitos.

REGIÓN DE AYSÉN

EL VELO DE LA NOVIA

Magdalena Beatriz Esquivel Tisi (8 años)

Estudiante

Aysén

Mención especial del jurado

Cuenta la historia que en el siglo XX había una pareja formada por Esmeralda y Spenser. Ellos estaban a punto de casarse al frente de una cascada seca, camino a Aysén. Ya era hora de irse a la boda.

Estaban a punto de llegar y se estaban estacionando cuando de pronto una zorra se interpuso y chocaron y todos murieron. Todos los cuerpos se encontraron menos uno, que fue el cuerpo de la novia que quedó escondido en la cascada seca que nunca había tirado agua, y al pasar los meses, empezó a tirar agua cristalina de color esmeralda. Desde ese día todos empezaron a decirle a la cascada “el velo de la novia”.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL CÓNDOR PANCHO

Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga (13 años)

Estudiante

Laguna Blanca

Primer lugar regional

Mi nombre es Gabriel. He vivido toda mi vida en Villa Tehuelches, un poblado que se ubica en el kilómetro 100, al norte de la capital regional, Punta Arenas. Compartiré con ustedes una historia que me contó mi abuelita Elena y que era a la que más me gustaba escuchar cuando era pequeño. Esta es la historia del Cóndor Pancho:

Un trabajador del campo magallánico, mientras recorría las pampas, vio que algo se movía cerca de una mata de calafate. Se acercó lentamente y muy sorprendido descubrió a un pequeño cóndor con un ala herida. Lo sacó del lugar y se dio cuenta que no podía volar. Muy preocupado por el animalito, lo trasladó a la Villa Tehuelches para buscar a alguien que lo pudiera curar. Se dirigió a una hostería llamada El Patagón, cuyo dueño era el vecino Paulino Vásquez, más conocido como don Lino, un viejo jugador de truco que siempre participaba muy activamente en todas las actividades que se realizaban en la comuna.

Al llegar a la hostería le explicó a don Lino lo ocurrido y éste, al ver a la avecilla herida, se conmovió e inmediatamente decidió curarlo, alimentarlo y cuidarlo hasta que pudiera mejorarse.

Día a día, el buen vecino lo trataba con gran cariño, tanto que lo bautizó con el nombre de Pancho. Lo domesticó y desde ese día ya no fue más un cóndor igual a los otros sino uno muy especial. Lamentablemente, el cóndor no se recuperó bien de su herida como para poder volver a volar, por lo cual, don Lino hizo los trámites correspondientes en el Servicio Agrícola Ganadero, ya que, por ser un ave protegida, no se podía tener en cautiverio sin una autorización.

Luego de la tramitación, el cóndor Pancho se convirtió en la mascota de los que vivían en El Patagón y de toda la Villa. También se transformó en visita obligada de los turistas, que, en algunos casos, llegaban solamente a verlo a él. El entretenido Pancho se lucía haciendo movimientos rítmicos y extendiendo sus alas cuando don Lino lo llamaba. A los extranjeros les encantaba sacarse fotos con un ave tan representativa de la región y del país a la que era muy difícil ver tan de cerca.

Por muchos años, Pancho formó parte de la comunidad tehuelchina hasta que enfermó y comenzó a quedar ciego. Don Lino, muy preocupado, lo llevó a un oftalmólogo para que lo atendiera y fue sometido a una operación de los ojos que le permitió estar mejor pero estaba tan viejo que no logró recuperarse totalmente.

Se puede decir que Pancho tuvo una vida hermosa a pesar de estar en un hábitat que no era el suyo y tuvo mucha suerte ya que si no hubiera sido por ese trabajador de campo que lo encontró, su destino habría sido otro.

Un día el queridísimo y popular cóndor Pancho dejó de existir. Fue sepultado en la Villa que lo cobijó por la mayor parte de su vida, pero su recuerdo permanece y no hay habitante del lugar que no conozca su historia, la historia del popular animalito que fue ayudado, acogido, amado y valorado por el hombre.

Es ésta una bella lección de humanidad y respeto por la fauna que nos recuerda que ellos también son seres vivos que forman parte importante de este planeta llamado Tierra.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL AGUJERO DE ISLA RIESCO

Sergio David Fortes Miranda (12 años)

Estudiante

Laguna Blanca

Segundo lugar regional

Hace unos cuantos años atrás en algún lugar de la Isla Riesco, comuna de Río Verde, XII Región de Magallanes, había un agujero del que se decía que, si te acercabas, se podían escuchar chillidos de dolor de personas y animales. Nadie creía ese cuento que había sido creado para asustar a los jóvenes que vivían cerca.

Mi padre me contó que cuando trabajaba en la Isla, cerca de la Estancia San Carlos, podía escuchar gritos de animales. También me contó que un día en que estaba trabajando tranquilamente, de repente sus perros empezaron a ladrar. Fue a ver lo que pasaba y se encontró con la sorpresa de encontrarse con una vaca muerta cerca de un agujero. Me dijo que estaba asustado por el hecho de que el agujero era de siete metros o más de longitud y el ancho era de dos metros y quince centímetros más o menos. El agujero estaba cerca del bosque donde había un lago y me contó que cada animal que se acercaba, desaparecía solamente dejando los puros huesos. Yo no le podía creer que hubiera un tremendo agujero y menos que si un animal se acercaba, desaparecía dejando solamente los huesos pero él me dijo que si no le creía que fuera con él a su trabajo, para mostrarme que era verdad. Y yo como era orgulloso y para no mostrarle miedo, acepté.

Me dijo que a las siete de la mañana nos iríamos. Así lo hicimos y cuando estábamos cerca del bosque, ya eran las nueve de la mañana. Ya dentro del bosque, fuimos con una vaca que estaba enferma a ver si era verdad y cuando llegamos, vimos un gran agujero donde caía un poco de agua por estar cerca del lago del que mi padre me había contado. Entonces fuimos a dejar a la pobre vaca cerca del agujero.

Cuando nos volteamos pasó algo raro. El cielo se puso negro y caían pequeñas gotas de agua. Lo encontramos raro porque hacía unos cuantos minutos atrás el cielo estaba bien y el día hermoso como para que pasara algo como esto. Nos dimos la vuelta otra vez para ver si estaba la vaca, pero no estaba, solamente estaban sus huesos. Asustados nos fuimos de ahí, pensando en que no nos pasaría nada. Nos fuimos a la estancia más cercana que era la Estancia San Carlos. Entramos con la llave que tenía mi padre y por seguridad dejamos la puerta cerrada por dentro para que nadie entrara pero cuando mi padre la cerró, una vibración empezó a mover todo el suelo, haciendo que algunas cosas se cayeran al suelo. Empezamos a agarrar todo lo que se caía para que no se rompiera. Cuando ya había parado, empezamos a guardar las cosas que se cayeron y cuando terminamos de guardar, mi padre salió para tener señal para llamar a algunos trabajadores de la Isla

para que vinieran a sellar el agujero, porque si cerca del agujero desaparecían algunos animales, perderían bastante ganado y eso sería un gran problema.

Cuando estaba llamando, el suelo empezó a moverse otra vez y en la parte que era como una montañita que tenía muchos árboles, empezaron a caerse por el movimiento del suelo. Mi padre que estaba frente a la montañita, empezó a correr tratando de llegar a la puerta de la casa, lográndolo por poco. Los árboles que se cayeron se quedaron tirados donde estaba la puerta grande donde los autos entraban.

Mi padre volvió a llamar porque la anterior llamada la había cortado por el movimiento y le dijeron que vendrían en dos horas y que los esperaríamos con algunas cosas listas. Terminamos de preparar algunas cosas y miramos por si habían llegado porque ya habían pasado las dos horas. Cuando salimos de la casa, vimos cómo llegaban dos autos grandes que traían en la parte trasera, unas bolsas grandes seguramente con tierra para tapar el agujero. Les abrimos una puerta que estaba cerca de la casa para que entraran porque la puerta principal estaba llena de árboles rotos y con raíces que habían hecho que los engranajes de la puerta se atoraran.

Los autos ya estaban dentro. Los amigos de mi padre y algunos trabajadores nuevos empezaron a sacar las bolsas para ponerlas en unas carretillas que usaban para la leña. Su amigo empezó hablar con mi padre, preguntándole para qué le pidió tantas bolsas con tierra, entonces mi padre le empezó a contar todo lo que pasó, pero cuando le empezó a contar, su amigo puso cara de asombro y de miedo porque pensaba que si los animales desaparecían cuando estaban cerca del agujero, qué pasaría si un humano estuviera cerca.

Mi padre le dijo que no pasaba nada porque él ya estuvo cerca y no le había pasado nada. Su amigo dudando aceptó ayudarnos para cerrar el hoyo y así no perderían más animales de los que ya se habían perdido.

Ya dentro del bosque y cerca del agujero, mi padre le pidió a su amigo que pararan a descansar porque ir con carretillas por el bosque era cansador para los que las llevaban.

Habíamos parado para descansar cerca de un lago que estaba de color negro porque el agua estaba con petróleo y los árboles de la orilla estaban pudriéndose por el agua contaminada. Le pregunté a mi padre por qué estaba contaminada y me contó que era por la explotación del petróleo ya que debajo de la isla había mucho petróleo que habían sacado y no habían cerrado los hoyos, ensuciando el agua e intoxicando a algunos animales. Dejamos eso de lado por el hecho de que teníamos que concentrarnos para encontrar el agujero porque no lo habíamos encontrado y estábamos desesperados porque empezó a llover y no habíamos traído nada para cubrirnos.

Nos alejamos de esa zona para llegar a una montañita donde había una cueva chica y donde salía un líquido negro que se salía y caí cerca de un río que llevaba al lago contaminado. Cerramos la cueva con madera de los árboles que estaban tirados y después la llenamos con tierra. Tuvimos que irnos de ahí por el mal olor. Ya pensábamos que no llegaríamos a la casa, pero recorrimos unos cuantos kilómetros y por fin llegamos.

No pudimos tapar el agujero pero logramos tapar una cueva llena de petróleo que dañaba el medio ambiente. Nos tuvimos que ir porque mi padre solamente pidió dos días para estar en la Isla. Antes de irnos llamamos a las personas que cuidan el medio ambiente para que fueran a ver la cueva llena de petróleo.

Pasaron los días y mi padre no supo más del agujero. No había rastro.

Después de unos años, mi padre fue despedido. La cueva llena de petróleo fue sellada y yo no he vuelto a saber de Isla Riesco.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

TONKO, ARKSÁS ÆRKSÁS¹ – TONKO, HOMBRE JOVEN

Carla Alejandra González Nancuante (13 años)

Estudiante

Natales

Tercer lugar regional

Cuando el padre kawéskar notó las condiciones favorables de navegación, envió a sus hijos mayores a desarmar el at², mientras él preparaba las kájef³, la madre en andas con la más pequeña de la familia subía las provisiones y cueros a las kájef que se encontraban hóut-kolaf⁴.

Ya con todo listo, reman sincronizados por sobre čámstqal⁵. El mayor de los hijos observa que cerca de ellos un enorme harqáse⁶ que se escabullía. Decididos a cazarlo remaron tras él enérgicamente hasta acorralarlo contra un roquerío. La madre que tenía muy buena precisión se encargó de la asáwer⁷ capturando al harqáse en el primer intento, cumpliendo su misión, la familia sigue su viaje ánnaksta⁸ por su éxito.

Mientras navegaban los estrechos canales, un grupo de aves marinas alborotadas sobre el mar les indicó que un gran cardumen estaba cerca. Se dirigieron hacia el lugar, cada uno preparó su salta⁹, se pusieron en posición y lanzaron en dirección al cardumen. El más pequeño llamado Tonko tuvo éxito sacando un gran jáučen¹⁰, casi no tuvo fuerza para subirlo a la kájef. El resto de la familia corrió la misma suerte llenando la kájef de jáučen, dando por terminado el exitoso día de caza.

A lugar de eso, la familia llegó a un sitio donde refugiarse bien, entonces Tonko iba curioseando por ahí en busca de astillas para el fuego, pero Tonko olvidándose en qué lugar estaban, se perdió, pero él no estaba nada asustado, se quedó en calma y siguió buscando en donde estaba toda la familia. Mientras Tonko buscaba su familia encontraba cosas que le llamaba la atención lo que provocaba que cada vez se alejara más de su familia. Ya encontrándose en el área de wáekar¹¹ confundido por la turbera cayó en una grieta

¹ Arksás, ærksás: hombre joven (nota del autor).

² At: casa (nota del autor).

³ Kájef: canoa (nota del autor).

⁴ Hóut-kolaf: la playa mirada desde el cerro (nota del autor).

⁵ Čámstqal: la cuenca del mar (nota del autor).

⁶ Harqáse: lobo de mar (nota del autor).

⁷ Asáwer: la red (nota del autor).

⁸ Ánnaksta: risa (nota del autor).

⁹ Salta: arpón (nota del autor).

¹⁰ Jáučen: róbalo (pez) (nota del autor).

¹¹ Wáekar: cima del cerro (nota del autor).

quedando atrapado casi inmóvil. Tonko largó un fuerte grito que puso a volar a todas las aves del lugar, menos a una que desde abajo se veía enorme y por su peculiar color supo que era un cóndor adulto que cuando abría sus alas para sacudirlas oscurecía la grieta.

Ya desesperado en esa incómoda posición que se encontraba sumido por la inminente larga noche del invierno, comenzó a pensar en su familia, en lo feliz que estaría junto a ellos. En ese preciso momento miró al cielo y vio que el cóndor aún seguía ahí pero las malas noticias continuaban para él. Una ráfaga de viento blanco lo advertía de que el clima empeoraría. La nieve no tardó demasiado y con ella el entumecimiento de sus huesos. La piel le ardía producto de la exposición al hielo. Poco a poco sus ojos ya agotados se cerraban y cuando creía que no despertaría jamás, el enorme cóndor desplegó sus alas protegiéndolo con ellas de la fría nieve. Tonko agradecido del protector acto del ave, la miró fijamente y no pudo evitar recordar a su padre como si estuviera ahí cuidando de él a través de los ojos de ese cóndor.

Sin duda el heroico acto de esta ave permitió prolongar la vida del joven Tonko, quien después de esta fría aventura despertó en su at cubierto de pieles de guanaco junto al fuego y con la anhelada compañía de su familia. Cuando intentó explicar lo que le había ocurrido, se acercó su padre con sigilo y con un gesto le pidió que callara. En silencio el joven levantó su cabeza y de inmediato notó en los profundos ojos negros de su padre, la conexión que existía entre él y aquel cóndor.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

DOS LAGUNAS

Monserrat Guadalupe Avedaño Paredes (14 años)

Estudiante

Natales

Mención especial del jurado

Me contó mi abuelito que hace mucho tiempo atrás había una estancia llamada Dos Lagunas donde había un joven llamado Facundo que era un buen trabajador y le gustaba todo lo que tenía el campo. También le gustaba estar con su familia que eran sus hijos y su esposa. A sus hijos también les gustaba el campo y la naturaleza. Facundo y sus hijos se encargaban de todas las tareas de la parcela mientras que la esposa cuidaba de ellos y como cualquier mujer magallánica hacía todos los quehaceres de la casa. Todos los días preparaba una rica cena y jugaba con Matilde, la menor de dos años. Y como cualquier hombre magallánico, Facundo decía que salía a trabajar al campo, pero en realidad salía a pasear a caballo. Cómodo en su montura, disfrutaba del paisaje, bebía agua de la bota y comía cuando le daba hambre. María Teresa siempre decía que el trabajo pesado lo hacía ella y los perros porque Facundo silbaba cómodo desde el caballo y los perros se largaban tras del piño. Eso sí reconocía que Facundo era ingenioso porque los perros y el caballo le hacían caso en todo lo que se le ocurría.

Un día Facundo durante el desayuno se sirvió agua recién hervida en un tazón. Estaba tan caliente que María Teresa le dijo que dejara que se enfriara porque se quemaría la trompa, pero este gaucha que no le gustaba que le dijeran las cosas, cerrando los ojos se mandó todo el café de un solo sorbo y con lágrimas en los ojos dijo: “¡Ya vieja, me voy al campo!” y apenas pudo salir, abrió la boca para que se le enfriaran los dientes y la lengua que le ardía con el café. Se subió al caballo y salió a recorrer la misma ruta de siempre con sus fieles perros pero cuando quiso llamar a los perros, no le salió el silbido. Lo intentó de nuevo y pasó lo mismo. De inmediato se tocó la boca y no la encontró. Usó las dos manos y la encontró casi al lado de la oreja izquierda, toda chueca. Preocupado se devolvió a casa.

María Teresa ya tenía las palabras listas. Cuando Facundo entró a la casa y trató de hablar, su esposa ya le había hecho un retruco diciéndole:

—¡Yo te dije!

Preocupado Facundo se fue a mirar al espejo y resignado regresó a la batalla. Balbuceando le explicó a su esposa que así no podía trabajar ya que no podía silbar ni llamar a los animales así que juntos decidieron cambiar sus roles. María Teresa pensó “por fin tendré un grato paseo a caballo y el pobre perro hará el trabajo sucio”. Facundo por otra parte sobaba sus manos y decía: “me quedaré en casa calentito y descansando”.

Cada uno por su lado comenzó a realizar las tareas del otro. María Teresa sobre el caballo comenzó a sentir dolor de cintura, para qué hablar del frío que tenía en sus manos. Llevaba tres horas detrás de un piño que no lograba agrupar. Facundo sentado en el sillón comenzó a sentir hambre y pegó el grito a la cocina. Cuando no tuvo respuesta recordó que él debía cocinar así que tomó la olla y al fuego. No se demoró ni cinco minutos en quemar el arroz, la carne estaba carbonizada y al pan le puso azúcar. Ya no tenía nada que comer. Los niños aburridos dejaron la casa patas para arriba.

Fue en ese momento que comenzaron a valorar el trabajo que realizaba cada uno. María Teresa se encargaba de muchas cosas y todo resultaba bien. Facundo por muy relajado que pareciera era uno de los mejores ovejeros y lo notable es que jamás se quejaba de lo duro de su trabajo, es más lo disfrutaba y hacía parecer fácil. Desde ese día el frío invierno pareció no perjudicar a la hermosa familia de Facundo y María Teresa que continuaron su vida más unidos que nunca.



POESÍA DEL MUNDO RURAL

PREMIOS NACIONALES

MÁS ALLÁ DEL NIDO

Ivan Darío Rojel Figueroa (49 años)

Ingeniero Agropecuario
Punta Arenas, Región de Magallanes y la Antártica Chilena

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Un día le vi mirando
las blancas cumbres lejanas
y supe que se acercaba
el momento de su marcha.

Estaba tan concentrado
que casi no parpadeaba.
No oyó cuando me acerqué,
no supo que lo miraba.

Solo escuchaba esa voz
serena que lo llamaba;
esa que yo escuché un día
en mi huerto de labranza.

Esa que me dijo: “mira,
hay un futuro que aguarda
más allá de todo el monte
y todas las alambradas”.

Y prendido de su acento,
cabalgando en su llamada,
sueños y pilchas al hombro
dejé mi ranchito un alba.

No pude dejar de verme
en él aquella mañana,
con tanta paz descansando
en su figura callada.

Por eso cuando me dijo,
pude sujetar mis lágrimas:
“El nido nunca ha de ser
barrera para las alas”.

Lo vi perderse a los lejos,
sueños y pilchas cargaba,
dejó detrás todo el monte
y todas las alambradas.

Se fue junto con los teros
que tras el sol se marchaban;
los teros ya regresaron
cuando se murió la escarcha.

Se van y vuelven después.
Se van, regresan, se marchan;
siempre vuelven al potrero
donde rompieron la cáscara.

Él volverá alguna vez,
alguna vez de mañana,
los teros darán al sol
su viejo grito de alarma.

Y yo veré su figura
cruzando la vega larga
más acá de todo el monte
y todas las alambradas.

PREMIOS NACIONALES

FLOR MORENA

Evelyn Roxana Melipil Erices (35 años)

Artesana

Freire, Región de La Araucanía

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Soy una flor morena
con mucho esfuerzo me han criado
mi madre una noble huinca
mi padre un fuerte araucano.
Por mis venas corre sangre
de dos razas muy valientes
que peleando la libertad
la vida entregaron a muerte.
De ser mapuche no me avergüenzo
y sigo altiva y valiente
luchando para conseguir el pan del día
con el sudor de mi frente.
Luchando para demostrar
que no somos ignorantes como lo piensa la gente.
Más ignorante es aquel
que esconde su descendencia
sin saber que pierde un tesoro
y jamás podrán sacar de sus venas
la sangre que recorre su cuerpo
lleno de pura mezcla.

PREMIOS NACIONALES

A MI TIERRA

Víctor Manuel Contreras Romero (32 años)

Maestro soldador

Mariquina, Región de Los Ríos

*Tercer lugar nacional**Primer lugar regional*

Nació el día, se enciende una vela
lo anuncia primero el gallo candela
la tierra aún duerme cuál niño en su cuna
tapada enterita con su sábana de bruma.

La jarra de leche espera en la mesa
la paila con huevos y el pan con manteca.
El sol mañanero ya toca la puerta
y sale mi abuelo con su mantita vieja.

Lo espera su perro, el azadón y la horqueta
su bolso con choca y la tierra dispuesta
como libro abierto de hoja sencilla
que mi viejo escribe al tirar la semilla.

Qué bella es la tierra que el hombre cultiva
de empinados senderos, y de pureza viva
donde abunda el aroma de flores amarillas,
el hualle, el maqui, el coihue y la quila.

Propios olores de su seno evapora
a la rosa mosqueta y dulces moras.
A resina de pino y fardos de pasto
a la caña de trigo que madura en el campo.

De todos tus lugares me declaro enamorado
de tus esteros salvajes y tus cerros jorobados.
De tu abundancia de sabores y tu verde tan vivo
de tu coro de aves y tu bosque nativo...

Retorna mi abuelo de su amorío con la tierra,
se va apagando el día, ya está pronta la tetera.
Un matecito amargo antes de apagar la vela
¡hasta mañana mi viejo!, ¡hasta mañana candela!

PREMIOS NACIONALES

NEWEN ÑUKE MAPU, FUERZA MADRE TIERRA

César Alejandro Opazo Reyes (31 años)

Sicólogo educacional y artista educador

Puerto Montt, Región de Los Lagos

Premio especial Pueblos Originarios

*La poesía es el hondo susurro
de los asesinados
el rumor de hojas en el otoño.*

Elicura Chihuailaf

Tierra Madre, sé que estás ENFERMA.
Sé que lloras por las noches cuando llueve,
Sé que observas sigilosas reuniones de empresarios
gobernantes que expropián y venden tu naturaleza divina
como si fueras una cosa del PROGRESO.

¡Ruega por nosotros Madre Tierra,
porque SÍ sabemos lo que hacemos!

RESISTE ante tus animales racionales sedientos de PODER.
NEWEN MADRE TIERRA
FUERZA ÑUKE MAPU.

Del ESPACIO SAGRADO generador de vida y de alimentos,
del espacio ancestral, natural y eternamente tuyo.

Tú que eres fertilidad y raíz
de una NACIÓN libre.

¡Ruega por nosotros,
porque sí sabemos lo que hacemos!

Tú, que fuiste Testigo Ocular del pasado oscuro
que engañó a la sangre derramada y
al espíritu libre de tu pueblo.

¡Ruega por nosotros,
porque sí sabemos lo que hacemos!

PREMIOS NACIONALES

LA VIEJA CASA CAMPESINA

Grimaldina Inelia Araya Astudillo (81 años)

Dueña de casa

Ovalle, Región de Coquimbo

Premio especial A la Trayectoria

Entré a la destruida casa que fue de mis viejos,
mi corazón se encogió de pena y desconsuelo
al encontrarla en ruinas, pobre y abandonada,
vestida solo de tiempo, de silencio y telarañas.

Al abrir la puerta de goznes enmohecidos
saltaron los recuerdos como cristales rotos.
El tiempo, cruel verdugo, los había esparcido
entre el polvo, el olvido y la herrumbre de los años.

Turbada me senté sobre la piedra chancana
donde mi madre, hacendosa el trigo mortereaba
que muy temprano tostara en la vieja callana,
como siempre, alegre ¡tarareando una tonada!

La tarde, cálida y agonizante me sorprende
en pretéritas y recónditas reflexiones.
Ajena a la realidad por mi ofuscada mente
cruzaron borrosas las imágenes familiares.

Entreví el rostro humilde y moreno de mi madre,
imbuido en su mundo de domésticos quehaceres,
donde mana como miel la ternura y el cariño
de la madre que espera el retorno de los hijos.

A ratos las siluetas se confunden o se fugan
por los intrincados laberintos de la memoria.
De pronto vuelven como bandadas de palomas
aleteando entre los hondos pliegues del silencio.

Veo a mi fornido padre retornar de la faena,
sudado y oliendo a la feraz tierra de labranza.
Mamá lo aguarda para cebar el mate cotidiano
con queso de cabra y panecillos recién horneados.

De pronto, sorprendida siento quebrarse el silencio
en los haraposos adobes del hogar vacío,
sentí juegos, diáfanas risas y voces de niños...
¿Eran ecos, que la casa guarda con cariño?

Recelosa, miré los despojos del pasado,
y un relámpago de hielo recorrió mi cuerpo.
Sentí que en la vieja casa viven los recuerdos
entre trastos y arañas, oxidados por el tiempo.

PREMIOS NACIONALES

DÉCIMAS PARA VIOLETA

Cecilia Margarita Vargas Retamal (53 años)

Dueña de casa, poeta

Viña del Mar, Región de Valparaíso

Premio especial Violeta Parra

U na Viola canturrera
cosechando eternidades,
desnuda de vanidades;
no lo digo a la carrera
como loca aventurera,
sino con toa medida;
el cucharón se me apura,
así que a paso de buey
de la prudencia la ley,
hablaré de una flor pura.

2

Violeta le puso el cielo
y Carmen la patroncita
Parra por su ño' taitita
Sandoval por su desvelo,
su nido, luz y consuelo.
Allá en san Fabián de Alico
entre boldos y maticos
jugando a pata pelada
con sus trencitas aladas
creció como un abanico.

3

Pal norte y sur mi zorzal
te llevaron los caminos
y te llenaste de trinos
como canto de maizal,
de trigo, río, arrozal.
Violeta agraria, artesana,
de la tonada la hermana,
hilandera, tejedora,
de las penas la cantora,
lucero de la mañana.

4

En las venas de la greda
tu galope de guitarra,
el búcaro de tu parra
como un sol de rosaledas
aún acarician sus sedas.
Madre de las arpilleras,
de la menta compañera,
amasandera de cuecas,
bailarina de las ruelas,
palomita mansa y fiera.

5

Cómo no amarte Violeta
y dar gracias a la vida,
si de todas tus heridas
floreció solo la veta
del folclor como cometa;
libre, santa, sin cadenas,
dulces versos de colmenas.
Cuánto sudor y trabajo
curvada pelando el ajo
sacando oro de la arena.

6

Cuando la lluvia sureña
tañe su llanto en el campo
y el copihue como un lampo
da campanadas risueñas
sobre el humo de la leña;
algo galopa en el viento,
algo de amor y lamento
en la sangre americana;
tu voz, tu canto besana,
cereal de sentimientos.

PREMIOS NACIONALES

MANIFIESTO A VIOLETA PARRA

Vicente Ignacio Perelló Durán (16 años)

Estudiante

Independencia, Región Metropolitana

Mención especial del jurado Premio especial Violeta Parra

¡**A**y, Violeta!, tú cantándole
a esos políticos riéndose
de los inocentes;
y en el presente,
lamentablemente,
no hay nada diferente.
Ojalá tus cánticos hubieran sido relevantes
para una sociedad indiferente
que privilegia el dinero restante
para comprar cosas irrelevantes,
que nada se cuestionan
y todo perdonan
¡Ay! Violeta.

PREMIOS NACIONALES

VIOLETA AZUL

Anahí Nigte Cifuentes Fajardo (10 años)

Estudiante

La Serena, Región de Coquimbo

Mención especial del jurado Premio especial Violeta Parra

Violeta, mujer talentosa,
Violeta silvestre, azul y armoniosa.
Melodías dan vida a tu alma virtuosa,
flotando en el aire vas toda gloriosa.

Cantora, escultora y bordadora,
vas sembrando semillas llenas de ideas coloridas.
Eres una emprendedora
con ideas infinitas.

Para olvidarme de ti cultivaré ideas,
de ellas crecerán muchas violetas.
Ahí cantarán en las praderas,
siendo cuales eternas primaveras.

Ahí vas Violeta con tu guitarra, amiga y compañera,
vas a encontrar otro mundo donde extrañarás tus siembras.
Lágrimas brotarán cuando no mires tu cordillera,
aunque no fuiste profeta en tu propia tierra.

Siempre sabremos que nunca parará tu canto,
y que se escuchará por todo el campo.
Siempre tú en los prados irás cantando,
eterna violeta con tu amor cosechando.

Creo que ya preparaste tu maleta,
y en ella llevarás una maceta
donde pondrás tus últimos pétalos Violeta,
gracias a la vida que nos dio Violeta.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

ÚLTIMA DANZA

Daniel Alejandro Lazcano Robles (17 años)

Estudiante

Arica

Primer lugar regional

Rebecca se adentra en los espacios
de su oscura habitación
mientras sostiene una pequeña taza
de chachacoma y té caliente.

Sus arrugas poseen la memoria
de una delgada escritura
son las líneas de un cuerpo marchito
que el tiempo labró con los años.

Ñusta sombría
a quien la vida conmemora
y las raíces claman
dime ¿qué ven tus ojos ciegos
cuando el silencio amenaza?

Con un maltratado peine
ordena sus trenzas de orujo:
ceniza sobre ceniza
como enredadera blanca.

Maquilla con polvo sus mejillas
hasta lograr una brizna de luz
y embute sus débiles zarpas
en zapatos de oscuro calcino.

La música es ahora el instante
de un bombo que trona recuerdos
no es el bronce y la luz de la comparsa
sino la muerte y sus labios de plata.

Aun así gobierna sus temblores
con dignidad de eterna bailarina.

Ñusta sombría
a quien la vida conmemora
y las raíces claman
dime ¿qué ven tus ojos ciegos
cuando el silencio amenaza?

Suenan trompetas
como espadas que rompen el viento
no es el bronce y la luz de la comparsa
¡escucha! es la muerte que de lejos canta.

Rebeca decora sus polleras
con huesos añosos y enjutos
y alzada frente al espejo
se apronta a encender
su última danza.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

REMINISCENCIA DE UNA MUJER ANDINA

Juan Marco Antonio Vilca Quiñones (54 años)

Trabajador social

Arica

Segundo lugar regional

Soy niña, soy joven, soy mujer, distinta, por eso te ruego,
no me digas llama, porque el sol y la brisa me han mirado
besando mis mejillas su color han quemado.
Si soy tímida, es porque en las alturas el silencio solo me ha hablado
y en las noches estrelladas en compañía de mi ganado, muda he estado.
En las alturas he sido hombre y mujer; tomando la vara, he defendido mis ovejas
y tomando la pala, de la tierra he arrancado su fruto.
Con bravura he luchado, llevando mis animales a las alturas más empinadas.
He amantado a mis hijos en medio de la brisa y el frío, dándole calor en medio de las estrellas
que, con ilusión, con mis manos he tratado de alcanzar.
Soy mujer, soy madre, soy hija del cóndor y el huemul
anida en mi pecho el amor a la tierra que me vio nacer.
Por eso, me levanto día a día con ímpetu; beso a mis hijos que luego han de crecer;
Los he de vestir con lana de las ovejas y con queso de cabra que en canasta de totora se han filtrado y
moldeado... los he de educar.
Mis niños que luego alzarán sus alas como el cóndor y emprenderán su vuelo,
alcanzando sus propias cumbres donde podrán sus nidos.
El silencio llenará el vacío que ellos dejaron, ya que solo canta el gallo en estas soledades.
Las cumbres de mi tierra cubiertas con un manto blanco están,
que hasta mis cabellos de blanco ha teñido.
El silbido del fuerte viento del altiplano, cuyo frío se siente en las mejillas, solo me acompaña.
Pues sola estaré, y al polvo volveré.
El cóndor vuela en las alturas, buscando al niño que vio nacer, soledades... soledades sólo le espera
pues el niño no ha de volver, porque el viento lo llevó y otros aires lo habrán de ver.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

OLIVO DE AZAPA

Myrta Ramírez (76 años)

Pensionada

Arica

Tercer lugar regional

Naciste silvestre
por allá muy lejos,
también te llamaron
árbol de los viejos.

Llegaste de España,
Azapa te abraza,
resistes sequías,
el viento amenaza.

Asomas tus flores
en el mes de octubre,
son blancos pañuelos
que el viento descubre.

Ramitos de aromas,
bouquet de fragancias,
la brisa las lleva
perfuma a distancia.

Se fueron tus flores,
asoman tus frutos,
vestidos de verde,
pasan los minutos.

En abril maduran,
se cambian de traje,
se visten de negro
y se van de viaje.

Carnosa aceituna
siempre muy sabrosa,
el mundo la pide
por ser deliciosa.

Regalas tus frutos
y aceite de oliva.
La vida nos cuidas,
el amor cultivas.

Mi árbol longevo,
ves generaciones.
Junto con la tierra
siembras ilusiones.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

AQUELLOS BUENOS TIEMPOS DE CHICHA

Rodrigo Esteban Rojas Teran (29 años)

Técnico en trabajo social

Arica

Mención especial del jurado

Amanece y los primeros sonos de reggaetón se tejen a través del invernadero antivirus, sin embargo, la cumbia chicha resurge desde la radio portátil sujetada al pecho del Chico Caporal debajo del primer olivo cosechado. John Wayno, ex músico de cumbia andina, sabía de esto, e implacable hacía gala de sus frases chicheras con una sensación de continuo montaje, siendo imposible captar un registro filmico de aquello: *La vida no es un regalo, es una cumbia chicha poblada de tristeza.* Su frase poseía una verdad del porte del Titanic, y su mirada tenue en función naturalista aguachaba un gorrión despegando de un olivo, su vuelo es veloz y en piruetas se envuelve con los primeros rayos del sol. Es cierto que en el Valle las faenas agrícolas no son películas de Walt Disney, pero ahí la vida es más tranqui, hay que aguantarse en las vigas hasta el final, a pesar de los achaques lumbares y el polvo del Lannate clavado en los ojos.

En las hectáreas nutridas de olivos, mangos y tomates,
John Wayno, ex caperuzo de la cumbia chicha,
recordaba su última composición de corte romántico
“Herido a quema ropa”
y sentía ese maldito deseo de idealizar
los tiempos de su grupo tropical Máster Brass,
donde fue genio y figura desde la adolescencia,
símbolo de los aplausos y temas a pedido por sus fans:
unas ñustas¹ morenas, coquetas, y de gran corazón.
En los festejos de las Cruces de Mayo,
entre la guatia² florecida de la tierra,
y los brindis de tinto de los músicos
afianzados bajo una misma cepa sonora de alegría,
no necesitaba arengas ni cábalas de buena suerte
al subir al escenario, sabía que le iría espectacular.
Su fama era sabrosa,
se le difundía como “El príncipe de la cumbia andina”,
en afiches puestos en el Valle de Azapa, Lluta y alrededores.
En la época del Gran Parque Rosedal,
donde solo tocaban grupos
de la división de honor de la escena chicha,
sus canciones se ceñían fantásticas
en la galucha cumbiera, vacilando entre saltitos
y el candor prohibido por la dictadura
en la jarana de un viernes.

¹ Ñusta: era el nombre quechua para las reinas o princesas en el Imperio Inca. La ñusta era virgen e hija del inca (nota del autor).

² Guatia: de aymarawaty, que alude a una forma de cocimiento de ciertos alimentos y al plato muy popular en las regiones andinas, consistentes en carne de cordero, papas, habas y humitas, que se prepara sobre piedras calientes (nota del autor).

Todo tiempo de esplendor y lucimiento individual
en algún momento de la vida
posee sus descensos y su caídas *al litro*,
dinero mal gastado, y nulos hábitos previsoros.
John Wayno, ex músico de cumbia,
adoró sus buenos tiempos de chicha más que un saco de billetes,
pues siempre habrá un consuelo desmesurado
en un sueño futuro de ver a sus nietos
como estrellas de música chicha
al contemplarlos junto al crepúsculo
coloreando el agua sucia de las acequias,
entre mariposas veloces e insectos de bolsillo.
En el Valle, cae la noche negra,
como violentos puñados de aceitunas hacia una comba reseca por el sol.

REGIÓN DE TARAPACÁ

NEGRA RESURRECCIÓN

Marcelo Sabino Moreira Alcota (43 años)

Guía turístico, ceramista

Pozo Almonte

Primer lugar regional

1

Ha muerto la Negra Sabina.
Cumplió con lo que quiso, sobre todo bailar.
Sus bailes por más de 60 años
fueron el putukún, con manos en cintura,
el cachimbo tarapaqueño, mamiñano y piqueño
que, sin tocarse la pareja, se deshace con la mirada.
Ha muerto la Negra, la que todos invitaban a bailar.

2

Ha muerto la Negra Sabina.
Dicen es pariente de los Corvacho, los negros de Arica y Camarones.
Que su madre sintió los dolores de parto en Azapa,
de antojo se fue a comer una calapurka en Cariquima
y de vuelta llegó a la víspera de Tarapacá.
San Lorenzo la recibió entre sus brazos.
Ha muerto la Negra, la que nació bailando cachimbo.

3

Ha muerto la Negra Sabina.
Nadie como ella sabía cocinar
calapurka con maíz, vacuno, llama, pollo, cordero,
papas a la huancaína con locoto, nueces, mayonesa;
tortas de selva negra con maní
y alfajores de Matilla de coco.
Ha muerto la Negra, que en año nuevo cocinaba ch'uñuPuti.

4

Ha muerto la Negra Sabina.
De tanto rezar se enfermó un 16 de Julio en La Tirana.
De puro porfiada enferma se arrancó de la casa.
La vieron el 10 de agosto en Tarapacá
donde, bailando y cantando, cayó en coma.
Desde el hospital llamaron a su príncipe Azul, al Negro, el Blanco y Canela.
Ha muerto la Negra, ni todo el arco iris pudo despertarla.

5

Ha muerto la Negra Sabina.
Despertó el treinta y uno de diciembre para preguntar qué día era.
Escuchó “hoy es año nuevo” y murió.
Dicen que nadie fue a su velorio, no creyeron que había muerto,
simplemente que se había ido a bailar.
Ha muerto la Negra, que siendo primero de enero todos llegaron a su entierro.

6

Ha muerto la Negra Sabina.
El cura la conocía bien y la dejó a la entrada del cementerio.
Todos estaban ahí listos para su entierro;
son los que en vano se amanecieron esperándola en sus casas.
Llegaron con serpentinas, cornetas, challa, mistura, lliclla y hoja coca.
Todos con sus trajes de gala.
De Carnavalón, Awatiri, Cachimbo, Pollera, Acso, Cuyaka y de Viuda.
Peleándose por el último baile bajaron de los cerros los músicos.
Bandas de Bronces, Sikuris, Tarqueada, Lakitas, Lichiguayos y Chichas.
Ha muerto la Negra, porfiada como siempre,
resucitó como la Diosa del Cachimbo, Anata y el Putukún.

7

Ha muerto la Negra Sabina, pero sigue bailando.
Con San Lorenzo en Tarapacá, Santa Rosa en Cotasaya.
La Ñusta en La Tirana, San Pedro en Cavancho.
Ha muerto la Negra, pero que nadie se lo recuerde.
Ni ella se ha dado cuenta.

REGIÓN DE TARAPACÁ

RIQUEZA DE LA PAMPA

Alejandra Makarena Gacitúa García (32 años)

Docente de ciencias naturales

Iquique

Segundo lugar regional

Despertando, amaneciendo,
mucho antes que los demás,
mis anhelos, guías, pruebas,
todo en mi bolso debo llevar.

Rumbo a Pozo, desde Iquique,
para llegar al Tamarugal.
Son mis niños, es mi escuela,
día a día debo viajar.

En un principio tuve pena
al conocer su realidad,
de tan lejos, sus familias,
de otros países han de llegar.

¡Oh! Qué ignorancia la mía,
y qué grande mi lección
aquí todos son hermanos,
sin importar su nación.

Llevan fuerza y sangre aymara,
sangre andina y pachamama;
traen versos e historias,
de alpacas y chachacoma.

Juegan, bailan, ríen, gozan,
aquí el desierto los aloja;
sol y chusca, noches frías,
se levantan día a día.

No me han contado, lo he vivido,
aquí en la pampa he aprendido,
no es el dinero, no es una cosa,
que la riqueza acá es otra.

REGIÓN DE TARAPACÁ

DE FIESTA EN FIESTA

Marcela Patricia Pachao González (38 años)

Dueña de casa

Pica

Tercer lugar regional

De fiesta en fiesta, mi madre,
tenemos que celebrar,
las costumbres y tradiciones
no debemos olvidar.

En febrero está ella,
la Candelaria, a festejar,
debemos cruzar la frontera
para poderla regalonear.

De Chile y Bolivia vienen
tus hijos, peregrinando van,
por ti mi virgencita
formamos una hermandad.

De fiesta en fiesta mi madre;
en Ollague debemos continuar,
en esta ocasión es un santo
a quien le toca celebrar.

En junio San Antonio de Padua
una misa quiere escuchar,
alféreces y mayordomos
en su honor la organizarán.

Sigamos avanzando
que se viene la fiesta final,
al son de los tambores
Kosca en diciembre despertará.

Virgen del Rosario de Andacollo
en Kosca viviendo estás,
y por más de 100 años
te han venido a visitar.

Morenos, caporales y gitanos,
llameros, zambos, tobas y demás,
con saltos, cantos y bailes
te quieren engalanar.

De fiesta en fiesta mi madre,
es la herencia que llevo hoy,
todo aquello que me enseñaste
lo guardo en mi mente y corazón.

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL ABUELO Y SU MANGO

Thiare Barraza (10 años)

Estudiante

Pica

Mención especial del jurado

Recuerdo cuando mi abuelo comía de este fruto maduro y en compañía de la familia, al probar de ese mango jugoso y su rico sazón le brillaban los ojos y le latía fuerte su corazón. Mango en leche, mango en tortas, ese mango tropical, pulpa fresca, de la mata rica en vitamina C, A, desesperado en su silla móvil nos mandaba a su chacra a cosechar. Recuerdo triste a mi abuelo, porque la temporada ya se acababa, y estos mangos con aportes naturales, en su patio ya no estaban. Pero su corazón, de piqueño inquieto, quería recordar de este fruto su sabor, y como ya no había mango quiso probar un alfajor, con miel de mango.

REGIÓN DE TARAPACÁ

LA ESCUELA

Yessica Chaca Jaico (10 años)

Estudiante

Huara

Mención especial del jurado

Ella es muy importante
en nuestra comunidad.
Como una familia unida
que nos llama a estudiar
y aprender con alegría
para el futuro formar.

Mi escuela es muy especial
tiene muchas cosas lindas y
alegres que fueron hechas
para los niños de este lugar.

Su campana de bronce,
de muy antigua edad,
tañe y tañe cada día
llamándonos a estudiar
para ser mejor personas
ayudando a la humanidad,
donde los buenos maestros
nos invitan a soñar.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL SILENCIO (DESPUÉS DE VIVIR UN SIGLO)

Victor Mario Bórquez Núñez (57 años)

Periodista

Antofagasta

Primer lugar regional

Tenías diecisiete años recién recuperados
adheridos a la piel
incrustados en el pecho.
Tu guitarra era testigo de ese aliento que se agitaba.

Tenías un alma tremenda, inabarcable, inconmensurable,
llena de recuerdos y viajes;
llena de amores mal cosidos.
Tu trenza juguetona sabía de esos recodos en el camino.

Querías amar hasta las últimas consecuencias
sabiendo que eras atrevida en un mundo de sombras,
recorriendo tantos caminos que nadie podía seguirte el tranco.
Tus pies estaban cansados y la soledad se impregnaba en tus ojos.

Después vino la vida, los viajes, los discursos y las partidas.
Volvías a los diecisiete, dabas gracias a la vida
mientras Run Run se iba p'al norte y nadie sabía dónde estaba.
Un disparo, la tienda en silencio y tú volaste, como pajarito, para la eternidad.

Y así no más fue.
Los ángeles de la guarda vinieron de otro planeta
y tú te quedaste plantada en la mitad del camino,
después de vivir un siglo.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

A PAPOSO, LA MAESTRA

Gianella Franchesca Beltrán Ovalle (35 años)

Estudiante de psicopedagogía

Taltal

Segundo lugar regional

Y se tituló de maestra como quería su mamá,
solo que ella había partido y no la pudo abrazar.
Y designaron su cargo en una escuela rural,
en una caleta escondida a las afueras de Taltal.

Contenta llegó la maestra a conocer el lugar;
nadie salió a recibirla, nadie la fue a saludar.
Salió a inscribir a los niños, casa a casa fue a tocar
y así tímidamente, comenzó a sociabilizar.

Los muchachos no conocían más que el cerro y el mar,
de pastorear sus cabritos o de cuál pez iban a pescar.
Sin televisión, sin luz y sin agua para cocinar
las madres lavaban a sus hijos con agua del mineral.

Y así con gran ternura y con mucho que luchar
cada día era un encanto a sus niños enseñar.
Construyeron una huerta, las hortalizas y el frutal,
formaron sus equipos para el deporte propiciar.

En los actos matinales el coro dejaba escapar
los sueños de cada uno para hacerlos realidad
cantando “La petaquita” de esa artista nacional
hasta el tope la bandera, a bailar y a cantar.

Las lecciones se la daban sin dejarla de mirar
y ella en premio de su empeño, un beso les daba y ya.
Se volvía algarabía, todos querían mostrar
cómo habían aprendido su tarea, sin tardar.

Pero un día la maestra enfermó de gravedad
y tuvo que ser trasladada al hospital de la gran ciudad
donde no estaban sus niños, ni sus rondas, ni su afán
y comenzaron los trajines, el llanto, la soledad.

Y a Dios rogando pidió que quién la fuese a reemplazar
les amara a sus chiquillos, pues eran un pueblo especial.
Había que tomar el mate cuando la iban a invitar
o atender algún parto, y al niño bautizar y apadrinar.

Y volvió al pueblo, la maestra, donde la fueron a esperar
a la carretera de tierra y arriba del camión del mineral.
Allí la tomaron en andas y la quisieron abrazar
con sus manitos con tierra, y la emoción a reventar.

Cómo lloraron los chicos y los padres de aquel lugar
cuando su pálido rostro les quería saludar.
Y cuando vio tanta gente que la aprendieron a amar
se le cerró la garganta con el deseo de llorar.

Está en pie de nuevo la maestra y es que ella no puede faltar.
Ese pueblo es un puzle y ella, pieza fundamental.
Y cuando la campanita toca para la jornada terminar,
se va pensando en la dicha de ser maestra rural.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA ABUELA CAMPESINA

Narora Lemus Villa (75 años)

Jubilada

Antofagasta

Tercer lugar regional

Mi familia, muy nortina
lió sus maletas un día
para viajar hacia el sur
donde la abuela vivía.

Fue un viajecito muy corto
para conocer la abuela,
esa abuela legendaria
que olía a yerbabuena.

Esta abuela campesina
solo supo trabajar,
criar dieciséis retoños
y sin saber descansar.

Sola en su casa los tuvo
y la partera ayudando,
tomando después un mate
para ir la leche cuidando.

Hacía ricas cazuelas
con verduras de su tierra,
al rescoldo las tortillas
y los choclos en su hilera.

En medio de mil quehaceres:
alimentar sus gallinas,
regar la huerta pequeña,
y amasar sopaipillas.

Faenar con maestría
un chanco que era lechón,
hacer prietas, arrollados
sin demostrar emoción.

De aquel pequeño porcino
lograr kilos de manteca
para luego ir a la rifa
de aquel lechón, la cabeza.

A la 5, en madrugada,
presta iba a ordeñar
sacando todo el “apoyo”
para al hijo regalar.

Los quesillos que cuajaba
con sus manteles muy blancos
y las humas olorosas
hechas de choclos tempranos.

Todo en ella era aroma;
empanadas trasnochadas,
rica cuajada de leche
tomada en la mañana.

Y si el tiempo le sobraba
a la casa patronal,
a cocinar ricos platos
sin el salario cobrar.

Creí que ese breve instante
que conocieron la abuela
en el olvido quedaron
como el pájaro que vuela.

Pero al lograr la adultez
de la abuela los aromas
los hicieron buscar verde
y dejar la pampa sola.

Yo que siempre amé mi norte
y su belleza mostré,
sin mis hijos, ya sureños,
la soledad me encontré.

REGIÓN DE ATACAMA

EL EDEN DE ATACAMA

Moisés Edelberto Álvarez Monroy (55 años)

Profesor

Huasco

Primer lugar regional

Mi Atacama ha florecido
como huerto del Edén.
Su aroma sabe muy bien:
es mi desierto florido.

El viento puso su estampa,
el sol nos dio su armonía,
la lluvia con su alegría
penetró toda mi pampa.
Y el milagro que se entrapa
en lo profundo y prohibido,
le da a la vida sentido,
al germinar la latencia,
con su aroma y su presencia
mi Atacama ha florecido.

La aridez se ha sumergido,
a mirar desde el abismo.
La pampa sin espejismo,
es semilla que ha prendido.
Por eso es otro el latido,
otro el ritmo y su vaivén.
Mi tierra es bello almacén
tan surtido en colorido.
Atacama ha florecido
como huerto del Edén.

Hoy vengan todos a oler,
de esta cepa tan divina,
tan delicada y tan fina,
que nos llena de placer.
Ahora tú la puedes ver
que Dios nos hizo también
mucho más flores que cien
con sus lirios y punares,
cuando nacen los chaguares
su aroma sabe muy bien.

Bendita mi tierra entera
con sus bellas ñañaucas
que al son de yales y diucas
adornan la primavera.
Esta trama de arpillera,
que en mi pecho se ha prendido,
con el chañar florecido
y la garra de león.
La más bella creación
es mi desierto florido.

REGIÓN DE ATACAMA

PRIMERO DE NOVIEMBRE

Carolina Alejandra Campos Pallante (36 años)

Asistente de producción de eventos

Copiapó

Segundo lugar regional

Abrázate a mí, hijo mío
que la muerte anda buscando llevarse
pa' curar su pena inmensa, un ajeno crío.
Abrázate a mí, cachorro mío,
que el diablo anda suelto
y lo acompañan pacientes el hambre y el frío.
Quédate conmigo pedazo de mi alma
que las noches de invierno en el campo son largas
y el aguacero traicionero amenaza
con llevarse los recuerdos y anegarnos el alma.
Abrázate a mí, hijo querido,
que con mi carne abierta construyo, para ti, un hermoso nido
aunque quizás en los huesos ya traigo incrustado
el frío aterrador del hambre y del olvido.
Quédate conmigo, niño pequeño,
que para que duermas, yo con mi sangre te escribo estos versos.
El camino está empinado y las noches de invierno en el campo son largas.
Escucha mi voz y encuentra en ella la calma.
Abrázate a mí, hijo querido,
que tu madre le gana en tesón al olvido.
Y si tengo que cargarte por un millón de caminos,
yo te llevo sonriente de mañanita a la tumba de tu padre
para que nunca olvides cuánto él y yo desde siempre... te querimo'.

REGIÓN DE ATACAMA

SOLO UN VERSO

Carolina Alejandra Campos Pallante (36 años)

Asistente de producción de eventos

Copiapó

Tercer lugar regional

Sólo un verso hecho de trigo,
de alma en pena que busca librarse del cruel olvido.
Solo un verso hecho de río,
de campo abierto, de escarcha y rocío.
Solo un verso que estalla
dentro del pecho herido
detonando los recuerdos
de lo que pudo haber sido.
Solo un verso hecho de lluvia,
de tierra mojada, de trueno y suspiro,
una memoria tenue de lo vivido.
De la madre que espera más allá de la puerta,
del hijo extraviado que olvidó la cosecha,
de la furia de la tormenta...
Del aguacero eterno de las penas que llegan,
del recuerdo que invita a volver a la tierra.
Solo un verso sangrado que nace de mi mano...
Que brota en mi mente...
y muere en mi campo fuerte, lleno de almas valientes.

REGIÓN DE COQUIMBO

HORIZONTE VERTICAL EN EL VUELO DEL TIUQUE

Rubén Luis Oros Carvajal (27 años)

Profesor de inglés de escuelas rurales

Paihuano

Primer lugar regional

En las fosas abisales de este valle,
donde viven las flores que abrazan al sol,
corre el susurro de esa mente planetaria.
Ese flujo que recorre el aire,
ese torrente invisible
que remece a los seres verdes anclados al suelo
contemplando el ir y venir
de los seres que tienen un par de milenios de historia
con palabras sencillas traducidas
al lenguaje de la piel.
El corazón avanza, patalea, zapatea.
Se revela, rompe cercas y lejos.
Quizás es la falta de oxígeno,
de esas manos que lo mantienen
fuera del agua.
Pensaba en ese faro de luz.
La mente de aquel pez azul
que serviría para alumbrar su camino,
que solo yace bajo sus aletas,
que nace desde la tierra,
que busca un puente entre las manos
de los amantes que ven como pasa ágape.

Que cruza por la alfombra de estrellas
desde hace años luz
en forma de cometa.
Ahora me pregunto:
¿Dónde está ese cóndor cósmico?
¿Está la serpiente de plata enredada,
detrás del día que aún no pasa?,
será que el zorro debe tomar su rumbo...
Será que el sol lo va a esperar para siempre....
Será que la luna recarga al cuarzo transparente de energía.
Es el momento de escuchar al corazón y preguntarle a los astros,
y la historia parece solo estar comenzado,
ya que el tiuque acaba de abrir sus alas.

REGIÓN DE COQUIMBO

DEVASTACIÓN...

Ismael Efraín Rojas Carvajal (55 años)

Poeta

Combarbalá

Segundo lugar regional

En la región de Coquimbo,
provincia del Limarí,
¡cómo ha cambiado la vida!
para la gente de aquí;
ya no llueve con frecuencia,
la historia lo dice así,
yo vengo a contar en versos
lo que un día conocí.

Vastos sembrados de trigo
solo la lluvia regaba,
abundaban en los cerros
vivientes con sus majadas;
era cuantiosa la fruta
pues todo se cosechaba,
no existían las polillas
y no se desinfectaba.

Los graneros rebosaban,
la tierra era generosa,
todo era orgánico y bueno
en esta zona lluviosa.
El ganado era fecundo
la cabra siempre valiosa,
nunca faltaban los quesos
ni su leche deliciosa.

El río era caudaloso,
la vida era diferente,
se vivía de la tierra
que alimentaba a su gente;
¿cuándo cambiaron las cosas?
por esta forma insolente,
la era de lo transgénico
con su estilo irreverente.

A poco andar la miseria
ha devastado esta zona,
qué decir, si la sequía
es diosa que no perdona.
Hoy las frutas y verduras
nos dan un festín de hormonas,
que indigestan al más sano
porque más saben a goma.

Lo que pasa en esta zona
es una cosa dudosa,
ya no se ve como antes
la fruta dulce y jugosa.
Culparemos a los tiempos
de esta forma desastrosa
esperando, por supuesto,
que se mejore la cosa.

REGIÓN DE COQUIMBO

EL ARRIERO

Jorge Américo Torres Galleguillos (41 años)

Panadero

Vicuña

Tercer lugar regional

Al filo del viento que corta mi sombra,
con mi voz de años viejos convertida en ecos,
voy estampando mis pies en los llanos,
hundiendo mi vara donde dibuja la penumbra.

Las montañas se visten de blancos y verdes,
con velos cantores de frías vertientes.
Alzo el grito a mis fieles guardianes
para que atajen la tropa de cabras y asnos.

El viento me silba como desconociendo;
no se recuerda que soy el mismo de antaño.
Ruge fuerte en su aullido como un desconocido,
mis piernas tambalean no de miedo, sino de viejo.

Cuando miro la tristeza de la luna
me lleno de inesperadas melancolías,
de recuerdos de niño, de adolescente,
y de correr entre quebradas silbando.

Voy guiando mí ganado entre esteros y quebradas,
escuchando el balar cansado de mí amada muchachada.
El pastal y vallecillo nos esperan en verde prado,
es la gloria de arriero, la hermosa veranada.

¡Alto...! dice mi boca, es hora del descanso,
de beber agua cristalina y calentar el locro,
de rendirle reverencia al estero río seco
y darle un beso profundo que sacie nuestras almas.

He visto cómo el sol va abrasando el terruño
y de su vientre va naciendo la alfalfa deseada.
He visto la alegría que avasalla a mi ganado,
cuando en los verdes prados se mece alborotada.

Canto desenfrenado al señor del universo
mientras me cebo el mate con una gota de agua ardiente.
Canto con mis guardianes una canción rebelde,
embriagados de felicidad continuamos diligente.

El sol de las ánimas nos muestra el fin del camino,
nos recuerda a la difunta Correa y su hijo amado.
Como la lluvia que bañó la tierra en tiempos invernizos,
el sol la cubre de espigas en tiempos de verano.

¡Cantaré, cantaré! Al estero por la mañana
y adornaré mis muebles de piedra bruta,
y con el humo del fuego que abriga mi rancho,
dibujaré historias que se tejen arriando.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

VERSO POR PONDERACIÓN / DIVERSIÓN

Alfonso Diógenes Romo Riquelme (37 años)

Estudiante de pedagogía en historia, poeta y cantor a lo humano

Santo Domingo

Primer lugar regional

Cantando por diversión
he llegado en un pingo,
soy de Santo Domingo
y hago esta presentación.
Les doy la salutación
con la guitarra entonada,
la carreta apenas anda
con el peso que tenía,
recordaron ese día
cuando el sol les hablaba.

De día se cosechó
veinte cuadra de maizales,
florecieron los chercanes,
gotas de vino llovió.
En la tierra germinó
doscientos mil kilos de haba
y una ballena laceaba
a la trilla la llevaron
y por plumas que cargaron
la carreta apenas andaba.

Las lechugas como cerros;
salieron por montones
y se vieron diez ratones
que se comían unos perros.
Encontraron un entierro
allí donde agua había,
de mil metros las sandías
se pusieron a sacar;
la yunta no pudo andar
con el peso que tenía.

Se tomaron un descanso
como de cinco semanas,
salieron las damajuanas
y los asados de ganso.
Y fue en este remanso
que sacaron a porfía,
un elefante se freía
lo mezclaron con cerveza,
cuánto costó esta proeza
recordaron ese día.

Para el postre los mejores
duraznos se prepararon
doscientos mil se zamparon,
junto a otros melones.
Muy pochitos los señores
quedaron con la zampada,
con la guata relajada
prosiguieron su trabajo
sacaron monstruosos ajos
cuando el sol les hablaba.

Al fin doy la despedida:
les dio mucha insolación
con la fuerte nevazón
que cayó en ese día.
La faena concluía
se fueron a celebrar,
a chingana a zapatear
una loica convidó,
y un pouco les ofreció
aguardiente pa' tomar.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA NIÑA EN EL JARDÍN

Jonathan David Uribe Rojas (33 años)

San Antonio

Segundo lugar regional

Siempre la veían
sola en el jardín
qué niña dichosa,
se oía decir,
que corre entre rosas
jugando feliz.

Mojaba zapatos.
El rocío temprano
su pelo mecía.
El viento del verano.
Sonrosadas mejillas
de mi niña jugando.

Hacía caminitos
hilando las piedras;
guiaba caracoles
para que no se pierdan.
Las rodillas llenas
de pasto y de tierra.

Así fue creciendo,
perdida en el patio,
las hojas de otoño
cubrían su llanto;
su pena ocultaba
debajo del árbol.

Afuera reinaban
calor y dulzura;
adentro tinieblas
dolor, amargura.
Se le iba la vida
en su casa oscura.

Silencio de madre,
de gritos curtida;
su espíritu añejo
solo se escondía.
La niña, aún con ella,
solita vivía.

Llegaba su padre
oliendo a cantina;
silencio en la casa
cerradas cortinas.
Las puertas ocultan
y la mente olvida.

Le daban caricias
que ella no pedía,
le daban azotes
cuando se escondía.
Su corazón huye
como golondrina.

Cubierta de trinos
recorre el jardín
corriendo entre rosas
y flores de alelí.
Sus ojos pequeños
sonríen al fin.

Mi niña se oculta
de mí en su jardín
si ahora de grande
la invito a salir.
Maldita la sombra
que la empujó allí.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

AL CABALLO CHILENO

Cecilia Margarita Vargas Retamal (53 años)

Dueña de casa, poeta

Viña del Mar

Tercer lugar regional

1

Quiero contarles señores
de una pureza divina.
Si mi guaina no adivina
aquí le lanzo mis flores,
mi canto lleno e´fulgores.
Se trata de mi caballo,
mi pingo, mi fiel vasallo.
En el pueblo y las haciendas
se ha formado una leyenda
que versando les entallo.

2

Quiero que monten conmigo
y trotemos por la historia;
leyendo algunas memorias
hablando con mis amigos,
con sorpresa descubrimos
que tiene sangre española
del ollar hasta la cola,
mezclada con arabesca
y aunque no lo parezca
¡su nobleza es una sola!

3

Llego pal' mil cuatrocientos
los trajo Peiro e' Valdivia
briosos, que daban envidia,
cruzando todos sedientos
por las huellas del desierto.
Alonso e' Monroy de lejos
junto al cura Marmolejo
continuaron con la crianza;
después fue todo bonanza
de relinchos y festejos.

4

Mirándolo al puta maire,
desde los belfos a grupa,
su alzada mediana ocupa
gruesa, huesada y donaire,
sus cascos tienen un aire
de campanas y de viento
y un corazón parturiento
de valor y sacrificio,
que es menester y propicio
dar rienda a este sentimiento.

5

Fue con Arauco a la guerra,
demostrando su fiereza,
defendiendo con grandeza
este pedazo de tierra.
Cuántas hazañas encierras,
de arenales a neveras,
de mares a cordilleras;
arando duro en el campo
o al morir cual dulce lampo,
abrazado a la bandera.

REGIÓN METROPOLITANA

LAS TEMPORERAS DE LA NUEZ

Nicolás Andrés Meneses González (25 años)

Profesor

Buín

Primer lugar regional

Prende el alba la frontera,
el invierno hace una pausa,
temporeras son la causa
de que el sol use escalera.
Se mantienen a la espera
jovencitas y señoras,
resplandores que a esa hora
van bajando de los buses;
van cargando con sus cruces,
la mujer es creadora.

Cascanueces, la princesa,
de la nuez, la temporera,
soldadita de madera
que se pierde en la remesa.
Cumpliendo con entereza
las monótonas labores.
Los nogales, sus señores,
ofendidos con basura,
contaminación más dura,
le responden con sus flores.

Cargan pega como entierro,
uniforme carcelario,
un pisar penitenciario,
bototos punta de fierro.
Overol tela de hierro
su esqueleto protegiendo
de peligros que rugiendo
en la nuca le respiran;
las bestias que ni traspiran
no van a salir perdiendo.

Llega y toma su martillo,
ya la mesa está servida.
Como en casa, la comida,
corren nueces como anillo.
El crujido es estribillo
que se escucha en los galpones;
no es trabajo pa llorones.
Cuando sientes el zumbido,
no te salvas del pitido
ni siquiera con tapones.

Frutos secos son comida
que nos llega empaquetada,
hace falta una mascada
pa gozar toda la vida.
Disfrutar de esta partida
pa saber que en estas manos
corren fuerza de otras manos
que por miseria trabajan;
una chaucha, si es que atajan,
reventándose las manos.

REGIÓN METROPOLITANA

HOMBRE DE CAMPO

Kristel Karina Farías Neira (34 años)

Profesora

Macul

Segundo lugar regional

Yo recojo las semillas
y las siembro por el campo.
De lana es el chamanto
que me cubre las rodillas.
En la noche, candelillas,
acercándome al brasero.
Por mi familia me esmero.
Mis uñas guardan la tierra
que trabajo, aunque me duela,
a ella me entrego entero.

Al pelillo, cabalgando,
libre voy como el viento.
Cara limpia, bien contento,
al galope e mi caballo.
Antes que cante el gallo
y antes de que el sol salga
mi negra sombra cabalga
por la orilla del sendero.
Al pueblo, mi semillero,
que me paguen lo que valga.

Conmigo lucha mi vieja;
todos los días la beso.
Artesana de los quesos,
trasquiladora de ovejas.
Va hilando las madejas;
chalecos y ponchos teje.
Del crío no hay quién se queje,
me dicen en la escuela,
cabalgando con espuelas
a estudiar va'l pueblo y viene.

Los pájaros en el techo
de esta casita rústica;
sus cantos ya son mi música,
animales, mi provecho.
El pastito es mi lecho,
las flores son mis vecinas,
el huerto me da comida,
mi plata es el pez del río,
mi compañero es el frío;
las plantas, mi medicina.

El cielo azul llevo dentro;
el río baña mis penas,
el viento choca en mis piernas.
Camino yo largo trecho,
dónde morirme, un techo.
A mi campo yo le debo
pa'l buche echar algo, tengo.
La tierra me da abundancia,
lo digo con esperanza,
le doy agradecimiento.

Nacio y crio en el campo;
yo lo digo con arrojo.
Otro destino no escojo,
Aunque me ofrezcan pagarlo.
Porque aquí yo no me mato
más bien nazco cada día
contento y con alegría.
Campesino haber nació,
en la tierra haber creció
y de viejo a mejor vía.

REGION METROPOLITANA

VERSO POR MI CASA

Ricardo David Vargas Cisternas (22 años)

Estudiante de pedagogía en Castellano

Puente Alto

Tercer lugar regional

Terminan en el establo
sin entender los motivos;
en las patae los caballos
es allí donde yo vivo.

Mi casa está en el cielo,
mi patio son puras nubes,
la vigilan los querubes
en su prestísimo vuelo.
En la cara llevan velos
porque son los muy rediablos,
hacen juegos con vocablos
pa' confundir a la gente:
"pase, la casa está al frente"
¡terminan en el establo!

“No hay bien que por mal no venga
ni río que nunca suene”
dice el ángel que ahora viene:
“¿se te ha torcido la lengua?”
No hay palabra que contenga
en el mundo de los vivos
aquí hablan hasta los chivos:
“voh deja piola a mi oveja”.
Ante el que llega se queja
sin entender los motivos.

Por si le parece poco
los conejos son carnívoros
y los ratones, aurívoros,
cogotean como locos.
Para encender los focos,
se enchufan en los zapallos,
de ensalada sirven callos
de dudosa procedencia
que crecen, según la ciencia,
en las pataè los caballos.

Aunque le parezca extraña
a esta tierra yo la quiero,
no hay animales muy fieros,
todos de buena calaña.
Son de oro las lagañas
e instantáneos los cultivos,
los días siempre festivos
sin un motivo aparente,
cruzando el nube-puente
es allí donde yo vivo.

Me despido, visitante,
le dejo la invitación,
vuelva en otra ocasión
a esta tierra de gigantes.
Llévese la uva picante,
los ajíes agridulce
pa' que el paladar lo impulse
a venir otra vez luego,
le haré una cama de legos
pa' que tenga un sueño dulce.

REGIÓN DE O'HIGGINS

HISTORIA DE UN PIOJO

Mariano Enrique Aravena Osorio (66 años)

Agricultor

Las Cabras

Primer lugar regional

Un piojo me quise pillar
que estaba en mis calzoncillos;
saltaba como potrillo
cuando lo quise agarrar.
También me quiso picar,
el piojo se puso bravo;
saltaba por todos lados
y me quería cornear
este tremendo animal
estaba desesperado.

Muy bravo se puso el piojo;
yo asustado como un quique.
No dejaré que me pique,
estaré vivo el ojo.
El parásito está cojo;
perdió una pata en combate,
un cacho, pa' más remate,
le corté con el cuchillo,
le boté unos colmillos
y no le corté el gaznate.

Mi compadre Baltasar
preguntó qué está pasando.
Un piojo me está picando,
no me lo puedo pillar.
Yo lo tengo que ayudar;
le daré la solución:
bájese el pantalón,
la situación no lo aflija,
cuando llegue a la verija
ahí le planta el apretón.

Ahí estaba yo, agachado,
mi compadre por detrás,
cuando llegó Nicolás
y gritó: ¡degenerados!
Nunca hubiera imaginado
lo que aquí estaban haciendo.
Nicolás qué estás diciendo
¡que no te engañen los ojos!
Estamos pillando un piojo
que en mi cuerpo anda corriendo.

Este tremendo animal
tan bravo, tan atrevido,
después que tanto ha corrido
le va a llegar el final.
Fue su momento fatal
cuando llegó el Quico Lazo;
le pegó unos garrotazos,
le dejó una herida abierta,
después tomó la escopeta
y le dio cuatro balazos.

Por fin se murió este piojo
que tanto daño causó.
El cuero se lo sacó
mi compadre Bachaqueta.
De cuero hizo una maleta
pa' guardar toda su ropa;
de la carne hizo escalopas
y corrieron varios viejos.
Con los cocos y pendejos,
cocinó una rica sopa.

REGIÓN DE O'HIGGINS

DÉCIMAS A MIS ABUELOS

Tomás Rubén Marambio Cornejo (51 años)

Pichidegua

Segundo lugar regional

Me presento aquí, señor,
con toda mi parentela
que yo convertí en poema
y un día serán canción;
presento aquí con honor
mi viejo tatarabuelo
que fue cantor de los guenoh,
de lo humano y lo divino,
en su boca un vaso e'vino
pa' cantar siempre sereno.

Tomás se llamaba el viejo,
como yo, que lo presento.
Su canto sirvió de ejemplo
cuando yo anduve muy lejo'
por aquel camino estrecho
de espinas y tierra dura.
Su canto, como armadura,
se hizo mi compañero
y de cantos extranjero'
me protegió su ternura.

Yo supe que tuvo un hijo
con una mujer muy tierna;
nadie su nombre recuerda,
nadie su nombre me dijo.
El que fue su lindo m'ijo
se llamaba Clodomiro.
Yo con mis ojos lo miro
y no lo encuentro tan bello,
mis ojos no son los de'llo
por eso que no me admiro.

El abuelo del que yo hablo
no fue ejemplo de belleza,
tampoco de la limpieza.
Conocía su vocablo
de la mesa hasta el establo,
le juraría por Dios
que de limpios morir vio
casualmente a más alguno,
de cochinos a ninguno
la huesuda se llevó.

Este abuelo tan mañoso
se casó con Margarita
y una mañana clarita
tuvieron un niño hermoso:
Rubén, se haría famoso
con el canto y su razón
desde tango hasta folclor,
la décima y la quarteta
así conquistó a Rebeca
con lo hermoso de su voz.

Yo supe que mi abuelito
a cualquier canto se arrima;
desde Chile hasta Argentina,
con su canto tan bonito.
Cada nota es un solcito
que a mi alma ha de llegar.
Su palabra ha de llevar
la alegría del cantor,
y como único error
no hizo la muerte callar.

El fruto de Rebequita
y mi abuelito Rubén
ahora va a conocer:
siempre sereno, Chumita
es mi taita el que música
entre letras y oraciones.
Cada día sus lecciones
alumbran mi caminar
y escuchando su cantar,
compongo yo mis canciones.

Mi padre no da sermones
porque es un cantor sencillo.
Su palabra tiene el brillo
de cuatro generaciones.
Acompaña sus canciones
con el talento ancestral,
como Neruda y Mistral,
es fuente que no se agota.
Me saco sombrero y botas;
si se dispone a cantar.

Gracias a mi mamita
después aparezco yo,
de cariño me inundó
el canto de la Ketita.
Y podando las matitas
como si fueran canciones,
guitarra con ilusiones,
de coplas y pensamientos
con rosas y sentimientos
abono las emociones.

Me gustaría, mi amigo,
seguir contándole historias
que duermen en la memoria
de mis viejitos queridos.
Como un animal herido,
me sangra el canto ancestral
que se viene a emparentar
con el canto de mi hijo,
su piano clarito dijo:
vine a este mundo a cantar.

REGIÓN DE O'HIGGINS

NOSTALGIA DE PUEBLO

Paula Elizabeth López Romero (32 años)

Kinesióloga

Santa Cruz

Tercer lugar regional

Hoy viajé de improviso en mi memoria.
Llevé mis ilusiones a un pueblito provinciano
donde la inocencia viste los caminos de álamos.
Donde se encienden faroles en las tardes
y en la noche la luna se hace farol en lo alto.
Donde las noches son tan oscuras como el profundo océano
y la gente se guarda con el sol y los pájaros.

Hoy viajé de improviso sin hacer maletas.
Donde la lluvia fría cubría la tierra de mantos.
Donde el amor se sembraba y cosechaba en fardos,
un viejo contaba historias a la orilla del fuego
y una señora desenredaba ovillos bajo un sol de verano.

Hoy compré un boleto a la nostalgia
y recordé tantas cosas...
Las calles de asfalto,
las casas de barro,
los adoquines en la plaza,
los niños jugando,
un hombre vendiendo algodones,
un carrito humeante de maní tostado.
El invierno en familia,
reunidos en tardes lluviosas de sopaipillas,
secar la ropa en la estufa con un limón quemado.
El té remojado con canela,
el café de trigo,
la tetera hirviendo todo el día,
el aroma a chancaca,
las conversaciones, las risas...
Todo recuerdo, todo.
Incluso el aroma a las hortensias
que crecieron a mi lado,
las humas en enero,
la mermelada de ciruela,
el pan amasado,
los domingos de juegos,
las murallas de adobe destruidas después del terremoto,
una bicicleta oxidada perdida en el tiempo en medio del patio,
donde el abuelo tallaba sus trozos de madera,
y criaba su huerto a la sombra de un palto.

REGIÓN DE O'HIGGINS

LA ESQUILA DE OVEJA

Lorena Rosario Guerra Saavedra (13 años)

Estudiante

Pumanque

Mención especial del jurado

Un oficio muy antiguo
y de costumbres muy viejas;
en el pueblo, donde vivo,
es nuestra esquila de ovejas.

Campesinos se reúnen
en esta hermosa tradición,
donde reúnen las ovejas
y las llevan a un galpón.

En el galpón ya encuentran
dando gritos como locas;
las atan de pies y manos
para quitarles las ropas.

Con máquinas o tijeras
comienza esta noble labor.
Entre trabajadores compiten
quién es el mejor esquilador.

La tarea finaliza
con todo el rebaño esquilado,
con una rica cazuela
o una parrilla de asado.

REGIÓN DEL MAULE

REMINISCENCIAS CAMPESINAS

Isidoro Sebastián Ramos Jorquera (53 años)

Profesor

Parral

Primer lugar regional

De la aurora de mi infancia,
correteando sobre charcos y escarchas,
asoma pesarosa mi niñez exigua.

El vaivén de los brazos de mi madre,
anclados a los turbios colores del agua y de la artesa,
desgarran las hilachas de los parches ya zurcidos.
Asoma a su lado, la noria prodigiosa,
con su transparencia transformada en alimento,
al fundirse con la harina y el mote esplendoroso.

Allí donde el tiempo se detiene,
cristalizado en la inocencia,
de esta niñez inmersa en las miserias,
que hacía de ellas, mágicos lugares,
disfrutando la brisa presurosa,
que rozaba mis mejillas al compás del galope de mi manco.

Del surcar esos aires infinitos,
emerge mi ansia de traspasar fronteras,
ignorando la grandeza que dejaba.

Al rigor del panorama en que me encuentro,
alimento mi presente del pasado;
y se funde en la tibieza del brasero,
del rescoldo, la tetera y la tortilla,
con las cálidas caricias de mi madre.

Así forjé mi canto,
con las coplas que el campo susurraba a mi inocencia,
que de a poco despertaba,
y esas tiernas melodías,
que mi vieja cada noche tarareaba.

La nostalgia acarrea a mi memoria,
la ceniza con el perro, el gato y yo juntos,
enfrentando al frío, a la helada y al invierno,
que calaba indolente hasta los huesos.
Allí retornaré en mi ocaso,
a los charcos de agua suspendida,
anhelando encontrar cada mañana,
esa esquiva y soñada felicidad adormecida.

REGIÓN DEL MAULE

¿DÓNDE ESTÁ LA PERDIDA NATURALEZA?

David Alfonso Rodríguez Palacios (25 años)

Docente

Linares

Segundo lugar regional

Yo no creo en palabras que no han salido de la tierra.
Esas falsas profecías dichas en calles de cemento,
donde el campo ha sido mármol nostálgico del pasado
atesorado por los recuerdos de personas que se han ido.

Yo no creo en palabras que no han salido de mi tierra.
Los álamos siguen estoicos flameando al viento que los formó,
donde queltehues azarosos surcan el cielo a mi alrededor.
Bajando el infinito desde las montañas de hielo
que aún flamean destellantes al invierno taciturno.

Yo no creo en palabras que no hayan salido de mi tierra,
porque las llanuras, los bosques y los caballos no han desaparecido:
Equinos azabaches aún galopan libres por los montes
esperando a dueños que comparten una copa de vino,
porque los ríos aún me lavan el rostro en las mañanas blanquecinas,
porque los boldos sonando al viento aún me oscurecen el amanecer.
Porque esos lagos reflejando el cielo aún son espejo de mi alma,
que se nutre melancólica cuando el corazón se aflige.

Por eso yo no creo en palabras que no vengan de mis tierras,
palabras de un pensamiento que es lo único contaminado:
Cuando mis cerros de verde vida me han perdido en la penumbra
y otorgado a mis entrañas el extraño sonido del silencio,
mientras el campo sigue estoico sosteniendo al mundo
danzando conmigo el misterioso devenir de la tierra.

REGIÓN DEL MAULE

MADRE NEGRA

Luis Francisco Valdebenito Rivera (48 años)

Profesor de educación general básica

Constitución

Tercer lugar regional

Naña de los dedos mustios
endurecidos por el frío,
no llores, no llores,
no conviertas tu llanto en río.

¿Dónde está tu madre?
que tus niños no cubre,
madre oscura, madre negra,
debe estar en su arrullo.

Ella en su lecho tibio
y tú en tu helada estampa,
te ha mandado al mundo
cubierta de escarcha.

Madre oscura, madre negra,
mira tu hija que tiembla,
tu cuerpo caliente,
tu alma hiela.

Dame tus manos
niña que hielas,
que al calor de tus pares
tus dedos despiertan.

Aplaudan la niña
que viene a la escuela,
cubierta de escarcha
hiela que hiela.

Unamos las manos
para la niña que hiela
¡dedos despierten!
terminen la pena.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

MADRE TIERRA

María Lorena Poblete Bustos (55 años)

Administrativa

Penco

Primer lugar regional

Tierra, madre generosa
de siembras y de cultivos,
eres la vida y sustento
de todos los campesinos;
de ese hombre que se levanta
al primer canto del gallo
para ordeñar a la vaca
y ensillar a su caballo.
Recorre todo tu suelo
con sus ojotas de goma;
la chupalla lo protege.
Cuando el tibio sol se asoma
hace surcos con su arado,
con su horqueta y su rastillo.
Son como suaves caricias
de una madre a su chiquillo.
Deposita la semilla
que un día ha de germinar
y convertirse en el fruto
que lo habrá de alimentar.

Y aunque llegue la sequía
o la inclemencia del viento
sabe que la Madre tierra
le dará siempre sustento.
Esa tierra que algún día
habrá de ser su morada
porque en su vida estará
la faena terminada.
Madre tierra, te agradezco
porque eres tú la razón
que me impulsa a levantarme
con mi pala y mi azadón.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

CARTA A MI MADRE CAMPESINA

Luis Humberto Fuentes Castro (52 años)

Asesor técnico de programas sociales

Talcahuano

Segundo lugar regional

Cómo no amarte madre,
campesina hasta el silencio de tus huesos,
fuiste creciendo con bondad
al susurro del viento.

Cómo no amarte madre,
si me diste el primer aliento,
labradora de esperanzas
entre la cuna y tus besos.

Jamás olvidaré los duros inviernos
cuando secaste leña con tu cuerpo
para cocinar el pan,
ese pan tan nuestro.

Cómo no amarte madre
que me alzaste en tus brazos,
que me enseñaste amaneceres
con la tibieza de tu regazo.

Recuerdo la infancia de páginas de oro,
tus sueños y tu interminable trabajo.
Tus manos ágiles como mariposas
para sujetar mis primeros pasos.

Con el paso de lunas y el polvo de los caminos
fuimos como árboles creciendo,
comprendimos que la vida con esfuerzo
tiene mejores triunfos y sentido.

Oh madre mía, cómo no amarte
si hemos sido juntos un canto,
guiaste el surco de los horizontes
y la mirada de soles para el alma.

No olvidaré jamás tu sonrisa
en la calma de mis primeras letras,
que jugando van sembrando
poesías en el tiempo.

Madre, ahora en la lejanía
como constelaciones,
quiero volver a ser ese niño travieso
y bajo los parrones, escuchar tus cuentos,
esos que me faltan ahora
en la frías noches de invierno.

Cuánta falta me hacen tus besos,
las caricias de jazmines en tu risa de primavera;
la lectura del encanto de tus ojos
que iluminaban la oscuridad de mis miedos.

En tus brazos me sentía gigante
cuando me llevabas por mundos de reyes
de hadas y humildes labradores,
donde aprendí a amar el néctar de la verdad
en los jardines de terciopelos verdes
llenos de magia, trinos y colores.

No quiero pensar en la ausencia que llueve,
en la pena de mis lágrimas y gotas abiertas,
imaginaré disminuir la distancia
en esta patria que tanto te debe.

Hoy me levantaré, me alzaré
e iré por ti, para recitarte mis poemas;
para decirte que no olvido tus obreras manos,
tu pelo al sol enredado con lirios y azucenas
y que la vida acunará siempre primaveras.

No me cansaré de agradecerte madre
campesina de sublime concierto,
que sigues tan llena del aroma
y de la dulzura del huerto.

Madre, imagínate lo que hemos sido
en esta parte del universo;
donde aprendimos de alas y vuelos
y que en este paraíso, seguimos creciendo.

Madre, quiero esculpir en fino diamante
el orgullo de llevar tu sangre
en cada rincón de mi cuerpo,
y que tu pelo ya más blanco
sea solo símbolo del tiempo.

Quiero que comprendas,
madre campesina, madre querida,
que juntos iremos en esta tierra
con su naturaleza, avatares y resiliencia,
y que siempre juntos danzaremos
en los grandes escenarios de la vida.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

VALORES Y TRADICIONES DEL CAMPO

Luis Humberto Fuentes Castro (52 años)

Asesor técnico de programas sociales

Talcahuano

Tercer lugar regional

Con una pala de recuerdos
iré desterrando tesoros,
tradiciones que se han corrido,
que se han escondido,
bajo la sombras del materialismo
que lo corroe, dejándolos en el olvido.

Buscaré en mi bella infancia
valores que florecían con la siembra
en el surco de grandes tiempos idos.

Cuántas enseñanzas se juntaban
como las grandes gavillas en la era,
que brillaban como la fantasía e imaginación
en los cuentos, mitos y leyendas
que entre las chispas del fogón
avivaba la llama, relatándolos la abuela.

En las noches frías del invierno
cuando la lluvia colocaba
su orquesta cristalina sobre el techo,
se conversaba sabiduría
de otros tiempos
y se escuchaba atento
y con respeto al más viejo.

Casi todas las casas tenían flores,
hortalizas, colmenas y árboles de frutas,
una vecina no se sentía en menos
si prestado pedía
un poco de levadura, aceite o azúcar.

Se vivía sin apuros con la palabra empeñada,
respetarla era honor y patria a toda prueba,
como el respeto a la naturaleza
como el respeto a las cosas ajenas.
Quiero desempolvar las grandes trillas,
esas a yeguas sueltas y a máquinas estacionarias
y el mingaco vinculante que afluía
como el trigo dorado de las espigas.

Recuerdo los inmensos trigales
y el crujido de las grandes carretas,
la siega con buenas echonas,
el sudor del campesino mojando la tierra
por eso ella lo ama, lo aclama y lo atesora.

Los cantores a lo poeta
se admiraban, se respetaban
y se esparcían como flores
por apacibles caminos,
diseminando enseñanzas
pensamientos y verdades
con sus cantos a lo humano,
con sus cantos a lo divino.

Las cantoras y sus voces
y el sonido de sus guitarras
eran aguas claras bajo el sol y las estrellas,
hoy, silenciosas, el tiempo las esfuma,
hoy buscan entregar con el alma
el legado de sus melódicas huellas.

Cuántas emociones y sentimientos
se reflejaban del alma en los ojos vivos
al recibir una carta de un ser querido,
sin cobros, había viajado de otros lugares
trayendo noticias tan buenas
como el pan, como el vino.

Tantas cosas que se van quedando,
tantas cosas que se van escondiendo
en los avatares del tiempo y del olvido.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

MADRE DE MI MADRE

Angélica Sofía Beltrán Barraza (34 años)Estudiante de Técnico en relaciones públicas. Realizadora audiovisual, poeta
Temuco*Segundo lugar regional*

Madre de mi madre.
Caminó las costas del territorio sola
(su madre no alcanzó a transmitir la oralidad del pueblo).
Trabajó las horas de una infancia.
Enfrentó las primeras lunas, la crecida de sus montes, los temores de la noche,
los fenómenos celestes, los pasos indóciles.
Madre de mi madre pura y Lafquenche.
Parió una luna con sangre champurria.
Se enamoró de hombre blanco, ojos cielo, paso amable.
Madre de madre, mi abuela.
Mil veces 91 salmos le dieron certezas en la solitaria vejez.
Caminó las veredas con botines negros, transitó las calles con pilguas llenas.
Llevó regalos, llevó cariños, atendió a los suyos.
Cultivó su tierra. Vivió ardua y larga existencia.
Madre de mi madre, mi abuela.
Vio pájaros en vuelo antes de partir.
Dejó bondad en nuestros genes, concedió fe, dio lección de tesón.
Yo, Lafquenche auto desterrada, sueño los mares de mi pueblo.
Vuelvo al puente viejo, releo mis cuentos.

Miro la cruz de su cerro ¡fueron tantos los que murieron!
La historia se perdió en la voz callada de los antepasados de mi abuela.
Yo, la de salitre en las piernas,
caminaré las costas de pastos altos y resguardaré el nido de la Loica.
Yo, rendiré honor a la historia de las mujeres de mi linaje, las que estuvieron,
las que están y las que nacerán
cuando los cielos vuelvan a ser celestes y el pasto más verde,
cuando la tregua conceda esperanza de mejor humanidad.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LLUVIA DEL SUR

Bárbara Godfray Bahamonde (35 años)

Profesora de Lenguaje y Comunicación

Villarrica

Tercer lugar regional

Cada vez que llueve
imagino la procedencia de esas aguas:
¿algún lago secreto?
¿una vertiente que brota a los pies de una araucaria?
¿las lágrimas de esa viejecita que acaba de enviudar?
Quizás se llamaba doña Teresa,
casada 42 años con don Gaspar.
Quizás tuvieron una pequeña quinta
que reposaba a los pies del volcán.
Quizás había tres puercos
y un burro que creía poder balar.
Quizás cosechaban muchas papas,
cilantro, acelgas y tomates por centenar.
Quizás pasaban las tardes de verano
tomando mate apoyados en el alféizar.
Quizás, de tanto en tanto,
con nostalgia comenzaban a recordar.
Quizás de sus 5 hijos,
risas, llantos, juegos podían saborear.
Quizás se escurrió el tiempo entre sus dedos,
así es la vida del campo al trabajar.
Quizás doña Teresa se sienta sola
a mirar la lluvia y a imaginar.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL CULTRÚN

Emily Celinda Huenchual Riquelme (9 años)

Estudiante

Freire

Mención especial del jurado

El cultrún es
como tomar el mundo con ambas manos,
es tener nuestro planeta
unido a nuestro cuerpo amado.

El cultrún es
como la luna que nos ilumina,
es la fuerza poderosa
de la tierra que amamos.

Cultrún es un conjunto
de vida en un espacio,
es el sonido que nos lleva
al sitio sagrado.

REGIÓN DE LOS RÍOS

INFANCIA RURAL

Cristian Alejandro Cano Morales (33 años)

Docente de lenguaje y agricultor

Río Bueno

Segundo lugar regional

Dibujábamos las circunferencias de las rondas en el barro y jugábamos a ser magos, para transformar en fusil un trozo de maqui. Sintonizábamos el dial chicharriento de una frecuencia AM para luego corear las rancheras de las dos de la tarde. Más allá, bajo los junquillos, los peces enanos del tranque hacían burla de nuestro tarrito de Nescafé y del anzuelo de alambre fino, volviendo inútil el sacrificio del grillo enmudecido de su canto. Pero no importaba, nada importaba. Solo que nuestro itinerario debía retrasar la tarde, pues a estas alturas ya no queríamos sentarnos nuevamente en círculos a llorar otra noche más con el humo de una leña húmeda y esperar a que el carbón le dé tinte a un agua que inútilmente servía para callar el hambre de nuestros estómagos.

REGIÓN DE LOS RÍOS

BELLA FLOR

Miguel Ángel Rivera Álvarez (29 años)

Valdivia

Tercer lugar regional

Nació campesina
en tibia mañana,
la flor más hermosa
de la temporada.

Un yuyo amarillo
estaba observando
cómo la florcita
suspiraba de largo.

¿Por qué tanta pena
en tus ojos veo?
díjole el yuyito
a la flor de enero.

No es que tenga pena
es que estoy muy triste:
llegará el verano,
el sol me desviste.

Bella flor de un día
yo seré tu amigo,
te haré mucha sombra
y seré tu abrigo.

Una florcita blanca
amanece sonriendo,
con sus pétalos abiertos
su perfume va esparciendo.

Esta florcita hermosa
es reina de los jardines,
heroína de las plantas
y novia de los jazmines.

La blancura de las flores
como bella cordillera
esparce mis pensamientos,
adornan la primavera.

Ramito de flores blancas
acompañando a la novia;
tan hermosa y tan bonita
en ceremonia tan sobria.

Las flores son todas tiernas
como el rocío que cae,
como la lluvia que llora
sin molestar a nadie.

REGIÓN DE LOS LAGOS

LA CHANCHA

Ignacio Alberto Reyes Guzmán (31 años)

Papá

Fresia

Primer lugar regional

Siendo un hombre ciudadano
parece que me fui al chancho
yéndome a vivir a un rancho
creyéndome campesino.
Encontrando mi destino
como chancho en misa andaba
y una tarde en que tomaba
en el Chancho con Chaleco
me vendió un vecino sueco
una chancha que engordaba.

Conseguí un camión de escombros
para trasladarla en paz,
pero la chancha era más
pesada que chancho al hombro.
Un viejo con mucho asombro
observaba mi pelea
y ayudando en la tarea
con sus fuerzas empujaba
mientras la bestia gritaba
como chancha en la batea.

Terminamos la osadía,
pero al llegar a la rancho
miró y prefirió la chancha
quedarse en la casa mía.
Para el almuerzo pedía
chancho en piedra con asado
y cuando hurgando un bocado
abrió el refrigerador,
yo pensé pa' mi interior
el chancho está mal pelado...

Como estaba media hambreada
empezó a comerlo todo
e igual que chancho en el lodo
disfrutaba entusiasmada.
A causa de esa chanchada
cada vez era más gorda
y después se hizo la sorda
cuando la reté con ira
demostrando que es mentira
que chancho limpio no engorda.

Le aposté en el dominó
la propiedad de mi rancho
y sacó todos los chanchos
con los que me derrotó.
Luego un chancho se tiró
cuando reclamé mi lecho
y aunque me quedé sin techo
no armaré ni un zafarrancho
pues la culpa no es del chancho
si no del que da el afrecho.

REGIÓN DE LOS LAGOS

NIEBLA

Victoria Herreros Schenke (28 años)

Nutricionista, escritora

Ancud

Segundo lugar regional

No dejamos poza sin pisar,
ni ventana sin dibujar;
en las tardes
escuchábamos a los pájaros carpinteros
en el oficio de Dios.
El diluvio nos rebalsaba las botas,
la niebla, el fantasma del agua
que se aparecía tras el suicidio de la lluvia,
nos penaba con su lamento blanco,
como el ulmo florido del patio vecino,
que en el fondo,
siempre fue otra aparición inconclusa,
un espectro con papeles desojados en las manos nudosas,
que inevitablemente dejó caer.

En los días de neblina
nos difuminábamos hasta desaparecer,
soplábamos los dientes de león,
dispersábamos sus cartas que nadie leyó.
Me pregunto qué dirían,
nunca me lo pregunté antes,
estaba ocupada sacando los peces que nadaban en mis bolsillos,
en atrapar renacuajos con botellas verdes,
en el maqui, la murta, la miel del chilco,
en pisar las pozas de agua estancada en el camino de ripio,
en dibujar sobre los vidrios congelados con el vaho del aliento,
y en esta noche de bruma,
simplemente me parece,
yo soy el ulmo florido de tu casa.

REGIÓN DE LOS LAGOS

HACIENDO CHICHA

Paulina Maribel Agüero Velásquez (33 años)

Docente

Puerto Montt

Tercer lugar regional

Ayer por la mañana
se reunió mi clan,
todos juntos vamos
las manzanas a estrujar.

Las mujeres las lavan
como si se fueran a casar,
los hombres las esperan
como si estuvieran en el altar.

Suenan los tornillos por donde
el jugo va a pasar
moliendo las manzanitas
que la sed nos va a calmar.

Cada niño espera
el primer pipón a destapar,
para seguir con la jugarreta
porque este día
lo vamos a disfrutar.

La saca e' papas

Ayer mi abuela dijo:
Mañana vamos a madrugar
porque nos espera el día
que las melgas vamos a limpiar.

Mi abuelo prepara la yunta
que debemos cargar
para no hacer tanta fuerza
que nos pueden tropezar.

Hay que llevar la radio
y con las pilas cargar
pa' escuchar los mensajes
por si nos vienen a visitar.

Su buen mate caliente
Con unas habas acompañar
Para dar energías
Y no poder flaquear.

Vamos a la procesión

Hoy me alisto con mi lancha,
vamos a la procesión
que San Pedro nos espera
con toda devoción.

Mi familia se prepara
con sus trajes de lana
y adornando la lancha
porque en el mar hay escarcha.

Con el frío y el viento
en los navegantes de San Pedro
yo me saco el sombrero
en este lindo reencuentro.

REGIÓN DE AYSÉN

ME VINE PA' LA PROVINCIA QUERIENDO HALLAR TERRUÑO

Cristian Arregui Berger (45 años)

Profesor de biblioteca

Aysén

Primer lugar regional

Conocí desde pequeño cuánta vida en la ciudad.
En Santiago fue esa edad que del juego va al empeño.
Tuve un volantín risueño que en el valle hice encumbrar
y una estrella que al brillar plateó cielo y cordillera,
esa calma sin carrera cuando el hombre empieza a andar.
Pero un día de improviso vino apuro y mucho afán.
Estresados por el pan, la alegría se deshizo.
Para el alma fue un aviso, ¡no más vida artificiosa!
Porque una sed borrosa anulaba hasta el nombre
y buscar ansía el hombre una vida más hermosa.
Así me vine pa' la provincia queriendo hallar terruño
desde una zona de ñuños pal *sure* de la nación.
Fue el agua mi adoración cuando por sendas lluviosas
me lavé de tantas cosas que hieren al ciudadano,
es que más puro se hace el humano con la tierra majestuosa.
El fuego hizo que ardiera la leña dentro del alma,
en los días que hubo calma y en la escarcha pependciera.
¡Que el frío se quede afuera de nuestro pequeño lar!
Pues la vida hay que abrigar contra todo abatimiento,
cual nido a salvo del viento fundamos hondo el hogar.

Nuestra casa de madera es más linda con los años,
la hicimos con buen caño, sin usura ni flojera.
En su mesa se venera con buen mate y pan caliente
a la tierra que no miente en sus ciclos y sus dones,
dando pecho o cojones a este mundo tan carente.
En el campo está el ganado y en el mar se da la pesca,
el salmón, la trucha fresca y el cordero hecho parado.
Crece el gaucho muy osado y el chilote austeramente.
Unos vienen del oriente, otros desde el litoral,
tras tormenta y por guadal, me arrimé por tierra y gente.
Hallé un tiempo sin apuro para ser y convivir
donde aprende uno a ir, de lo verde a lo maduro.
Bajo el cielo abierto y puro, de lo bello soy rehén,
el paisaje es un bien que ennoblece el corazón.
Hizo patria mi canción en las tierras del Aysén.

REGIÓN DE AYSÉN

RESPETO POR MI CABALLO

Alejandro Montiel Gallardo (60 años)

Carpintero

Coyhaique

Segundo lugar regional

Richoco está mi caballo
ya apartado del corral,
descansa en un pastizal
parece tener consuelo...
ya no está pa' los desvelos,
ni pa' aguantar el bozal.
Su relincho es lastimero
cuando olfatea al viento,
como si lo hiriera el tiempo
o extrañara aquel potrero,
donde entregó con esmero
desde potrillo, su aliento.
¡Carajo! tiempos aquellos
cuando le entraba a apretar,
naides se le iba a escapar
ni vaquillas ni novillos,
si apenas siendo un potrillo
fue bravo pa' trabajar.
Otra cosa fue domarlo
y adiestrarlo a la montura,
el recuerdo aún perdura
que en mi afán por conquistarlo,
quise a espuelas encararlo
sin medirlo en su bravura.

Él su lomo sacudió
y en saltos ganó terreno,
se despojó de lo ajeno
de'so que lo molestó...
El caso es que fui yo
el que cayó entre terneros.
Me ha costao dos costillas
y la cama por un tiempo,
a ratos lo seguía viendo
desde una casa 'e la villa,
su estampa de maravilla
me lo seguía insistiendo.
Los dos estamo' aprendiendo
me dije, escando mi barba,
como a esta, te doy larga
pero no por mucho tiempo,
ya va llegar el momento
que me afeite y me rehaga.
El tiempo marca prudencia
y a la prudencia sumé,
aquello que rescaté
de mi caída violenta...
Él me miró con paciencia,
con paciencia lo miré.
De a poquito me acerqué
lento y con sabiduría,
un poco de miedo había...
por mí, por él, no lo sé
pero aun así, lo abracé.

¡Muy grande lo fue ese día!
Tantos y tantos recuerdos
penas, risas y alegrías,
las montañas recorrías,
bosques ríos y senderos...
Viejos y lindos aperos
que llenaron nuestras vidas.
Pero aún bichoco y gastao,
relinchos que van al cielo,
yo te juro compañero
que siempre estas a mi lao,
yo también solté el bocao...
ya estoy viejo, pal potrero.

REGIÓN DE AYSÉN

KTENON

(NOCHE OSCURA)

Alex Marcelo Triviño Planzer (36 años)

Multi rubrista

Coyhaique

Tercer lugar regional

1

Dejar reposar a hombres libres
en los hombros de la inocencia.
Y la hermandad cósmica del sur
no es negocio alguno “para ellos” el aumkenk³.
No sin antes forzar al suicidio colectivo,
hinchando orgullo siniestro
que reposa sobre sus colgantes de honor,
brillantes y falsas coronas.

2

Tomaron con displicencia
las suaves caricias,
nacidas del hermoso misterio de errar
en gueut i keu kenk⁴.
Nacidas del más profundo respeto
a Elal⁵ y Kooch⁶.

³ Aumkenk: extranjero (nota del autor).

⁵ Elal: héroe mitológico cosmología Tehuelche (nota del autor).

⁴ Gueut i ikeu kenk: tierra de mis antepasados (nota del autor). ⁶ Kooch: ser supremo Creador del mundo Tehuelche (nota del autor).

3

Cuando la sangre se derramó,
la torrencial lluvia de dolor
se deslizó por obsidianas⁷ inertes.
Cuando Tehuelche ya no sintió dolor,
se escuchó un triste Kaani⁸
de todos a su alrededor.

4

Volaron cerca pájaros de bronce,
halo putrefacto la voz de kerolkenk⁹ pronunció
el nombre del Tehuelche.
Herida ciega, errante silencio eterno.

Pequeños niños, corrían, corrían,
alejándose del estupor,
de aquel sentimiento que no es su rencor.
Entonces pregunto él...
¿Kooch, por qué yo?

5

Ciegos, extraños y torpes
alevaron al vacío silente
las virtudes y alegrías,
los abstractos, las sonrisas,
lo esencial gueut i keu kenk.

⁷ Obsidiana: material de fabricación armamento (nota del autor).

⁸ Kaani: canto donde se contaban historias con música y baile (nota del autor).

⁹ Kerolkenk: diablo (nota del autor).

6

Mancharon los rostros...
Cortaron manos, orejas y albedrío.
Marcharon a la noche los
inocentes de sangre.
Sufrimiento adquirido.
Hambre, sed,
tu dolor no es igual al mío.

7

Lágrimas resueltas,
sinceras y descarnadas,
lavan nuestros ojos
de esas interminables infecciones terminales
de aquellos Gualiches¹⁰ malditos.

8

Precaria salvación y quietud.
Cual batea a punto del desborde
por pequeña y sublime gota de agua,
tenemos por distancia.
Tú y yo, querido hermano Tehuelche.

¹⁰ Gualichu: ente maligno (nota del autor).

9

Halo de bien común diluyéndose
y no hay más que violencia
revelando lo putrefacto.
Aquellas viles intenciones
reposan sobre colgantes de honor,
brillantes latas y falsas coronas.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

PARA UN ALMA ACONGOJADA

Alexander Antonio Santander Olate (38 años)

Baterista

Punta Arenas

Segundo lugar regional

Cuando manejo por la ruta que conduce al aeropuerto
ahí por Río Seco lo suelo divisar,
siempre solitario con sus mismos viejos trapos
y ese bolso color sangre que acompaña aquel andar.

Cuenta el lugareño que su pena tiene nombre.
Herida que recuerda la pasión de una mujer,
las palabras, las caricias, la expresión de una sonrisa,
contraparte de las lágrimas que inundan a su ser.

Todavía por las noches sin quererlo lo recuerdas:
El momento en que la viste entre luces de neón.
Exótica belleza cargada de impureza,
la trampa que enlodó a tu noble corazón.

Otro dice que lo ha visto por las noches deambulando,
uno más que, como muchos, no le presta atención
a esa pobre alma en pena que busca con insistencia
los pedazos pisoteados de su mustio corazón.

Triste sentimiento el que arrastras por las sombras,
la herida que no cierra el dolor de una traición,
oscuros pensamientos, claridad que nunca llega,
¿valió la pena lo vivido o pudo más la depresión?

Ahora como un cuerpo que se queda sin su alma
transita ya sin vida mi miserable humanidad.
No pretendo aconsejarte ni deseo mal a nadie,
solo anda con cuidado cuando te has de enamorar.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

CUATRO ETNIAS, UN TRISTE FINAL

Vicente Caballero (78 años)

Pensionado

Punta Arenas

Tercer lugar regional

1

Cómo duele tu sonrisa triste, niño *kawésqar*,
cómo sufrimos al respirar tu límpido cielo
que fue tuyo desde el inicio de los tiempos,
cuando los hielos se trocaron en canales.

Cómo duele tu ausencia, pequeño canoero,
cuando navegamos por tus rutas ignoradas
y revelamos los rastros del pasado, tu pretérito,
y vivimos mi presente, que pudo ser tu futuro.

Las estrellas, que fueron tus pertenencias ancestrales,
las usamos, sin tu anuencia, sin derecho disfrutamos
tu sol y tu luna, de tus playas, tus ríos y montañas.
Expropiamos tu existencia, arruinamos tus ensueños.

Suplicamos tu perdón, pequeño navegante austral,
cuando vemos tu confiada sonrisa de ojos tristes
en las fotos que ofrecemos a visitantes extranjeros.
Perdona que hoy no seas más que un recuerdo.

2

Levanta el alba entre los canales del austro
explota el horizonte en mil visos esplendorosos
Watawuineiwa se asoma con brillantes reflejos,
amanece nueva jornada de incógnitos sucesos.

Arrecia el viento, dispersa la gris humareda
quema los rostros, sacude el alma acongojada.
El gigantesco oleaje agita la frágil canoa,
en el cielo los espíritus creen prender fuego.

Lakutaia-kiya, niña desnuda, ojos de azabache,
tu mirar dolido al infinito, busca allí tu destino,
los canales se doblegan para saludar tu paso
te veneran el sol, las nubes y el celeste cielo.

Lejos de tus islas, hoy te aclaman Rosa,
Rosa de los Vientos, ojos de azabache,
en lejanas tierras pronuncian tu nombre.
Todos te conocen como Rosa Yagán.

3

Se apagaron los fuegos de la tierra,
pampas y bosques quedaron desolados.
Silencio de sepulcro baja desde la montaña
sólo el viento transita la ruta de los Onas.

Karukinka está llorando angustiosa soledad,
ya no se escuchan las historias ni leyendas
cantadas desde siempre por la gente antigua
que moraban en los campos y en la selva austral.

Mineros, pastores y el rumano asesino,
invadieron tus dominios, diezmaron a tu pueblo.
Guanacos blancos se esparcieron por doquier,
Karukinka está llorando su angustiosa soledad.

4

Por desoladas praderas de la inmensa Patagonia
cazadores trashumantes persiguieron al guanaco.
Kooch, desde los cielos, los protegía, vigilante,
suavizando su paso, haciendo su mirada perspicaz.

Eran un pueblo feliz, de primitivas creencias,
amables, aguerridos, orgullosos y confiados,
respetaban las leyes ancestrales, a sus dioses,
fueron sanos de espíritu, nobles de corazón.

Llegaron otros pueblos, con extrañas vestimentas,
gentes de otros lares se apropiaron de sus cielos,
codiciaron sus pieles, ocuparon sus terrenos,
alteraron sus usanzas, les dieron agua de fuego.

No quedan tolderías de *tehuelches*, en la pampa,
el encendido amanecer anaranjado de praderas
ilumina tristes crepúsculos violáceos, desteñidos,
cruza el viento soledades, cruel olvido llora el cielo.

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso "Historias de Nuestra Tierra", que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.

www.concursocuentos.cl



**CHILE LO
HACEMOS
TODOS**



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura